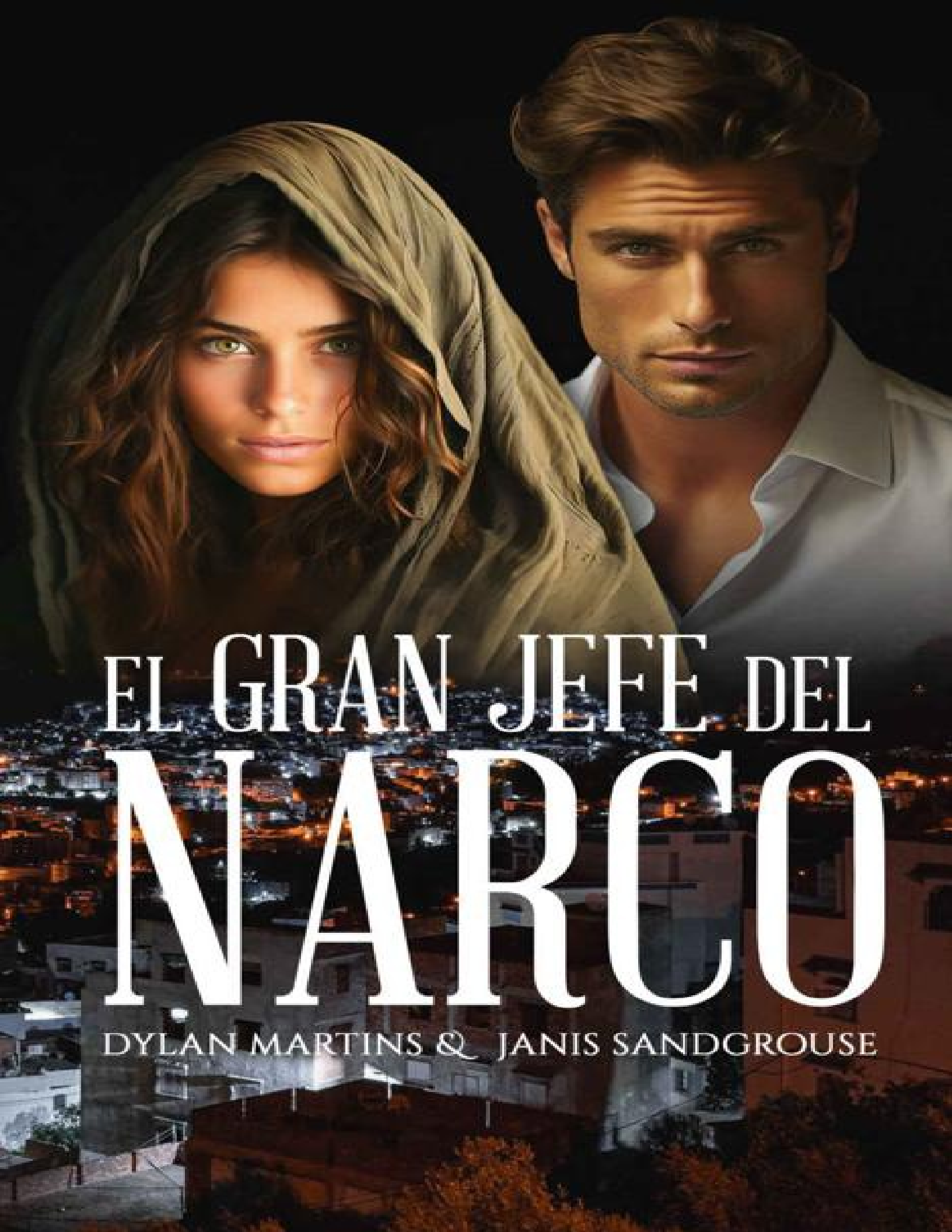

EL GRAN JEFE DEL
NARCO
DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

EL GRAN JEFE DEL NARCO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

EL GRAN JEFE DEL NARCO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

El gran jefe del narco

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©septiembre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

El gran jefe del narco

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©septiembre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Capítulo 70
Capítulo 71
Epílogo

Capítulo 70
Capítulo 71
Epílogo

Prólogo



Kevin

¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para cumplir tus sueños y más cuando naciste con personalidad de rico en una familia muy pobre?

Pues yo lo tuve siempre claro: hasta donde hiciera falta.

De ahí a que con trece años ya me manejara en mil trapicheos y apuntara maneras, tanto que, a mis treinta y nueve años, había amasado toda una fortuna como el mayor narco de la zona marítima del Estrecho, y todo esto sin levantar la más mínima sospecha.

Comencé recogiendo fardos que llegaban en lanchas desde Marruecos, de ahí a que luego trapicheara con el hachís y, poco a poco, me fui haciendo con una parte de mi zona, y siendo yo el que compraba el material y me encargaba de que llegara desde el otro charco sin ser interceptado.

Traía de cabeza a la policía, que iban desarticulando bandas mientras la mía seguía intacta. Lo tenía todo demasiado organizado y, cómo no, comprado a muchos guardias civiles de antidroga que desviaban sus miradas mientras nosotros nos movíamos como pez en el agua.

Lo bueno es que al tenerlo todo bien calculado, al último que pillarían sería a mí, ya que ninguno de los que trabajan para mí, sabían quién era, solo tenía a mi mano derecha de confianza al que por si acaso, lo tenía pillado por los huevos, con lo cual, yo era el cerebro de todo, pero vivía una vida alejada de ese mundo, movía las piezas desde otro lugar y gozando de una vida en la que era imposible que nadie presagiara a lo que me dedicaba realmente.

El juego estuvo en lo siguiente, con veinticinco años le compré a tres personas unos cupones de loterías premiados, abonándoles en efectivo un importe mucho mayor. Con ese dinero compré una unifamiliar nueva en una buena zona y que dos años después vendí por el doble a unos alemanes, cosa que me vino bordada para legalmente poder comprar un chalet de lujo en Málaga, y que les vendí a unos rusos por videollamada, tal cual,

hice que se enamoraran a través de la pantalla y lo vendí medio millón más caro de lo que lo había comprado.

Suerte que me llevó a poder comprar dos unifamiliares, dos pisos, dos garajes y un local en el que monté una inmobiliaria y en la que metí en un principio a un par de trabajadores que no solo ofertaban mis propiedades, sino la de otros que querían poner las suyas a la venta en nuestra oficina.

En definitiva, desde hacía siete años, para el mundo yo era Kevin, el propietario de la inmobiliaria *"House of Gold"*, la mayor de las tapaderas de todo mi imperio.

Y, cómo no, aquello creció de forma desorbitada y seguí invirtiendo hasta que me dio por comprar unos terrenos donde mandé a construir tres mansiones de lujo; una para mí y otras dos para venderlas por una millonada.

Me las quitaron de las manos dos jeques de Arabia Saudí, y yo ya llevaba instalado en mi mansión seis meses, con una vida afincada en una de las zonas más exclusivas de Benahavís, Málaga, un pueblo de montaña entre Marbella y Estepona. Y una cuenta de lo más saneada, legal y abultada para vivir relajadamente el resto de mi vida, eso sí, pagaba grandes sumas en B para así poder limpiar mucho dinero de mi verdadero imperio, todo asesorado por el mejor equipo de asesores del país, esos a los que no les tenía que dar cuenta de la procedencia y que, con pagarles sus elevadas minutas, ya era más que suficiente.

hice que se enamoraran a través de la pantalla y lo vendí medio millón más caro de lo que lo había comprado.

Suerte que me llevó a poder comprar dos unifamiliares, dos pisos, dos garajes y un local en el que monté una inmobiliaria y en la que metí en un principio a un par de trabajadores que no solo ofertaban mis propiedades, sino la de otros que querían poner las suyas a la venta en nuestra oficina.

En definitiva, desde hacía siete años, para el mundo yo era Kevin, el propietario de la inmobiliaria *"House of Gold"*, la mayor de las tapaderas de todo mi imperio.

Y, cómo no, aquello creció de forma desorbitada y seguí invirtiendo hasta que me dio por comprar unos terrenos donde mandé a construir tres mansiones de lujo; una para mí y otras dos para venderlas por una millonada.

Me las quitaron de las manos dos jeques de Arabia Saudí, y yo ya llevaba instalado en mi mansión seis meses, con una vida afincada en una de las zonas más exclusivas de Benahavís, Málaga, un pueblo de montaña entre Marbella y Estepona. Y una cuenta de lo más saneada, legal y abultada para vivir relajadamente el resto de mi vida, eso sí, pagaba grandes sumas en B para así poder limpiar mucho dinero de mi verdadero imperio, todo asesorado por el mejor equipo de asesores del país, esos a los que no les tenía que dar cuenta de la procedencia y que, con pagarles sus elevadas minutas, ya era más que suficiente.

Capítulo 1



Kevin

Salí de la inmobiliaria después de tomar un café en la oficina por la que pasé para dar unas instrucciones a Oliver, el jefe de personal. Tras mirar la hora en el móvil decidí aligerarme para poder coger el barco de las doce de la mañana.

Me iba por unos días a Marruecos, dato que no le di a nadie, solo que estaría ausente hasta nuevo aviso.

Solía ir un par de veces al año a reunirme con Mohamed, mi hombre de confianza en aquel país, el que me movía todos los hilos en ese lado y tenía su propio equipo para el transporte de la mercancía, pero esta vez era diferente.

Crucé en Ferry desde Tarifa a Tánger, al otro lado me esperaba él, con quien me iría a Chaouen, un pueblo en las montañas del Rif, un precioso lugar caracterizado por sus pinturas en tonalidades azules en las fachadas de todas las casas. Un destino de lo más recorrido por turistas de todo el mundo, rodeado por el pulmón de las mayores plantaciones de Marihuana del país, de donde sacaba el hachís.

Me gustaba quedarme en ese pueblo porque aparte de darme muy buen rollo y paz, me sentía libre de toda la vida de lujo que me rodeaba, aunque reconozco que era la que me gustaba, por la que había luchado desde que tenía uso de razón.

Y esta vez era mi último viaje como jefe de todo ese imperio que había amasado, me retiraba, así se lo había hecho saber a Samuel, mi mano derecha en España y el que se quedaría con todo mi legado, ese del que se seguiría encargando Mohamed desde este lado, pero yo ya sin tener que ver con nada, hasta aquí había llegado y era el motivo de mi visita a Marruecos, despedirme formalmente de él y darle ciertas indicaciones como hice con Samuel en España.

—Hola, Mohamed —nos dimos un efusivo abrazo.

—Señor Kevin, siempre es agradable volver a verlo por aquí, no lo pienso tomar como una despedida, siempre

puedes venir de turismo y de paso ver a tus amigos —me abrió la puerta del coche.

—Sabes que Marruecos ya es mi segunda casa, no podría vivir mucho tiempo sin venir a comer mi Tajín favorito —me abroché el cinturón.

—Lo sé, hermano, lo sé —me encantaba Mohamed, tan pronto me hablaba de señor, como de hermano, pero lo sentía así, me respetaba y quería a partes iguales, nuca dejó de agradecerme que, gracias a mí, llevaran muchos años comiendo muchas familias de Rif.

Salimos de Tánger en dirección hacia las montañas, era un camino de lo más lleno de contrastes y donde se percibía en todo momento la cultura y el ambiente del país africano, el más moderno y a la vez visiblemente arraigado a su cultura, era la cara y cruz de la moneda de un estilo de vida impregnado por lugares que parecían que no habían prosperado en el tiempo. Sensación distinta a Tánger en la que, a pesar de tener La Medina con su parte tradicional e histórica, tenía una ciudad moderna que iba prosperando de manera vertiginosa y que podría pasar por una ciudad europea.

Paramos en un bar a pie de carretera a tomar un té cuando estábamos a mitad de camino.

—Señor Kevin, sabes de sobra que te puedes quedar en mi casa.

—Lo sé, pero ya sabes lo que me gusta estar en la intimidad, tranquilo, en la Riad estoy cómodo.

—Lo entiendo, pero siempre tienes una cama en casa.

—Te lo agradezco, tu familia siempre fue muy generosa conmigo.

—Te debemos mucho.

—Deja de agradecer —sonreí.

Aprovechamos para hablar un poco de cómo quedaba el tema, la verdad es que él y Samuel, cada uno desde su país, sabían manejarlo todo bien, pero tanto a uno, como a otro, le tenía que poner al tanto de algunas cosas, cosa que hasta ahora no había podido con Mohamed pues era cuando nos habíamos encontrado.

—Hay un sobrante de setenta mil euros, que la única forma que tienes de llevártelo es que te lo envíe a través de unas de las lanchas de las que ya se encargue Samuel —me decía eso porque yo no me lo podía llevar como si nada a España en un sobre.

—No, eso es para ti, por la confianza y el respeto que me mostraste siempre…

—Pero es mucho dinero —para él lo era, para mí, por muy asqueroso que sonara era una cantidad insignificante.

Terminé de matizarle ciertas cosas, la verdad es que todo con él era muy fácil y no había que repetirle nada. Aprovechamos esa parada para dejar resuelto todo.

Me desvinculaba por completo, tenía que despedirme, además, me quedaba tres o cuatros días en Chefchaouen para relajarme por el pueblo y coger energía. Quiera o no, mi cabeza siempre era una olla exprés en funcionamiento para nunca dejar ningún cabo suelto.

Llegamos al pueblo y me llevó hasta la entrada de la plaza con el coche, nos dimos un abrazo y quedamos en vernos al día siguiente para comer.

Crucé la plaza saludando a varios camareros y chicos del pueblo para los que era una cara conocida y me dirigí a la Riad que, cómo no, me tenían preparada la mejor suite con una terraza mirando a la plaza. Pedí que me subieran un té mientras abría el grifo del jacuzzi redondo que había a los pies de mi cama para en un rato darme un merecido y relajante baño.

Sonreí disfrutando de esos sorbos, ya que quemaba, apoyado en el poyete y mirando el vaivén de la gente, ya no pertenecía al mundo del narco, tenía todo mi imperio bien repartido y de forma que no había levantado sospechas. Con eso, me daba por más que satisfecho.

Ahora era un exitoso constructor inmobiliario que me había hecho con una clientela de lo más distinguida, todos de nacionalidades extranjeras y que manejaban sumas de dinero tan desorbitadas que iban adquiriendo inmuebles por todas partes del mundo y entre ellas, alguna de las zonas de Málaga era de lo más atractivas para adquirirlas.

Miré hacia el lado y vi que me miraba con timidez una joven mientras tendía unas sábanas desde la terraza de la vivienda colindante a la Riad.

Morena, ojos marrones, nariz perfecta, pero tristeza en sus ojos, esos que agachó rápidamente y se metió hacia dentro.

Llevaba un velo en color blanco, pero dejado caer, se le podía ver su brillante melena castaña a la perfección mientras iba desapareciendo hasta el interior de lo que imagino era su casa.

Jamás una mirada me había impactado tanto, pero era el conjunto con su rostro y ese tono moreno de piel tirando a dorado, era una cara demasiado bonita.

Delgada, pero con curvas que pronunciaban ese pijama que llevaba en color celeste con nubes blancas.

Solté el aire que me había quedado contenido con tanta belleza. Negué sonriendo mientras miraba hacia la medina y daba un trago grande para acabar con el té, que ya estaba más frío.

Me mojé los dedos para ver cómo estaba el agua y me desnudé para adentrarme, después de echarme una copa de vino que había pedido que me tuvieran para la llegada, allí me tenían como un buen cliente y no dudaban en satisfacer todo aquello que les solicitaba.

Marqué el número de teléfono de mi madre y lo puse en manos libres.

—Hijo, mucho has tardado en llamarme hoy.

—Menos que ayer, que no te llamé —me reí causándole una carcajada, era muy irónica y a mí me encantaba seguirle el juego.

—¿Qué tal estás?

—De vacaciones, me he ido por el mundo unos días.

—Haces muy bien, trabajas mucho ese cerebro para que la inmobiliaria siga funcionando con éxito.

—Claro que sí mamá. ¿Y tú, que tal estás?

—Pues cocinando para mañana un estofado de carne con papas.

—Se me acaba de hacer la boca agua —me encendí un cigarrillo y le di un trago a la copa.

—No te digo que vengas porque estás fuera.

—Tranquila —sonreí—, en otro momento me lo preparas especialmente para mí.

—Sabes que sí. Por cierto, tu hermana está otra vez con ese hombre casado, vi cómo la dejaba aquí en la puerta, pero sabes que no le puedo decir nada, no me hace caso y se pone a chillar como una loca.

—Sabrina se las va a ver conmigo.

—No, hijo, no quiero que os disgustéis.

—Lo que tiene que hacer es cuidar a su hijo, que tu eres la abuela, no la madre y te lo estás cargando todo.

—Pedrito es una bendición.

—Mamá, por favor, una cosa no quita a la otra, pero mi hermana debe ser responsable de sus actos.

—Hijo, a mí lo que me preocupa es que ese hombre casado la pueda meter en un lío. Sabrina está irrumpiendo en una familia.

—Sabrina se está buscando que yo me ponga serio y le corte el grifo.

—Ay hijo, pero se puede hablar con ella en vez de discutir.

—¿Y te valió de algo?

—No, pero lo digo por ti, que no quiero que te embales.

—Bueno, no te preocupes de nada, hablamos mañana.

—O pasado, o el otro —murmuró irónicamente porque sabía que lo mismo me pasaba tres días sin llamar.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí, Kevin, y tu padre estaría muy orgulloso de ver en qué te has convertido.

Para mi madre la cosa nunca pasó de los trapicheos, llevaba muchos años creyendo que todo mi imperio inmobiliario había sido a base de esfuerzo y constancia, que la hubo, pero no de la manera que ella se imaginaba.

Mi padre falleció en un accidente laboral, por ello fue por lo que la indemnizaron con una buena suma de dinero y le quedara una paga decente, al menos para la visión de ella.

Con la indemnización compró una casa en una zona buena, saliendo de donde había vivido hasta entonces, de la que sin que ella lo supiera, pagué una gran parte en B, cosa que mi madre se pensó que solo había pagado por la casa lo que entregó ante escrituras.

Eso sí, mi hermana no trabajaba y todo lo tenía que solventar mi madre con su paga, por lo que yo todos los meses le llevaba mil quinientos euros en un sobrecito y aportaba para que estuvieran mucho más desahogadas.

A mi sobrino no le faltaba detalle, que para eso estaba el tío Kevin, además, el niño me veía como esa figura paterna que nunca tuvo, ya que fue fruto de una borrachera de mi hermana, esa que no recordaba nada de esa noche y menos con quién se acostó en la feria. No la maté de milagro, pero bueno, todos asumimos lo que venía.

Nunca imaginaron que más lejos aún de la inmobiliaria, existía otro imperio que tenía en otras partes del mundo en bancos de paraísos fiscales, ese secreto siempre me lo llevaría a la tumba.

r

s

A mi sobrino no le faltaba detalle, que para eso estaba el tío Kevin, además, el niño me veía como esa figura paterna que nunca tuvo, ya que fue fruto de una borrachera de mi hermana, esa que no recordaba nada de esa noche y menos con quién se acostó en la feria. No la maté de milagro, pero bueno, todos asumimos lo que venía.

Nunca imaginaron que más lejos aún de la inmobiliaria, existía otro imperio que tenía en otras partes del mundo en bancos de paraísos fiscales, ese secreto siempre me lo llevaría a la tumba.

Capítulo 2



Aisha

¿Cuántas cadenas es capaz de soportar una persona?

Esa era la pregunta que me llevaba haciendo desde que tenía uso de razón, pero con el paso de los años, con la madurez y la experiencia que estos daban, esa pregunta se repetía en mi cabeza más veces al día de las que deberían ser normal.

Nací en una fría noche de enero hacía ya veinticinco años, y llegué a la familia no sin esfuerzo, dado que mis padres, Kalil y Fátima, no cejaron en su empeño de buscar un segundo hijo con el que llenar su hogar de dicha y alegría.

Y teniendo en cuenta que mi hermano mayor, Karim, ya tenía trece años cuando yo nací, eran muchos años esperando un nuevo nacimiento.

Para mi padre, un hombre bien arraigado a nuestras costumbres, el que su joven y fértil esposa no le diera otros hijos durante aquellos años supuso una desgracia, puesto que pensaba que se quedaría solo con aquel varón, mientras que sus amistades ya tenían una gran descendencia para entonces.

Recurrieron a algunas mujeres expertas en hierbas y demás remedios para la fertilidad, y yo era quién para decir s fue eso lo que dio resultado, o los muchos rezos de mi madre para concebir de nuevo y no ser repudiada por su esposo, o peor, que se buscara una segunda esposa que le diera más hijos, pero finalmente me acomodé en el vientre de Fátima, quien me recibió con los brazos abiertos.

A diferencia de mi padre, quien esperaba que fuera otro varón.

Claro que, entre rezos, hierbas y noches de pasión, o al menos eso quiero imaginar, poco después de mi nacimiento mi madre volvió a quedarse embarazada, y así llegó Kasim, quien tan solo era un año menor que yo.

Mis padres se casaron cuando él tenía treinta y un años y ella veintiséis, uno de esos matrimonios concertados entre familias, para consolidar la amistad, la riqueza, los negocios y demás.

Ella tenía detrás una historia que nunca quiso contarme, y dudaba que lo hiciera, pero a veces la encontraba pensando sentada en la terraza, con la mirada perdida como si reviviera tiempos pasados.

Solo la veía sonreír cuando me observaba, puesto que siempre me hizo saber que era la niña de sus ojos. “Mi pequeño regalo”, así me llamaba.

Karim nació un año después de la boda, a sus treinta y ocho años era no solo la viva imagen de nuestro padre, sino que tenía también ese arraigo por las costumbres que yo tanto detestaba. Se casó con Yamila cuando tenía treinta y cinco, y ella diez años menos, y eran los felices padres de una hermosa niña de dos años llamada Amina, una bendición para todos, pero mi hermano, al igual que nuestro padre, deseaba un varón.

Por el bien de mi cuñada esperaba que el bebé no tardara tanto en llegar como yo, porque ella bien conocía a mi hermano al igual que todos en la familia, solo que hacíamos como si no supiéramos.

Y aunque Karim no había amenazado con una segunda esposa, y no creía que nunca lo hiciera, bien era cierto que podría buscar ese varón en otros lechos, como buscaba otros placeres que Yamila no le daba.

Como digo, no era un secreto en nuestra familia que Karim era un marido infiel a su esposa, y que se acostaba con otras.

—¿De nuevo en tus mundos, hermana? —preguntó Kasim, entrando en la cocina en ese momento, donde yo me encontraba troceando verduras.

—No, solo pensaba en mis horarios de trabajo —mentí.

—Queda poco ya para mi gran día —sonrió y me dio un beso en la mejilla.

i

Kasim, al igual que nuestro hermano mayor, era igual a nuestro padre, yo por suerte había heredado todos los rasgos de nuestra madre, aunque entre los tres nos parecíamos un poco.

A sus veinticuatro años llevaba prometido con la joven Nadira desde hacía dos años, y ahora llegaba el momento de su boda. En aquel entonces ella solo tenía dieciocho, vivía a cargo de su hermano, diez años mayor que ella, y puso como condición que esperaran para la boda a que cumpliera los veinte.

Tanto mi padre, como Karim, quien hacía las veces de hombre de la familia y prácticamente era quien tomaba las decisiones, aceptaron.

Nadira era un encanto, sonriente y feliz, y por extraño que pareciera, aun siendo un matrimonio concertado, ambo jóvenes se veían enamorados, claro que esos casi tres años desde que se conocían fueron suficientes para que entr ellos naciera ese amor que yo, deseaba encontrar.

Hecho ese que nunca ocurriría, puesto que al igual que ellos, el mío también sería, o, mejor dicho, era un matrimonio concertado.

Nadie hablaba de ello aún en voz alta, nadie verbalizaba lo que sería de mi destino, pero no soy tonta, nunca me caractericé por serlo, y una noche escuché una conversación entre nuestro padre, Karim y Hakim, mejor amigo y hombre de confianza de mi hermano en sus negocios, esos que de legal tenían poco, pero a él le generaba suculentos ingresos, y pensaban casarme con Hakim.

¿Más cadenas para mí en esta torre? Sí, eso parecía, solo que yo me iría de la casa familiar, mientras que mis hermanos, sus esposas y sus hijos permanecerían en ella.

Así era la tradición, los varones se llevaban de la casa familiar a sus recién estrenadas esposas, a ese lugar al que llamarían hogar y llenarían de niños.

¿Yo quería hijos? Por supuesto que sí, pero siempre soñé y deseé tener una familia con el hombre que yo eligiera, con ese del que me enamorara perdidamente, que me hiciera sentir las mariposas en el estómago de las que hablaba mi mejor amiga Nerea, aunque ella no es que creyera en el amor desde que aquel hombre con el que pasó un verano entero disfrutando del romance y el lujo por las calles de mi Chefchaouen natal le rompiera el corazón.

Ella era española, y siendo apenas una niña de cinco años se quedó a vivir aquí con su madre, cuando esta vino a visitar a su tío, un hombre que dejó su Cádiz natal por amor, el amor que sintió al ver a la que, a día de hoy, seguí siendo su esposa, la reina de su mundo, y quien le dio una hermosa hija llamada Saida, toda una belleza, morena como su madre y de ojos azules como su padre.

Saida tenía la misma edad que Nerea y yo, por lo que solíamos salir a veces juntas a cenar a una de las terrazas y tomar un té antes de volver a casa.

—¿Sigues en esta cocina o te has ido? —me sobresalté al escuchar la voz de Kasim.

—¿Eh? Perdona, es que… —suspiré— Estaba repasando el cuadrante de trabajo y sabes que me pierdo en esas cosas.

—Desde luego —sonrió—. ¿Nadira te ha pedido ayuda con lo de la henna y todo eso?

—Sí, no te preocupes que estas manos la van a dejar la mar de hermosa para ti, hermanito.

s—Ya lo es, la más hermosa de entre las mujeres.
e

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Más que a mí mismo. Agradezco a padre y a Karim, que pensaran en ella como mi esposa.

—Kasim —lo miré de reojo antes de hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua—. ¿No te molesta que sea un matrimonio concertado para el beneficio de nuestro hermano? Ya sabes, Nadira es la hija de uno de sus… hombres.

—Lo sé, pero podría haber sido peor. Ella podría no amarme, yo podría no gustarle, incluso estaría en todo su derecho de odiarme si así lo quisiera porque le impusieron el matrimonio conmigo. Pero no lo hace, me quiere, m aceptó como su futuro marido, padre de sus hijos, y el hombre que proveerá por nuestra familia.

—Te envidio tanto —sonreí, pero sabía que ese gesto no me había llegado a los ojos—. ¿Es bonito sentir que te aman, Kasim?

—Soy hombre, y jamás admitiré ante nadie haber dicho esto —me advirtió levantando el dedo—, pero se siente dichoso, hermana.

—Me alegro por ti, y por Nadira. Eres un buen hombre —le aseguré apoyando la mano en su mejilla, gesto que me costaba puesto que al igual que los otros dos hombres de nuestra familia, él era algo más de veinte centímetros más alto que yo, que apenas medía metro sesenta—, Nadira tiene suerte de que la casen contigo.

a
—Aisha —me devolvió la sonrisa y apoyó la frente en la mía como solíamos hacer a veces—, el hombre que padre y Karim escojan para ti, no solo será afortunado, sino que te amará, te colmará de atenciones y te hará la esposa más feliz.

—Lo dudo —suspiré apartándome de él—. Yo no tendré esa suerte que Nadira y tú habéis tenido. Yo…

—¿Aisha? —guardé silencio al escuchar la voz de mi cuñada Yamila.

Ella era buena con todos, y a pesar de los desplantes amorosos de mi hermano, no dejaba de ser su esposa y había cosas que nunca, jamás, diría delante de ella.

—Ah, aquí estás. Tu teléfono ha estado sonando en la habitación desde hace unos diez minutos.

—Vaya, lo olvidé allí —me limpié las manos y con una sonrisa, salí de la cocina para ir por el móvil.

Encontré un mensaje de Nerea, preguntando si tenía una copia de su cuadrante de trabajo para la siguiente semana. Sonreí, aquella mujer era un caso, si no fuera porque llevaba la cabeza unida al cuerpo, la habría perdido más de una vez.

Aisha: *Lo tengo, no te preocupes, siempre hago copia del tuyo también.*

Saqué su cuadrante del cajón en el que estaba el mío, le hice una foto y se la envíe, me respondió con un montón de emojis felices y ojos de corazón, en palabras sería un "gracias, me acabas de salvar la vida, te quiero una *jartá*", algo muy típico suyo.

Dejé el cuadrante de nuevo en el cajón, así como el móvil en la mesita, y regresé a la cocina para seguir preparando la comida.

Así solía ser mi vida, levantarme y desayunar con la familia, preparar la comida en mis días libres, o hacer cualquier otra tarea en la casa, ir al trabajo en el Riad donde era parte del servicio de habitaciones, y volver a casa

En ocasiones acompañaba a Nerea y Saida a cenar, pero por el resto, nada especial.

Salvo esperar a que, en mi familia, se decidieran a hacerme saber que, en un futuro no muy lejano, acabaría siendo la esposa de Hakim.

Encontré un mensaje de Nerea, preguntando si tenía una copia de su cuadrante de trabajo para la siguiente semana. Sonreí, aquella mujer era un caso, si no fuera porque llevaba la cabeza unida al cuerpo, la habría perdido más de una vez.

Aisha: *Lo tengo, no te preocupes, siempre hago copia del tuyo también.*

Saqué su cuadrante del cajón en el que estaba el mío, le hice una foto y se la envíe, me respondió con un montón de emojis felices y ojos de corazón, en palabras sería un "gracias, me acabas de salvar la vida, te quiero una *¡artá*", algo muy típico suyo.

Dejé el cuadrante de nuevo en el cajón, así como el móvil en la mesita, y regresé a la cocina para seguir preparando la comida.

Así solía ser mi vida, levantarme y desayunar con la familia, preparar la comida en mis días libres, o hacer cualquier otra tarea en la casa, ir al trabajo en el Riad donde era parte del servicio de habitaciones, y volver a casa.

En ocasiones acompañaba a Nerea y Saida a cenar, pero por el resto, nada especial.

Salvo esperar a que, en mi familia, se decidieran a hacerme saber que, en un futuro no muy lejano, acabaría siendo la esposa de Hakim.

Capítulo 3



Aisha

Era una bonita mañana de octubre, y como tantas otras, empezaba una nueva semana.

Lunes que te quiero lunes, como solía decir Nerea, acompañado de una de sus mejores sonrisas.

Como un gato, así me estiré en la cama esa mañana de lunes antes de comenzar el día.

Tras una ducha de esas que a primera hora siempre sientan de maravilla para despertarte, me vestí y fui a la cocina a desayunar donde ya estaba mi madre con todo servido.

—Buenos días, mamá —sonreí y le besé la mejilla.

—Buenos días, hija. ¿Ya estás lista para el trabajo?

Asentí, me senté y esperé al resto, que no tardaron en unirse a nosotros.

—Aisha —miré a mi hermano mayor cuando me llamó—. ¿A qué hora vuelves del trabajo?

Siempre decía aquello como si fuera una vergüenza para él, que lo único que había querido al igual que mi padre era que me quedara en casa aprendiendo a ser una buena esposa, pero yo eso ya lo sabía, desde bien pequeña aprendí todas las tareas que hay que hacer en un hogar, todas, sin excepción.

—A las tres y media, como siempre —fue mi respuesta.

—Bien, hablaremos entonces.

Y así, sin más, sin una sola palabra que siguiera en esa escueta frase, se sentó junto a nuestro padre, acompañado

de su esposa y la pequeña Amina.

El desayuno transcurrió como siempre, en un silencio casi sepulcral que odiaba desde que tenía diez años, pero nadie, salvo Karim o nuestro padre, podían romperlo. Y ese día le tocó a este último, ese hombre de setenta años.

—¿Cómo van los negocios, hijo? —le preguntó a Karim.

—Bien, padre, muy bien de hecho. Los beneficios siguen subiendo.

—¿Y la competencia?

—De eso no se preocupe, está controlado también.

Todos sabíamos cuáles eran esos negocios, y a nuestro padre parecía no importarles que el mayor de sus vástagos se ganara la vida traficando con marihuana y hachís, exponiéndose un día a ser detenido y encarcelado. ¿Es que acaso no pensaba en su pequeña hija? ¿No le importaba el hecho de que se quedara sola y desamparada con su madre?

Suspiré por lo bajo, acabé mi desayuno tan rápido como me fue posible, y recogí mis cosas para ir a lavarlas antes de marcharme.

—Los demás no hemos terminado —protestó Karim, al ver que me ponía en pie.

—Pues yo, sí, tengo que ir a trabajar.

—Eso no es trabajar, Aisha, es ir a pasar el rato.

—Es trabajo, Karim. Los clientes piden y nosotros, los empleados del servicio de habitaciones del hotel, les servimos. ¿No decís siempre que tengo que ser una buena esposa y acatar las órdenes del que un día será mi marido? Pues bien, mejor trabajo que ese, donde soy educada y respetuosa, no hay. Es un lugar donde practicar m sumisión al hombre al que decidas venderme como a una de tus mercancías.

—No hables así a tu hermano, Aisha —dijo mi padre—. Él provee a esta familia.

—Pensé que ese era el deber del padre, no del hijo mayor. Pero veo que en esta casa te han relegado del puesto de monarca mucho antes de lo que deberían.

—Aisha —murmuró mi madre, pero no quise mirarla.

—Cuida tus palabras, Aisha, soy el mayor, y me debes respeto —Karim se puso en pie, haciendo alarde de toda su estatura, ese metro ochenta y cinco que a todos daba miedo, pero a mí…

—Te respetaría, si no pretendieras casarme con alguien a quien jamás podría amar —no diría que sabía de sus intenciones, pero ahí le dejaba la pelota, en su tejado, para ver qué hacía con ella.

Solo que fue mi padre, quien respondió.

—Te casarás con quien Karim decida, al igual que va a hacer Kasim. No me relegó nadie de mi puesto de padre de familia, yo le cedí el honor a tu hermano, en el momento en que decidió desposarse. Lo habría hecho contigo igual su hubieses sido mi primogénito.

—Gracias a Allah que no lo soy, pero de haberlo sido, mis negocios serían un poco menos peligrosos. ¿Es que no ves que puede arrastrarte con él al fango? —grité.

—Si vuelves a gritar a nuestro padre, Aisha…

—¿Qué, Karim? ¿Qué harás? ¿Abofetearme? Jamás te atreverías —esto último lo dudaba, puesto que alguna vez sí me había levantado la mano, pero el golpe nunca llegó porque nuestra madre le imploraba que no lo hiciera.

—Quizás sería lo que necesitas para ser una buena mujer, una buena hija, y algún día, una buena esposa.

—Te lo advierto, Karim —le señalé con el dedo—. Si un día me pones la mano encima, no volveréis a verme en esta casa.

Ni siquiera me molesté en recoger mi plato, lo dejé todo en la mesa, cogí el bolso y el velo con el que siempre salía a la calle, aunque mi ropa era de lo más europea: vaqueros, camisetas, deportivas, y me marché mientras me lo ponía.

El Riad estaba a un paso de mi casa, por así decirlo, por lo que apenas tardaba en llegar al trabajo.

Esa mañana, iba tan enfadada por lo vivido hacía solo unos minutos, que ni siquiera me di cuenta de que Nerea me venía llamando desde su camino.

—¡Por el amor de Dios, Aisha! —gritó ya a mi lado— ¿Te has quedado sorda de ayer a hoy?

—Perdona, iba pensando.

—No, pensar no, lo que hacías era echar humo por las orejas. ¿Qué ha pasado, mi niña? —curioseó mientras

ıpasaba su brazo por mis hombros.

Ambas éramos de la misma estatura, y si no fuera por las diferencias físicas, Nerea tenía una bonita y brillante melena rubia que enmarcaba unos ojos azules como el cielo más veraniego, bien podríamos decir que éramos primas, como ella y Saida.

—Karim ha dicho que hablaremos cuando regrese del trabajo, y no sé, pero tengo la sensación de que…

—Ha llegado la hora —acabó ella por mí.

—Sí —suspiré.

—Hakim es un hombre agradable a la vista —dijo—. Es alto, atractivo, moreno con los ojos negros como la noche. Y aunque sea amigo y mano derecha de tu hermano, no parece ser un ogro.

—No digo que lo sea, pero sabes que siempre he querido un amor de verdad.

—No puedo imaginar que mi familia me obligara a casarme con un hombre al que no amara. Por suerte mis tíos no son así con Saida.

—La envidio, de verdad que sí.

—Aisha… —Me abrazó con fuerza en cuanto vio mis ojos vidriosos, odiaba mostrarme así, pero solo ella y su prima, veían mis lágrimas.

Adoraba a mi madre, moría por mi sobrina, quería a Kasim, y si no fuera porque ellos tres serían quienes peor lo pasarían si hiciera una locura, la habría hecho el año anterior en cuanto escuché aquella conversación.

Vivía infeliz desde que tenía quince años y mi padre y Karim me dijeron que algún día sería la esposa de un hombre con el que nuestra familia se viera más beneficiada, al igual que él se había casado con Yamila.

eNueve años odiando esas cadenas que pesaban como losas de cemento sobre mí, y cuando el año anterior aquello se convirtió en una realidad, vivía con la incertidumbre y el miedo de pensar cuándo llegaría la hora.

Pensé en aquel entonces, diez años atrás, que sería la segunda en casarme, que seguiríamos el orden de edad y nacimiento, pero entonces anunciaron el compromiso de Kasim y durante un momento respiré aliviada, pensando que mi hora nunca llegaría, hasta el año pasado, donde mi respiro se convirtió en una opresión continua en el pecho.

Tanto Nerea como Saida sabían lo que escuché, y decían que desde entonces me había convertido en la chica de los ojos más tristes que habían visto en su vida.

—Vamos, olvida al idiota de Karim y lo que haya pasado, y empecemos a trabajar —dijo retirando unas lágrimas furtivas que se deslizaban por mis mejillas.

—Lo olvido por unas horas, nada más, porque esta tarde… —suspiré cerrando los ojos, tomándome un momento para asimilar mis próximas palabras— Esta tarde sé que me convertiré en una mujer prometida.

Tanto Nerea como Saida sabían lo que escuché, y decían que desde entonces me había convertido en la chica de los ojos más tristes que habían visto en su vida.

—Vamos, olvida al idiota de Karim y lo que haya pasado, y empecemos a trabajar —dijo retirando unas lágrimas furtivas que se deslizaban por mis mejillas.

—Lo olvido por unas horas, nada más, porque esta tarde… —suspiré cerrando los ojos, tomándome un momento para asimilar mis próximas palabras— Esta tarde sé que me convertiré en una mujer prometida.

Capítulo 4



Kevin

Literalmente me había dormido en el jacuzzi por un buen rato. La copa de vino estaba dentro del agua, la que debió caer de mis manos.

Vi una notificación en mi móvil y era de Sara, una chica con la que me veía de vez en cuando y teníamos mucho *feeling*, tanto que cuando nos encontrábamos, terminábamos dándonos unos revolcones impresionantes.

No me había enamorado de ella como para tener algo serio, pero sí que como dice el refrán: "a nadie le amarga un dulce".

Sarah: *Hola, bombón ¿te apetece tomar una copa esta noche?*

Kevin: *Hola, preciosa, me pillas fuera de viaje.*

Sara: *A ver cuándo te acuerdas de llevarme a uno, no soy tan mala compañera de viaje.*

Me sacó una sonrisa mientras me secaba, la verdad que no hubiera estado mal tenerla aquí en estos momentos para terminar dándonos un glorioso revolcón en la cama.

Kevin: *Pues mira, pronto te daré alguna sorpresa.*

Sara: *Tus prontos me los conozco, jajaja…*

Kevin: *Mujer de poca fe…*

Sara: *Espero ese viaje. Muak*

Kevin: *No lo dudes, preciosa.*

Salí de nuevo a la terraza, eran las siete de la tarde y comenzaba a atardecer, además una ligera brisa comenzaba a sentirse en este mes de octubre que parecía llegar más fresco de lo habitual.

Me gustaba sentir la paz que daba ese lugar en el que cuando menos lo esperabas se volvía un embrujo con la llamada a la oración que se podía escuchar como un eco proveniente de varias mezquitas.

Dejé el Riad para perderme por esas calles que ya estaban de lo más animadas con la gente del pueblo y los turistas entremezclados con ellos.

Se me hizo extraño que en el Riad ya no había una cara conocida, y es que habían cambiado tanto de dueño como de personal.

—¡Kevin! —escuché una voz conocida cuando estaba por la plaza.

—Hombre, Abdul —lo abracé—. ¿Qué tal estás?

—Bien, ya tú sabes cómo es esto, pocos cambios.

—¿Un té? —Señalé una de las terrazas.

—Claro, cómo no.

—Está muy animado todo.

—Sí, la verdad es que sí, ya tú sabes que comienza nuestra época y aunque hay turismo en verano no es lo mismo con el calor, viene menos gente, prefieren ir a zonas de playa que no aquí en la montaña.

—Sí. ¿Y tu familia qué tal?

—Ahí vamos lidiando, mi mamá está mal, tiene un problema con el azúcar y la tensión, pero bueno, vamos llevándola a Tetuán a los médicos cada vez que podemos —hizo un gesto con sus dedos como que todo dependía de la economía.

—Si necesitas algo puedes contar conmigo.

—Ya me has ayudado mucho otras veces, ahora mismo vamos bien, están cubierto sus medicamentos y tuvo una revisión hace poco menos de un mes.

—De todas maneras, toma esto —abrí mi cartera y le di doscientos euros.

—No, Kevin, de verdad, ahora mismo estamos defendiéndonos bien.

—No hay no que valga —le regañé arqueando la ceja y lo tuvo que aceptar.

—Eres una buena persona, Kevin —murmuró emocionado.

—Nada, hoy por ti y mañana por mí —dije sabiendo que ahora mismo lo que menos falta me hacía era dinero, pero era una forma de hacerle comprender que nunca sabemos la ayuda que podríamos necesitar.

Abdul era un buen chico de unos veinticinco años, se buscaba la vida como podía con el turismo o haciendo recados a los negocios del pueblo. Lo conocí hace muchos cuando con mis primeros viajes al pueblo en los que siempre me ofrecía su ayuda y lo tenía para algunos recados.

Después de un rato tomando un té con él, me despedí y fui a callejear un poco, me apetecía perderme por las calles azulinas de la medina que ya eran un hervidero de gentes que salían a dar un paseo cuando caía el sol.

Y vaya si me perdí por la medina, que llegué hasta la cascada de arriba donde me senté en el muro a fumar un cigarrillo y disfrutar de unas vistas que te hacían sentir libre como el viento.

En ese momento me llegó un mensaje de mi hermana con la que me llevaba de mal en peor, pero que intentaba siempre mantener la calma por la estabilidad emocional de mi madre.

Sabrina: *Hermano tengo una urgencia. ¿Podrías dejarme doscientos euros?*

Me reí negando. ¿Prestar? ¿Y desde cuándo ella podía devolver dinero, cuando ni trabajaba ni hacia el menor intento por conseguir un trabajo? Una vez la metí en la inmobiliaria, pero terminó peleándose con los demás empleados y era de lo más floja, nada quería hacer, no tenía solución.

Kevin: *¿Para qué lo necesitas? Mamá te cubre todas las necesidades.*

Mandé el mensaje y acto seguido le puse un Bizum, total, íbamos a terminar enfadados y se lo terminaría dando. La rabia no era darle doscientos euros, eso era lo de menos, el problema era saber que pasaba de todo, que hasta a su hijo no le daba la menor atención teniendo que ocuparse de pleno mi madre, pero bueno, que no valía para negarle esas ayudas que pedía constantemente y que se gastaba sin miramiento alguno.

Sabrina: *Gracias, hermano, te I love you.*

Ni me respondió, se limitó a decir eso, ya que le había llegado el Bizum y tenía su objetivo.

Kevin: *¿No me vas a responder?*

Sabrina: *¿Qué mejor respuesta que decir a un hermano cuánto lo quieres?*

Kevin: *No hagas locuras, por favor…*

Me daba rabia porque a mi hermana, yo le hubiera puesto un piso y todo lo que hiciera falta, como el trabajo, perc es que no estaba centrada, normal después de cómo nos criamos, pero joder, podría poner un poco de su parte y hacer feliz a mi madre, y a mí de paso.

Ni dos minutos después cuando comencé a bajar de nuevo por las calles del pueblo, me entró una llamada de mi madre.

—Hijo, tu hermana está rebelde, la escuché decir por teléfono a ese hombre casado que ya iba para el hotel donde habían quedado —en ese momento se me encendió la bombilla, y para eso quería el dinero, no solo para irse con él a pasar la noche, sino para pagarla.

—Mi hermana se la está buscando a base de bien —dije muy enfadado—. Hace nada me ha pedido dinero prestado.

—¿Se lo diste?

—Sí, como siempre soy tonto.

—A su hijo le prometió llevarlo al parque esta tarde y no lo hizo, el pobre se quedó todo triste. Es un niño y no se da cuenta el daño que le hace.

—Cuando regrese me voy a encargar de solucionar el problema, esto no puede seguir así.

—¿Qué vas a hacer?

—Darle un ultimátum.

—Hijo, pero yo…

—Tú vas a tener que ir de mi mano, de otra manera seguirá haciendo lo que quiere y evitará toda la responsabilidad que tiene sobre el niño.

—No quiero que se enfade y se vaya, no tiene dónde ir.

—Ese es su problema, o acata y cambia, o se las va a ver negras. Y no comiences con el llanto que eso no soluciona nada, hay que tomar cartas en el asunto.

—No sé para qué te he dicho nada.

—Ocultármelo todo agravará los problemas.

Me despedí de ella un tanto enfadado por lo imbécil que había sido una vez más en darle dinero para que lo tirara en sus caprichos, capricho que no la llevarían a nada. Estaba con un hombre casado que jugaba a una doble vida, pero que no iba a dejar a su mujer. Además, estaba en medio de una familia siendo la otra, no se respetaba así misma, ni lo más mínimo.

Bajé a la plaza y me senté para cenar, me pedí una sopa marroquí *"Harira"*, la verdad es que se me había pasado hasta el apetito con la loca de mi hermana, que no solo estaba desquiciada ella, sino que nos estaba desquiciando a los demás y hasta a su propio hijo.

Un rato estuve comiéndome el coco de cómo hacer para que esa situación cambiara, pero claro, con mi madre por medio y mi sobrino, con solo cuatro añitos, me frenaba mucho.

Recuerdo el día que la amenacé con quitarle al niño y llevármelo, su respuesta fue a modo de pregunta: *"¿te preparo ya su maleta?"*. No veas lo que lloraba mi madre, cuando la niña soltó eso, a sus veintisiete años era lo más parecido a una persona de lo más egocéntrica y sin sentimientos.

Yo no quiero ser ejemplo de nada, pero siempre me preocupé por cubrir mis necesidades y la de toda mi familia, bueno, y de amigos y demás. Está bien que no lo hice de la manera más lícita, pero tampoco estuve esperando a vivir a costa de nadie, ni mucho menos de que el dinero me cayese del cielo como le gustaba a Sabrina.

Estuve un buen rato sentado en aquella terraza analizando la situación y comiéndome por dentro, lo que más me jodía es que mi madre, era la que más estaba sufriendo y no era capaz de ponerle los puntos sobre las íes.

En fin, que detrás de todo el imperio que había formado existían todo tipo de problemas familiares ocasionado por la misma persona, mi hermana Sabrina…

ɹ

ɾ

Capítulo 5



Aisha

La mañana de trabajo en el hotel había transcurrido como siempre, atendiendo las peticiones del servicio de habitaciones de nuestros clientes con la mejor de mis sonrisas.

Bien sabido era eso de que la procesión iba por dentro, como siempre decía la madre de Nerea.

Y así era para mí, el dolor y el pesar de cuanto cargaba a mis espaldas lo escondía tras una sonrisa, y siempre con el respeto que cada cliente merecía, por no hablar de no mirar a los ojos a ningún hombre más tiempo del que se consideraba decente a ojos de mi padre y mi hermano.

Mi hermano, ese hombre que se pasaba las costumbres de nuestra familia por donde le placía en cuanto una mujer bonita se cruzaba en su camino.

Y aunque nunca lo habíamos visto con una de sus muchas amantes, en casa no éramos tontos y sabíamos lo que hacía cuando salía de Chefchaouen.

Incluso tenía a Kasim como testigo de algunas de esas noches donde tras cerrar un buen trato, se llevaba a la cama a una mujer que no era Yamila.

Por suerte Kasim no era como él, y se mantenía fiel y enamorado de Nadira, solo que Karim le decía que, algún día, se acabaría cansando de tener siempre lo mismo y querría probar otras frutas.

Odiaba a nuestro hermano mayor por esas palabras, cuando sabía de sobra, al igual que todos, lo enamorado que el menor de la familia estaba de su futura esposa.

En cuanto llegué a casa entré con la cabeza alta, no iba a agacharla ante mi hermano, no era mi padre, no debería ser quien me dijera qué hacer o no con mi vida, no debería ser él quien manejara a la familia a su antojo.

Pero no estaba allí, por suerte para mí.

Tan solo escuchaba a mi madre en la cocina, trasteando mientras preparaba la cena pues el olor a especias que envolvía la casa, era una delicia.

Y mi padre no andaría muy lejos, lo sabía. Seguramente estaba en el salón leyendo o viendo un poco la televisión.

—Ya estoy en casa, mamá —dije entrando en la cocina.

—Tienes comida en la nevera, calienta lo que quieras y come —respondió sin mirarme.

—Mamá, ¿estás enfadada conmigo?

—No, hija. Pero no hagas que tu hermano y tu padre lo estén. Ellos solo quieren lo mejor para Kasim y para ti.

—¿Lo mejor? ¿En serio? —La giré para que me mirara— ¿Cómo puede ser lo mejor para mí, casarme con alguien a quien no conozco, a quien nunca amaré? Mamá, no puedes hablar en serio.

—Puede que le conozcas —dijo, y en cuanto fue consciente de sus palabras, abrió los ojos y retiró la mirada. Ella lo sabía, claro que sí, pero no podía decirme nada—. Tú solo obedece, hija, es lo mejor.

—¿Igual que hiciste tú? ¿Tengo que aceptar un matrimonio que no quiero, como hiciste tú hace casi cuarenta años, mamá?

—Es lo mejor para ti.

—No mamá, lo mejor para cualquier persona de este mundo, es casarse amando a quien prometerá amarle y respetarle el resto de su vida. ¿Qué pasa si mi futuro marido es como Karim?

—Aisha —protestó.

—Mi hermano es un hombre infiel, mamá. Puede sentir cariño por su esposa, pero de ahí a que la ame, va un mundo. Si lo hiciera, no compartiría cama con otras mujeres.

—Lo que pase en el matrimonio de tu hermano y Yamila es solo asunto suyo, nosotros ahí no tenemos nada que decir.

—O sea, que, si mi futuro marido me engaña con otras mujeres, tendré que ser como mi cuñada. Tendré que guardar silencio y dejar que mi esposo les dé a ellas, lo que debería darme a mí. Que bese a otras, que las toque, las abrace… ¿También tendré que permitir que tenga otros hijos? Porque cualquier día viene Karim con un hijo que no es de Yamila, y entonces, ¿qué?, ¿ella simplemente lo aceptará porque es de su marido?

—Si fuera el caso, tendría que hacerlo.

—Por Allah, mamá —levanté ambos brazos suspirando—. Voy a cambiarme.

—¿No comes?

—Se me ha quitado el hambre.

Salí de la cocina y fui a mi habitación, por suerte mi padre no había escuchado nada, de lo contrario ya me habría dado una buena bronca.

Y ni rastro de Yamila, estaría con la pequeña Amina paseando, o comprando algo para la boda de Kasim y Nadira

Me quité el velo y la ropa y me puse un pijama para estar por la casa, algo que me encantaba, estar lo más cómoda posible.

Estaba tirada en la cama, pensando en la conversación con mi madre, sin saber exactamente cuánto tiempo había pasado, cuando la escuché pedirme que la ayudara y cuando regresé a la cocina, me dijo que tendiera las sábanas.

No era solo para ayudarla, sino que sabía que salir a la terraza me sentaría bien, era siempre el modo en el que desconectaba de todo.

Tras ponerme el velo blanco que usaba cuando estaba en casa, cogí la cesta con todas las sábanas y subí a la terraza a tender.

La brisa que allí se sentía, a pesar de ser las cinco de la tarde, era una maravilla para mí.

Una a una fui tendiendo las sábanas mientras murmuraba una melodía que me gustaba, mientras me evadía de lo que me esperaba en la vida, solo que aquellos pensamientos regresaban de nuevo y con fuerza, haciendo que un suspiro largo y prolongado escapara de mis labios.

Y entonces algo llamó mi atención. Miré hacia el Riad y allí, apoyado en la barandilla contemplando el ir y venir de la gente por la medina, desde una de las suites, vi un hombre trajeado bebiendo a sorbos su té.

Era alto, al menos eso me parecía desde donde estaba, de cabello castaño, casi negro, ojos color miel y una mandíbula prominente. Sentí algo que no podría describir, pero algo, a fin de cuentas.

Se veía en aquella ropa como si fuera el dueño de cuanto le rodeaba, y tal vez así fuera, posiblemente era otro de esos empresarios que venían a disfrutar de unas vacaciones o a cerrar un negocio.

¿Por qué me mordía el labio? Aquello no era nada habitual en mí. Fruncí el ceño y seguí tendiendo las sábanas, pero los ojos se me iban solos de vez en cuando a aquel hombre, ese a quien la tela del traje parecía no incomodarlo en absoluto.

Y entonces, como si supiera que lo observaban, miró hacia mí y nuestras miradas se encontraron.

La aparté rápidamente, ningún hombre podía ver que lo observaba más tiempo del permitido y considerado decente y decoroso, mi padre y mi hermano me arrancarían los ojos sin tan siquiera mirara a un hombre con algo parecido al deseo.

Un momento, ¿deseo? No, no había deseo en eso, lo que sentía era admiración, sí, eso era.

Admiraba al hombre que seguía mirándome a pesar de yo no hacerlo, pero sentía sus ojos puestos en mí, porque l veía libre, con ese tipo de libertad que yo quería o necesitaba para mí, y jamás tendría.

—Aisha —la voz de Karim me llegó en ese momento, di un último vistazo con disimulo hacia el hombre de la suite, y tras recoger todo, entré de nuevo en la casa.

—Qué —pregunté cerrando la puerta.

—Ve a vestirte, dentro de quince minutos tendremos visita —respondió y suspiré cerrando los ojos.

Había llegado la hora, era el momento de la verdad.

Bajé a la habitación donde escogí unos vaqueros negros, una camisa amarillo pastel y el velo a juego junto con unos zapatos planos también negros.

Me maquillé apenas para que no me dijera nada mi hermano, y antes de salir le mandé un mensaje a Nerea.

Aisha: *Es hoy, tal como sospechaba.*

Con eso a ella le bastaría para saber lo que significaba, suspiré con un nudo en la garganta que no me dejaba apenas tragar ni respirar, y cuando escuché unos golpecitos en la puerta, tomé aire antes de dar paso.

—Hermana, Karim me ha pedido que venga a buscarte —dijo Kasim.

—¿Ya ha llegado quien sea que ha venido?

—Sí —sonrió.

—Kasim, ¿tú sabes algo sobre esta visita? —pregunté, con la esperanza de que mi hermano pequeño, ese que se acercaba más a mi edad que Karim, me dijera la verdad.

—No soy quien debe decírtelo, eso le corresponde a nuestro hermano.

—Me van a prometer, ¿verdad? —seguí indagando, y con ver el modo en el que abría los ojos para después apartar la mirada, tuve mi respuesta.

Seguí a Kasim hasta el salón donde todos lucían sus mejores galas, mamá había servido té y dulces para todos, y allí estaba Hakim, sentado junto a mi hermano mayor, sonriendo al verme aparecer.

—Aisha, me alegro de verte —dijo poniéndose en pie, y agaché la mirada en señal de respeto.

—Igual por mí, Hakim.

—Estás hermosa —rozó mi mejilla apenas con el dorso de la mano, y me estremecí, pero no porque me gustara el gesto, sino todo lo contrario.

No iba a negar que, a sus treinta y ocho años, los mismos que mi hermano, Hakim era no solo un hombre agradable a la vista, guapo y con una sonrisa sincera y hasta podría decir que entrañable, pero no era el hombre de que alguna vez pudiera enamorarme.

—Aisha, toma asiento, hermana —ordenó Karim, porque eso era lo que hacía, cuando decía algo no lo pedía, lo ordenaba.

Me senté en la silla libre que había entre mi madre y Hakim, quien no dejaba de mirarme por el rabillo del ojo cor una leve sonrisa en los labios.

En esto me había convertido desde el mismo momento en el que fui concebida, en mercancía para mi hermano mayor, apenas un paquete que entregarle a un hombre que me tomaría como esposa.

—Hakim ha venido para formalizar una nueva relación entre nuestras familias —anunció entonces Karim. Yo

seguía con la mirada inclinada, tragando con fuerza para deshacer el maldito nudo que tenía en la garganta, ese que no pasaba ni me dejaba respirar—. Aisha, Hakim y tú os casaréis en tres meses, espero que aceptes a mi mejo amigo como tu esposo y que, siendo la buena joven que eres, le seas leal, fiel, obediente y le complazcas en todo cuanto una esposa debe complacer a su marido.

—¿Tengo otra opción? —pregunté mirándolo, pero sin levantar la cabeza, Karim frunció el ceño al tiempo que apretaba la mandíbula.

—No, no la tienes. Hakim lleva años interesado en ti, y ya es hora de que seas su esposa y le des hijos.

—No soy mercancía, Karim —protesté—. No puedes tratarme así.

—Vas a casarte con él, Aisha —rugió—, ya te he concedido demasiado tiempo siendo una mujer soltera, a petición de nuestra madre.

Miré a mi madre, que no levantaba la cabeza, pero podía ver en sus ojos que ella no quería esto, como yo tampoc lo deseaba, ella se había negado a que me casaran, pero ahora… Ahora no podía hacerlo, ahora tenía que ver cóm mi hermano mayor me casaba con su mejor amigo.

—La boda se celebrará en tres meses, Aisha, y por el bien de tu esposo y nuestra familia, más vale que obedezcas Y espero de ti que llenes de dicha y risas de niños la casa de nuestros padres.

—Mercancía y fábrica de bebés que un día seguirán los pasos de su padre y su tío, traficando con drogas y acostándose con mujeres que no son sus esposas. Eso es lo que soy desde el momento en el que supisteis que era una niña lo que había nacido. Te odio, Karim, y a nuestro padre por consentir que mi vida caiga en esta desgracia.

—Aisha —miré a Hakim, que se puso en pie y no tardó en coger mi mano y arrodillarse ante mí—. Jamás te haré daño, serás mi *habibati* hasta que muera, nunca habrá otra mujer en mi vida, ni en mi cama. Solo tú, *habibati* —se llevó mi mano a los labios y dejó un beso en ella.

Era extraño que un hombre que no solo era amigo de mi hermano, sino que se dedicaba a lo mismo, pudiera sonar tan sincero y que así me lo dijeran sus ojos.

—Nunca podré amarte —dije con total sinceridad—, así me pidas que lo haga.

—Te querré igual, *habibati*, te cuidaré y velaré por ti y nuestra familia.

Vi en sus ojos una especie de súplica, como si él hubiera esperado durante años que yo aceptara este matrimonio. Ahora entendía por qué me observaba tanto cuando venía a casa a hablar de negocios con mi hermano, ese

hombre me deseaba, porque estar enamorado me parecía demasiado para alguien como él, siendo yo mucho rmenor.

—Aisha —la voz de mi padre me devolvió al salón en el que toda la familia esperaba que obedeciera, que dijera que sí, que aceptaba ese maldito matrimonio concertado.

Cerré los ojos, pensé un instante y quise salir corriendo, pero ya era tarde, ya no tenía escapatoria, ya no podía simplemente marcharme y ser libre de mis cadenas como siempre había querido. No, ya no podía encontrar ese amor verdadero que me arrollara y me hiciera feliz, este era mi destino y, simplemente, debía obedecer a mi hermano.

—Me casaré con Hakim dentro de tres meses —anuncié, sellando el triste capítulo de mi vida.

hombre me deseaba, porque estar enamorado me parecía demasiado para alguien como él, siendo yo mucho menor.

—Aisha —la voz de mi padre me devolvió al salón en el que toda la familia esperaba que obedeciera, que dijera que sí, que aceptaba ese maldito matrimonio concertado.

Cerré los ojos, pensé un instante y quise salir corriendo, pero ya era tarde, ya no tenía escapatoria, ya no podía simplemente marcharme y ser libre de mis cadenas como siempre había querido. No, ya no podía encontrar ese amor verdadero que me arrollara y me hiciera feliz, este era mi destino y, simplemente, debía obedecer a mi hermano.

—Me casaré con Hakim dentro de tres meses —anuncié, sellando el triste capítulo de mi vida.

Capítulo 6



Kevin

No eran ni las siete de la mañana cuando ya estaba en la terraza con un café en mano que me habían traído del servicio de habitaciones y fumando mi primer cigarrillo del día.

Tenía previsto ir a Tetuán con Mohamed, que quedó en recogerme a las nueve en la plaza donde desayunaríamos antes de ir a hacer una última gestión con Amir, un jefe de la policía marroquí que encubría la salida de la mercancía y al que se le pagaba grandes sumas de dinero.

Miré hacia el lado de la terraza y volví a encontrarme con esa chica que estaba tendiendo ropa de buena mañana. De nuevo volvíamos a cruzar la mirada, esa que no tardaba en bajar hacia el suelo y adentrarse en la vivienda como huyendo de no tener un contacto prolongado conmigo.

De todas maneras, era consciente de que muchas chicas en este país vivían muy sumisas a las normas de sus familiares y arraigadas a la cultura, cosa que en las grandes ciudades ya no se veía tanto, ya que iban avanzando a un estilo de vida más occidental, como era por ejemplo en la parte moderna de Tánger.

Era guapa, de una belleza indiscutible, de esas que se te queda impregnada en las retinas y es difícil de sacar. Lástima que no fuese europea…

Me metí en la ducha y dejé caer el agua un rato sobre mi cuerpo, tenía una sensación extraña, no estaba muy yo, era como si presagiara algo, me sentía inquieto, pero vamos, solo era un estado, nada sin mayor importancia.

Volví a pedir otro café, que recibí con la toalla por la cintura y que me llevé de nuevo a la terraza volteando la vista a la contigua por si la volvía a ver, pero no, imagino que no se pasaba la vida tendiendo ropa.

Se veía cómo las terrazas comenzaban a cobrar vida y estaban animándose con los turistas que se pedían esos desayunos completos en un entorno de lo más relajante.

Miré si mi madre aparecía en línea y lo estaba, así que aproveché para preguntarle cómo estaba.

Mamá: *Bien, recién se despertó el peque y aquí está mojando galletas en su Cola Cao. Dice que quiere ver una peli.*

Kevin: *Dile que el tito lo va a llevar a montarse a los cochecitos cuando regrese. Un beso a los dos.*

Mamá: *A los tres, tu hermana acaba de llegar de pasar la noche fuera, imagino que la pasó con él en el hotel.*

Kevin: *De eso me encargaré también a la vuelta, no te preocupes.*

Mamá: *Ya sabes que no quiero que os enfadéis.*

No le respondí, simplemente me dediqué a terminar el café con el cigarrillo antes de vestirme para bajar a tomar uno de esos desayunos que tanto me gustaban.

Un par de huevos fritos, tomate, café, té, zumo de naranja y unas tostadas con queso, eso fue lo que me pedí para comenzar el día. Mohamed no tardó en aparecer y venía sonriente.

—Buenos días, señor Kevin.

—Buenos días, Mohamed. ¿Te veo feliz? —pregunté arqueando la ceja.

—Me acabo de enterar que voy a ser padre de nuevo, viene en camino mi tercer hijo.

—No pierdes el tiempo.

—Aquí ya sabes que nos manejamos rápidos en ese tema.

—Lo que no entiendo es cómo lo hacéis viviendo bajo el mismo techo con la suegra, tu madre, los hermanos…

—Tenemos habitaciones, al menos podemos disfrutar de esos momentos de intimidad —dijo con una sonrisa pícara.

—Lo raro es que no tengas más mujeres.

—Bueno, algo hay por ahí, pero es extraoficial, mi mujer no me permite tener otra ni loco, vamos, antes me corta los huevos de cuajo.

—¿Y a la otra le da igual estar a la sombra?

—Mantengo a su familia que son muy pobres, viven en el campo, son bereber. Me quieren mucho.

—Yo de pensarlo me da estrés, no me atrevo ni con una, cuanto más con dos bandos y a escondidas.

—¿Nunca te casaste ni tuviste hijos?

—No, siempre me preguntas lo mismo.

—Será que me parece un poco raro, un hombre que lo tiene todo y que le falte una mujer…

—Tengo mis escarceos, sobre todo con una, Sara —me salió una sonrisa al recordarla—, pero no, no la veo como algo serio, ni para convertirla en mi mujer, ni madre de mis hijos.

—Nunca se sabe.

—Si hasta ahora no me ocasionó eso, dudo que luego lo haga. De todas maneras, tiene un carácter fuerte, es una mujer de armas tomar y a mí me gustan más dóciles, tímidas, que las pueda llevar mejor.

—Eres de alma marroquí.

—No, no, que tampoco quiero ponerle el velo a nadie, y mucho menos que no se sienta en libertad.

—La mujer se debe al hombre.

—Me caes bien, pero no vayas por ahí que me pones de mala leche. Somos personas y las personas nos debemos los unos a los otros, pero sin perder la libertad.

—No te lo tomes a mal que en mi casa donde mandan las mujeres, no mandamos los machos.

—Para nada, lo respeto todo, aunque en muchas cosas no esté de acuerdo. De todas maneras, no debo ser yo quien juzgue lo ético o no, ya sabes que tampoco he sido trigo limpio en otros temas.

—Has sido el mejor de los jefes, es verdad que con Samuel me llevo muy bien y el tío se maneja como pez en el agua, pero a ti te tengo un cariño muy especial, para mi familia y para mí, eres una persona especial.

Terminamos de desayunar y nos dirigimos a Tetuán, de la paz de Chaouen a la ciudad de las locuras como la llamaba yo, no sé qué tenía ese lugar que me parecía estresante.

Nos reunimos con el jefe de la policía, que nos recibió en su casa con unos pasteles y un té que nos sirvió su muje con una sonrisa. Se le veía de lo más simpática, aunque yo la había conocido de un par de veces que estuve en su casa, pero solo fue verla de refilón porque ambas veces salía a comprar para dejarnos charlar tranquilos.

Dejamos todo lo anterior cerrado, ya que había llegado una suma de dinero de mi último cargamento que de ahí fue lo que me quiso liquidar Mohamed y yo le regalé a su familia, el resto era para él, el jefe, ese que facilitaba todos los controles de su zona para que nada fuera interceptado y miraran hacia otro lado.

Ahora sí quedé desvinculado de todo al cien por cien y con muy buen rollo con ellos, esos que hasta ahora me habían servido para amasar una gran fortuna y no haberme metido en el más mínimo de los líos.

Nos fuimos a comer los dos a un restaurante a las afueras de la ciudad que hacían los mejores pinchitos de Kefta de toda la zona.

Mohamed se fue hacia el dueño del local y este le dijo que sí a algo. No tardé en descubrir que le había pedido qu me consiguieran una cerveza bien fría. Me conocía bien.

Después de comer nos dirigimos a las afueras de Chaouen, a la casa de este, dónde nos esperaban con pasteles hechos por su suegra y madre, la mujer estaba preparando el té, que no tardó en servirnos a modo bienvenida.

Le di cincuenta dirhams a cada uno de los dos hijos de Mohamed, que no dudaron en salir corriendo para ir a comprar chuches. Al cambio eran como cinco euros lo que se ganaron cada uno y eso allí era mucho dinero para unos enanos de cuatro y siete años, inclusive para una persona mayor.

Aparecieron literalmente a hostias, momento en que la madre no dudó en repartir algunas más para poner orden e ese caos que se había formado en un momento. Me reí con Mohamed viendo la situación. Eran niños y como tales tenían que liarla y todo porque uno cogió una chuche que les gustaba a los dos, pero solo quedaba una, al final se la comió la madre en la cara de ellos haciéndoles ver que su actitud les había hecho perder. Podrían haberla compartido, pero bueno, ya se sabe cómo son los niños.

Estuve allí un par de horas en las que cayeron varios tés y deliciosos pasteles de esos que eran tan característicos de ese país y que a la vez siempre que me acordaba, al llegar a Tánger paraba en una pastelería muy famosa en la que compraba una cajita de un kilo que le llevaba a mi madre, y que le volvía loca.

Me despedí de su familia y Mohamed me acercó hasta la plaza en su coche.

—Bueno, nos veremos más veces, pienso volver, sabes que aquí me siento como en casa —no me iba aún de

Marruecos, pero sí ya me despedía de él como hasta ahora lo había conocido; mi hombre de confianza en este país.

—Claro, no puedes desaparecer de mi vida, hermano —me dio un golpecito en el corazón con su puño en modo cariñoso.

—Nunca, Mohamed —le di un abrazo y me dirigí hacia el otro lado de la plaza.

Iba a buscar un poco de frutos secos horneados que compraba siempre en un puesto que había al final de la primera cuesta de ese lugar. No sabía si me iba al día siguiente o al otro, así que quería asegurarme de comprarle a mi sobrino y familia, les encantaba tanto como los dulces de aquí.

El día había sido largo, así que tras comprar los frutos secos y probar cada uno de ellos mientras me lo servía, me dirigí hacia la Riad.

Me apetecía cenar en la terraza y con lo del servicio de habitaciones lo podía hacer, así que antes de meterme en la ducha llamé y ordené una ensalada de queso de cabra, una cerveza bien fría que sabía que me tenían algunas reservadas, y una tortilla francesa con pimientos y cebolla.

La ducha era una locura, salía con fuerza y hasta parecía que masajeaba mis hombros, algo que hizo quedarme un buen rato bajo ella.

Mi cabeza estaba en mi hermana, a esa la tenía que hacer espabilar sí o sí, nada de más tregua, tenía que hacer algo con su vida, y por su puesto comportarse como una madre responsable con Pedrito.

Salí de la ducha y me puse la toalla alrededor de la cintura, momento en que escuché que llamaban a la puerta. Pues sí que habían sido rápidos.

Fue abrir y mi mirada se volvió a encontrar con la chica que tendía la ropa en la casa de al lado, nada me hizo presagiar que también era una trabajadora del Riad.

Miraba tímidamente hacia la bandeja.

—Buenas noches, señor. ¿Dónde se la dejo?

—Adelante, en la terraza. Buenas noches.

Ella se había quedado muy ruborizada cuando descubrió que la recibía de esa guisa, con la toalla por la cintura y el torso al aire.

Tenía el corazón que se me iba a salir del pecho mientras desde dentro de la habitación la miraba cómo colocaba todo sobre la mesa.

¿Quién era esa mujer que deslumbraba con esa belleza y timidez? Estaba como en *shock*, nunca me había paralizado nadie como lo había hecho ella.

No sabía ni qué hacer, momento en que cogí una camiseta para ponérmela por encima en señal de respeto antes de que se girara para marcharse.

Sonreí cuando la vi venir hacia mí, creo que se sintió más aliviada al comprobar que ya no llevaba el torso al descubierto, pero también había que ser sinceros, me había mirado ligeramente antes de dirigir su mirada hacia el suelo para salir por la puerta.

—Cualquier cosa que necesite, nos avisa —murmuró antes de hacer un gesto con su cabeza para marcharse—. Tenga buen provecho, señor.

Su tono de voz era una melodía para mis oídos, tal cual, si su rostro y cuerpo dejaba perplejo a cualquiera, su tono era el complemento perfecto para terminar de dejarme en un estado que hasta ahora jamás había experimentado.

¿Qué edad podría tener? Era incapaz de predecir si tenía veinte o veintiséis, solo que era la joven más bonita que habían visto mis ojos en la vida.

En *shock* me senté en la terraza y cogí la cerveza para darle un trago, me había quedado con el cuerpo paralizado, no reaccionaba a nada, tenía la mente perdida en ella.

¿Quién era esa mujer? Tenía que averiguar todo de ella como fuese. ¿Y si no estaba casada? Pero era musulmana…

Comencé a reír al darme cuenta todo lo que estaba pensando en ese momento, pero es que me había dejado impactado.

Iba a conseguir toda la información de ella. Tenía claro que al día siguiente ya no me iba. No sin antes saber qué era de su vida.

Levanté el móvil teniendo claro cuál sería la manera más rápida.

—Hermano, ¿todo bien?

—Sí, Mohamed, pero te vuelvo a necesitar para un trabajo… —carraspeé.

—¿Te has arrepentido de dejarlo todo?

—No —me reí—, es otra clase de trabajo —le conté lo que necesitaba saber y que recabara como información.

—Dalo por hecho, además creo que algo sé de esa familia, llevan ahí viviendo bastante tiempo, no es que sean conocidos míos, pero sí del pueblo y sabes que me he movido mucho por allí.

—Estoy a la espera de tus noticias, por ahora estaré por aquí.

—¿De una marroquí? —preguntó refiriéndose a ella.

—Parece ser que sí, pensaba que de este viaje me iría de rositas.

—Déjalo en mis manos, sabrás hasta qué número de pie calza.

—Gracias, Mohamed.

Solté el aire y miré hacia la terraza en la que me la había encontrado un par de veces, pero seguía sin rastro de ella, cosa que sabía que era imposible porque en estos momentos estaba en la Riad trabajando.

Entré a ponerme una sudadera por encima, estaba refrescando y a la intemperie se notaba bien fuerte el fresco.

Cenaba sin quitármela de la cabeza cuando me entró una llamada de mi madre, pero no era ella, era mi sobrino.

—Tito que soy yo, tu niño favorito —dijo causándome una carcajada.

—Pero qué grata sorpresa. ¿Ya has cenado?

—Sí, me he comido un San Jacobo que hizo la abuela.

—Y seguro que estaba riquísimo.

—Sí, pero yo quería un Burger King, pero mi madre dijo que no había dinero y no dejó a la abuela comprármelo.

—Tu madre se está ganando una entrada al cine a ver la nueva película, “las hostias voladoras” —dije en tono gracioso, pero apretando los dientes del enfado que me producía.

—¿Y yo la puedo ver?

—Tú y yo mejor nos vamos a ver “La Sirenita”, que seguro nos alegra más la vida.

—Tito, ¿dónde estás?

—De viaje, pero pronto regresaré, tenemos muchos planes.

—Vale, ¿te paso a la abuela?

—Mejor pásame a tu madre.

—¡Mamá! El tito quiere que te pongas —gritó y volví a reír, era pequeño, pero en algo se parecía a mí, tenía un poco de genio.

—Dime, hermano.

—Escúchame atentamente, mañana te vas al Burger King, le compras a tu hijo un menú y le tiras una foto con una sonrisa de oreja a oreja, o cuando vaya te juro que te pongo de patitas en la calle.

—¿Tú, a mí? ¿Desde cuándo tienes más derecho que yo en la casa de mamá?

—Mándame la foto o querrás meter la cara bajo tierra.

—A mí, no me amenaces.

—Más vale que lo hagas —colgué para que no volviese a responder nada.

Mi hermana estaba acabando todos los cupones de mi aguante y esta vez estaba llegando muy lejos, por su bien que llevara al día siguiente a mi sobrino al Burger o se las iba a ver conmigo, e iba a conocer un hermano desconocido para ella hasta ahora.

Tenía un sabor agridulce, agrio por la parte de Sabrina y dulce por esa desconocida que había conseguido captar la más absoluta de mis atenciones.

Antes de cenar pedí otra cerveza por dos razones, una porque la primera me la había bebido del tirón y dos, por si ella volvía a aparecer por la puerta.

Pero no hubo suerte, en mi cara hasta se pudo percibir cuando abrí y vi que era un chico y no ella.

—Gracias —dije cogiéndola de su mano sin dejar que pasara.

—A su disposición —sonrió antes de retirarse.

Me quedé *plof*, pero esperaba que en cualquier otro momento apareciera, aunque no fuera para regalarme la mejor de sus sonrisas, con la suya tímida me valía, esa que había alterado todo mi ser.

Estuve un buen tiempo en la terraza, hasta pensaba en la posibilidad de que ella pudiera aparecer por el otro lado de la terraza porque hubiera terminado su jornada laboral, esa que no tenía ni idea de cuál era.

Me acosté sabiendo que me iba a costar conciliar el sueño. ¿Era ella, todo lo que siempre había esperado?

a

a

Pero no hubo suerte, en mi cara hasta se pudo percibir cuando abrí y vi que era un chico y no ella.

—Gracias —dije cogiéndola de su mano sin dejar que pasara.

—A su disposición —sonrió antes de retirarse.

Me quedé *plof*, pero esperaba que en cualquier otro momento apareciera, aunque no fuera para regalarme la mejor de sus sonrisas, con la suya tímida me valía, esa que había alterado todo mi ser.

Estuve un buen tiempo en la terraza, hasta pensaba en la posibilidad de que ella pudiera aparecer por el otro lado de la terraza porque hubiera terminado su jornada laboral, esa que no tenía ni idea de cuál era.

Me acosté sabiendo que me iba a costar conciliar el sueño. ¿Era ella, todo lo que siempre había esperado?

Capítulo 7



Aisha

Ese martes tenía turno de tarde noche en el hotel, aquello era lo que menos le gustaba a mi hermano, pero por suerte a las diez ya estaba de vuelta en casa.

Nerea y yo habíamos hecho todo lo posible por coincidir en los turnos de trabajo, era algo que ella pidió a modo de favor al jefe, ese que no dudó en complacernos a ambas, después de un par de meses trabajando allí, puesto qu nunca dimos el menor problema y los clientes siempre tenían buenas palabras para referirse a nosotras.

Después de la que podía considerar la peor noche de mi vida, ni siquiera llamé a mi mejor amiga para hablar con ella y desahogarme, me limité a permanecer encerrada en la habitación después de la cena, una vez que mi prometido se había marchado.

Apenas hacía unas horas que me había convertido en la futura esposa de Hakim, y no me acostumbraba a llamarl así, como no lo haría en esos tres meses que quedaban para mi boda, al igual que estaba convencida de que tampoco me acostumbraría a referirme a ese hombre como mi esposo, mi marido, o el padre de mis hijos.

Cuando decidí salir de la cama, y antes de desayunar, vi que había sábanas por tender, así que las cogí sin que nadie me dijera nada y subí a la terraza a hacerlo.

No esperaba encontrar de nuevo al hombre de la suite, pero allí estaba, café en mano, en su terraza disfrutando de las primeras luces del día.

Procuré no mirar, aunque estaba segura de que me había pillado en alguna ocasión mirándolo furtivamente, y eso me sorprendió incluso a mí. ¿Sería que había subido con la esperanza de verlo? Y si era el caso, ¿por qué?

Esa admiración por la libertad que representaba a mis ojos debía ser el motivo, otro no había.

Entré de nuevo en casa y pasé la mañana evitando a mi padre, así como a mi madre, mientras cocinaba junto con

Yamila, no así a la pequeña Amina, a quien me comía a besos.

—Mi princesa, cuánto lamento que vaya a pasarte como a tu madre y a mí, que algún día tengas que casarte con quien elija tu padre. Y siendo como es, si a mis quince años le prometió mi mano a su mejor amigo, no puedo asegurar que no haya hecho lo mismo contigo —murmuré mientras le hacía una coleta.

Tenía dos años y no me entendía, por suerte para mí, no así su madre, que entró en mi habitación en ese momento en busca de la niña.

—Tu hermano solo quiere lo mejor para la familia, Aisha, ya deberías entenderlo —dijo y fruncí el ceño.

—¿Y lo mejor para ti, su esposa, es quedarte en casa esperándolo mientras se acuesta con otras? Disculpa que me ofenda como deberías hacer tú.

—Tu hermano es un hombre con necesidades, eso lo entendí desde el principio. El nuestro fue un matrimonio concertado y yo acataba las reglas de mi padre.

—No soy como tú, y no pienso como tú. Si mi marido se va con otra, espero que esté dispuesto a darme el divorcio.

—Sabes que no es posible, Aisha. De todos modos, Hakim es un buen hombre.

—¿Qué vas a decir tú, si eres la voz de mi hermano cuando no está?

—Tía, flor —dijo Amina, con una goma en la mano de las que tenía una flor como adorno.

—Sí, cariño —sonreí—, ahora mismo te pongo esta flor tan bonita.

—Aisha, no te rebeles más —me aconsejó Yamila con un suspiro.

—Solo tienes tres años más que yo, Yamila, y te has conformado con una vida que yo no he querido nunca para mí.

—Lamento oírlo, pero así son nuestras costumbres.

—Unas costumbres que no todo el mundo comparte. Hay muchos padres que no casan a sus hijas por alianzas ni nada de eso, simplemente les dejan elegir.

—No hables por Saida, su padre no es árabe.

—No es solo por ella —repliqué—. Saida tiene muchas amigas árabes que no van a casarse con quienes sus padres quieran, como ellos tampoco lo hicieron.

—Pues tú, sí vas a hacerlo, de lo contrario sabes que sería una deshonra para toda la familia, y Fátima sería quien más sufriría.

—No te atrevas a amenazarme con mi madre —la fulminé con la mirada—. No seas como mi hermano, Yamila, no lo dejes dirigirte.

—Soy como soy —dijo sin más cogiendo a la niña en brazos—. Y no me obligues a prohibirte ver a mi hija, no quiero que le metas tus locuras en la cabeza. Ella será una gran esposa algún día.

—Mercancía igual que yo —protesté—, eso es lo que será para mi hermano.

Yamila se fue dejándome sola, y me quedé contemplando por la ventana algunas de las casas que se veían desde allí.

Siempre me había gustado mi lugar de nacimiento, con sus casas de fachadas blancas y azules, sus calles con el delicioso olor a especias, comida, dulces, los turistas sonrientes conociendo cada rincón y los innumerables gatos que paseaban libres por ellas.

Ojalá pudiera ser una de esas turistas que vuelve a su casa donde puede ser libre y hacer lo que quiera.

Suspiré, me di una ducha y me vestí para comer e irme al hotel.

Mi madre me había servido la comida en la mesa y no había ni rastro de Yamila por ningún lado. Odiaba que ella fuera así, como una de esas mujeres que simplemente obedecía lo que dijera su esposo con la cabeza agachada.

—¿Saldrás a las diez? —preguntó mi madre.

—Sí, pero no me esperéis para cenar. Comeré algo cuando llegue, si es que tengo hambre —me encogí de hombros.

No sabía por qué tenía que decirle aquello, si cuando me tocaba en ese turno de trabajo nunca me esperaban para cenar, órdenes de Karim, por supuesto. Si por él fuera, me dejaría sin comer hasta el día siguiente a la hora del desayuno, pero mi madre siempre guardaba un poco para mí.

—Lo que dijo ayer mi hermano… —comencé a decir— ¿era cierto?

—Tu hermano dijo muchas cosas.

—Que tú evitaste que me casara antes.

—Lo es —suspiró mientras preparaba un té para mí.

—¿Por qué?

—No quería que mi hija se fuera de casa con veinte años —respondió—, no estaba preparada para dejarte marcha y sabía que no te gustaría. Aisha, debes obedecer lo que tu padre y tu hermano digan —dijo apoyando la mano en mi hombro—, y Hakim no es tan mal hombre, a fin de cuentas. Él siempre te ha querido, y ha esperado por ti durante estos años.

—Cuando a los quince me dijeron que algún día me casaría, ¿él ya estaba interesado en mí? —me dio un poquito de repulsión, si era sincera.

—No eras más que una niña, y él tenía veintiocho años, ya era un hombre, Aisha. Te vio como mujer por primera vez a los dieciocho, y fue un año después cuando habló con tu hermano. Te querían casar al año siguiente, y me negué a dejarte ir. No he podido retenerte a mi lado más tiempo, hija, espero que lo entiendas y me perdones.

—¿Por qué perdonarte, mamá? No eres tú la que me quiere casar sin estar enamorada.

—Por haber deseado que hubieras nacido varón, Aisha, por eso —se lamentó.

Tragué para deshacer el nudo de mi garganta y me dejó el té en la mesa antes de marcharse.

Mi madre me quería, yo era la niña de sus ojos, pero no podía odiarla por haber deseado que hubiese sido un niño cuando nací, puesto que yo misma a veces pensaba en lo diferente que sería mi vida de haber nacido varón, como Karim y Kasim.

Tras tomarme el té recogí la mesa, me puse el velo y salí de casa para ese nuevo día de trabajo, uno en el que me esperaba, como estaba viendo en la mirada de mi mejor amiga, un interrogatorio.

—¿Por qué no me llamaste anoche? —inquirió.

—No quería hablar con nadie —me encogí de hombros.

—Es oficial, entonces —asumió y tan solo me limité a asentir—. Dios, Aisha —me abrazó y ahí se fueron todas

mis fuerzas.

Lloré en brazos de mi mejor amiga, quien, a pesar de su fortaleza, dejó escapar algunas lágrimas. Mientras que las mías eran de desdicha y horror, las de ella eran de rabia, esa que sentía por no poder hacer nada para ayudarme.

—Deberíamos coger el primer ferry que salga de Tánger, después un avión y volar a… no sé, ¿Las Vegas, por ejemplo?

—¿Qué pintaríamos nosotras en Las Vegas?

r

—Pues podríamos trabajar en uno de los muchos hoteles que hay, cambiarnos los nombres, el color de pelo, tener nuevas identidades.

—Eres consciente de que Karim me encontraría hasta en el lugar más recóndito de la faz de la Tierra, ¿cierto? Y de que me encerraría en la habitación y tiraría la maldita llave.

—Dios, cómo odio a tu hermano, y eso que tiene un buen polvo el muy jodido.

—Voy a vomitar —me llevé los dedos a la boca abierta fingiendo hacerlo, y acabamos las dos riendo.

Eso era lo que me gustaba de mi querida Nerea, que me arrancaba risas y sonrisas incluso cuando ni yo misma me soportaba.

La jornada de trabajo fue tranquila, sirviendo a unos y otros en sus múltiples peticiones, hasta que me dieron el aviso de llevar la cena a una de las suites.

Cogí la bandeja con todos los platos que habían pedido, y fui hacia allí, llamando a la puerta con la mejor de mis sonrisas, como era habitual. En este trabajo se trataba de ser servicial y simpática, no queríamos quejas ni nada que repercutiera en el buen funcionamiento del lugar.

En cuanto la puerta se abrió, me bastó con un vistazo rápido para reconocer al hombre que había visto en la terraza, ese de ojos color miel y cabello que parecía seda.

Ese que, para mi estupor, sorpresa y vergüenza, acababa de abrir la puerta llevando solo una toalla. Por no hablar de esas leves gotas que le caían por el torso.

Miré hacia la bandeja, pero no fui tan rápida como me hubiese gustado, pues estaba segura de que aquel hombre había visto que mis ojos lo observaban, lo escudriñaban, mejor dicho. ¿Cuándo había visto yo a un hombre medio desnudo? Sin contar a mis hermanos cuando salían de su habitación llevando un pantalón mientras se ponían la

camiseta.

—Buenas noches, señor. ¿Dónde se la dejo? —pregunté sujetando la bandeja con todas mis fuerzas, rezando para que no se me cayera al suelo, porque el estropicio sería digno de enmarcar.

Eso sin contar el fuego que sentía en las mejillas, esas que debían tener un color rojo como los pimientos que mi madre había estado cortando para la comida.

—Adelante, en la terraza —dijo haciéndose a un lado para que pasara—. Buenas noches.

Asentí y fui a la terraza, ese lugar desde el que divisé la de mi casa, y me moví nerviosa y con las manos temblando mientras colocaba cada plato sobre la mesa. ¿Iba a cenar solo? ¿O lo acompañaría su esposa?

¿Y qué hacía yo preguntándome esas cosas? ¿Qué podía importarme que ese hombre tuviera esposa? Como si tenía un harem, ese que mi padre siempre deseó.

Lo notaba moverse a mi espalda, pero me decía a mí misma que no iba a mirar, ni siquiera a echar un leve vistazo no señor, me negaba. Pero en cuanto acabé de disponer su cena en la mesa, miré levemente y casi podría jurar que se escapó un suspiro de alivio de mis labios al ver que se había puesto una camiseta, aunque bajo la toalla seguiría sin llevar nada.

De nuevo, por la educación que me habían dado, clavé la mirada en el suelo mientras me dirigía a la puerta, procurando no pasar cerca de aquel hombre, pero fue casi inevitable. Me llegó el olor al gel, a su champú, y me pregunté cómo olería el perfume que usaba, porque ese hombre que había visto usando un caro traje, debía usar perfume, al igual que hacía mi hermano Karim.

—Cualquier cosa, nos avisa —murmuré antes de inclinar la cabeza levemente en señal de respeto y despedida, dispuesta a marcharme—. Tenga buen provecho, señor.

No fue hasta que estuve completamente segura de que no podía verme ni escucharme, que respiré hondo y solté el aire que, sin saberlo, había estado conteniendo.

Pasé por recepción y Nerea sonrió al verme, no quedaba mucho para acabar nuestro turno, pero frunció el ceño y eso me extrañó.

—¿Qué te pasa, alma de cándida? Parece que has visto un fantasma —dijo cuando me detuve a su lado.

—¿Recuerdas el hombre que te mencioné? —susurré.

—¿El que viste desde tu terraza? —respondió en un susurro.

—Ese mismo.

—¿Qué hay con él?

—Pues que acabo de llevarle la cena, y me ha recibido usando solo una toalla.

—Sabía que tenía que haber pedido trabajo como chica del servicio de habitaciones. Me pierdo todas las cosas sexys —resopló.

—Me he muerto de vergüenza, Nerea.

—Pero, ¿le has dado un vistazo rápido? Vamos, amiga, sé buena y dime que sí, que ese hombre no solo es guapo en traje —sonrió elevando ambas cejas.

—Estás fatal, Nerea —reí.

—Fatal no, falta de una alegría para este cuerpo —contestó mientras se pasaba las manos por su silueta, esa que era perfecta a ojos de quien la miraba.

Volteé los ojos y la dejé allí en recepción mientras iba a la cocina a ver si había más pedidos. Como no podía ser de otra manera, tuve cuatro entregas más antes de que acabara mi turno, ese del que salí preguntándome si el hombre de la terraza también me había reconocido, aunque no era probable.

—¿El que viste desde tu terraza? —respondió en un susurro.

—Ese mismo.

—¿Qué hay con él?

—Pues que acabo de llevarle la cena, y me ha recibido usando solo una toalla.

—Sabía que tenía que haber pedido trabajo como chica del servicio de habitaciones. Me pierdo todas las cosas sexys —resopló.

—Me he muerto de vergüenza, Nerea.

—Pero, ¿le has dado un vistazo rápido? Vamos, amiga, sé buena y dime que sí, que ese hombre no solo es guapo en traje —sonrió elevando ambas cejas.

—Estás fatal, Nerea —reí.

—Fatal no, falta de una alegría para este cuerpo —contestó mientras se pasaba las manos por su silueta, esa que era perfecta a ojos de quien la miraba.

Volteé los ojos y la dejé allí en recepción mientras iba a la cocina a ver si había más pedidos. Como no podía ser de otra manera, tuve cuatro entregas más antes de que acabara mi turno, ese del que salí preguntándome si el hombre de la terraza también me había reconocido, aunque no era probable.

Capítulo 8



Aisha

Empecé la mañana como era habitual, con varios pedidos de desayuno que entregar en las habitaciones del hotel.

Por suerte llevaba todas las bandejas en un carrito y las iba sirviendo en la zona que cada cliente pedía.

Algunos de esos huéspedes eran parejas, una de ellas resultó ser un agradable matrimonio de recién casados que, aun en mi presencia, una completa desconocida para ellos, se daban esas muestras de cariño que nunca vi en mis padres, y tampoco en Karim y Yamila. Esperaba que Kasim y Nadira fueran así, cariñosos el uno con el otro.

—Ya está listo, señores —dije con una leve sonrisa y la mirada fija en el suelo.

—Muchas gracias, cielo —respondió la mujer, que no debía tener más edad que mi cuñada Yamila.

—Para lo que necesiten, no tienen más que llamar. Buen provecho.

Salí de la habitación y continué con la ronda en ese pasillo, hasta que se acabaron todas las bandejas del carrito.

Regresé a la cocina y me dieron el último encargo, una bandeja para una suite, y no una suite cualquiera, sino la suite.

Respiré hondo, fui hacia ella y tras alisarme el uniforme, llamé a la puerta mientras rezaba pidiéndole a Allah que no volviera a abrir en toalla.

—Por favor, que esté vestido —murmuraba con los ojos cerrados—. Que esté vestido por completo.

La puerta se abrió, y un aroma amaderado se adueñó de mis fosas nasales, al mismo tiempo que mis ojos se fijaron en los de color miel que me observaban desde dentro.

Lo recorrí de arriba abajo esperando que no se diera cuenta de mi escrutinio, o mi escáner, aunque me decía a mí misma que esto era para después poder hablar con Nerea, esa amiga cotilla que me preguntaría si había vuelto a ver al misterioso hombre de la toalla.

Llevaba vaqueros, una camiseta negra de manga corta que dejaba ver sus brazos fuertes, y unas deportivas. El traje lo lucía como si de una segunda piel se tratara, pero es que esos vaqueros y la camiseta…

—Buenos días —dijo con una leve sonrisa, y supe que se había dado cuenta de que lo estaba mirando descaradamente.

Tragué con fuerza, agaché la mirada hacia la bandeja, esperando que no viera cómo temblaba por el temblor de mis propias manos, y asentí.

—Buenos días, señor. ¿Dónde le dejo el desayuno?

—En la terraza, por favor —respondió haciéndose a un lado, y cuando entré, no pude evitar tomar aire para disfrutar, un segundo más, de ese aroma masculino y amaderado que le quedaba tan bien.

Salí a la terraza y, al igual que había hecho la noche anterior con la cena, serví la taza de té, un café, el zumo, un plato con pan tostado acompañado de mantequilla y mermelada, y un cuenco con fruta troceada.

Lo notaba cerca, por lo que me ponía aún más nerviosa y rezaba por no derramar ni uno solo de los vasos con líquido que colocaba.

Respiré hondo tras comprobar que estaba todo dispuesto, me giré, y lo encontré mirándome de un modo que nunca antes me había mirado, o yo no había sido consciente de ser el caso.

Carraspeé, dirigió los ojos a los míos, y volví a agachar la mirada hacia el suelo mientras llevaba la bandeja ante mis piernas, sosteniéndola con ambas manos.

—Ya puede salir a desayunar, señor —informé caminando hacia la puerta.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó haciendo que me detuviera a su lado.

—¿Disculpe? —Lo miré apenas un instante, antes de volver a apartar la mirada.

—Tu nombre, me gustaría saberlo para poder saludarte adecuadamente, y darte las gracias.

—No es necesario, señor —contesté—. No tiene que llamarme por mi nombre.

—Pero me gustaría hacerlo, y que no me llames señor. ¿Tan mayor parezco?

Juraría que su tono de voz tenía un ligero aire de sonrisa, eché un vistazo rápido por el rabillo del ojo y sí, aquel hombre sonreía levemente.

—Yo… —tragué con fuerza, sin saber qué decir a continuación.

—Mi nombre es Kevin, ¿y el tuyo?

Kevin, parecía un nombre bastante americano para alguien como él, que, sin duda, y por el inexistente acento inglés en su forma de hablar, era sin duda alguna, español.

—¿No vas a decírmelo? —insistió.

Suspiré, cerré los ojos y decidí que sería amable con él y le diría mi nombre, aunque nunca lo trataría de tú, siempre de usted.

—Aisha, señor, ese es mi nombre.

—Aisha —me estremecí al escucharlo pronunciar mi nombre.

Era como si acariciara cada una de las letras, cada sílaba, como si las deslizara por las yemas de sus dedos.

Nadie, en toda mi vida, había pronunciado así mi nombre.

—Bonito, muy bonito —dijo con una sonrisa aún mayor.

—Gracias, señor.

—Kevin, puedes llamarme Kevin.

—No, no puedo. Eso no es profesional, si alguien se enterase…

—¿Quién iba a hacerlo? Yo no veo a nadie más aquí —respondió mientras miraba a su alrededor—. ¿Acaso tú sí?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué no me llamas por mi nombre, Aisha?

—No puedo —negué, nunca era cercana a los clientes—. Debo marcharme, seguir trabajando.

—¿Por qué tienes los ojos tan tristes, pequeña Aisha? —interrogó cogiéndome de la muñeca, evitando que diera un paso más.

Miré hacia su mano, esa que notaba firme en mi muñeca, pero no me hacía daño, esa misma que lanzaba a mi cuerpo mil y una sensaciones diferentes, esa que no debería estar ahí y él, aunque debía saberlo, no parecía querer quitarla.

—No sé a qué se refiere, señor.

—No hay alegría en ellos, son unos bonitos ojos marrones llenos de una tristeza que, estoy seguro, no debería estar ahí, en la mirada de una mujer tan joven y con toda la vida por delante.

—Ese no es asunto suyo, señor. Usted es cliente del hotel en el que trabajo, y yo la chica del servicio de habitaciones que le trae el desayuno o la cena —seguía sin mirarlo, y él no me soltaba la muñeca—. Tengo que irme, hay más habitaciones que atender y no puedo retrasarme.

Tardó aún unos segundos más en soltarme la muñeca, esos que me parecieron interminables, y cuando al fin lo hizo, solté el aire que retenía en mis pulmones.

—Algún día me lo dirás, Aisha —dijo cuando ya estaba en la puerta, con el pomo en la mano—. Me contarás por qué tienes los ojos más tristes que he visto nunca.

No dije nada, simplemente salí de la suite y regresé a la cocina, donde ya me tenían preparado el carrito con otras bandejas de desayuno y el número de habitación o suites a las que debía llevarlos.

Para cuando llegó mi pequeño descanso en el que tomarme un té con Nerea, había pasado gran parte de la mañana tocándome la muñeca que aquel hombre había sostenido con su mano.

—¿Qué tal va la mañana, reina mía? —preguntó llevándose el café a los labios.

—He vuelto a verle.

—¿Al hombre de la toalla? —asentí— ¿Medio desnudo otra vez? Chica, te cambio el puesto de trabajo.

—No, esta vez llevaba vaqueros y camiseta.

—Vaya por Dios —resopló dando una palmada.

—Me preguntó el nombre, no quise dárselo, pero… al final lo hice.

—Mujer, te pidió el nombre, no tu virginidad —volteó los ojos.

—¡Nerea! —protesté.

—Lo siento, pero es que tendrías que haberte visto la cara, solo quería saber tu nombre —se encogió de hombros —. ¿Te dijo el suyo?

—Kevin.

—No lo he visto, pero seguro que le sienta bien a como es físicamente.

—También me preguntó a qué se deben mis ojos tristes.

—Así que Saida y yo no somos las únicas que hemos notado eso, me alegra saberlo. ¿Qué le has dicho?

—Que no es asunto suyo.

El sorbo de café que había dado, salió literalmente disparado de su boca, algo normal puesto que yo nunca, jamás, había contestado así a un cliente.

—Dime que has sido un poquito más sutil que eso, porque como te ponga una queja por mala contestación… Tu expediente en el Riad quedará manchado, Aisha.

—He sido bastante educada, sí, le he dicho que él era un cliente y yo una empleada, y eso no era asunto suyo.

—Vale, qué susto me has dado —se llevó la mano al pecho en un gesto de lo más melodramático.

—No va a dejarlo pasar, Nerea —negué dando un sorbo a mi té.

—¿El qué va a dejar pasar?

—Quiere saberlo, dijo que algún día se lo contaría.

—¿Y lo harás? —Arqueó una ceja.

—Sabes que no, eso no le importa a nadie. Es asunto mío, mi cadena más fuerte y gruesa —suspiré.

—Hablaba en serio con lo de irnos a Las Vegas, tú solo… dilo, yo me encargo de todo —murmuró y sonreí.

Era una loca adorable y encantadora, pero sabía que hablaba en serio. No en irnos a Las Vegas, que aquello estaba al otro lado del mapa y allí no pintábamos nada, pero sí que, si se lo pidiera, haría cualquier cosa que estuviera en su mano para liberarme de esas cadenas que me oprimían.

—Debo volver al trabajo —dije tras el último sorbo—. Es casi la hora de comer y muchos ya están haciendo sus pedidos.

—¿Y si vuelves a ver hoy a Kevin?

—No lo llames por su nombre, por favor.

—¿Y cómo lo llamo? ¿Míster toalla mojada? —Arqueó la ceja.

—Por Allah, Nerea, déjalo en… el huésped de la suite.

—Muy aburrido, mejor Kevin, míster toalla mojada —hizo un guiño y me eché a reír.

Definitivamente, mi mejor amiga estaba completamente loca.

—¿Y lo harás? —Arqueó una ceja.

—Sabes que no, eso no le importa a nadie. Es asunto mío, mi cadena más fuerte y gruesa —suspiré.

—Hablaba en serio con lo de irnos a Las Vegas, tú solo… dilo, yo me encargo de todo —murmuró y sonreí.

Era una loca adorable y encantadora, pero sabía que hablaba en serio. No en irnos a Las Vegas, que aquello estaba al otro lado del mapa y allí no pintábamos nada, pero sí que, si se lo pidiera, haría cualquier cosa que estuviera en su mano para liberarme de esas cadenas que me oprimían.

—Debo volver al trabajo —dije tras el último sorbo—. Es casi la hora de comer y muchos ya están haciendo sus pedidos.

—¿Y si vuelves a ver hoy a Kevin?

—No lo llames por su nombre, por favor.

—¿Y cómo lo llamo? ¿Míster toalla mojada? —Arqueó la ceja.

—Por Allah, Nerea, déjalo en… el huésped de la suite.

—Muy aburrido, mejor Kevin, míster toalla mojada —hizo un guiño y me eché a reír.

Definitivamente, mi mejor amiga estaba completamente loca.

Capítulo 9



Kevin

Esos ojos tristes escondían sin duda alguna historia que yo estaba empeñado en descubrir…

Me dejó sin aliento de nuevo, con el cuerpo y la mente paralizada ante un desayuno que era incapaz de ingerir, solo me apetecía en esos momentos el café y el cigarrillo que acababa de encender.

Era obvio que su respuesta había sonado un tanto borde, pero a la vez angustiosa, como si contestar fuera un delito por el que podría ser castigada, así lo percibía.

Tenía una sensación extraña, como si aquella chica estuviera en apuros, bueno no, en problemas directamente. Esperaba que Mohamed consiguiera toda la información necesaria para poder averiguar de qué se trataba.

¡Maldita sea! Esperaba que no pasara mucho tiempo hasta tener la realidad de su tristeza y si la tenía que ayudar, me iba a dejar la vida en ello, tenía dinero y tiempo, pondría todo lo que estuviera en mis manos.

Joder, de nuevo mi cabeza volaba cómo si esa mujer se hubiese convertido en algo muy poderoso en mi vida. Su mirada, su rostro, todo se había quedado en mí, desde ese momento en el que por primera vez cruzamos las miradas.

Una hora en la que me fumé más cigarros de la cuenta y casi no tragué nada, solo me tomé las bebidas.

Y hablando de bebidas. Me levanté y fui al teléfono de la habitación y ordené un café y otro té. Ahora tocaba reza porque fuese ella quién me lo trajera.

Justo cuando colgué recibí un mensaje de Mohamed diciendo que en media hora nos veíamos en una de las cafeterías de la plaza.

Kevin: *¿Tienes noticias?*

Mohamed: *Muchas, luego te cuento.*

Entendí que no iba a hablar por mensaje y a mí se me estaba poniendo un pellizco en el estómago que no iba a haber forma humana de que se me quitara.

Llamaron a la puerta y solté el aire antes de abrir, creo que se debió de escuchar desde el otro lado de la puerta.

—Hola de nuevo —sonreí apartándome hacia un lado y viendo como me miraba ligeramente antes de agachar la cabeza.

—Hola. ¿En la terraza?

—Sí, por favor —extendí la mano y la seguí hasta allí, pero quedándome dentro de la habitación.

—Listo, si no desea nada más —inclinó su cabeza.

—Aisha, estás en apuros, ¿verdad?

—No debería de meterse en mi vida.

—Demasiado tarde —murmuré con decisión.

—Debo irme —comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—Te voy a ayudar, no te quepa duda de que lo haré —dije en un tono no muy alto, pero sí contundente, para que le quedara claro mientras se iba sin girarse en ningún momento ni frenar sus pasos.

Se marchó y volví a soltar el aire mientras me echaba el pelo hacia atrás en gesto de desesperación. La cuestión es que en un rato me encontraría con Mohamed y creo que algo del asunto iba a poder esclarecer.

Me tomé el café mientras fumaba como un indio cabreado, sentía ansiedad, presión en el pecho, estaba de lo más nervioso. ¿Cómo podía cambiar todo mi rumbo así de repente? Ni idea, pero esa mujer había llegado para de algún modo quedarse en mi vida. No podía arrancarla de mi cabeza. ¿Y todo esto en nada de tiempo? Para matarme, pero era la realidad, solo tenía un objetivo y ese era saber el motivo de la tristeza de Aisha.

Salí de la suite para dirigirme a la terraza en la que había quedado con Mohamed, fue bajar las escaleras y encontrarme a Aisha que se dio patadas en el culo para desaparecer de mi vista. No sabía que por mucho que

corriera, yo pensaba ir por delante.

—Buenos días, Mohamed —le di un abrazo.

—Hermano, buenos días —me apretó con golpecitos en la espalda.

Pedimos unos tés y lo miré impaciente para que hablara mientras su cara me decía que tenía la satisfacción de tener la información, pero que algo no estaba bien.

—¿Y bien? —pregunté riendo de forma nerviosa.

—Lo primero y más importante para que te pongas en contexto, su hermano es Karim, la que es la mayor de las competencias para nosotros desde hace años. No lo había relacionado con esa casa en ningún momento, jamás coincidí viéndolo entrar o salir.

—Karim, joder ¡Karim! —solté el aire porque, para empezar, ya se pintaba la cosa muy fea.

—No es lo peor, para rematar la faena, entra en acción otra persona…

—¿Quién? —cogí y solté el aire con fuerza, ya estaba a punto de hiperventilar de los nervios que me estaban entrando.

—Hakim…

—¿Su mano derecha y mayor chivato de todo?

—El mismísimo.

—¿Qué pasa con él?

;

—Han obligado a Aisha a prometerse a él hace dos días, pese a no ser su voluntad, es más, no le han dado ningún tipo de opción, solo obedecer al deseo de su hermano Karim.

—Hijo de puta… —apreté el puño y la mandíbula.

—No me digas que te has encaprichado de ella…

—Si fuera un capricho no me dolería. Me quedo aquí, vamos a liberarla.

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Estás loco! —Se llevó las manos a la cabeza.

—O me ayudas, o me busco la vida.

—Hasta la muerte contigo, jefe. ¿Qué tienes pensado?

—Lo primero ganarme la confianza de ella, lo segundo quiero un pasaporte falso a su nombre con un visado de salida para España, mientras me pienso ganar su confianza y que colabore en toda la trama.

—Eso llevará días.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—Esto es una locura, pero cuenta conmigo, no te dejaré solo, jamás me lo perdonaría.

—Lo sabía, Mohamed.

—Tengo a mi equipo para cuando haya que liberarla por si se tuerce algo y puedo contar para el pasaporte y visado con Amir —se refirió al jefe de la policía de Tetuán.

—Gracias.

—Siempre a ti.

Quedamos en mantenernos informados de todo. Regresé a la Riad y pedí desde la habitación una cerveza.

De nuevo apareció ella, temblorosa, incapaz de mediar palabra, me aparté a un lado y la seguí, pero sin salir, no quería que nadie nos viera juntos y más estando su terraza pegada a esta.

—Aisha, no te vas a casar con él —murmuré cuando iba a pasar por mi lado para marcharse.

—¿Y qué le importa a usted con quién me vaya a casar? —preguntó derramando una lágrima.

—No lo sé, pero me importa, déjame ayudarte.

—¿A cambio de qué?

—De verte feliz.

—¿Y qué ganaré yo con ello?

—Una vida fuera de aquí…

—Quieres decir que me liberas de casarme con alguien que me imponen, para imponerme que esté contigo. Creo que ves muchas películas americanas —se secó las lágrimas y prosiguió hasta la puerta.

—No tienes por qué estar conmigo, pero te puedo ayudar a tener una vida mejor —dije antes que la abriera.

—No sabes a quién te enfrentarías.

—Lo sé, lo que no saben ellos es quién soy yo.

Abrió la puerta y se marchó dejándome con una tristeza muy grande de verla con esas lágrimas brotando por sus mejillas.

Siempre me reí de eso que decían que existía el amor a primera vista, ahora me lo estaba comiendo con todas las fuerzas y es que esa mujer se había convertido en mi mayor obsesión.

Me había quedado en el cuarto hasta las dos de la tarde, momento en que decidir salir a comer y dar un paseo por el pueblo, me faltaba hasta el aire y mi cabeza iba a explotar de tanto pensar.

La hermana de Karim, sí, su hermana, nada más y nada menos. Él nunca supo quién era el jefe de la otra banda, nunca supo nada de mí, sin embargo, yo le sacaba ventaja, sabía muchísimo sobre él.

Un ser despreciable, sin moralidad, sin respeto por los suyos y un tipo que le gustaba jugar bien sucio.

Comencé a andar por las cuestas hasta llegar a las cataratas, estaban de lo más animadas de turista y el día brillaba por sí solo.

Me senté en una de las terrazas que había a pie de río y me pedí un tajín de pollo de los que estaban cocinando.

En ese momento me llegó un mensaje de mi hermana con el niño comiéndose una hamburguesa con la corona de cartón del Burger King.

Sonreí al verlo tan feliz y un poco aliviado en qué me hiciera caso mi hermana, aunque fuera solo un poco y en el tema del niño, del resto ya me encargaría cuando acabara de solucionar lo de aquí, eso que por mis santos cojones

iba a arreglar. No iba a permitir que Aisha se casara con ese hombre.

Le contesté al mensaje con unos emojis de corazones, la verdad es que no tenía ganas de hablarle, me tenía muy descontento.

Su rostro no se borraba de mi cabeza, su tristeza, el no ser capaz de sostenerme la mirada, había entrado en mi vida como un huracán y todo sin darse cuenta.

Regresé al Riad donde me tiré en la cama y me quedé ahí hasta que pedí la cena, sabía que ella no iba a traérmela, más que nada porque entendí que allí iban por turnos y ella había estado en el de la mañana.

Me acosté temprano, necesitaba desconectar de todo para poder levantarme más lúcido y pensar con claridad.

iba a arreglar. No iba a permitir que Aisha se casara con ese hombre.

Le contesté al mensaje con unos emojis de corazones, la verdad es que no tenía ganas de hablarle, me tenía muy descontento.

Su rostro no se borraba de mi cabeza, su tristeza, el no ser capaz de sostenerme la mirada, había entrado en mi vida como un huracán y todo sin darse cuenta.

Regresé al Riad donde me tiré en la cama y me quedé ahí hasta que pedí la cena, sabía que ella no iba a traérmela, más que nada porque entendí que allí iban por turnos y ella había estado en el de la mañana.

Me acosté temprano, necesitaba desconectar de todo para poder levantarme más lúcido y pensar con claridad.

Capítulo 10



Aisha

No me podía creer el descaro de ese hombre. No solo se había atrevido unas horas antes a preguntar el motivo de mis ojos tristes, así como a decirme que era tarde cuando le dije que no se metiera en mi vida, lo que me indicó que iba a averiguarlo, y con la conversación que acabábamos de tener, me quedaba claro que lo había hecho.

¿Quién era Kevin? ¿Qué hacía en Chefchaouen? ¿A quién conocía para haber averiguado que iba a casarme, y con quién?

No lloraba delante de nadie, mi familia solo había visto alguna lágrima furtiva en mi cara y tan solo Nerea y Saida me veían llorar, pero no había podido evitar que las lágrimas se derramaran en ese momento ante él.

—*Aisha, no te vas a casar con él.*

Sus palabras aún retumbaban en mi mente a cada paso que daba hasta la recepción, un camino que, por Allah, estaba tardando en hacer más que en toda mi vida.

Sentía el cuerpo pesado, me costaba andar y respirar al mismo tiempo, y todo por un hombre que había averiguado quién era yo y quién era mi prometido.

Maldita sea, odiaba esa palabra con todas mis fuerzas, jamás pensé que así sería, pero lo era.

—*Déjame ayudarte.*

Eso había pedido, ¿lo quería realmente? ¿Ese hombre que no me conocía de nada, quería ayudarme? ¿Sería capaz de enfrentarse a la ira de mi hermano Karim y al propio Hakim para ayudarme?

—*No sabes a quién te enfrentarías.*

—*Lo sé, lo que no saben ellos, es quién soy yo.*

¿Y quién era? ¿Quién es Kevin, míster toalla mojada? ¿Y qué hacía yo llamándolo como lo había hecho Nerea?

Me iba a volver loca, eso era lo único que tenía claro en ese momento, y que seguía dejando caer las lágrimas por mis mejillas, por suerte no me veía nadie. Las aparté justo antes de llegar a la recepción donde Nerea, como si percibiera mi presencia, se giró con una sonrisa, esa que desapareció en cuanto vio mis ojos.

Habló con Rachid, el chico que la acompañaba en ese momento, a él lo vi asentir y ella vino hacia mí. Sin decir una sola palabra, me cogió del codo y me llevó hasta la zona de descanso, al aire libre donde estaríamos solas.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó secándome las mejillas— Se te ha manchado la cara de negro.

—Lo que me faltaba —sollocé.

—Nada que no podamos arreglar, dame un momento.

La vi levantarse y supe que iba al cuarto de baño que había allí, no tardó en aparecer con un poco de papel húmedo, y otro seco, y comenzó a limpiarme como lo haría una madre con su hijo.

—Arreglado, si es que tú hasta con la cara lavada estás guapa, cabrita —sonrió—. Ahora dime, ¿por qué has llorado como si hubieras vuelto a ver al pobre Sam morir en Ghost?

Sonreí, aquella sin duda era nuestra película favorita, la habíamos visto en su casa acompañadas de su madre, una mil veces desde que teníamos quince años. Era antigua, sí, pero de esas historias de amor que calan tan hondo en el alma y el corazón, que mucha gente desea un amor así, uno real que va mucho más allá de la muerte.

—Sabe quién soy —dije.

—¿Quién?

—Kevin.

—Ah, claro, sí, le dijiste tu nombre, ya no eres solo una chica más del servicio de habitaciones.

—No, Nerea, no me entiendes.

—Pues explícate, porque creo que me faltan piezas en este puzle —frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Le llevé el desayuno.

—Eso lo sé, ahí empezó todo.

—Una hora más tarde, un café y un té, y preguntó si estaba en apuros, le pedí que no se metiera en mi vida y dijo que era demasiado tarde. No sabía qué quería decir, hasta ahora.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Le he subido una cerveza, y me ha dicho que no va a dejar que me case con Hakim.

—¡No me jodas! ¿Sabe quién es tu prometido? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No ha dicho su nombre, pero no hace falta ser muy lista para saber que él sabe quién es mi prometido. Lo peor es que no parece tenerle miedo a Karim, Nerea. Sabe quién es.

—Lo que significa que sabe a qué se dedica tu hermano —dijo y asentí. Tanto Nerea, como Saida, estaban al corriente de los negocios de mi hermano, a ellas nunca quise ocultarles nada, y ellas mantenían el secreto—. Jesús, María y José —se santiguó con los ojos muy abiertos, algo que no la veía hacer muy a menudo, la verdad, pero sin duda, esta ocasión lo requería.

Yo misma me habría santiguado si fuera cristiana, pero era musulmana, una mujer sin apenas derechos en mi casa bastante es que se me permitiera trabajar y ganarme el dinero dignamente. Algo que, en cuanto me casara, se acabaría.

—Quiere ayudarme, Nerea —las lágrimas brotaron de nuevo de mis ojos, algo inevitable en ese momento, no solo por el temor de que a un desconocido le pasara algo por culpa de mi hermano, sino por el hecho de que quisiera ayudarme, eso que nadie, salvo mis dos amigas, hacían.

—Cariño, tal vez ese hombre sea tu billete a Las Vegas —sonrió volviendo a retirar las lágrimas de mis mejillas.

—¿Qué te ha dado a ti con Las Vegas? —reí.

—Es que he pensado… ¿y si me voy allí a vivir y conozco a uno de esos CSI sexis que salen en la televisión? —sonrió al tiempo que hacía un movimiento de lo más gracioso elevando ambas cejas— O a Miami, allí también hay CSI sexis.

—Estás fatal —reí mientras negaba.

—Pero has dejado de llorar —me acarició la mejilla—. Mira, no sabemos quién es él, aparte de su nombre no tenemos nada. Y, a diferencia de tu hermano, de Hakim y de sus hombres, nosotras no conocemos a nadie con contactos que puedan averiguar quién es. Pero si Kevin ha conseguido saber el motivo real de tus ojos tristes, cariño, eso quiere decir que él sí tiene contactos.

—Dijo que quiere verme feliz, y no sé por qué le importaría eso.

—¿Por qué no lo averiguas?

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—No más de lo que ya consideras que estoy, te lo aseguro. Podrías hablar con él, preguntarle por qué le importa tu felicidad. Es que ha dicho que no sabe por qué, pero le importa.

—Vaya, o sea que él también es curioso, como tú. Pues mucho mejor, descubrís cosas juntos el uno del otro.

—Nerea, sabes de sobra que no pueden verme con ningún hombre, y menos ahora que estoy prometida.

—Pones una cara de oler a mierda cuando dices la palabra prometido o prometida, que si la vieran Karim y Hakim… —resopló.

—Es que odio esa palabra, si pudiera la borraría de mi vocabulario y del diccionario.

—Mañana compramos uno y arrancamos esa página, no te preocupes. La podemos quemar, incluso.

Arqueé la ceja y miré a mi amiga en plan: "¿en serio? ¿Tú te escuchas cuando hablas?" Y ella empezó a reír con una sonora carcajada, esa a la que seguí mientras me olvidaba por unos minutos de todo lo que tenía encima.

—Deberías volver a la recepción —dije pasados unos minutos en los que nos habíamos quedado en silencio, tan solo haciéndonos compañía la una a la otra.

—Sí, además no queda mucho para irnos a casa —sonrió.

—Si pudiera, me quedaría a vivir aquí, te lo aseguro —suspiré.

—Por qué no salimos esta noche con Saida. Cenamos en la plaza, tomamos un té y la ponemos al día de "míster toalla mojada", seguro que al final entre las tres pensamos algo que puedas hacer.

—Sabes que todo lo que intentemos hacer, puede ser peligroso. ¿Crees que me gustaría cargar con la muerte de un desconocido a manos de mi hermano, o de Hakim, en mi conciencia? Porque no dudarían en matarlo y hacer desaparecer su cuerpo.

—¿Quién te dice a ti que eso no sería lo que hiciera Kevin? —Arqueó la ceja— Ha dicho que ellos no saben quién es él, tal vez es policía, un agente del FBI, de la CIA, qué sé yo. Puede que él sea la única persona capaz de derrocar a tu hermano y acabar con ese imperio que creó hace décadas.

—¿En serio crees que pueda ser policía?

—Por poder, puede, desde luego, quién sabe.

—Será mejor que vaya a la cocina, no sea que piensen que me he ido a llevar la cerveza a lo alto de la montaña en vez de a la suite —suspiré poniéndome en pie.

Fuimos hasta recepción, quedamos en vernos al final de nuestro turno, y continué con mi trabajo. En la cocina me esperaban algunos pedidos y recé cada vez que me entregaban uno para que no fuera Kevin quien lo había hecho.

Por suerte, no volví a verlo el resto de mi jornada. Pero, por otro lado, ¿por qué quería verlo? Aquello, cuanto menos, era raro.

—Sabes que todo lo que intentemos hacer, puede ser peligroso. ¿Crees que me gustaría cargar con la muerte de un desconocido a manos de mi hermano, o de Hakim, en mi conciencia? Porque no dudarían en matarlo y hacer desaparecer su cuerpo.

—¿Quién te dice a ti que eso no sería lo que hiciera Kevin? —Arqueó la ceja— Ha dicho que ellos no saben quién es él, tal vez es policía, un agente del FBI, de la CIA, qué sé yo. Puede que él sea la única persona capaz de derrocar a tu hermano y acabar con ese imperio que creó hace décadas.

—¿En serio crees que pueda ser policía?

—Por poder, puede, desde luego, quién sabe.

—Será mejor que vaya a la cocina, no sea que piensen que me he ido a llevar la cerveza a lo alto de la montaña en vez de a la suite —suspiré poniéndome en pie.

Fuimos hasta recepción, quedamos en vernos al final de nuestro turno, y continué con mi trabajo. En la cocina me esperaban algunos pedidos y recé cada vez que me entregaban uno para que no fuera Kevin quien lo había hecho.

Por suerte, no volví a verlo el resto de mi jornada. Pero, por otro lado, ¿por qué quería verlo? Aquello, cuanto menos, era raro.

Capítulo 11



Aisha

Finalmente, decidí salir con Nerea y Saida, y lo hice en el momento en el que entré por la puerta de mi casa, horas antes, y mi cuñada Yamila me dijo que mi hermano quería hablar conmigo durante la cena, puesto que no iría a comer a casa.

Le dije que ya había quedado con mis amigas para salir a cenar y tomar un té, que ellas querían celebrar conmigo la dicha y el gozo que suponía el haberme prometido, y me fui a la habitación.

Si me gustara la cerveza, me habría bebido varias en el hotel, pero no me gustaba. Nunca me había emborrachado sin embargo, en ese momento, sería capaz de beberme cualquier copa que tuviera alcohol.

Había pasado la tarde en mi habitación hablando con Nadira por teléfono, quería que saliéramos una tarde a escoger algunas cosas para su boda, esa para la que apenas faltaban tres semanas. Me felicitó por mi compromiso y deseo que fuera tan feliz con Hakim, como lo era ella con mi hermano Kasim.

Ojalá así fuera, pero nunca lo sería.

Salí a tender ropa y sábanas antes de ducharme y vestirme, y mentiría si dijera que no se me fueron los ojos en un par de ocasiones, o tal vez tres o cuatro, hasta la terraza de la suite de Kevin. ¿Estaría allí? ¿Saldría a tomar una cerveza y fumar? ¿Volvería a ver esos ojos color miel que parecían traspasar mi alma cuando me miraban?

Quería verlos, quería verlo a él, quería que supiera que estaba en casa y a salvo, que no pasaba nada. Pero me mentía a mí misma con eso, en mi casa tampoco estaba a salvo.

Quien conociera a mi hermano Karim, sabía que no tenía aprecio a muchos de su familia. Apreciaba a mi madre, por darle la vida, respetaba a mi padre, por el hombre que una vez fue y por darle el poder de ser él quien ostentara el papel de padre de familia. Incluso podría decir que respetaba a Kasim y casi diría que lo admiraba por haber decidido trabajar con él desde bien joven, pero a mí, o a su esposa, no nos tenía el más mínimo aprecio.

Era mi hermano, y tenía recuerdos de él cuando yo no era más que una niña que lo seguía por la casa, al igual que Kasim, para que nos cogiera en brazos y jugara con nosotros. Aquellos fueron buenos tiempos, después todo cambió y solo me veía como la futura esposa de algún hombre con quien hacer una alianza.

No entendía cómo Yamila había aceptado ser su esposa.

Me duché y vestí tan rápido como pude para salir de casa antes de que Karim llegara. Cuando mi madre me vio con el velo y el bolso, abrió los ojos, y mi padre no digamos, él parecía querer abrasarme con las llamaradas que desprendían sus ojos.

—¿Dónde vas, Aisha? Tu hermano quiere hablar contigo durante la cena —dijo mi padre.

—Pues tendrá que ser otro día, hoy me voy a cenar con mis amigas, vamos a celebrar mi compromiso.

—No vas a ningún lado, quítate ahora mismo el velo y siéntate a esperar a tu hermano.

—¿Sabes, papá? Antes, hace años, te obedecía a ti, pero ahora debo obedecer a Karim, ¿cierto? Qué curioso, no lo veo, así que —me encogí de hombros—, no puedes obligarme a quedarme en casa. Me voy.

—¡Si sales por esa puerta, Aisha…!

—¿Qué pasará, papá? ¿Le dirás a Karim que he desobedecido una orden que él te ha dicho que me des? Porque tú en esta casa ya no tienes autoridad. Lo raro es que te deje seguir viviendo aquí.

—Hija —murmuró mi madre, con los ojos completamente desorbitados.

Yo no era así, nunca había contestado a mis padres, pero desde un año hasta ahora, mi carácter para con ellos y sobre todo con mi hermano, había cambiado.

No miré atrás, fui hacia la puerta y salí de casa, justo cuando escuché el motor del coche de Karim acercándose a la casa.

Corrí a esconderme en la parte trasera de una de las casas colindantes, y solo cuando escuché que salía del coche y abría y cerraba la puerta de nuestra casa, salí corriendo procurando no ser vista y llegué hasta la plaza.

Allí encontré a Nerea y Saida esperándome, ambas me abrazaron y cuando les dije lo que acababa de hacer, se echaron a reír.

—Eres como una agente de Misión Imposible —rio Saida.

—Estoy sofocada, quiero beber algo o me muero —dije.

Nos sentamos en una de las terrazas y fue cuando escuché sonar mi móvil, al ver que era mi hermano, lo puse en silencio, no quería saber nada de él, ni de nadie.

—Nerea me ha contado algo así por encima —dijo Saida, cuando pedimos la cena—. Así que, con Hakim al fin.

—Eso parece. Según mi madre, lleva como… seis años esperando por mí. Fue ella quien evitó que me casara a los veinte, como va a hacer Nadira.

—Mis padres no salen de su asombro, y eso que mi madre es musulmana también, que en su familia aún hay algún tío y primo muy arraigado a esas creencias, pero ella no las comparte, como tampoco lo hacía su padre.

—Tu abuelo se casó enamorado de su querida Leila —comentó Nerea con una sonrisa.

—Y la amó hasta el último aliento —respondió ella—. Mi madre dijo que al igual que su padre y ella, quería para mí un hombre que me amara, no un matrimonio concertado.

—Ojalá lo encontréis las dos —deseé, porque quería verlas felices a ambas.

—¿Y quién es, míster toalla mojada? —curioseó Saida, con una sonrisa de lo más pícara.

—¿En serio te has referido a él así, y no por su nombre? —reí mirando a Nerea, que se llevaba un pinchito de Kefta a la boca.

—Kevin es un nombre sexy, pero un poco aburrido para contarle las aventuras que has vivido con él hasta ahora —contestó Nerea.

—¿Qué aventuras? Ni que me hubiera ido a hacer *puénting* con él, o algo así —resoplé.

—Resulta, prima… —comenzó Nerea, y acabó contándole a Saida todo, desde el primer día que lo vi desde mi terraza, hasta el momento en el que esa mañana dijo que quería ayudarme y verme feliz.

Saida escuchaba con atención sin interrumpir el relato de su prima, de vez en cuando me miraba y en sus ojos aparecían la sorpresa, la ternura y el miedo a partes iguales, según lo que Nerea fuera diciendo.

En ese momento uno de los muchos gatos que había rondando las terrazas, se me subió encima, tenía una carita

más bonita con aquellos ojos verdes y el pelaje blanco y anaranjado. Empezó a maullar y vi que no era más que un bebé de poco más de un mes.

Le di un poco de pan, un poco de pollo y agua, y se quedó mirándome después de comerlo todo. Tras limpiarse las patitas, se acurrucó en mi regazo y allí se durmió mientras nosotras seguíamos hablando hasta que nos acabamos el té y vi que eran casi las once y media.

—Debería volver a casa, antes de medianoche —dije.

s —Sí, no sea que desaparezca tu carroza, Cenicienta —resopló Nerea.

—Ha sido un día largo —respondí mientras acariciaba distraía a aquel pequeño gatito.

—Lo sé, cariño. Por suerte mañana tenemos el turno de tarde noche.

—Me da pena despertarlo —ambas miraron al gatito que dormía plácidamente y sonrieron.

—Ya puedes decirle a Hakim que le has dado su primer hijo —rio Nerea.

—No quiero hijos con él, no puedo. Yo… —suspiré— Quiero ser madre, pero de un hijo fruto del amor de ambos padres, no porque sea lo que tengo que hacer.

—Sabes que hay pastillas anticonceptivas que puedo conseguirte, Aisha —me dijo Nerea, apoyando su mano en la mía.

—Lo sé, pero sería arriesgado para ti.

—¿Arriesgado? Con ir a otro médico que me las recete es suficiente.

—Si Karim se enterase, podría ir contra ti.

—Que venga —se encogió de hombros—. No le tengo miedo. Quizás incluso intente seducirlo solo para que su mujer abra los ojos de una maldita vez y lo mande al Infierno por infiel.

—No hagas eso, por favor te lo pido —supliqué mirándola con los ojos muy abiertos, envuelta en el pánico que suponía perder a mi amiga si Karim supiera que había ido contra él.

—Por ti haría lo que fuera y lo sabes, pero me gusta tener la cabeza sobre los hombros.

Suspiré, cogí al gatito y se despertó, le sonreí mientras le acariciaba y lo dejé en el suelo.

En cuanto nos pusimos en pie y comenzamos a caminar, lo vi corriendo hacia delante y cómo me esperaba.

—Creo que no es broma, te ve como a su madre —rio Nerea, al ver que se me cruzaba entre las piernas y se frotaba con ellas.

—Te va a seguir hasta casa —dijo Saida.

—Espero que no, solo faltaba eso.

Me despedí de ellas, cada una tomó su camino y tal como había dicho Saida, el gatito me seguía con sus pequeñas patitas corriendo a mi lado.

Sonreí, pero intenté no mirarlo, no podía llevarlo a casa conmigo. Aunque, ¿qué malo podría hacer esta pequeña bola de pelo?

A mí me haría compañía cuando estuviera en casa, así que…

—¿Quieres venir? —pregunté mirándolo cuando estábamos a solo unos metros de mi casa, y él maulló— ¿Eso es un sí? No hablo gatuno —reí, porque quien me viera a esas horas de la noche y hablando con un gato, se moriría de la risa.

La pequeña bola de pelo volvió a frotarse contra mi pierna, y entonces lo tomé como un sí. Lo cogí en brazos, le acaricié la cabeza y cuando llegamos a casa abrí la puerta y entramos en la más absoluta oscuridad.

Todos dormían, por suerte para mí, así que avancé despacio y sigilosa por el salón hasta llegar al pasillo, pero justo antes de que lo hiciera, se encendió la luz de la lámpara.

—Aisha —la voz de Karim retumbó en la silenciosa estancia.

—¡Qué susto! —dije girándome con el gatito en brazos, que no dudó en acurrucarse en ellos al ver a mi hermano, pobre animal, hasta él parecía tenerle miedo.

—¿Qué es eso? —Frunció el ceño.

—Un caballo que me he comprado —volteé los ojos, aunque sabía que no era buena idea vacilar a mi hermano—. Un gatito que se ha encariñado conmigo, y es mutuo. Puedes decirle a Hakim que soy mamá soltera, a ver si

acepta al pequeño.

—No digas tonterías, no tiene gracia.

—Desde luego, parece ser que para ti ya nada tiene gracia, hace años que no te ríes. Ni siquiera sonríes, eres un amargado.

—Soy un hombre de negocios, soy el maldito cabeza de familia, y me debes respeto —dijo poniéndose en pie y acercándose a mí—. Dejé claro que quería hablar contigo en la cena, y te has ido sin mi permiso.

—Nunca he necesitado el permiso de nadie para salir a cenar con mis amigas.

—Ahora eres una mujer casada, Aisha, tienes unas normas.

—Prometida, no me pongas esas cadenas antes de tiempo.

—Prometida, casada, es lo mismo. Eres la mujer de Hakim, y le debes respeto y obediencia.

—Querrás decir sumisión absoluta, y abrirme de piernas para él hasta que me deje embarazada para parir al súbdito de tu futuro hijo. Aunque, no sé, tu heredero igual tarda en llegar tanto como tardé yo, y entonces, ¿mi hijo sería el jefe supremo de tus negocios? —Arqueé la ceja— Sería humillante para ti, ¿no? Que tu mano derecha críe al heredero de todo tu legado.

No lo vi venir, ni siquiera me dio tiempo de asimilar lo que iba a pasar, cuando noté la mano de mi hermano en mi mejilla.

La bofetada dolió como si me hubiera dado con un ladrillo, y escocía como si me hubiese quemado.

Llevé mi mano a la mejilla y lo miré con los ojos vidriosos, pero conteniendo las lágrimas, nunca lo dejaría verme llorar.

—Si vuelves a hablarme sin respeto alguno, te aseguro que esto te parecerá una caricia —amenazó—. Y por tu bien más vale que a Hakim no le hables así, porque no me importará si te da paliza tras paliza.

—Eres mi hermano, deberías cuidarme de hombres como él si es violento, y no ponerme en una bandeja de oro y servirme para que sea su esclava.

—Vas a casarte con Hakim, vas a darle tantos hijos como Allah quiera enviaros, lo obedecerás, lo respetarás y serás la esposa fiel y abnegada que debes ser. Besarás el puto suelo por el que pisa si es preciso, te abrirás de

piernas para que te folle tantas veces como él quiera, y se la chuparás si así lo desea, porque eso es lo que hacen las esposas, obedecer y complacer a sus hombres.

—¿Yamila no lo hace, y por eso buscas que otras te complazcan? —pregunté, a sabiendas de que eso podría hacer que me llevara otra bofetada, y por el modo en el que me miraba así parecía ser, solo que no me volvió a pegar, simplemente apretó la mandíbula y el puño, como si se controlara.

—Lo que haga o deje de hacer es asunto mío.

—¿Hakim estará con otras? Porque entonces yo también podría estar con otros.

—No vayas por ahí, Aisha, no quieras ver lo peor de mí.

—¿Hay algo peor que abofetearme? Nunca lo habías hecho, y te admiraba como mi hermano mayor que eras. Ahora, en cambio, te desprecio con todo mi ser, y desearía que mamá nunca me hubiera tenido.

Me giré con el gato temblando entre mis manos y fui a la habitación, ni siquiera iba a esperar a que me dijera lo que fuera que había querido decirme durante la cena, pero él lo hizo de igual modo.

—En unos días saldrás a cenar con Hakim —dijo haciendo que me detuviera—. Todos tienen que ver a quién perteneces ahora, tienen que saber que eres la mujer de Hakim y nadie, ni un solo hombre de este lugar, podrá volver a mirarte con el deseo de meterse entre tus piernas. Y ve renunciando al trabajo, ahora eres una mujer casada.

—No voy a renunciar hasta que llegue el día de la maldita boda, eso te lo aseguro, hermano. Y no se te ocurra intentar obligarme, o te juro por Allah que no habrá boda.

—Sabes que no puedes escapar, que, si lo intentas, iré tras de ti y te encontraré.

—No pensaba en escapar, sino quitarme la vida, esa que, al parecer, nunca valió nada para ninguno de los miembros de mi familia.

Y esa vez sí, me fui a la habitación y dejé al gatito en la alfombra mientras me ponía el pijama.

—¿Qué nombre te puedo poner? —susurré mientras le lavaba un poco antes de meternos en la cama— Hum. Yo diría que tienes cara de ser un pequeño trasto —me miró y levantó la patita—. ¿Trasto, entonces? —sonreí— Pues así será, pequeño Trasto.

No tardó en cerrar los ojos y poco después se quedó dormido. Yo quería hacer lo mismo, solo que todo lo ocurrido

durante el día con Kevin, y esa última conversación con mi hermano, no me lo permitían.

Uno quería ayudarme a librarme de lo que el otro tenía planeado que fuera mi vida, pero no podía fiarme, no de alguien a quien ni siquiera conocía.

¿Y si solo quería encarcelar a Karim? ¿Podría correr ese riesgo? Kasim sería arrastrado a la cárcel con nuestro hermano y eso… eso nunca me lo podría perdonar.

durante el día con Kevin, y esa última conversación con mi hermano, no me lo permitían.

Uno quería ayudarme a librarme de lo que el otro tenía planeado que fuera mi vida, pero no podía fiarme, no de alguien a quien ni siquiera conocía.

¿Y si solo quería encarcelar a Karim? ¿Podría correr ese riesgo? Kasim sería arrastrado a la cárcel con nuestro hermano y eso… eso nunca me lo podría perdonar.

Capítulo 12



Kevin

No pedí ningún café para la habitación al levantarme; primero porque sabía que ella estaría en el turno de tarde y segundo porque había recibido un mensaje de Mohamed citándome en uno de los bares de la plaza para hablar.

Salí a la terraza para fumarme un cigarrillo y comprobar si el destino era capaz de sacarla a ella y que nos viéramos, aunque fuera unos segundos, con una mirada me daba por más que satisfecho.

Pero no sucedió, ni rastro, cosa que me dolió en el alma, pero bueno, en cierto modo era muy probable que así fuera. Ese hijo de puta de Karim iba a pagar por todo y de una.

Solo imaginar que Hakim le podría poner una mano encima sin ella desearlo me enfermaba, pero no, por nada del mundo lo iba a permitir, antes lo dejaba sin huevos.

Me calcé y salí hacia la plaza para dar el encuentro a Mohamed, necesitaba alguna noticia buena por muy leve que fuese y aun sabiendo que había pasado poco tiempo para poder tener nada listo.

Estaba sentado esperándome con un café en la mano.

—Buenos días, Mohamed, dime que hay buenas noticias.

—Buenos días, señor Kevin, no, todo lo contrario, malísimas. No te va a gustar escucharlas…

—Pues lo tendré que hacer, me da igual cuántas piedras se pongan en el camino, el fin es liberarla, me cueste lo que me cueste.

—El problema es que esas piedras del camino pueden hacer mucho daño…

—Suelta —dije mirando al camarero y señalando el café para que me trajera uno.

—He movido más hilos de los que imaginas, mi cabeza estuvo trabajando en todo momento y conseguí tener un infiltrado dentro del ámbito de ellos.

—¿Y?

—Ayer, Karim abofeteó a Aisha…

—¡Me cago en su puta madre! —di tal golpe sobre la mesa, que hasta el camarero me miró asustado y Mohamed le hizo una señal con la mano de que no pasaba nada.

—La situación es la siguiente: Kasim, el hermano menor, se casa en tres semanas y tengo información de que ese día aprovechará Karim para quitar a su hermana de en medio y dejarla encerrada con la familia de la que será la mujer de este, hasta su boda con Hakim.

—Eso no va a pasar, Mohamed, eso no puede ni debe pasar, antes echamos a arder todo, créeme que eso no pasará.

—Hermano —se puso la mano en el corazón—, no vamos a permitirlo, tenemos tiempo para actuar antes, y si no, la dejamos ir a la boda y le damos a todos allí su merecido. No se la van a llevar. Allah nos ayudará.

—Allah, Buda o Cristo, pero a ella no se la pueden llevar por nada del mundo.

—Por otro lado, el tema del pasaporte, me lo harán de manera que no la puedan interceptar por la vía que salga, y a te explicaré cuando llegue el momento, pero me aseguran su seguridad y libertad de la manera más limpia. Costará diez mil dólares que pueda tener una documentación en orden, tienen que pagar a mucha gente.

—No hay problema por eso.

—Sabes que tienes el dinero aquí en efectivo que me regalaste, puedes coger lo que necesites y ya me lo enviarás con el grupo de Samuel cuando sea.

—Gracias, lo mismo voy a necesitar una parte mientras hago que me llegue una suma de dinero.

—No te preocupes por eso, lo podemos hacer así, me lo envías más adelante, olvídate de eso, hermano.

—Ya iremos viendo. ¿Alguna información más?

—Más acción que información, pero eso está en mis manos y te iré aclarando cuando yo tenga todo bien atado y preparado.

—Vale. Lo del tema de que la abofeteara habría que hacer algo antes de que vuelva a suceder.

—No podemos adelantarnos a nada si queremos que todo salga bien, te recuerdo que no estamos tocando una familia normal, sino una que tiene demasiado poder y corrupción.

—Ese, no se va a ir tan de rositas de mientras.

—Kevin, no hagas ninguna tontería, piensa que cualquier cosa lo puede poner en alerta y que se complique todo.

—Tranquilo, no soy tonto.

—Lo sé, pero a veces los nervios son traicioneros. Recuerda que la calma y la paciencia son buenos aliados.

—Las dos cosas que más me faltan en estos momentos.

—Kevin…

—No haré nada sin que tú lo apruebes.

—¿Desde cuándo soy el jefe? Pero me gusta que me digas eso.

a
—Desde este momento, estoy en tierra hostil y solo tú puedes moverte en este entorno.

—Bueno, al menos eres consciente de eso.

—Lo soy, aunque me cueste asumirlo.

—Te tengo informado, debo llevar a mi mujer a una revisión.

—Que todo vaya bien —me levanté a darle un abrazo y acto seguido le pedí al camarero un desayuno completo.

Maldito Karim, el hijo de puta más grande del Rif, sin duda no iba a quedar impune de haber puesto una mano encima a su hermana. ¿Quién cojones se creía él para levantar la mano a una mujer? ¿¿¿Quién???

Se me pasaban tantas cosas feas por la cabeza, que me decía a mi mismo que me tranquilizara, pero, ¿quién se

tranquilizaba después de saber que esa persona que se había convertido en algo para ti había sido dañada y tratada como un ogro?

Fue dar un primer bocado a la tostada y casi se me atraganta, en esos momentos mi mirada se cruzó con la de Aisha, que cruzaba por la plaza con una señora que supuse era la madre. Agachó la vista hasta el suelo, pero en su cara vi reflejado un cierto color diferente, no me cabía duda de que era la marca de lo que el cabrón de su hermano se había atrevido a hacer.

Iba preciosa con un pañuelo en color turquesa, dejado caer sobre su cabello, sin ocultar por completo su bonita melena. Una camisa blanca remangada hasta los codos y un vaquero que caía sobre unas deportivas.

Era la mujer más bonita del mundo, de una belleza inexplicable y un tono de piel que se asemejaba a la perfección. Pero sus ojos no mentían, esos eran tristes y llenos de dolor.

Karim, puto nombre que no se me quitaba de la cabeza, me producía una repulsión tan grande, que hasta no verlo acabado y hundido, no iba a poder vivir en paz, ese iba a pagarlo todo, absolutamente todo.

Me iba a ir tras tomar un poco del desayuno porque el resto ya ni me entró, pero lo pensé mejor y me pedí un té para esperar que volviera a pasar, era evidente que había ido a comprar algo al otro lado de la medina y seguramente volvería a pasar. No quería perderme ese momento por muy corto que fuera.

Y así fue, un rato después, regresaban cargadas de bolsas y su mirada buscó la mía para luego bajarla rápidamente. Me dio tiempo a hacerle un guiño, uno que sabía que la otra persona que miraba hacia el otro lado no lo vería, por nada la pondría en un aprieto.

tranquilizaba después de saber que esa persona que se había convertido en algo para ti había sido dañada y tratada como un ogro?

Fue dar un primer bocado a la tostada y casi se me atraganta, en esos momentos mi mirada se cruzó con la de Aisha, que cruzaba por la plaza con una señora que supuse era la madre. Agachó la vista hasta el suelo, pero en su cara vi reflejado un cierto color diferente, no me cabía duda de que era la marca de lo que el cabrón de su hermano se había atrevido a hacer.

Iba preciosa con un pañuelo en color turquesa, dejado caer sobre su cabello, sin ocultar por completo su bonita melena. Una camisa blanca remangada hasta los codos y un vaquero que caía sobre unas deportivas.

Era la mujer más bonita del mundo, de una belleza inexplicable y un tono de piel que se asemejaba a la perfección. Pero sus ojos no mentían, esos eran tristes y llenos de dolor.

Karim, puto nombre que no se me quitaba de la cabeza, me producía una repulsión tan grande, que hasta no verlo acabado y hundido, no iba a poder vivir en paz, ese iba a pagarlo todo, absolutamente todo.

Me iba a ir tras tomar un poco del desayuno porque el resto ya ni me entró, pero lo pensé mejor y me pedí un té para esperar que volviera a pasar, era evidente que había ido a comprar algo al otro lado de la medina y seguramente volvería a pasar. No quería perderme ese momento por muy corto que fuera.

Y así fue, un rato después, regresaban cargadas de bolsas y su mirada buscó la mía para luego bajarla rápidamente. Me dio tiempo a hacerle un guiño, uno que sabía que la otra persona que miraba hacia el otro lado no lo vería, por nada la pondría en un aprieto.

Capítulo 13



Kevin

Estaba comiendo en un restaurante de la medina que estaba innovando mucho en platos y me había dado cuenta cuando pasaba y los veía sobre las mesas, así que aproveché para ese día probar una pasta a la carbonara que me había venido llamando mucho la atención.

Sorprendentemente me ofrecieron una cerveza como bebida, cosa que en Marruecos donde se podía adquirir más fácilmente eran en hoteles y algunos Riad, como era el caso en el que yo me alojaba y que lo solicité como petición cuando hice la reserva.

Vi a lo lejos de nuevo a Aisha entrando en la Riad para trabajar. Solté el aire contenido, me partía el corazón verla así de pensativa y triste. No podía dejar de maldecir a su hermano.

Una llamada de mi madre me hizo quitar ese pensamiento asesino que me salía para ese hombre.

—Hola, mamá.

—No soy mamá —se le escuchó una sonrisilla que me sacó otra—. Soy Pedrito.

—Mi niño favorito…

—¡Sí! Ese soy yo, tito —decía feliz.

—¿Qué estás comiendo, campeón?

—Lentejas y croquetas de las que hace la abuela tan ricas.

—Me muero de la envidia.

—Ella te las va a hacer cuando vuelvas, ¿verdad abuela?

—Claro que sí —escuché a mi madre, debía tener el manos libres.

—Tito, ¿has escuchado?

—Sí, sí, me he emocionado y todo.

—Tito, mi mamá se fue anoche y no ha regresado, me ha tenido que llevar y traer de la escuela la abuela.

—Como siempre hace.

—Pero mamá no está.

—¿La habéis llamado?

—Sí, hijo —escuché decir a mi madre—. Creo que vas a tener que hacer algo.

—Vale, déjame a mí, te mantengo informada.

Sabía que mi madre estaba angustiada y que no quería ponerse nerviosa delante del niño y hablarme de su preocupación, pero ya sabía que lo había entendido y que me iba a mover para localizarla.

Kevin: *Sabrina más vale que me contestes rápida y veloz, o por primera vez me vas a hacer tomar una drástica decisión.*

Diez minutos y nada de respuesta por su parte, me estaba sacando de quicio.

Kevin: *Sabrina, ¿qué cojones está pasando? ¿Se te olvidó que eres madre? ¿Se te olvidó que tu hijo te necesita? ¡Háblame de una puñetera vez!*

Sabrina: *Estoy llegando a casa…*

Kevin: *No vuelvas a salir más que para ir a los recados o cuando vuelva, tienes las maletas en la calle y no vas a ver más a tu hijo.*

Sabrina: *Que te follen…*

¿Que me follen? Esto se estaba pasando de castaño claro a oscuro y no sabía el disgusto que le iba a costar. Tal y como regresara le iba a dejar las cosas bien claras y si no las entendía, que se marchara que ya nos encargaríamos del niño, cosa que era lo que mi madre, siempre venía haciendo. Que me follen…

Mamá: *Hijo ya llegó, viene un poco pasada de alcohol, se fue a la cama directamente. Ni saludó a Pedrito. Estoy muy triste.*

Kevin: *Mamá, cuando regrese soluciono el tema. Esta vez o cambia, o se corta por lo sano.*

Mamá: *Es mi hija, no quiero que la familia se rompa.*

Kevin: *Es una descarada que no solo vive del cuento, sino que se olvida que tiene un hijo que la necesita. No quiero verte triste, luego te llamo. Te quiero.*

Mamá: *Yo también te quiero, hijo. A los tres os amo con todo mi corazón.*

Se iba a cargar a mi pobre madre de un disgusto la puñetera niña. Desde luego que le faltó mano dura, eso era evidente.

Estaba sobrepasado por todos los frentes que tenía abiertos, pero, todos, los pensaba resolver para la paz mental de algunas y sobre todo ya puestos para la mía, que ya estaba de lo más colapsado.

Me fui hacia la Riad y saludé a la chica de recepción que me recibía con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Puedes pedir que me suban un café?

—Con mucho gusto, señor.

—Gracias.

Comencé a subir las escaleras pensando que, por Dios, no fuera otra persona que no fuese ella la que me lo llevara.

Fueron unos minutos en los que parecía que me tenían agarrado el estómago y me lo apretaban con todas las fuerzas.

Y por fin cuando llamaron y abrí, pude comprobar que era ella.

—Buenas tardes, Aisha —me aparté para que pasara.

—No deberías llamarme por mi nombre —caminaba con la mirada agachada.

—Tienes un nombre que te da una identidad que nadie tiene derecho a robarte —le dije desde dentro de la habitación mientras ella, dejaba el café sobre la mesa de la terraza.

—No te metas, terminarás muy mal —dijo mientras caminaba para dirigirse a la puerta y la frené agarrándola del brazo.

Levantó su mirada y me miró con los ojos llorosos, pude ver esa mejilla con una tonalidad diferente y como con una marca.

Llevé mis dedos hasta ese lado y lo acaricié con delicadeza.

—Intenta mantener la calma, te prometo que te llevaré a una vida mejor.

—¿Y si no quiero?

—Sí quieres —seguía acariciándole la mejilla y note cómo su piel se erizó—. Aisha, sé que no me conoces de nada, yo a ti hasta que te vi por primera vez tampoco, pero te juro que jamás sentí algo tan repentino y fuerte por alguien, y me duele tu dolor —comencé a secarle las lágrimas con las yemas de mis dedos—. Creo que te amo con todo mi corazón.

—¿Y cómo puedo saberlo? —preguntó con la voz entrecortada y rota.

Y mi respuesta fue acercar mis labios a los suyos y comprobar si a través de un beso le podía traspasar mis sentimientos. No sé, pero necesitaba hacerlo para saber si a ella le removía algo.

Sus labios se perdieron en los míos, fue ella quien lo llevó a mayor intensidad para sorpresa mía.

—Con alguien como tú, era lo que siempre soñé para casarme —murmuró separándose de mí y marchándose por la puerta.

Me había quedado tan helado que no fui capaz de retenerla. ¿De verdad me había dicho eso tras el beso?

Creo que nunca había sentido un beso tan especial como había sido este, me había elevado a un estado que nunca había sentido, no solo era deseo, eran también ganas de abrazarla y apretarla contra mí, de protegerla, cuidarla, amarla…

Amaba a Aisha como nunca había amado a nadie y no pensaba irme sin ella, eso era lo que tenía más claro en este mundo. Huir hacia España junto a ella.

Un rato después volví a pedir un té, quería volver a verla, aunque fueran dos minutos. Y apareció mirando hacia el suelo, eso me mataba, era como estar a la voluntad de algo que no debía de permitir, ninguna mujer debía mostrar esa sumisión e inseguridad por estar en la cuna de una familia no adecuada para el siglo en el que vivíamos.

Esperé a que lo dejara sobre la mesa y cuando entró para marcharse la agarré por los brazos cariñosamente.

—Aisha, prométeme que pondrás de tu parte para tu liberación.

—Tengo mucho miedo —comenzaron a brotarle las lágrimas—. No te conozco de nada. ¿Quién me dice que no eres peor que él y estás haciendo puro teatro?

—Para mí, eres la chica más especial de este planeta, no eres una mercancía —ahuequé mis manos en su cuello y acerqué mi frente a la de ella—. Yo no debía estar aquí, pero me quedé por ti. Sé que es una locura, pero la siento con el corazón. Cree en mí —le besé los labios y volvió a flaquear para perderse en ellos.

—Me van a matar —murmuró frenando en seco—. ¡Me van a matar! —gritó llorando y se marchó corriendo.

No la iban a matar, porque si eso pasaba, aquí iba a haber una tragedia más grande de las que nunca había habido en el pueblo. No me la podían matar, eso no podía pasar.

Amaba a Aisha como nunca había amado a nadie y no pensaba irme sin ella, eso era lo que tenía más claro en este mundo. Huir hacia España junto a ella.

Un rato después volví a pedir un té, quería volver a verla, aunque fueran dos minutos. Y apareció mirando hacia el suelo, eso me mataba, era como estar a la voluntad de algo que no debía de permitir, ninguna mujer debía mostrar esa sumisión e inseguridad por estar en la cuna de una familia no adecuada para el siglo en el que vivíamos.

Esperé a que lo dejara sobre la mesa y cuando entró para marcharse la agarré por los brazos cariñosamente.

—Aisha, prométeme que pondrás de tu parte para tu liberación.

—Tengo mucho miedo —comenzaron a brotarle las lágrimas—. No te conozco de nada. ¿Quién me dice que no eres peor que él y estás haciendo puro teatro?

—Para mí, eres la chica más especial de este planeta, no eres una mercancía —ahuequé mis manos en su cuello y acerqué mi frente a la de ella—. Yo no debía estar aquí, pero me quedé por ti. Sé que es una locura, pero la siento con el corazón. Cree en mí —le besé los labios y volvió a flaquear para perderse en ellos.

—Me van a matar —murmuró frenando en seco—. ¡Me van a matar! —gritó llorando y se marchó corriendo.

No la iban a matar, porque si eso pasaba, aquí iba a haber una tragedia más grande de las que nunca había habido en el pueblo. No me la podían matar, eso no podía pasar.

Capítulo 14



Aisha

Después de una mañana de trabajo en la que me había costado bastante no ir por mi propio pie a la suite de Kevin para agradecerle el modo en el que me consoló noches atrás, me alegraba poder salir de casa donde me sentía sin aire y oprimida constantemente.

Nadira me esperaba en la plaza y en cuanto me vio, sonrió mientras corría para abrazarme.

—¡Aisha! Qué ganas tenía de ir de compras contigo —dijo en cuanto nos separamos.

—Yo también —sonreí, y no estaba mintiendo.

De mis dos cuñadas, sin lugar a dudas ella era mi favorita. Era dulce, tierna, y tenía un alma y corazón limpios, no como los de Yamila, que parecía odiarme por el simple hecho de no querer hacer lo que mi despiadado hermano mayor me imponía.

Como la cena de esa noche, donde debía salir con Hakim para que se pavoneara conmigo por las calles de Chefchaouen, dejando claro a cualquier otro hombre que era suya.

Me repugnaba, de verdad que sí, porque a pesar de que era un hombre agradable a la vista, no lo amaba y nunca podría hacerlo.

—Entonces —regresé al presente cuando escuché la voz de Nadira—, ¿tú me harás los diseños con la henna?

—Sí —sonreí—, ya tengo algunos bocetos que he ido haciendo en ratos libres. Espero que te gusten.

—Seguro que sí. Bueno, y ahora, ¿por dónde empiezo?

—No sé, ¿qué tenías pensado comprar hoy?

—No sé si resultará un poco extraño, pero… —se sonrojó y me dio a entender que lo que quería hablar conmigo, era algún tema sexual.

—¿Sí?

—Lencería —suspiró—. Pensé en comprar algo de lencería bonita para sorprender a tu hermano, a fin de cuentas, imagino que le gustaría, ¿no?

—Pues supongo que sí, pero no sé. Yo tampoco he estado nunca con un hombre —sonreí.

—Vaya dos futuras novias estamos hechas.

—Creo que de lencería Nerea entenderá un poquito más. ¿Quieres que le pregunte a ver si puede encontrar algo por Internet?

Se mordió el labio inferior, miró hacia el suelo y después suspiró.

—Oye, seguro que a Kasim le gusta la sorpresa.

—¿Y si piensa que soy una descarada?

—¿Por qué iba a pensar eso? Él te quiere, está enamorado de ti, le gustará ver que su mujer se arregla para él en su noche de bodas. Voy a escribir a Nerea.

Saqué el móvil del bolso y le mandé a mi mejor amiga un mensaje en el que le pedía esa ayuda que sabía podría darme. Le dije que fuera algo discreto, pero elegante y sugerente, algo que a mi hermano le sorprendiera y gustara a partes iguales, que no pensara que se había casado con una descarada hambrienta de sexo.

Respondió solo un minuto después diciendo que ella se encargaba de todo y se lo dije a Nadira.

—Ahora me da vergüenza haber pensado en comprar algo así para la noche de bodas.

—¿Te digo algo? Si a mi hermano le gusta, estoy segura que será él mismo quien te regale algo así en futuras ocasiones —sonreí.

—¿Y si tus padres encuentran esa ropa? Qué vergüenza.

—Si la encuentran, que la encuentren, solo la usarás para mi hermano, ¿cierto? —asintió— Pues ya está. Ahora vamos, que quiero coger algunos adornos para recogerte el cabello el día de la boda.

—¿Vas a mirar también cosas para ti? No te queda mucho para convertirte también en una mujer casada —dijo, y sentí náuseas.

—Echaré un vistazo para después ir a lo seguro, pero hoy todo lo que compremos es para ti, para tu gran día —le pasé el brazo por los hombros.

—No puedo creer que mi hermano pequeño al fin se case, y con una buena mujer como tú, Nadira.

—Yo tampoco, nunca creí que Kasim aceptara el matrimonio conmigo, a fin de cuentas, soy tan poquita cosa comparada con otras mujeres con las que ya podría haberse casado.

—Eres perfecta para él, solo hay que ver cómo te mira. Es como si no hubiera nadie más en la sala en la que ambos estéis. Nadira, mi hermano te adora y besaría el suelo por el que caminas si se lo pidieras.

Volvió a sonreír y noté que se quedaba mucho más tranquila. No era de extrañar que la pobre tuviera tantas reticencias, a fin de cuentas, mi hermano Kasim, ha estado rodeado de algunas mujeres en ocasiones en las que Karim lo llevaba con él, pero mi hermano pequeño siempre decía que nunca sucumbiría a las tentaciones de otras mujeres, que él esperaba a su preciosa Nadira para entregarse.

¿No era adorable? A sus veinticuatro años mi hermano seguía manteniendo su virginidad, esa que quería entregar a su esposa al igual que ella haría con él.

Yo tenía que dársela a alguien a quien no amaba, y la simple idea de lo mucho que dolería y me desagradaría ese momento me hacía estremecer.

Callejeamos y pasamos por las tiendas de la zona de joyerías y trajes para novia y novio, miramos en todas ellas y acabó comprando algunas cosas que aún no tenía, como un par de zapatos para el segundo traje que luciría en su gran día, algunas pulseras más, e incluso un par de pendientes que le habían gustado y yo le regalé.

Cargadas con más bolsas de las que habíamos imaginado en un principio, regresamos hasta la plaza y la acompañé a su casa antes de volver a la mía, donde tenía que prepararme para una cena a la que no quería asistir.

Pero la amenaza de Karim esa misma mañana antes de irme al trabajo, fue demasiado clara: o cenaba con mi prometido, o él mismo iría al hotel a presentar mi renuncia al trabajo formalmente.

Y no podía permitir que hiciera aquello, no cuando tenía a Kevin en aquel lugar donde, aunque apenas fueran unos pocos minutos, me servía como esa vía de escape para olvidarme de lo que había fuera de su suite.

Entré en casa y el aroma del tajín de pollo que estaba preparando mi madre me dio la bienvenida, en ese momento me encantaría decir que estaba enferma y no podía salir, quedarme en casa y disfrutar de esa comida, pero no podía hacerlo.

—¿Qué tal han ido las compras con mi futura esposa, hermana? —preguntó Kasim al verme.

—Muy bien —sonreí—. Le he regalado unos pendientes que le han gustado, pero no le llegaba con lo que tenía. Ha comprado tantas cosas que necesitaba —me encogí de hombros.

—Te los pagaré.

—¿Qué? No, ni hablar —negué rápidamente—. Es un regalo de su cuñada por la boda, así que, nada de pagarme.

—Tía Aisha —miré a la pequeña Amina y sonreí al verla con Trasto al lado, se llevaban muy bien y nadie en la casa me había puesto la más mínima pega para que se quedara, mientras lo mantuviera encerrado en mi habitación durante mis horas de trabajo.

—Hola, princesita mía —la cogí en brazos.

—Tuve que abrirle para que saliera, ella quería jugar —dijo Yamila, refiriéndose al gatito.

—Está bien, puede jugar con él cuando quiera.

—Le gusta, me ha hecho unir un hilo en un simple palo y lo mueve delante de él para que intente atraparlo —volteó los ojos—. Y lo coge, tienes un gato muy listo, además de revoltoso.

—De ahí que lo llamara Trasto —reí.

—¿Sales hoy a cenar con Hakim? —preguntó Yamila y asentí— Puedo ayudarte a arreglarte, si quieres.

—Yo… —tragué con fuerza, no quería aquello, no lo quería por nada del mundo, a decir verdad— Estás cuidando de Amina.

—De la pequeña y el peluche me encargo yo —dijo Kasim, quitándome a la niña de los brazos—. Vosotras tranquilas, arréglate y ponte guapa para tu futuro marido, hermana —se inclinó para besarme y sentí que me mareaba.

¿Arreglarme para Hakim? No quería hacer tal cosa. Pero finalmente seguí a mi cuñada hasta mi propia habitación donde abrió el armario en busca del mejor conjunto para esa noche.

Un pantalón negro y una camisa en rosa pastel, con el velo a juego, acompañados de unos zapatos de tacón no muy altos que tenía para las ocasiones especiales.

Me maquilló en tonos claros, sutiles y muy naturales, y le dio un toque de color melocotón a mis labios.

Si era sincera, me veía guapa, pero no quería verme así para ese hombre.

—Eres una mujer con suerte —dijo mientras me colocaba el velo.

—¿Por qué lo dices?

—Por Hakim, obviamente.

—No quiero este matrimonio, Yamila, ya lo sabes.

—Lo sé, Aisha, sé que te casas bajo las órdenes de tu hermano, así como de tu padre, pero hazme caso, tienes suerte de que sea él quien vaya a convertirse en tu esposo.

—¿Entonces debo estar agradecida y alegrarme por eso?

—Sí, por lo que sé, al reclamarte Hakim hace años, eso impidió que muchos otros de los hombres de tu hermano lo hicieran. Muchos querían casarse contigo para ascender en su posición, para estar cerca de Karim y de todo el poder que eso conllevaba. Muchos de esos hombres, Aisha, ni siquiera son suaves con las mujeres. Ellos y sus deseos son mucho más importantes para sí mismos que lo que una mujer quiera o necesite en la intimidad. Han tomado a muchas mujeres en su vida, he conocido a algunas que han seguido siendo sus juguetes, incluso hay unos cuantos que tienen hijos fuera del matrimonio, y esas mujeres ya quedan repudiadas de la sociedad. Cualquiera que no fuera Hakim, Aisha, te habría destruido en todos los sentidos.

—Karim me está destruyendo, y parece que a nadie le importe.

—Tu hermano es severo, rudo incluso, pero te aseguro que pensó bien con quién casarte, Aisha. Si no hubiera sid Hakim, si en su lugar otro estuviera a punto de hacerte su esposa, te aseguro que te habría tomado antes incluso de convertirte en una mujer casada. Karim se preocupa por ti, aunque no lo quieras ver.

Claro que sí, guapi, como diría Nerea. Si al final, agradecida y emocionada de que sea Hakim el hombre que me

hará su esposa. Lo que tenía que escuchar…

,

—Estás preciosa —sonrió con ambas manos en mis hombros.

En ese momento ni contesté, no pude de todos modos, ya que llamaron a la puerta de casa y supe que era Hakim, con lo que noté cómo se tensaba todo mi cuerpo.

—Iré a decirle que sales enseguida.

Asentí y casi que agradecí que me dejara sola por fin, necesitaba esos momentos para mí, para hacerme a la idea de que iba a salir a la calle con mi prometido, solo para que todo el mundo supiera que tenía dueño.

Me sentía como la mercancía que mi hermano vendía, solo que mi vida, a diferencia de esos kilos, no valía nada, absolutamente nada.

o

e

hará su esposa. Lo que tenía que escuchar…

—Estás preciosa —sonrió con ambas manos en mis hombros.

En ese momento ni contesté, no pude de todos modos, ya que llamaron a la puerta de casa y supe que era Hakim, con lo que noté cómo se tensaba todo mi cuerpo.

—Iré a decirle que sales enseguida.

Asentí y casi que agradecí que me dejara sola por fin, necesitaba esos momentos para mí, para hacerme a la idea de que iba a salir a la calle con mi prometido, solo para que todo el mundo supiera que tenía dueño.

Me sentía como la mercancía que mi hermano vendía, solo que mi vida, a diferencia de esos kilos, no valía nada, absolutamente nada.

Capítulo 15



Aisha

Todos estaban en el salón esperándome, y cuando vi a Hakim, con un pantalón negro y una camisa blanca, acompañados de la chaqueta de cuero negra, me pregunté por qué no podía ver a ese hombre como lo que era, un hombre guapo.

Simplemente no podía porque nunca me había gustado.

—Aisha, estás preciosa —sonrió poniéndose en pie y se inclinó para besarme en la mejilla, tragué con fuerza cerrando los ojos.

Qué diferente era aquel beso del que me había dado Kevin cuando supo que mi hermano me había dado una sonora bofetada en la cara.

—Hacéis una pareja preciosa —dijo Yamila, a quien Karim tenía cogida de la mano en el sofá.

—Hermano, no la traigas demasiado tarde a casa —le pidió Karim a su mejor amigo y mano derecha en sus negocios sucios.

—Tranquilo —sonrió.

—Cuida bien de mi hija, Hakim, es nuestro mayor tesoro —comentó mi padre, y no pude evitar poner los ojos en blanco.

¿Su mayor tesoro? ¿En serio? Por favor, que alguien me dé una bolsa para poder vomitar y no mancharme la ropa

Salimos de casa sin decir más que adiós a mi familia, ahora también la suya, por supuesto, y cuando llegamos al coche de Hakim, uno idéntico al de mi hermano, negro y de esos lujosos y caros, me abrió la puerta del copiloto

como todo un caballero.

Lo miré por encima del hombro, pero no me molesté en darle las gracias, no podía esperar que fuera todo tan fácil para él.

Se acomodó en su asiento y condujo hasta la zona de la plaza, donde aparcó el coche y me hizo bajar en cuanto me abrió.

—Podríamos haber venido caminando —protesté, pero sabía bien por qué había traído el coche.

—Todos saben quién soy, con quién trabajo, el cargo que tengo en sus negocios, pero les tiene que quedar claro que el poder de Karim también es el mío, al igual que deben entender que nadie, ni uno solo de estos hombres, puede mirarte o desearte de hoy en adelante.

Entrelazó nuestras manos y sentí que podría vomitar en ese mismo instante. No quería ser eso, una mujer de adorno colgando del brazo de la mano derecha del narco de Chaouen, como conocían a Karim.

Pero me dejé arrastrar por las calles de la plaza hasta una de las terrazas escogida por él para esa cena, donde nos sentamos, pedimos algunos platos, agua y té, y fingimos ser una feliz pareja.

—Dame tu mano, *habibati* —me pidió tras haber acabado con el primer plato.

Fruncí el ceño y él sonrió mientras sacaba una cajita del bolsillo de su pantalón. Cuando la abrió, vi un anillo de oro con un diamante y una esmeralda en el centro, era bonito, pero no de mi estilo ni lo que alguna vez imaginé que llevaría en el dedo como una mujer comprometida.

—No pude dártelo la otra noche, y quería hacerlo hoy —dijo, y yo seguía sin ofrecerle la mano.

—No era necesario, esto… —tragué con fuerza porque sabía que las palabras que quería decir no eran las más apropiadas, pero tenía que hacerlo— Esto no es real, Hakim. Acepté el matrimonio porque no me quedaba otra, es una imposición de mi hermano mayor, pero no te amo, y no debería llevar tu anillo.

—Debes, *habibati*, para que todo el mundo entienda que ya eres una mujer prácticamente casada —me cogió la mano por encima de la mesa y colocó el anillo.

· Una vez lo hizo, escuché un estruendo en una mesa cercana y, al mirar, vi a Kevin allí sentado.

Estaba solo, cenando, y la copa que sostenía en la mano se había hecho añicos.

Sus ojos, el modo en el que apretaba la mandíbula, me hicieron saber que la rabia se había apoderado de él en ese instante. Juraría que iba a levantarse en cualquier momento y darle un puñetazo a Hakim, por lo que, con todo el disimulo que pude, evitando que Hakim me viera, le pedí a Kevin con la mano oculta que no se moviera, que no se levantara, que no hiciera absolutamente nada en ese momento.

¿Su reacción? Tirar la servilleta con fuerza sobre la mesa mientras se levantaba, dejando caer la silla al suelo, y caminar a grandes pasos por la plaza, alejándose de allí.

—¿Aisha? —miré a Hakim al escucharlo llamándome— ¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo… Me asusté con el ruido de cristales.

—Al menos he acertado con la talla —sonrió cogiéndome de nuevo la mano para ver el anillo—. Menos mal que Yamila me ayudó en esto.

—Hakim…

—Sé lo que vas a decir —me cortó—, y no necesito que lo hagas. Ahora no me amas, y lo entiendo, pero con el tiempo lo harás, *habibati*. Solo necesitas tiempo, lo sé. Verás cada día lo mucho que te quiero, me preocupo por ti y te cuido.

—Tendré que dejar de trabajar, y eso es algo que no me gusta —negué inclinando la mirada.

—Tu hermano impuso eso, ¿verdad?

—Sabes que sí.

—¿Y si hacemos un trato, *habibati*? —preguntó.

—¿Qué clase de trato? —fruncí el ceño, temiendo lo que pudiera decirme a continuación.

—Yo soportaré la ira de tu hermano en cuanto a tu trabajo se refiere, y podrás trabajar durante el próximo año completo, solo ese tiempo, a menos que quedes embarazada antes de que acabe, en cuyo caso, dejarás de trabajar de inmediato.

—Solo un año más de libertad —murmuré—. No es lo que quiero, Hakim.

—Es cuanto puedo ofrecerte, sabes que tu hermano es severo, me cortaría un brazo solo por contradecir una de su órdenes. Pero en cuanto salgas de esa casa, serás mi esposa, *habibati*, y solo yo podré decir qué puedes y qué no

puedes hacer. ¿Aceptas el trato? Me parece algo justo, y más sabiendo cuánto has deseado siempre ser una mujer trabajadora y ganarte la vida por ti misma.

Lo pensé un momento, y como solía decirse, más vale pájaro en mano, así que…

—Un año —dije—. Al finalizar el próximo año, seré solo una mujer de mi casa dedicada a mi esposo.

—Y a los hijos que Allah quiera darnos —sonrió llevándose mi mano a los labios para besarla.

Si podía evitarlo, Allah no nos daría ni un solo hijo, y de eso también se encargaría Nerea.

Terminamos de cenar en una charla que, debía reconocer, fue amena y centrada en cuándo empezaría los preparativos para nuestra boda, esa para que le quedaba un día menos que ayer, pero uno más que al día siguiente.

En cuanto acabamos de tomar el té, volvió a entrelazar nuestras manos y caminamos hasta donde había dejado el coche. Abrió la puerta y me pareció ver a Kevin por allí, sin duda se había quedado cerca al ver aquel coche de lujo tan poco visto por esa zona.

Sin que pudiera hacer nada pues me pilló totalmente desprevenida, los labios de Hakim se posaron en los míos mientras me sostenía con una mano por la cintura.

Abrí los ojos ante aquel gesto y cuando me encontré con la mirada de Kevin, vi que los suyos estaban rojos por la ira.

—Deseaba hacerlo desde que te vi en tu casa —dijo Hakim, haciendo que lo mirara.

—No debiste, y menos en público. No es apropiado —incliné la mirada.

—Eres mi mujer, Aisha, y ahora todos lo saben.

s

puedes hacer. ¿Aceptas el trato? Me parece algo justo, y más sabiendo cuánto has deseado siempre ser una mujer trabajadora y ganarte la vida por ti misma.

Lo pensé un momento, y como solía decirse, más vale pájaro en mano, así que…

—Un año —dije—. Al finalizar el próximo año, seré solo una mujer de mi casa dedicada a mi esposo.

—Y a los hijos que Allah quiera darnos —sonrió llevándose mi mano a los labios para besarla.

Si podía evitarlo, Allah no nos daría ni un solo hijo, y de eso también se encargaría Nerea.

Terminamos de cenar en una charla que, debía reconocer, fue amena y centrada en cuándo empezaría los preparativos para nuestra boda, esa para que le quedaba un día menos que ayer, pero uno más que al día siguiente.

En cuanto acabamos de tomar el té, volvió a entrelazar nuestras manos y caminamos hasta donde había dejado el coche. Abrió la puerta y me pareció ver a Kevin por allí, sin duda se había quedado cerca al ver aquel coche de lujo tan poco visto por esa zona.

Sin que pudiera hacer nada pues me pilló totalmente desprevenida, los labios de Hakim se posaron en los míos mientras me sostenía con una mano por la cintura.

Abrí los ojos ante aquel gesto y cuando me encontré con la mirada de Kevin, vi que los suyos estaban rojos por la ira.

—Deseaba hacerlo desde que te vi en tu casa —dijo Hakim, haciendo que lo mirara.

—No debiste, y menos en público. No es apropiado —incliné la mirada.

—Eres mi mujer, Aisha, y ahora todos lo saben.

Capítulo 16



Aisha

Había pasado toda la mañana en casa pensando en el modo en que reaccionó Kevin ante el beso que me dio Hakim la noche anterior.

¿Por qué fue esa su manera de reaccionar?

Sabía que estaba prometida, que en algún momento el hombre me besaría, pero bueno, tal vez no era lo mismo imaginarlo, que verlo de primera mano.

Cuando salí a tender ropa a la terraza esperé verlo en la suya disfrutando del café, pero no estaba, por lo que regresé a la casa y me había dedicado todo el día a ordenar mi habitación y armar una camita nueva para el pequeño Trasto, no quería ver a nadie de mi familia, sabía que cualquier alusión a la cena con Hakim me haría estallar de nuevo, y no quería.

Por suerte la hora de irme al trabajo en mi turno de tarde noche llegó mucho más rápido de lo que esperaba, y salí de casa prácticamente corriendo.

—Aquí viene mi reina mora —dijo Nerea al verme, y me eché a reír—. ¿Cómo fue la cena?

Suspiré, alargué la mano y dejé que viera el anillo de compromiso.

—Dios Santo, esto tiene que pesar una tonelada. ¿Te ha regalado este anillo de compromiso? —Me miró con los ojos muy abiertos.

—Sí, y eso a pesar de decirle que no era necesario y no lo quería. En cuanto Yamila lo ha visto, se ha convertido en el candado de mi celda. Ya no me lo puedo quitar.

—De verdad, cariño, sigo pensando que deberíamos fugarnos.

—Piensa en otro destino, Las Vegas me sigue pareciendo muy lejos.

—Precisamente eso es lo que necesitamos, Aisha, cuanto más lejos, mucho mejor.

Negué, entramos al hotel y comencé con una nueva jornada de trabajo.

Serví comidas a todas las habitaciones que la habían pedido, café, té, zumos, algo dulce, y ni una sola de esas veces fui a la suite de Kevin.

¿Y si se había marchado ya? ¿Y si tras comprobar que era un hecho real lo de mi compromiso, había decidido irse y no ayudarme?

Tal vez era lo mejor, que no se enredara con mi hermano, que no se metiera en ese mundo, pero no por eso dejaba de dolerme menos.

¿Por qué dolía de todos modos? ¿Qué me importaba si se había ido?

—Pero me importa —murmuré regresando a la cocina tras entregar una de las primeras cenas.

Las horas habían pasado tan rápido que apenas me había dado cuenta. Me limitaba a hacer el trabajo casi de manera autómata, moviéndome por inercia porque mis propios pies me llevaban y se sabían el camino de cada uno de los recorridos que debía hacer. Simple y llanamente por eso.

Fue entonces, tras más de veinte cenas y cuando apenas faltaban unos minutos para el final de mi turno, cuando me entregaron la bandeja con el pedido para la cena de la suite de Kevin.

Tragué con fuerza, pasé por la recepción donde estaba Nerea y al verme, arqueó la ceja.

—¿En serio? —preguntó— Estamos a punto de irnos.

—No te preocupes, es para la suite de Kevin. No tardaré.

—Oh —dijo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Tranquila, no tengas prisa, yo… te espero fuera y me avisas cuando acabes —sonrió.

Mientras caminaba para ir a la suite, no dejaba de pensar en qué habría querido decir con eso. ¿Esperarme fuera? ¿Avisarla cuando acabara? Si solo debía servir lo de la cena en la terraza y ya, volvería a bajar.

Suspiré, llamé a la puerta y cuando me abrió, lo hizo con una leve sonrisa.

—Buenas noches. ¿En la terraza? —incliné la mirada, pero me había dado tiempo a echar un vistazo rápido.

Vaqueros, camiseta blanca, y esos brazos y el torso musculosos que por un instante quise tocar.
Pero no podía.

—No, déjalo en la mesa —respondió y cerró la puerta cuando entré.

Me sorprendió ver que las puertas de la terraza estaban cerradas, así como las cortinas corridas, algo extraño, ya que, si conocía un poco a ese hombre, estaba claro que le gustaba disfrutar de las vistas que le ofrecía aquella terraza.

Coloqué los platos, la cerveza y el té en la mesa, y cuando me giré, casi se me cae la bandeja del susto al verlo tan pero tan cerca.

—Por Allah —murmuré llevándome la mano al pecho, y él frunció el ceño al ver el anillo, en cuanto vi dónde tenía los ojos, aparté la mano de inmediato—. Buen provecho —dije moviéndome, pero me lo impidió entrelazando nuestras manos.

—No vas a irte, Aisha, esta noche no —murmuró.

—¿Cómo dices?

Pero no hubo más palabras, sino hechos.

Se inclinó atrapando mis labios con los suyos, besándome e incluso noté cómo mordía el labio inferior con cuidado, pero un gesto que me pareció delicioso.

Nunca me habían besado de ese modo, y desde el momento en el que entendí que me casaría con quien mi padre y mi hermano eligiesen, supe que jamás recibiría un beso como esos que veía en las películas.

Kevin me quitó la bandeja de la mano y la dejó sobre una de las sillas, no tardó en cargarme en brazos lo que provocó que un leve grito acabara siendo amortiguado por ese beso.

Apoyada con ambas manos en sus hombros para no perder el equilibrio y acabar cayéndome, note que caminaba y poco después se sentó en la cama conmigo a horcajadas sobre su regazo.

Eso no estaba bien, nada bien, no podía seguir haciendo aquello, por lo que llevé las manos a su pecho y me aparté.

—Kevin, no deberías…

—Pero lo he hecho, mi tímida mujer de ojos tristes —interrumpió—. Lo he hecho porque quiero borrar el maldito beso que te dio ese hombre anoche —dijo y apretó los dientes.

—Ese hombre, me guste o no, es mi prometido —murmuré inclinando la mirada— y es el único que podrá besarme o tocarme de ahora en adelante. Por favor, deja que me vaya.

—No puedo, Aisha, no quiero que te vayas —me acarició la mejilla y sentí cómo se me erizaba toda la piel.

Sostuvo mi barbilla con dos dedos haciendo que lo mirara, y durante un segundo me perdí en la miel líquida que eran sus ojos en ese instante, y tuve la tonta ilusión de cómo sería si yo no fuera una mujer prometida, si mi padre y mi hermano, no tuvieran esa arraigada costumbre de concertar matrimonios favorables para la familia.

¿Y si pudiera tener una vida con el hombre que me miraba como si fuera la pieza más valiosa del mundo? Ni siquiera Hakim me miraba así, él lo hacía como si fuera ese trofeo que por fin se había ganado tras años siendo la mano derecha de mi hermano.

—No puedes decirme que no te ha gustado, porque sé que lo ha hecho —dijo sin apartar la mirada de mí—. No puedes negar que has sentido algo, porque de ser así, no habrías gemido en mi boca —maldita sea, ¿yo había gemido? — No puedes mentirte a ti misma y decir que no deseas esto, porque sé que lo haces.

—No estás en mi cabeza, no sabes lo que pienso.

—Niégame todo eso, Aisha, niégame que no quieres nada de lo que pueda pasar aquí esta noche, y te dejaré marchar. De lo contrario, hazme saber que deseas exactamente lo mismo que yo desde el primer momento en que te toqué.

—¿Cómo podría hacer eso? —mi voz sonaba en apenas un susurro.

—Bésame, Aisha —respondió—. Bésame porque quieres, porque lo deseas, sin que sientas que es una orden que te doy. Sé libre de hacer lo que sea que quieras hacer ahora, aquí, conmigo.

Tenía la cabeza debatiendo entre lo que debía y lo que quería hacer.

No debía besarlo, no debía desearlo, ni siquiera debía querer que me tocara como un hombre toca a una mujer en la intimidad, y en cambio, sentía el corazón latiendo con fuerza bajo mi pecho porque eso, todo eso, era precisamente lo que quería.

Y lo besé, uní mis labios a los suyos en un beso tan apasionado como fui capaz dada mi maldita inexperiencia cuando él, un hombre catorce años mayor que yo, sabía de besos y otras cosas que los acompañaban mucho más que yo.

Era tímida e inexperta, una mezcla odiosa en ese momento en el que me habría gustado quitarle la camiseta como había visto hacer en las películas que veíamos en casa de Nerea, y tocar su piel.

—Tócame, Aisha, si así lo quieres —dijo, como si realmente pudiera leer lo que pensaba en cada momento.

Sentí el calor de sus manos adentrándose bajo la tela de mi camiseta, acariciándome la espalda tan lentamente, qu sentí cómo me recorría un escalofrío de pies a cabeza.

Deslicé las manos por debajo de su camiseta y al sentir la dureza de sus abdominales mientras subía, así como el calor que desprendía su piel, me escuché gemir.

Kevin también lo hizo y noté cómo se le contraía ligeramente el abdomen ante mi contacto.

Se apartó un poco rompiendo nuestro beso y se quitó la camiseta. Ya lo había visto sin ella una vez, pero ahora lo tenía mucho más cerca, podía tocarlo, y así lo hice mientras recorría con la mirada cada centímetro de su piel.

No tardó en comenzar a quitarme el velo, me tensé de pronto por lo que iba a hacer y le sostuve las manos.

—No puedo…

—Puedes, Aisha. Esta noche no eres la Aisha que todos conocen, eres la Aisha que quieres ser. Una Aisha libre y feliz que hace lo que le apetece en cada momento. Déjame mostrarte cómo debe tratar un hombre a una mujer que vale mucho más que cualquier tesoro.

Tragué con fuerza, le solté las manos y dejé que me quitara el velo.

En cuanto la tela cayó al suelo y mi cabello quedó descubierto, supe que aquella noche marcaría el resto de mi vida.

Capítulo 17



Aisha

Kevin enredó los dedos en mi cabello y sonrió.

—Suave como la seda, tal como imaginaba —me acercó a su boca y de nuevo nuestros labios se encontraron en un beso mucho más intenso y apasionado.

Poco después fue mi camiseta la que abandonó mi cuerpo, dejándome tan solo cubierta con el sujetador de algodón blanco que llevaba para trabajar.

Kevin me miró y enterró el rostro entre ellos, aspirando con los ojos cerrados.

—Me encanta el aroma de tu piel —dijo mientras sus manos se deslizaban por mi espalda, desabrochando el sujetador en un rápido movimiento.

En cuanto mis pechos estuvieron libres y desprovistos de cualquier barrera, sostuvo uno en cada una de sus manos y comenzó a pasar muy despacio los pulgares sobre mis pezones.

Sentí un escalofrío, así como vi que ambos pezones se ponían duros y erectos bajo su tacto. Sin apartar los ojos de los míos, Kevin se llevó uno de ellos a la boca, lo lamió despacio con la lengua y segundos después comenzó a succionarlo deliberadamente despacio.

¿Se me había ido la cabeza? ¿Estaba loca? ¿Qué hacía con un hombre que no era mi prometido en semejante situación?

Pero no quería irme, al igual que él, deseaba aquello, quería que pasara.

Tras saciarse con mis pechos, se puso en pie conmigo en brazos y me recostó en la cama, donde me quitó el

pantalón y la braguita a juego con el sujetador. Me sentí cohibida mientras observaba aquel pedazo de tela siendo arrastrado por mis muslos, y resoplé.

—Debo decir que soy más de encajes y esas cosas, pero, joder, en mi vida una prenda de algodón tan simple me había parecido tan malditamente sexy —dijo inclinándose para besarme el interior del muslo.

—No te rías, yo no uso… lencería —me sonrojé, tratando de cubrirme el sexo desnudo con la mano.

—No me estaba riendo, preciosa, era sincero. Eres sexy sin tan siquiera pretenderlo. Y no te cubras, Aisha, ante mí, no vuelvas a cubrirte nunca. ¿Me oyes?

Tragué con fuerza y asentí, permitiéndole retirar la mano con la que me cubría. Kevin sonrió, y comenzó a pasar la punta de la lengua en un camino húmedo y electrizante desde mi rodilla hasta casi mi sexo, donde se detuvo mientras me miraba.

Sentí su dedo justo ahí, en mi clítoris, y comenzó a tocarlo con lentos y suaves círculos, gemí, cerré los ojos y arqueé la espalda ante aquel millón de sensaciones que nunca antes había experimentado.

Segundos después, y mientras notaba la humedad creciendo entre mis piernas, llevó el dedo a mi interior arrancándome un leve grito.

—¿Te gusta? —preguntó tras una larga lamida con su lengua.

—Sí —murmuré.

—¿Y vas a correrte para mí?

—Creo… creo… Ah —gemí aún más cuando su lengua comenzó a dibujar círculos en mi clítoris mientras su dedo seguía entrando y saliendo—. Sí, creo que sí.

—Bien, eso quiero que hagas.

Durante lo que me parecieron horas, aquel hombre estuvo jugando con su lengua, su dedo, los labios e incluso los dientes en leves mordiscos a mi clítoris, hasta que me escuché gritar agarrándome a las sábanas cuando una especie de descarga me atravesó el cuerpo.

Así que aquello era un orgasmo, eso de lo que Nerea tantas veces había hablado, diciéndome que el día que me hicieran buen sexo, vería estrellas.

Podía dar fe que así era, ya que, con los ojos cerrados, me parecía estar viendo pequeños puntos de luz en la oscuridad.

Escuché el sonido característico de una cremallera bajando, abrí los ojos y vi a Kevin quitándose los pantalones. Bajo la tela del bóxer que llevaba podía notar su erección, esa que no tardé en descubrir cuando la liberó del confinamiento.

—Eso no va a entrar ahí abajo —dije mientras me arrastraba por la cama hasta el cabecero, y me senté apoyada en él.

—Puedes estar segura de que sí —sonrió como un lobo—. Me he encargado de prepararte para que me acojas —continuó hablando mientras gateaba por la cama, como un felino a punto de cazar—. Voy a estar ahí dentro, Aisha, tan dentro que no pareceremos dos personas, sino una sola.

—No puedo… Kevin, esto no está bien.

—Está bien, porque deseas esto, al igual que yo.

—Lo deseo, pero no está bien. Estoy prometida —dije mirando el anillo.

Kevin me cogió de la mano, retiró el anillo y lo dejó en la mesita de noche.

—Esta noche no lo estás, Aisha. Esta noche eres mía —me besó de nuevo y no tardó en sostenerme por las caderas hasta recostarme por completo en la cama.

Separó bien mis piernas, alineó la punta de su miembro erecto con la entrada de mi vagina, y sentí cómo se adentraba poco a poco, centímetro a centímetro, dentro de mí.

Lo hacía con un cuidado que no esperaba que tuviera, pensé que me llenaría de golpe y sin miramiento alguno, sin pensar en que yo era una mujer virgen y sin experiencia, pero no era así.

Kevin me besaba, me acariciaba la mejilla y el cuello mientras avanzaba poco a poco. En el momento en el que notó que me tensaba, entrelazó nuestras manos, apreté los ojos y dejé que atravesara esa barrera que me quitaba la virginidad, la pureza que había mantenido durante veinticinco años y que debía entregarle al hombre que amara.

Y bien sabía Allah en ese momento que yo lo amaba a él.

Grité en su boca cuando me penetró por completo, se mantuvo quieto para que mi cuerpo se habituara a la leve y dolorosa, pero a la vez placentera intrusión, y cuando estuve lista para más se lo hice saber moviendo las caderas

un poco.

Kevin me miró a los ojos, sonrió y comenzó a penetrarme una y otra vez con tanta delicadeza, que no quería que aquello acabara nunca.

Besos, caricias, palabras susurradas y una penetración tras otra, con el cuerpo tembloroso y envueltos en un delicioso sudor, Kevin me hacía el amor por primera vez.

Porque aquello no era sexo sin más, ¿cierto? No podía serlo cuando se estaba mostrando tan cuidadoso en ese momento de intimidad.

Gemía, jadeaba y gritaba, y cuando noté de nuevo ese estallido en mi vientre, lo agarré con fuerza por los hombro y le pedí más.

Kevin comenzó a penetrarme un poco más rápido y fuerte, y en cuestión de segundos ambos liberábamos el clímax.

Yo me corría sobre su erección y él, se derramaba en lo más profundo de mi ser.

Abrazados, con la respiración agitada y el cuerpo temblando de pies a cabeza, así acabamos tendidos sobre la cama que había sido testigo de algo precioso, pero a la vez, prohibido.

Y la realidad me golpeó con fuerza en ese momento, tanto que hice que se apartara y me levanté de la cama para vestirme.

—Aisha.

—Tengo que irme —dije mientras me ponía el pantalón.

—Aisha.

—Ha sido un error —no quería mirarlo, si lo hacía, podría quedarme en esa cama para siempre, y eso no le gustaría a mi hermano.

—No lo ha sido, y lo sabes. Queríamos esto, preciosa —me abrazó desde atrás impidiendo que siguiera vistiéndome—. Aisha, no ha sido un puto error, ha sido la mejor noche de mi vida.

—No te burles de mí, por favor —comencé a sollozar.

—No lo hago —hizo que me girara entre sus brazos—. No me burlo, es la verdad —me acarició la mejilla.

—¿Sabes lo que acabamos de hacer, Kevin?

—Amarnos, eso hemos hecho. Entregarnos el uno al otro como deseábamos.

—No —negué mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por mis mejillas—. Poner una diana sobre nosotros darle a mi hermano la mejor excusa para matarte, para repudiarme y expulsarme de casa incluso de Chefchaouen.

—Que lo intente si tiene pelotas —rugió—. No vas a ser la esposa de ese hombre, Aisha, no lo voy a permitir.

SLo miré por última vez, terminé de vestirme, me puse el velo y el anillo de compromiso, y salí de la suite sin sabe qué hora era.

Ni siquiera cogí la bandeja, no pasé por la cocina, fui directa a la sala de descanso por mi bolso y salí a la calle con el móvil en la mano sin que nadie me viera abandonar el hotel, algo difícil, pero por suerte para mí, así había sido.

En cuanto llamé a Nerea me colgó y apareció en la entrada con una sonrisa.

—¿En serio me has esperado?

—Obvio que sí, soy tu coartada para el pedazo de polvo que has tenido que echar ahí arriba —sonrió aún más.

—No lo digas de ese modo, me siento sucia —suspiré.

—¿Sucia? —Abrió mucho los ojos— Cariño, ese hombre te ha hecho ver las estrellas, no hay más que ver el brillo en tus ojos. Anda, vamos a tomar un té para que la coartada de que no cenaste en casa porque estabas por ahí conmigo, sea más creíble. Deja que te vean los hombres de Karim con tu mejor amiga.

—¿Qué he hecho, Nerea? —pregunté en un susurro.

—Ser libre por una vez en tu vida, cariño, eso es lo que has hecho.

Tenía razón, por una vez había dejado de ser Aisha, la obediente hija y hermana que se había prometido con un hombre al que no amaba, para ser Aisha, la mujer que quería ser libre de amar y entregarse a quien eligiera.

Y eso había hecho.

,

r

Capítulo 18



Kevin

Desperté después de haberme desvelado varias veces por la noche, eran las ocho de la mañana y sabía que esa mañana no estaría Aisha por la Riad ya que estuvo en el turno de noche, ese que me llevó a hacerla mía y que descubriera esa primera vez desde el amor y no desde el miedo a sentirse una mercancía.

De todas maneras, por nada del mundo iba a permitir que ese hombre le pusiera una mano encima, menos después de ver aquel beso que me arrancó el alma en un solo instante.

Me pedí un café que no tardó en traerme un joven que me caía muy bien, pero con el que apenas intercambiaba un saludo o un "¿qué tal estás?"

Salí a la terraza con la esperanza de encontrármela, aunque fuese fugazmente, pero la necesidad de contemplarla por unos segundo me valía para calmar un poco esa ansiedad por verla.

No fue posible, en la media hora que estuve ahí apoyado sobre el poyete del muro que daba a la plaza, no se asomó en ningún momento.

Una llamada de mi madre tan temprano me hizo sobresaltarme, algo me decía que mi hermana la había vuelto a liar.

—Mamá, buenos días.

—Buenos días, hijo —su voz era rota y estaba llorando—. Vas a tener que venir urgentemente.

—Mamá, ahora me es imposible.

—Tu hermana se escapó de madrugada y ha tenido un accidente con el coche, iba borracha según me han dicho y

está debatiéndose entre la vida y la muerte.

Se me cayó el cigarrillo de las manos, me puse a temblar, no podía estar pasando esto ahora.

—Mamá, tengo que llegar hasta Tánger y coger el primer barco, calculo que sobre las dos de la tarde estaré por allí, con suerte.

—No tardes, acabo de dejar al niño en la escuela y voy de camino al hospital, pero luego debo de ir a por él —allí era una hora más a diferencia con Marruecos—. Sabía que estabas en Marruecos —dijo entre sollozos.

—Nos vemos luego, mantén la calma.

Le metí una palmada a la mesa, ahora no podía estar pasando esto. ¡Ahora no! Levanté el teléfono para llamar a Mohamed.

—Buenos días, señor Kevin.

—Buenos días, Mohamed. ¿Hay posibilidad de que vengas ahora mismo a por mí y me lleves cagando leches hasta Tánger? Tengo que llegar a España lo antes posible.

—Quince minutos, ya salgo.

—Te espero en la plaza.

Recogí apresuradamente todas las cosas y le dije a la chica de recepción que dejaba ya la habitación. Hice el pago y salí a la plaza donde pedí un par de cafés para llevar.

Mohamed llegó antes de que me los dieran y nos fuimos para el coche pitando para salir a la velocidad de la luz hacia Tánger. Lo bueno que cada dos horas salía un Ferry, inclusive había otra compañía que intercalaba esas horas, cualquiera de las dos me valía para llegar lo antes posible hasta la casa de mi madre.

—No dejes ni respirar a nadie para que vigile a Aisha, que no la toquen por favor, regresaré lo antes posible.

—Todo está en marcha, Kevin, por favor, confía en mí.

—Lo hago, pero ahora más que nunca necesito que esté vigilada y que no le vaya a pasar nada.

—La liberaremos, tranquilo por eso. Si no es mucho preguntar, ¿es algo grave de familia?

—Mi hermana tuvo un accidente, está debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Allah la protegerá.

—Allah y todos los santos del mundo deben estar hasta los huevos de ella, es una persona un tanto complicada.

—Seguramente se le dio mucha libertad.

—Demasiada, pero bueno, lo normal en occidente, el caso es que ella se lo pasó todo por donde no debía —comencé a lagrimear y es que por muy capulla que fuese, era mi hermana y era de los pocos familiares que poseía

—Te deseo mucha suerte y preocúpate por tu familia, del resto de aquí me encargo yo y si tengo que ir a muerte, iré a muerte.

Sabía que podía confiar en él y por eso me iba medio tranquilo, bueno un cuarto, eso de no poder tener contacto con ella me iba a matar y peor aún, cuando ella descubriera que yo ya no estaba.

Llegamos justo para el barco de las doce. Me despedí de Mohamed a pie de puerto con un abrazo y hablamos de estar en contacto.

Fue el trayecto más doloroso de mi vida, la hora que me separaba de España se me hizo interminable en la zona exterior del barco en la que solo miraba para Tarifa.

Había dejado a Aisha, confiaba en Mohamed, pero aun así quería mantenerla tan vigilada como fuera posible, por lo que no dudé en coger el teléfono y marcar el número que tantas otras veces había marcado.

—Qué sorpresa, te hacía de vacaciones —dijo al descolgar.

—Te necesito para un trabajo —fue mi respuesta.

—Dime qué necesitas.

Así eran nuestras conversaciones, yo decía las palabras mágicas, recibía su respuesta y le contaba lo que tenía que hacer.

Y sabía que lo haría bien.

Al llegar pasé el control de la policía española y me dirigí al aparcamiento donde estaba mi coche para dirigirme a Málaga y llegar lo antes posible, entre una cosa y otra ya eran la una y media y me quedaba un buen trozo de camino.

Mi madre estaba en su casa con Pedrito cuando llegué, descompuesta y esperándome de lo más nerviosa.

—Tito, mi mamá está malita en el hospital —dijo con tristeza, pero sin saber la gravedad del asunto.

—Ahora iré yo a verla con mamá, te vas a quedar con una amiga mía —me había encargado de llamar a Susana, una de la inmobiliaria con la que me llevaba muy bien y le había pedido que se hiciera cargo del niño y no fuera mientras tanto por la oficina.

—¿Con quién, tito?

—Con Susana —le hice un guiño porque a Pedrito le caía muy bien y como ella tenía una niña de su edad que para colmo iba a la misma escuela que él, se le amplió una sonrisa que nos dejó más tranquilos.

—Sí, con Susana y su hija Antonella.

—Efectivamente.

Mi madre le preparó una mochila con ropa por si tenía que quedarse allí y fuimos directos a dejar al pequeño.

—No os preocupéis por nada, me lo quedo el tiempo que haga falta.

—Gracias, hija —le dijo mi madre de lo más emocionada.

—Toma, para que os compréis Burger o lo que queráis.

—No es necesario, Kevin.

—Sabes que no me puedes llevar la contraria.

Sonrió y lo aceptó. Nos deseó que todo fuese bien. Abracé a Pedrito y nos fuimos directos para el hospital.

Fue llegar y decirnos que estaban a punto de llamarnos.

—Lo sentimos, no lo superó.

En ese momento tuve que agarrar a mi madre que iba cayendo a plomo del impacto de la noticia. Tuvo que ser atendida rápidamente por un equipo médico.

Rabia, dolor, impotencia, desolación, es todo lo que sentí en muy corto plazo de tiempo. Maldije a mi hermana por su mala cabeza, pero a la vez sabía que ni yo estaba preparado para perderla, a pesar de todo, la amaba con todo mi corazón y mi alma.

Y mi sobrino, me partía el alma saber que jamás iba a poder tener a su madre, que jamás iba a poder disfrutar de ella, eso me tenía roto en mil pedazos.

Tuvieron que darle un tranquilizante a mi madre, estaba desgarrada de dolor, me ponía en su pellejo y no había nada más triste que eso, enterrar a un hijo y ella se iba a tener que enfrentar a ello.

Sentía que no podía reaccionar a nada, pero tenía que hacerlo, avisar a tíos, primos, amigos y demás que sé que no me perdonarían el no haber avisado en estos momentos en los que cada uno querían estar.

Las primeras horas habían sido de desolación e impotencia por completo.

Estábamos en el tanatorio donde tras los vidrios descansaban los restos de Sabrina y mi madre de pie no dejaba de mirarla mientras lloraba y le hablaba.

No tardó en llenarse la sala, hasta de personas que eran amigos de ella y que no había visto en mi vida, pero al fin y al cabo estaban ahí para despedirla.

Mi cabeza estaba dividida entre el dolor familiar y la mujer que había dejado en Marruecos con una parte de mi corazón en sus manos, así lo sentía.

Samuel me mandó sus condolencias por la vía que hablábamos para que no se nos relacionaran, pero estaba ahí, como siempre, ofreciéndose para cualquier cosa que nos surgiera o necesitáramos.

Uno de los que había allí en el tanatorio se me acercó y me pidió hablar conmigo unos segundos.

—Siento mucho decírtelo en estos momentos, pero Sabrina me debía doscientos euros de una noche de fiesta…

No pude contenerme, le metí un puñetazo que le tumbé al suelo y luego saqué de mi cartera el dinero y se lo tiré encima.

—Sal de aquí lo antes posible o perderás la boca.

Lo cogió y mirándome asustado se levantó y salió corriendo, menos mal que no nos había visto nadie, no era momento de numeritos y, cómo no, no había tenido el más mínimo tacto en acertar en decirlo, se podía haber esperado unos días.

Pobrecito del que se le ocurriera volverme a decir algo aquí en el tanatorio, pobrecito…

Me acerqué hasta mi madre a la que le llevé un café, no quería comer nada, no le salía ni la voz, estaba de lo más temblorosa y abatida, esto sabía que la iba a consumir por completo.

Salí a fumarme un cigarrillo y llamé a mis abogados, no quería dejar nada para más tarde y necesitaba que me movieran la tutela completa de mi sobrino a mi nombre.

—No te preocupes que eso se puede hacer fácilmente ya que eres familiar directo. Siento mucho la perdida.

Con eso me sobraba, saber que, a partir de ahora, tenía que hacerme cargo de él junto a mi madre, ya que para ella iba a ser el motivo de seguir adelante, tener a su nieto Pedrito a su lado, a nuestro lado.

Lo cogió y mirándome asustado se levantó y salió corriendo, menos mal que no nos había visto nadie, no era momento de numeritos y, cómo no, no había tenido el más mínimo tacto en acertar en decirlo, se podía haber esperado unos días.

Pobrecito del que se le ocurriera volverme a decir algo aquí en el tanatorio, pobrecito…

Me acerqué hasta mi madre a la que le llevé un café, no quería comer nada, no le salía ni la voz, estaba de lo más temblorosa y abatida, esto sabía que la iba a consumir por completo.

Salí a fumarme un cigarrillo y llamé a mis abogados, no quería dejar nada para más tarde y necesitaba que me movieran la tutela completa de mi sobrino a mi nombre.

—No te preocupes que eso se puede hacer fácilmente ya que eres familiar directo. Siento mucho la perdida.

Con eso me sobraba, saber que, a partir de ahora, tenía que hacerme cargo de él junto a mi madre, ya que para ella iba a ser el motivo de seguir adelante, tener a su nieto Pedrito a su lado, a nuestro lado.

Capítulo 19



Aisha

Seguía pensando lo que había hecho con Kevin, el modo en el que me dejé llevar por todos esos sentimientos que me embargaban cuando me tenía en sus manos.

Durante la mañana ayudé en casa a mi madre, y como ya era habitual en mí mientras tendía en la terraza, había estado buscándole a él con la mirada cada pocos minutos, esperando verle aun sabiendo que me mortificaba el hecho de haberme entregado a ese hombre.

Casi podía escuchar a mi hermano Karim hablar al respecto.

“Eres una deshonra para la familia” diría, “No eres digna de Hakim, le has traicionado” me recordaría, “Vivirás sola y repudiada el resto de tus días”.

Suspiré mientras terminaba de vestirme para ir a trabajar y noté al pequeño Trasto acariciándome la pierna.

—¿Quieres darme mimos? —sonreí mientras le cogía en brazos y él me regaló uno de sus maullidos con esa mirada limpia que tenía— Pues yo me dejo mimar, que creo que eres el único que está dispuesto a hacerlo.

Le dejé en mi regazo mientras me ponía el velo, y la puerta de mi habitación se abrió casi con un estruendo. No tardé en ver la ira y la furia en los ojos de mi hermano mayor.

—Karim…

—¿Dónde estuviste anoche? —prácticamente rugió.

—Trabajando en la Riad, ya lo sabes.

—Después de eso. Tu turno acabó a las diez y no viniste a casa.

—Ah, eso. Fui a pasear y tomar un té con Nerea.

—No me mientas, Aisha —dijo con rabia.

—No te estoy mintiendo —suspiré—. ¿El que sea una mujer prometida me prohíbe salir con mis amigas?

—No deberías salir con ellas, no son buenas influencias para ti.

—¿Disculpa? —me puse en pie dejando a Trasto en mi silla— Son mis amigas, y son mucho mejores influencias que tus hombres. ¿O es que acaso desearías poder acostarte con Nerea y es la única mujer que se te resiste?

Tampoco vi venir la bofetada, como ocurrió noches atrás, y esa fue tan fuerte que incluso el velo se deslizó por m cabeza hasta acabar sobre los hombros.

—Si me entero de que traicionas a la familia, a Hakim, haré de tu vida un infierno, Aisha —amenazó antes de salir de mi habitación dando un portazo.

Trasto maullaba, moviéndose nervioso sobre la silla, le cogí en brazos y me senté mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

¿Cómo podía haber cambiado tanto mi hermano? Aún podía recordar a aquel muchacho risueño y cariñoso que jugaba con Kasim y conmigo, ese del que ya no había ni rastro.

Volví a colocarme el velo tras apartar las lágrimas, dejé a Trasto en su cama y me despedí hasta la noche. Era hor de ir al trabajo.

—Aisha —me giré al escuchar la voz de mi madre, quien abrió los ojos al verme el rostro—. ¿Otra vez? — preguntó acariciándome la mejilla, al igual que hizo la mañana siguiente a la primera que recibí— Hija…

—No digas nada, ya sé la lección —le corté—, pero te aseguro que ninguna de las dos veces le he faltado el respeto, me ha pegado porque es mi hermano, mi dueño hasta que me case, y cree que tiene ese derecho que una vez fue de mi padre. Y le odio, mamá, odio a mi hermano como jamás creí que odiaría.

Salí de casa y fui hasta la entrada del trabajo tratando de no llorar más, donde encontré a Nerea con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas tardes, preciosa —dijo dándome un abrazo—. Tienes el cutis de un brillante…

—Calla, por favor —murmuré mirando a todos lados.

—Mujer, es que esa crema que te regalé hace milagros ¿eh? —me hizo un guiño que nadie podría ver y me reí.

—Estás fatal.

—Loca de psiquiátrico, posiblemente. Pero dime, ¿cómo te sientes?

—¿Cómo voy a sentirme? Como siempre, no es como si me hubiera mordido una araña y ahora tuviera superpoderes, o se hubiera alimentado de mi sangre un vampiro y estuviera empezando a convertirme —volteé los ojos.

—Ay, hija, qué tímida eres. Pero ¿todo bien por las zonas bajas? Ya sabes, a veces eso duele —murmuró.

—Dolió, sí, pero apenas un poco. Y estoy bien, en serio.

—¿Y en casa?

—Karim no se cree que estuviera contigo —suspiré.

—¿Crees que ha puesto a alguien siguiéndote?

—Espero que no, o me muero.

—¿Y si ha sido Hakim? A fin de cuentas, es tu prometido y, no sé, por mucho que te dijera que puedes trabajar… No hay que fiarse de ese hombre.

—No sé qué pensar, lo único que he tenido en mente todo el tiempo, desde anoche, es a él.

—Oye, es que míster toalla mojada es un bombón —sonrió elevando ambas cejas.

—Anda, vamos a entrar que todavía nos riñen por llegar tarde estando en la misma puerta —reí.

Saludamos al chico que había estado cubriendo el turno de noche, Nerea se quedó en su puesto y yo dejé nuestras cosas en la sala de descanso para ir a la cocina.

Durante esas horas estuve sirviendo comidas, café y té a varias de las habitaciones, y me sorprendió no recibir

ningún pedido para la suite de Kevin. Bueno, posiblemente se había ido a comer fuera, al fin y al cabo, no tenía que estar todo el tiempo metido en el hotel.

Pero sería mentirme a mí misma si dijera que no quería verle después de lo ocurrido, aunque fui yo la que salió corriendo de la suite después de haber hecho el amor con él.

Porque eso fue lo que hicimos, ¿cierto? No fue simple sexo, ahí había algo más, por no hablar de lo que me dijo sobre sus sentimientos cuando vio la marca de la primera bofetada que me dio Karim.

Las horas pasaban y entre un servicio y otro mantenía la esperanza de que me dieran una bandeja para él, pero esa bandeja no llegaba.
s

Y cuando vi que era la hora de la cena y que tampoco pedía, y que ni siquiera le había visto entrar o salir las veces que había pasado por la recepción, me encontraba más nerviosa.

Apenas faltaban unos minutos para que acabara mi turno cuando me prepararon una bandeja con la cena para una sola persona.

—¿Para alguna de las suites? —pregunté aún sin coger el papel.

—No, las suites están todas vacías ya —contestó la cocinera.

—¿Vacías? —fruncí el ceño.

—Sí, esta mañana quedó libre la última.

La última, la de Kevin. No podía ser, ¿se había ido? ¿De verdad se había marchado sin decirme nada?

No, no podía ser.

Cogí la bandeja, la llevé a la habitación correspondiente y en cuanto serví todo, bajé hasta la recepción donde literalmente abordé a Nerea como harían los piratas ante un barco lleno de riquezas.

—Dime que hay un mensaje para mí, por favor —le pedí con angustia.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—Del Rey, no te fastidia —volteé los ojos—. De él, Nerea.

—No hay ningún mensaje, Yusuf nos lo habría dicho cuando llegamos. ¿Qué pasa? —preguntó al ver la cara de pánico que seguramente tenía en ese momento.

—Dicen que se ha ido esta mañana.

—¿Qué dices?

—¿Puedes mirarlo, por favor?

Nerea asintió, tecleó en el ordenador y comprobamos juntas el número de la suite. Efectivamente, esa misma mañana Kevin había abonado todo y se había ido.

Así, sin más, sin una sola palabra para mí, sin un mensaje, sin un "espérame, volveré a por ti", nada, absolutamente nada.

—Cariño —dijo Nerea cogiéndome del brazo, mientras notaba que me fallaban las piernas.

—Me ha mentido —murmuré notando el calor de las lágrimas corriendo por mis ojos—. Todo lo que dijo no eran más que mentiras, él solo… solo… —ni siquiera me atrevía a decir las palabras.

Solo me utilizó para una noche, era lo único que había querido, una noche con la inocente, tímida y tonta musulmana a quien le arrebató la virginidad tras prometerle que la ayudaría, tras decirle que lo único que quería era verla feliz.

—Soy tan tonta, Nerea —confesé entre lágrimas—, tan tonta.

—Aisha, no llores.

—Todos me mienten, todos me manipulan y me usan a su antojo —seguía llorando, con la mirada puesta en el número de la suite que veía en la pantalla del ordenador, agarrada al mostrador para no caerme—. Me utilizó, me dijo cuatro palabras bonitas y me entregué a él, soy una deshonra para mi familia —las palabras que podría decirme Karim llegaron a mi mente clavándose en mi alma como puñales—. No soy digna de Hakim, le he fallado. Van a repudiarme, lo sé.

—No digas tonterías, Aisha —exigió Nerea mientras me vapuleaba ligeramente por los brazos—. No eres una deshonra ni has traicionado a nadie. Ese hombre prácticamente te ha comprado como su esposa, no le amas, tú estás enamorada de otro y lo sabes. Hiciste lo que querías hacer, cariño, por favor, no te tortures.

—Se ha ido, no me ha avisado, y fue justo anoche cuando me entregué a él. ¿Acaso no lo ves? Consiguió lo que quería, Nerea, y se ha ido.

Negué secándome las lágrimas, me aparté de ella y fui a dejar la bandeja en la cocina sin que nadie me viera llorando, recogí mis cosas y salí para irme a casa.

Cuando entré me fui directa a la habitación, no quería que me vieran, sabía que llegarían las preguntas y no podía responder a una sola.

Trasto se lanzó a mis pies cuando me vio y comenzó a frotarse como si supiera que unos mimos gatunos me servirían en ese momento.

—Se ha ido, Trasto —suspiré mientras me quitaba la ropa y comenzaba a ponerme el pijama—. El primer hombre que me dice que iba a ayudarme, y no era más que una mentira para… —otro suspiro y más lágrimas— Pero ya no importa, se ha ido y no voy a volver a verle.

Me metí en la cama llorando, pensando en las veces que nos habíamos visto, en aquel guiño de ojo que me hizo la mañana que le vi cuando fui a comprar con mi madre, esa sonrisa, el modo en el que me miraba.

Mentira, todo mentira, ni una sola de las palabras que dijo eran verdad. Y me las creía como la tonta e ingenua que soy. ¿En qué pensaba cuando creí que un desconocido me sacaría de aquí? ¿En serio pude creerle mientras decía que no dejaría que me casara con Hakim?

Y el modo en el que reaccionó al verle ponerme el anillo, cuando le vio besándome, seguro no era más que la rabia de no haber sido él quien lo hacía, y por eso actuó la noche siguiente, enloqueciéndome y haciendo que viera las estrellas, como siempre decía Nerea.

No podía ser más tonta, pero no volvería a pasar. Jamás confiaría en alguien a quien no conocía, y a él…

—A él voy a olvidarle, Trasto —dije con un suspiro mientras le acariciaba la cabeza y él me miraba—. Es lo mejor, aunque me cueste mil años, voy a olvidarme de Kevin.

—Se ha ido, no me ha avisado, y fue justo anoche cuando me entregué a él. ¿Acaso no lo ves? Consiguió lo que quería, Nerea, y se ha ido.

Negué secándome las lágrimas, me aparté de ella y fui a dejar la bandeja en la cocina sin que nadie me viera llorando, recogí mis cosas y salí para irme a casa.

Cuando entré me fui directa a la habitación, no quería que me vieran, sabía que llegarían las preguntas y no podía responder a una sola.

Trasto se lanzó a mis pies cuando me vio y comenzó a frotarse como si supiera que unos mimos gatunos me servirían en ese momento.

—Se ha ido, Trasto —suspiré mientras me quitaba la ropa y comenzaba a ponerme el pijama—. El primer hombre que me dice que iba a ayudarme, y no era más que una mentira para… —otro suspiro y más lágrimas— Pero ya no importa, se ha ido y no voy a volver a verle.

Me metí en la cama llorando, pensando en las veces que nos habíamos visto, en aquel guiño de ojo que me hizo la mañana que le vi cuando fui a comprar con mi madre, esa sonrisa, el modo en el que me miraba.

Mentira, todo mentira, ni una sola de las palabras que dijo eran verdad. Y me las creía como la tonta e ingenua que soy. ¿En qué pensaba cuando creí que un desconocido me sacaría de aquí? ¿En serio pude creerle mientras decía que no dejaría que me casara con Hakim?

Y el modo en el que reaccionó al verle ponerme el anillo, cuando le vio besándome, seguro no era más que la rabia de no haber sido él quien lo hacía, y por eso actuó la noche siguiente, enloqueciéndome y haciendo que viera las estrellas, como siempre decía Nerea.

No podía ser más tonta, pero no volvería a pasar. Jamás confiaría en alguien a quien no conocía, y a él…

—A él voy a olvidarle, Trasto —dije con un suspiro mientras le acariciaba la cabeza y él me miraba—. Es lo mejor, aunque me cueste mil años, voy a olvidarme de Kevin.

Capítulo 20



Kevin

Había sido una noche de lo más larga, me sorprendió que dos hermanos de mi padre la pasaran con nosotros, no e que nos llevásemos mal, pero teníamos poco contacto, eso sí, demostraban que cuando tenían que estar, lo estaban.

Mi madre estaba de lo peor, no había consuelo para esa mujer que estaba agotada y psicológicamente hecha una mierda, que yo también lo estaba, pero lo de ella era otro nivel, era quien la había parido.

Le tranquilizó un poco saber que yo había movido las fichas para el tema de Pedrito, sabía que eso le iba a preocupar mucho y fue uno de los motivos para que el día anterior levantara el teléfono para hablar con los abogados.

La misa fue más desgarradora aún, mi madre no se sostenía en pie y le salían suspiros de lamentaciones, la intentaba abrazar con todas mis fuerzas por si eso le valía, aunque fuera para poderla consolar un poco, un poquit al menos. Me mataba verla así.

Y ya ni hablar del momento entierro, mientras veían cómo tapaban el hueco en donde habían metido la caja de mi hermana para luego colgar algunas de las coronas que le habían llegado, incluida la nuestra.

Fuimos a recoger a Pedrito intentando poner la mejor de nuestras caras, hasta mi madre se esforzó en ello, pero sabíamos que, aunque quisiéramos, no íbamos a poder estar igual.

Vi que tenía un mensaje de Mohamed por la vía que siempre hablábamos y me dio el pésame, me transmitió que me quedase tranquilo que todo marchaba bien.

Eso me dio un poco de alivio, pero estaba dividido en dos, necesitaba estar cerca de Aisha para mi tranquilidad mental, pero primero debía dejar aquí arreglado unos pocos asuntos, de todas maneras, podía ir y venir por la cercanía que tenía con ese país.

Fueron dos días complicados, llenos de frustración y un montón de cosas feas que no esperaba que sucedieran en mi vida, por no hablar los días de atrás.

Me levanté temprano para llevar a Pedrito al colegio.

—Campeón, hora de levantarse —murmuré agachado y acercándome a él, para besarle la mejilla.

—¿Quién me va a llevar al cole?

—Yo mismo, como buen tío —le hice unas cosquillas leves, pero comenzó a reírse a carcajadas.

Lo vestí y me lo llevé a la cocina para darle un Cola Cao y unas galletas, le gustaba irse con el estómago lleno.
s

Me encontré a Susana en la puerta del colegio dejando a su hija antes de ir para la inmobiliaria, pero antes pasamos a tomar un café a una terraza cercana.

—Kevin, sabes que para lo que necesites estoy aquí.

—De eso quería hablar contigo, sabía que te vería en la puerta de la escuela. En pocos días, quizás mañana o pasado, debo salir de viaje, es una reunión que me es imposible aplazar y que no sé cuántos días estaré, lo mismo regreso en breve y me vuelvo a ir unos días después, que tardo un poco más y sería para ya no tener que volver.

—Kevin, pídeme lo que quieras, tranquilo —estiró su mano agarrando la mía.
›

—Ahora mismo me preocupa que se quede mi madre sola, no es que haya mucha diferencia a cuando estaba mi hermana, ya que ella se encargaba de todo lo de su nieto, pero ahora esta deprimida y cabizbaja. Te necesitaría todo el tiempo que esté fuera ayudándola con el niño y haciéndole compañía un rato, cobrarás por la inmobiliaria igualmente sin que nada afecte y te gratificaré.

—No me tienes que gratificar nada, sabes que Sergio me puede suplir en las visitas que tenga planificadas en esos días, o ponerlas en horas que no coincida con las suyas.

—Por eso estaba tranquilo, además, eres de la que más me fio.

—Iré todos los días al cole con tu mamá y así la saco a desayunar, luego pasaré la mañana con ella hasta recoger a los niños y comeremos juntas en su casa o en la mía, estaré con ellos hasta por la tarde cada día.

—Gracias, Susana, sabía que podía contar contigo.

—No me las des más —volvió a acariciar mi mano por encima de la mesa.

La acerqué en mi coche a la oficina, que ya estaba abierta y entré a saludar a Oliver, con quien también me fui a tomar un café. Él había estado en el tanatorio y funeral de mi hermana.

Mientras tomábamos ese café sonó mi teléfono y era mi abogado, esta mañana había hablado con el juez de menores y no veía inconveniente alguno en darme la tutoría al ser un niño sin ninguna familia paterna, además, al ser familiar directo, me la resolvería rápido.

La noticia me dejaba más tranquilo porque sinceramente no sabía cómo funcionaba eso, otra cosa es que la pidiera mi madre y yo, el juez ahí tendría que tomar una decisión para velar por el bien del menor y tutelar a la persona que tuviera mejores requisitos, pero al ser solo uno el que la iba a solicitar, la resolución sería clara.

Aproveché para hacer varias gestiones antes de recoger al pequeño, que saltaba de alegría al verme allí de nuevo.

—Pensé que vendría mamá —decía en mis brazos mirándome feliz.

—Mamá, salió del hospital y se tuvo que marchar a trabajar fuera para ganar dinerito, me dejó encargado de que esta noche te invitara a un Burger, que vamos a pedir que nos lleven a casa y que te de un abrazo muy fuerte —lo apreté antes de montarlo en el coche.

—¿Y hasta cuándo no regresa? —preguntó cuando arranqué el coche.

—No lo sé, pero tardará un tiempo en volver. ¿Tú vas a cuidar a la abuelita?

—Sí —rio y eso era lo que yo quería, ya que sabía lo que significaba mi madre para él.

Llegamos a la casa y se podía oler el puchero que había hecho mi madre, y estaba poniendo con el arroz sobre la mesa.

—Ay mi nieto bonito —le abrió los brazos y el pequeño corrió a estos.

—Mi mamá dejó dinerito para cenar esta noche Burger King, porque se fue a trabajar al extranjero. ¿A qué país tito?

—A Laponia, va a ayudar a Santa Claus a preparar la Navidad de allí.

—Laponia —repitió riéndose y poniéndose las manos en la boca—. Eso suena muy lejos.

—Un poquito hijo —murmuró mi madre—, pero está rodeada de ángeles que viven en ese lugar.

—Wow, qué suerte tiene —dije yo, causando otra risilla en este.

Cuando el niño se quedó dormido en el sofá para su imperdonable siesta, le comenté a mi madre lo de los abogados, volvió a ponerse más contenta dentro de la tristeza que tenía tan grande. Estaba desolada.

Más tarde, cuando Pedrito se levantó, le dimos la merienda y nos lo llevamos a un parque a que correteara un poc mientras nosotros tomábamos algo. No podía quitarme de la cabeza a Aisha.

—Mamá, en dos días debo de irme a Marruecos, estoy trabajando en algo de unos terrenos que dejé a medias. He hablado con Susana y estará pendiente de vosotros.

—Hijo, no te preocupes, sabes que me las apaño bien con el niño.

—Pero no quiero que estés mucho tiempo sola y Susana te cae muy bien.

—Es muy buena chica, las cosas como son.

Estuvimos en el parque hasta las ocho, momento que regresamos para duchar a Pedrito y pedí su Burger King, yo también me pillé otro, mi madre no, ella decía que esas comidas no estaban hechas para su paladar.

—Un poquito hijo —murmuró mi madre—, pero está rodeada de ángeles que viven en ese lugar.

—Wow, qué suerte tiene —dije yo, causando otra risilla en este.

Cuando el niño se quedó dormido en el sofá para su imperdonable siesta, le comenté a mi madre lo de los abogados, volvió a ponerse más contenta dentro de la tristeza que tenía tan grande. Estaba desolada.

Más tarde, cuando Pedrito se levantó, le dimos la merienda y nos lo llevamos a un parque a que correteara un poco mientras nosotros tomábamos algo. No podía quitarme de la cabeza a Aisha.

—Mamá, en dos días debo de irme a Marruecos, estoy trabajando en algo de unos terrenos que dejé a medias. He hablado con Susana y estará pendiente de vosotros.

—Hijo, no te preocupes, sabes que me las apaño bien con el niño.

—Pero no quiero que estés mucho tiempo sola y Susana te cae muy bien.

—Es muy buena chica, las cosas como son.

Estuvimos en el parque hasta las ocho, momento que regresamos para duchar a Pedrito y pedí su Burger King, yo también me pillé otro, mi madre no, ella decía que esas comidas no estaban hechas para su paladar.

Capítulo 21



Aisha

Los días habían pasado, concretamente dos desde que supiera que se había ido, y con ellos, las palabras de Kevin el mentiroso, como lo había bautizado Nerea. Lejos quedaba lo de míster toalla mojada después de lo que me había hecho.

Llamé a Nadira esa mañana para quedar con ella en casa de Nerea, donde había llegado aquel conjunto de lencería que pidió para que sorprendiera a mi hermano Kasim en su noche de bodas.

En casa dije que no me esperaran hasta la noche, que saldría de trabajar y me quedaría con Nerea hasta la noche.

Nadie dijo nada, por lo que intuí que, tal como llegamos a sospechar mi mejor amiga y yo, Karim o Hakim habían puesto a alguien vigilándome.

Pero nada de eso importaba ya, puesto que no iba a volver a ver a Kevin, ni a entregarme a él de nuevo como lo hice.

Nunca me había sentido tan humillada como en el momento en el que descubrí que no había sido más que otra de las muchas mujeres que, estaba segura, Kevin tenía en su larga lista de conquistas.

Nerea y yo comimos con Sofía, su madre, quien había preparado una paella típica de su tierra que a mí me encantaba, esa mujer me consentía tanto como a su hija y su sobrina, como si yo fuera una más de la familia.

Después de comer y tomar un té con nosotras, se fue al trabajo, ella era cocinera en el turno de tarde noche en uno de los bares, fuera de la plaza, allí llevaba desde que se instaló en Chefchaouen veinte años atrás.

Cuando nos quedamos solas, Nerea me pasó el brazo por los hombros mientras veíamos la televisión, y al escuchar las palabras que dijo, no me desmayé de milagro.

—Ahora nos deberíamos tomar una cerveza o una copa a la salud de Kevin el mentiroso.

—¿Cómo voy a beber alcohol? —grité con los ojos muy abiertos.

—¿Bebiendo con esa boquita que Allah te dio? —Se encogió de hombros.

—Estás loca, Nerea, no puedo beber.

—Tampoco acostarte con un hombre sin que sea tu marido, y lo hiciste.

Debió ver el dolor en mi cara, porque abrió la boca y me abrazó enseguida mientras pedía perdón una y otra vez.

—Tienes razón, no debí hacerlo y, sin embargo…

—Cariño, no quería ofenderte, de verdad.

—Lo sé —sonreí—. No lo has hecho, nunca podrías hacerlo. Solo has dicho la verdad.

En ese momento llamaron a la puerta y fue a abrir, me quedé apoyada en el sofá con los ojos cerrados, reviviendo una vez más aquella noche. Fue mágica, al menos para mí en ese instante lo fue, pero para él…

—Aquí está lo que necesitamos —dijo Saida haciendo que abriera los ojos.

Cuando la vi con una bandeja de dulces y una cerveza, casi se me sale el corazón del pecho.

—¿Una cerveza? ¿Os habéis vuelto locas? —pregunté.

—Una para las tres y, tranquila, que vas a ser la que menos beba, ya me la tomaré yo casi toda —respondió Nerea mientras la abría.

—¿Cómo estás, Aisha? —curioseó Saida, a quien su prima había puesto al día.

—Todo lo bien que puedo —me encogí de hombros—. Voy a casarme con un hombre al que no amo, y me entregué a otro que me mintió con palabras bonitas —suspiré—. No me he cortado las venas porque soy una cobarde.

—Y porque si haces eso, me aseguro de que revivas para estrangularte con mis propias manos una y mil veces —

advirtió Nerea—. En tu vida, ¿me oyes? En tu vida vuelvas a decir que vas a matarte porque no te lo permito. Eres como una hermana para mí, para las dos —señaló a Saida, que asentía con los ojos vidriosos—, y no te permito que nos hagas pasar por semejante dolor. Huye tan lejos como puedas, yo misma te daré el dinero que te falte, pero no me hagas pasar por el duelo de perderte, porque me moriría de pena.

Me tragué las ganas de llorar que tenía en ese momento, cogí la cerveza y di un buen trago, algo que no había hecho en mi vida, y cuando la dejé de nuevo en la mesa, las dos me miraban con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Voy a preparar té para acompañar los dulces, Nadira no tardará en llegar —dije poniéndome en pie, como si no acabara de beber cerveza, algo que no tenía permitido hacer.

Las dejé en el salón y me centré en el té, ellas podían tomarse la cerveza tranquilas, mientras esperábamos a mi cuñada, yo ya había bebido bastante, que, para una primera vez, le había dado un buen trago.

Suspiré y cuando el té estuvo listo, lo serví en vasos justo en el momento en el que Nadira llamaba a la puerta.

—Té y dulces, mi perdición —dijo al ver la mesa—. Solo espero no coger mucho peso antes de la boda, o no me valdrán los vestidos.

—Poco menos de dos semanas y serás una mujer casada —comentó Saida.

—Bueno, ya es como si lo fuera —sonrió.

—Pues toma esta tarde como tu despedida de soltera —propuso Nerea—. Si nos quedamos cortas de dulces, vamos a por más.

—¿Alguien quiere ver una peli? —preguntó Saida.

—Una comedia romántica, prima.

—Vale.

—Pero antes, vamos a darle a esta mujer lo que ha venido a buscar —rio Nerea.

Se puso en pie y la vimos desaparecer en su habitación, regresando unos minutos después con una caja blanca y un lazo rosa.

—Es un regalo de Saida y mío —dijo, entregándosela a Nadira.

s

Ella la abrió con cuidado, y al ver el contenido, sonrió con los ojos brillantes por la sorpresa.

Un sujetador de encaje rosa pastel con la braguita a juego, así como una preciosa bata de seda del mismo color, una preciosidad, sugerente, elegante y ligeramente sexy, pero no como para que mi hermano pensara que su esposa era una descocada.

—Chicas, esto es… No tengo palabras —sonrió y abrazó a ambas.

—Lúcelo como debes, y enloquece un poquito a tu marido —dijo Nerea, haciéndole un guiño.

—¿De verdad creéis que le gustará? ¿No pensará que soy una lujuriosa? —Me miraba con miedo.

—Nadira, ya te dije que mi hermano te ama, y no pensará eso. Tú esa noche solo dile que querías sorprenderlo, que él es tu esposo y solo él verá tu cuerpo ahora y siempre. Eso le dará a entender que esas prendas, solo las usarás para él si así lo desea.

—Auguro una noche de bodas larga y sin que durmáis —dijo Saida con una sonrisa.

—¿Dormir? Prima, en cuanto Kasim vea a su esposa con esto, la llevará a la cama con tantas ganas que no la dejará salir de ella en unos días. Te va a devorar, pequeña gacelita —rio Nerea, y mi cuñada sonrió con las mejillas sonrojadas.

—Tengo un poco de miedo, dicen que eso duele y… Bueno, si el tamaño es grande, aún más.

—Tú esa noche solo relájate y deja que pase —aconsejó Nerea, que era quien más experiencia en esos temas tenía —. Los besos y las caricias para ambos son muy importantes, eso ayuda a que el cuerpo se relaje y también que se excite.

—Si mi familia o la de Aisha supiera que estamos hablando de esto —se sonrojó aún más.

—Esto es algo normal, cielo, eres virgen y debes estar preparada. Aunque conociendo a Kasim, será tierno y cuidadoso, a fin de cuentas, los dos llegáis vírgenes al matrimonio —siguió hablando Nerea—. Dolerá un poco al principio, pero cuando se pase, verás que no fue para tanto.

Tenía razón, pero no podía decírselo a mi cuñada, ella supondría que me entregué a Hakim antes de la boda y si llegaba a oídos de mi familia, podía darme por muerta a manos de mi hermano mayor.

Saida escogió una película y tras esa vimos otra más, y después otra mientras cenábamos un par de tajines que

pidió Nerea en el bar donde trabajaba su madre.

Las horas se nos pasaron entre dulces, té, risas y esas historias de amor del cine que siempre acababan bien.

No como la mía, que murió incluso antes de haber empezado.

¿Cómo fui tan tonta de creerle? ¿Y cómo pudo él engañarme de ese modo, sabiendo que mi vida no era la mejor del mundo?

No le importó, eso era, no le importó mentir a una pobre muchacha como yo, jugar con mis sentimientos y tomar lo que quería desde el primer momento.

pidió Nerea en el bar donde trabajaba su madre.

Las horas se nos pasaron entre dulces, té, risas y esas historias de amor del cine que siempre acababan bien.

No como la mía, que murió incluso antes de haber empezado.

¿Cómo fui tan tonta de creerle? ¿Y cómo pudo él engañarme de ese modo, sabiendo que mi vida no era la mejor del mundo?

No le importó, eso era, no le importó mentir a una pobre muchacha como yo, jugar con mis sentimientos y tomar lo que quería desde el primer momento.

Capítulo 22



Aisha

Esa mañana, una de las veces en las que pasé por recepción a la vuelta de dejar unos cafés, vi a una mujer haciendo el registro y me llamó la atención.

Iba vestida en vaqueros, con camiseta y deportivas, pero llevaba unas grandes gafas de sol que ocultaban sus ojos, además de una gorra. Daba la sensación de que tratara de pasar desapercibida, como si fuera una actriz o algo así.

Pero si ese fuera el caso, ¿por qué podía ver cómo secaba algunas lágrimas que se deslizaban por las mejillas?

Como si se sintiera observada, levantó la vista del mostrador y me miró, no podía verle los ojos, pero eso no le impidió sonreír hacia mí. Era morena, con la tez en un bonito color dorado, tenía manos finas y elegantes y era menuda, más o menos como yo.

—Aquí tiene —dijo Nerea, entregándole la llave—. Bienvenida a Chefchaouen, que disfrute de su estancia.

—Gracias, eso espero —su voz era suave, pero se le notaba que había pasado llorando un tiempo por la leve ronquera que tenía.

Yo conocía bien el efecto del llanto, pues desde que supe que Kevin se había ido y que tan solo jugó conmigo para meterme en su cama, no había habido un solo día que no me pasara horas en mi habitación llorando.

Al pasar junto a mí sonreí al tiempo que la saludaba con una leve inclinación de cabeza, en cuanto desapareció en dirección a las habitaciones, me acerqué a Nerea.

—¿Es alguna famosa, o algo así? —pregunté.

—Pues no que yo sepa, ¿por qué?

—Bueno, va como si quisiera pasar desapercibida, ¿será actriz?

—Ni idea, pero podemos buscar en Internet.

—No, no —reí—. Vamos a intentar no vulnerar la ley de protección de datos.

—Pues ahora me quedo con la duda de si tenemos a una famosa alojada —suspiró.

Regresé a la cocina y cogí algunos pedidos más, colocamos las bandejas en el carrito y fui habitación por habitación entregándolos con una sonrisa, esa que debía poner cada día, a pesar de que estuviera prácticamente muerta en vida.

Fue en el turno de comidas cuando me encontré a esa mujer en una de las habitaciones.

—Buenas tardes, ¿dónde lo dejo? —pregunté sonriendo, tratando de no quedarme mirándola fijamente.

Había llorado, era obvio por lo enrojecidos que tenía los ojos, además del pañuelo con el que se sonaba la nariz, pero no era eso lo que me llamaba más atención, sino el leve rastro amoratado de uno de los pómulos que había bajo varias capas de maquillaje.

—Oh, pues, en la mesa está bien.

—Desde la terraza tiene unas vistas preciosas de la plaza —sugerí, y ella sonrió.

—Sí, lo he visto. Pero prefiero comer dentro.

Asentí, caminé hacia la mesa y fui colocando los platos, la botella de agua y el té en la mesa mientras ella se limpiaba las lágrimas con el pañuelo.

—Gracias… —dijo entrecerrando los ojos, como si esperara que le dijera mi nombre.

—Aisha —incliné la cabeza a modo de saludo.

—Aisha, qué nombre más bonito. Había una canción que solía escuchar la madre de una amiga mía que se llamaba así. Oh, yo soy Laila —se llevó la mano al pecho mientras se presentaba.

—Un placer, señorita Laila.

—Ay, no, no me llames así, lo odio. Eso me recuerda a… —se quedó callada y volvió a empezar a llorar, girándose para que no la viera— Lo siento, no debería llorar delante de nadie, siempre me dijeron que era de débiles.

—A mí tampoco me gusta llorar delante de la gente, solo mis mejores amigas me han visto —bueno, y Kevin también, pero estaba en proceso de olvidarme de ese hombre—. ¿Se encuentra bien?

—No, Aisha, no lo estoy —dijo mientras negaba, aun dándome la espalda—. Acabo de huir de un futuro matrimonio que no quería.

Se me abrieron los ojos ante la sorpresa, y por un instante me vi a mí misma huyendo de mi próxima boda con Hakim. Ella podría haber sido yo, sin lugar a dudas.

—Me negué a casarme, y mi hermano, quien es el cabeza de familia desde que nuestro padre murió, me abofeteó y me repudió. Me echó de casa sin más, solo porque no quería seguir esa vieja costumbre.

—No sabe cómo la entiendo, señorita Laila —suspiré con pesar.

—Por favor, llámame solo Laila, lo de señorita me lo decían en la casa del que iba a ser mi marido, y lo odio, lo odio con todas mis fuerzas.

—Está bien —sonreí—. Si necesitas encontrar un trabajo, yo podría ayudarte.

—Eso sería fantástico, no es que tenga mucho dinero y… Bueno, se me irá prácticamente todo en el alojamiento. ¿Crees que me aceptarían como friegaplatos?

—Puede —sonreí.

—Debo estar horrible, con los ojos llorosos y toda la cara roja.

—¿Qué mujer no ha estado así alguna vez?

—¿A ti te ha pasado?

—Me pasa actualmente —incliné la mirada.

—¿Mal de amores? Así lo llamaba la abuela de mi amiga.

—Eso, y un matrimonio que no quiero.

—Vaya, así que Allah me ha traído hasta una compañera de penas. Caprichoso destino el nuestro.

—Debo seguir trabajando, y acabo pronto, pero, si alguna vez quieres hablar, ya sabes dónde estoy.

—¿De verdad? Desde que dejé atrás mi vida, ni siquiera mis amigas me hablan. Decían que ese matrimonio era lo mejor para mí, incluso ellas me repudiaron.

—Lamento oír eso. Las amigas deberían apoyarse, no darse de lado.

—Eso pensaba que ocurriría, pero se pusieron de parte de mi hermano. ¿Cómo no iban a hacerlo? Si una de ellas se casó con su cuñado, y la otra, está a punto de hacerlo con un primo de la esposa de mi hermano —suspiró.

—Lo tenías difícil para que te apoyaran entonces.

—Sí.

—Laila, dije en serio lo de hablar, si algún día necesitas llorar, pues…

—¿Lloraremos juntas? —sonrió.

—Y con un montón de dulces.

—Todo un plan —rio—. Gracias, Aisha, creo que necesitaba hablar con alguien.

Asentí antes de salir de la habitación dejándola sola con su pena, regresé a la cocina y tras entregar un par de pedidos más, fui hacia la sala de descanso por mis cosas y las de Nerea para irnos a casa.

En cuanto salimos del hotel le comenté lo de Laila, y ella silbó con sorpresa al saber que ella se negó a casarse y a ser repudiada huyó hasta nuestro pueblo.

—Le dije que podría ayudarla a encontrar un trabajo.

—Ah, pues en el bar necesitan una ayudante en la cocina.

—¿Sí?

—Eso dijo mi madre anoche. Hablaré con ella, y si siguen buscando, se lo puedes comentar.

—Vale. ¿Nos vemos después para tomar el té?

—¿En la plaza a las seis?

—Allí estaré —nos despedimos con un abrazo y me fui para casa.

Nada más entrar vi a mi padre sentado en el salón leyendo mientras Amina jugaba en el suelo con sus bloques haciendo castillos imposibles. Si se lo permitieran, mi sobrina algún día sería una magnífica arquitecta.

—Tía Aisha, mira —dijo con una sonrisa.

—Ya veo, princesa. ¿Es ese tu castillo?

—Sí —rio dejando caer la cabeza hacia atrás.

—¿Y hay una habitación para mí? —me senté a su lado y me la comí a besos.

—Tu hermano te encerraría en las mazmorras —murmuró mi padre.

—¿Por qué lo haría? Siempre he sido una buena hija, una buena hermana, y he aceptado casarme con un hombre al que no amo. ¿Me encerraría por eso?

—Por desobediente, por responder sin el más mínimo respeto, por eso te encerraría yo, y es lo que debería hacer tu hermano.

—Lo que harías tú —reí—. Pero no puedes hacerlo porque le diste todo el control de esta casa, tu casa, a mi hermano. Ningún hombre ha hecho eso, pero claro, como Karim es el dueño y señor de gran parte de este lugar, ¿cómo no iba a serlo también de la casa familiar?

—Tu hermano siempre ha mirado por la familia, siempre procuró que todos tuviéramos un plato en la mesa, ropa con la que vestir, ¿qué has hecho tú, Aisha?

—Aprender a ser una buena esposa, y aceptar casarme olvidándome de la posibilidad de hacerlo con un hombre a que realmente ame.

—Eso son patrañas. Tu madre y yo nos casamos mediante un acuerdo entre nuestras familias, y acabamos enamorados. Al igual que tus hermanos.

—No, papá. Mamá y tú no compartís amor, es solo costumbre. ¿Karim y Yamila? Menos aún, él busca a otras mujeres y deja a su esposa cuidando de la niña. Por suerte mi hermano Kasim y la joven Nadira, sí están enamorados. Ojalá yo pudiera tener eso, y no un matrimonio concertado impuesto por mi hermano y mi padre.

Me levanté tras darle un beso a mi sobrina y fui a la habitación, donde me quedé hasta que fue la hora de darme una ducha y vestirme para tomar un té con Nerea.

l

—No, papá. Mamá y tú no compartís amor, es solo costumbre. ¿Karim y Yamila? Menos aún, él busca a otras mujeres y deja a su esposa cuidando de la niña. Por suerte mi hermano Kasim y la joven Nadira, sí están enamorados. Ojalá yo pudiera tener eso, y no un matrimonio concertado impuesto por mi hermano y mi padre.

Me levanté tras darle un beso a mi sobrina y fui a la habitación, donde me quedé hasta que fue la hora de darme una ducha y vestirme para tomar un té con Nerea.

Capítulo 23



Aisha

Pasaba por la puerta del hotel de camino a la plaza donde ya estaría esperándome Nerea, cuando vi salir a Laila.

—¿Laila? —la llamé, y cuando se giró y me vio, me dedicó una sonrisa.

—Aisha, hola.

—¿Has decidido salir a pasear?

—Sí, es una tontería quedarme en la habitación, iba a pasarme la tarde llorando —se encogió de hombros.

—Aisha —la voz de mi hermano Karim era tan fuerte, que incluso la pobre Laila dio un respingo al escucharla—. ¿Por qué no estás en la casa?

—Porque he quedado con Nerea para tomar té, y de paso, me encontré a Laila —señalé a la mujer que estaba a mi lado y los ojos de Karim se transformaron.

—Hola —lo saludó ella, con un ligero temblor en la voz.

—¿Eres amiga de mi hermana?

—Yo…

—Sí, lo es. Acaba de llegar al pueblo, por el momento está en el hotel y vamos a buscarle un trabajo —me adelanté.

—Las amigas de mi hermana siempre son bien recibidas en nuestra casa —anunció, y a mí se me abrieron los ojos

como platos.

¿Desde cuándo era eso? Porque desde que tenía veinte años, ni Nerea, ni Saida, habían podido volver a entrar en mi casa, sobre todo porque él se enteró de que Nerea a esa edad ya había tenido un par de novios y no quería que me pervirtiera, según palabras de mi mejor amiga.

—Gracias, señor…

—Karim —dijo él, acercándose para coger la mano de Laila y llevársela a los labios dejando un beso en ella—. Solo llámame Karim.

El modo en el que la miraba no me pasó desapercibido, por lo que debería mantener lejos de mi hermano a esa pobre muchacha para que no le arruinara la vida.

—Gracias, Karim.

—Así que, te alojas aquí —miró hacia la entrada del hotel.

—Sí, pero solo hasta que tenga un trabajo y una estabilidad, después buscaré una casita modesta para mí sola —respondió con una sonrisa y un ligero rubor en las mejillas.

—Yo puedo ayudarte a encontrar una, solo llámame cuando necesites algo —le tendió una de sus tarjetas y ella la aceptó encantada, pensando que mi hermano era igual de amable y hospitalario que yo.

Tenía que sacarla de su error a como diera lugar, no quería que arruinara la vida de aquella muchacha.

—Tenemos que irnos —dije cogiendo a Laila del brazo—. No cenaré en casa.

—Hakim quiere volver a verte —me informó mi hermano.

—Pues que vaya mañana a desayunar a casa —me encogí de hombros.

—Aisha, no me provoques.

No me molesté en contestarle, y sabía que en cuanto estuviera en casa, me esperaría alguna reprimenda por su parte, o una nueva bofetada.

—¿Quién es Hakim? —preguntó Laila, cuando dejamos suficientemente lejos a mi hermano para que no nos escuchara.

—Mi prometido.

—Oh.

—Sí, oh.

En cuanto llegamos a la plaza y me vio Nerea, sonrió a pesar de que llegaba un poco tarde.

—Siento el retraso, me encontré con Laila, la clienta del hotel de esta mañana —dije para que no hablara de que l
había contado su historia.

—Es verdad, es que sin la gorra no te reconocí —sonrió—. Yo, soy Nerea.

—Un placer conocerte, Nerea.

—Veníamos hacia aquí y apareció mi hermano.

—¿El bueno o el malo? —Nerea arqueó la ceja.

—¿Tienes dos hermanos?

—Sí, el bueno y el malo como dice ella —reí—. Era Karim.

—El malo, entonces —resopló Nerea.

—¿Malo? A mí me pareció amable —dijo Laila—. Incluso se ofreció a ayudarme a buscar casa cuando lo necesite.

—Karim está bueno, es atractivo y un hombre al que sin duda me llevaría a la cama —comentó Nerea con toda naturalidad, y Laila, que era musulmana como yo, se sonrojó—, pero no es amable, puedes creerme. Es el hermano malo de este cuento. Ha prometido a Aisha con su mejor amigo.

—Vaya.

—¿Podemos no hablar hoy de mi futuro matrimonio, por favor? —supliqué— Solo quiero tomar un té y llevar a Laila a conocer un poco todo esto.

—¿Crees que podríamos preguntar si alguien necesita una empleada? Cuanto antes empiece a trabajar…

—Para eso vamos al bar donde trabaja mi madre —propuso Nerea—, ayer me dijo que buscan ayudante de cocina, tal vez siga disponible el puesto.

—Aunque solo me contraten para lavar platos, ya me vale —sonrió.

Fuimos hacia el bar y en el camino paramos en algunas tiendas para que Laila comprara cosas básicas que no trajo consigo. Debía resultar difícil dejar todo atrás y empezar de cero, y me pregunté si yo podría hacerlo.

e

¿Sería capaz, como ella, de dejar mi vida y empezar de cero en otro lugar?

Cuando Kevin lo dijo pensé que era una locura, pero si él me ayudaba podría haber hecho que esa locura se convirtiera en algo real.

Incluso había pasado los últimos días pensando en la locura de irme a Las Vegas con Nerea.

Solo que, a mí, no me había repudiado mi familia como a Laila, no aún, al menos, porque si se enteraban de lo que había hecho, no me cabía la menor duda de que podrían hacerlo.

Sería la vergüenza de mi familia, una carga que llevarían todos, algo que pesaría sobre cada uno de ellos.

Si Kevin no se hubiese marchado, ¿me habría sacado de aquí de verdad, tal como dijo que haría?

—¿Y ese suspiro? —me preguntó Nerea.

—¿Eh? —Fruncí el ceño.

—Has suspirado —dijo mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—No es nada, solo pensaba.

—Ah, ya veo.

—Chicas, ¿os gusta este color? —miramos a Laila, que estaba probándose un velo en color morado, precioso y que hacía resaltar el verde de sus ojos.

—Te queda muy bien —sonreí.

—Pues me lo llevo, que apenas traje tres velos en la maleta. Mi hermano no me dejó coger mucho, la verdad —se lamentó encogiéndose de hombros.

Tras las compras, paramos en el bar donde Nerea saludó a Mustafá, el hijo del dueño, y tras pedirle unos dulces acompañados de té, le preguntó si aún seguían buscando una ayudante para la cocina.

—Sí, y la necesito cuanto antes. Jamal se marcha en dos días y me quedo solo con tu madre en el turno de tarde.

—Pues traigo a la candidata perfecta —sonrió señalando a Laila.

—Hola, soy Laila —le saludó.

—¿Sabes cocinar, Laila?

—Sí, lo hacía en casa con mi madre.

—Sofía será quien haga lo más complicado, tú solo tendrás que echarle una mano.

—No hay problema.

—El sueldo no será mucho, al ser solo ayudante.

—Tranquilo, Mustafá, con que me dé para vivir y pagar un sitio en el que dormir, me vale por el momento.

—Pues estás contratada entonces, ven mañana por la mañana para arreglar todo, y empiezas en dos días.

—¿En serio? ¿Así de fácil?

—Así de fácil —sonrió él.

—Muchas gracias, a los tres, de verdad, esto —Laila comenzó a llorar, secándose las mejillas con la yema de los dedos—, esto significa mucho para mí. Acabo de llegar y me habéis ayudado, no sé cómo agradecéroslo.

—Con tu primera paga nos invitas a un té y listo —dijo Nerea.

—Y unos dulces, sin dulces no hay té —le advertí, y nos echamos a reír.

Pasamos allí la tarde y al final nos quedamos a cenar las tres. Laila nos contó con todo detalle cómo había sido el peor momento de su vida, ese en el que tuvo que despedirse de su madre, que lloraba tanto o más que el día que murió su padre, con todo el dolor de su corazón tras la repudia de su hermano.

¿Lloraría mi madre si me fuera de casa sin decirles nada? ¿O si Karim me repudiara?

Era mi madre, y sabía que a las madres les dolían todos y cada uno de sus hijos por igual, ella además fue quien evitó que me casara con Hakim hacía cinco años, ¿evitaría también que mi hermano me echara de casa?

Tantas preguntas sin respuesta concreta, y entre todas ellas, varias en las que no quería pensar, pero lo hacía.

¿Dónde está Kevin? ¿Cómo está? ¿Pensará en mí, o se olvidó nada más dejar la suite? ¿Estará ya en brazos de otra mujer? ¿Será otra la que recibe sus besos y caricias, a la que mira como si fuera lo más valioso del mundo?

Era una tonta, incluso el modo en el que me miraba era fingido.

Me despedí de Laila con un abrazo en la puerta del hotel y regresé a casa, por suerte mi hermano no estaba, Yamila dijo que era por algo de trabajo.

Di las buenas noches y fui a encerrarme a mi habitación donde, como venía siendo habitual en los últimos días, lloré acurrucada en la cama hasta que por fin me venciera el sueño y consiguiera dormir.

Pasamos allí la tarde y al final nos quedamos a cenar las tres. Laila nos contó con todo detalle cómo había sido el peor momento de su vida, ese en el que tuvo que despedirse de su madre, que lloraba tanto o más que el día que murió su padre, con todo el dolor de su corazón tras la repudia de su hermano.

¿Lloraría mi madre si me fuera de casa sin decirles nada? ¿O si Karim me repudiara?

Era mi madre, y sabía que a las madres les dolían todos y cada uno de sus hijos por igual, ella además fue quien evitó que me casara con Hakim hacía cinco años, ¿evitaría también que mi hermano me echara de casa?

Tantas preguntas sin respuesta concreta, y entre todas ellas, varias en las que no quería pensar, pero lo hacía.

¿Dónde está Kevin? ¿Cómo está? ¿Pensará en mí, o se olvidó nada más dejar la suite? ¿Estará ya en brazos de otra mujer? ¿Será otra la que recibe sus besos y caricias, a la que mira como si fuera lo más valioso del mundo?

Era una tonta, incluso el modo en el que me miraba era fingido.

Me despedí de Laila con un abrazo en la puerta del hotel y regresé a casa, por suerte mi hermano no estaba, Yamila dijo que era por algo de trabajo.

Di las buenas noches y fui a encerrarme a mi habitación donde, como venía siendo habitual en los últimos días, lloré acurrucada en la cama hasta que por fin me venciera el sueño y consiguiera dormir.

Capítulo 24



Aisha

Cuando salí de la habitación para desayunar con la familia, encontré a Hakim allí sentado. Se puso en pie nada más verme y sonrió mientras se acercaba para besarme en la mejilla.

—Buenos días, *habibati* —dijo.

—Buenos días. ¿Qué haces aquí?

—Ayer me dijiste que, si quería verte, que le dijera que viniera a desayunar —contestó mi hermano Karim.

—Y he venido, *habibati*.

Cómo odiaba que me llamara así. No era su amor, no lo era y no lo sería nunca, ¿por qué insistía en llamarme así?

Me senté a la mesa con los demás, y aquel fue el desayuno más incómodo de mi vida, hasta podría asegurar que me estaban sentando mal las tostadas.

Hakim no dejaba de mirarme, incluso mi madre lo hacía con una sonrisa en los labios.

Yo, en cambio, me mantenía seria porque no soportaba esa situación. Necesitaba cualquier excusa, la que fuera, para salir de la casa en ese momento y tomar aire.

En cuanto acabamos de desayunar y recogimos todo, vi que mi madre sacaba ropa para ir a tenderla, y esa fue mi oportunidad de tomar aire.

—Yo la tenderé, mamá —dije quitándole la cesta de las manos.

—Pero, hija, tienes que estar con Hakim…

—Tengo toda la maldita vida para estar con él, mamá. Además, ¿no se supone que debo ser una buena esposa? Pues que vea que hago las tareas y que no será muy diferente a cuando estemos casados —volteé los ojos y salí de la cocina.

Pasé por delante de Hakim y de mi hermano, quien frunció el ceño con un evidente enfado, pero lo ignoré.

Subí a la terraza, y en cuanto el aire rozó mi cara, cerré los ojos y respiré hondo antes de dar el siguiente paso y comenzar a tender la ropa. Eso sí, con toda la tranquilidad del mundo, tomándome mi tiempo, con tal de no volver al salón donde estaban Hakim y mi hermano.

Como era habitual los ojos se me iban hacia la terraza de la suite, esa en la que había visto a Kevin tantas veces, esa en la que me encantaría que estuviera en ese momento, mirándome como solía hacer, poniéndome nerviosa sí, pero al menos mi cuerpo sentiría algo más que el dolor y la tristeza que me embargaban desde hacía días.

—Ojalá estuvieras aquí —murmuré con un largo suspiro mientras tendía un pañuelo de mi madre.

—Estoy aquí, *habibati* —dijo Hakim, haciendo que me sobresaltara y el corazón me diera un vuelco en el pecho por el susto.

—Hakim, qué susto me has dado. ¿Qué haces aquí?

—Acompañar a mi esposa —sonrió y no dudó en posar ambas manos en mis caderas.

Me estremecí ante ese contacto, sí, lo reconocía, pero no porque me hubiera gustado o porque mi cuerpo fuera a cobrar vida, sino por todo lo contrario.

Temía que estuviéramos a solas, temía que volviera a besarme como hizo en la plaza sin importarle quién pudiera vernos.

¿Y si quería tomarme allí mismo, antes de que nos casáramos? No se atrevería, ¿verdad? No con mi hermano, con toda mi familia de hecho, en la parte de abajo.

—No deberías haber subido, Hakim, estoy con las tareas de la casa —traté de apartar sus manos de mis caderas.

—Quería verte a solas, y poder decirte lo mucho que extraño tus besos —dijo mirándome fijamente a los labios.

—No se te ocurra besarme, eso no es apropiado. Mi familia está abajo.

—No nos ven, y solo será un beso entre marido y mujer.

—Solo estamos prometidos, Hakim.

—Eso se considera ya matrimonio y lo sabes, *habibati*. Deja que te bese, deja que mis labios tomen los tuyos hasta que puedan besarlos cada día y cada noche.

Se inclinó y no tuve tiempo de evitar que sus labios se posaran en los míos. Fue un beso sin vida, al menos a mis ojos, no como los que me había dado Kevin, en los que se percibían ciertos sentimientos.

Maldita sea, ¿por qué seguía pensando en Kevin y en esos sentimientos que dijo tener, cuando todo eran mentiras

—Relájate, Aisha, nadie puede vernos —dijo Hakim, que no dudó en dar un ligero mordisco en mi labio.

No me gustaba, por muy agradable a la vista y atractivo que fuera Hakim, a mí no me gustaba. Y no quería sus besos, ni que sus manos me tocaran como lo hacían en ese momento.

¿Si pidiera ayuda vendría alguien de mi familia? Estaba claro que Karim, no, Yamila seguramente tampoco, Kasim no desobedecería la orden de nuestro hermano de no subir a interrumpirnos, y mi padre, prácticamente actuaba como si ya no tuviera hija.

Solo quedaba mi madre, pero no podía gritar, por lo que mis esperanzas estaban puestas en que ella se percatara de que estaba tardando mucho en bajar y que viniera en mi busca.

Hakim seguía besándome y yo con las manos en su pecho tratando de apartarlo, algo imposible porque aquel hombre parecía pegado al suelo, no se movía ni tan siquiera un maldito centímetro.

Iba a empujarle con todas mis fuerzas, cuando la voz de mi madre consiguió que se apartara.

—Aisha, hija, ¿has terminado?

Hakim jadeaba y se pasaba la mano por el pelo, metió la otra en el bolsillo del pantalón y se giró para sonreír a mi madre.

—Lo siento, señora Fátima, yo la he entretenido. Quería hablar con ella a solas y me temo que se nos han pasado los minutos —se excusó.

—No te preocupes, Hakim —mi madre sonrió con cariño, pero en sus ojos había algo distinto, algo que no podía

reconocer.

—Me marcho ya —dijo Hakim, antes de besarme en la mejilla—, es hora de que Karim y yo regresemos al trabajo.

En cuanto nos dejó solas, me giré para mirar por la terraza con los ojos humedecidos por las lágrimas contenidas.

—¿Qué te ha hecho, Aisha? —preguntó mi madre, en un suave susurro mientras me acariciaba la espalda.

—Nada —mentí.

—Os habéis besado, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes?

—Mi niña, conozco a los hombres a punto de casarse, son impacientes y soportan el celibato antes de la noche de bodas, pero si quieren un beso, lo consiguen como sea. Solo ha sido eso, ¿verdad? Unos besos —me miró preocupada.

—Sí, pero yo no quería —sollocé y me maldije por ello, no soportaba que nadie de mi familia me viera llorar—. ¿Por qué me obligan a casarme con alguien a quien no amo?

—Porque así es la tradición, Aisha, y ninguna mujer puede hacer nada al respecto.

—Claro que pude —la miré retirando las lágrimas con rabia—. Una mujer puede negarse a cumplir con la voluntad de su padre o su hermano, la podrían repudiar, echarla de su casa, sí, pero al menos sería libre de amar a quien ella eligiera amar —dije pensando en Laila, esa muchacha que había dicho no a un matrimonio concertado, dejando su vida atrás para empezar una nueva.

—Aisha…

—No quiero hablar más de esto, mamá. Estoy cansada, de verdad. Si no vas a hacer nada por ayudarme para evitar que me case con un hombre al que no amo, no quiero hablar más de ello. ¿Queréis que acate los deseos de mi hermano? Bien, los acataré, pero si cuando me revele con mi esposo me mata, ten por seguro que mi muerte recaerá sobre vuestras conciencias.

No quería ser tan dura con mi madre, a fin de cuentas, ella me quería, pero tenía que hacerla ver que, por culpa de mi hermano mayor y el matrimonio que me imponía, tal vez llegara el día en el que Hakim, el hombre que decía quererme, me acabara matando por no cumplir alguna orden, o deseo.

Quizás eso fuera lo mejor.

Quizás eso fuera lo mejor.

Capítulo 25



Kevin

De nuevo ponía rumbo a Marruecos, ya había avisado a Mohamed para que me recogiera en Tánger temprano, ya que iba a coger el barco de las diez, hora en que también llegaría pues allí era una hora menos.

Esa mañana mi madre se iba al cole con Susana y luego a desayunar, todo tal y como ella me había dicho, así que estaba tranquilo de que sola no iba a quedarse, dado el estado en el que estaba.

El trayecto en coche fui escuchando música de lo más deprimente, de esas baladas que te arrancan el corazón y más cuando me encontraba sensible. Una de las canciones que saltó en esa emisora de radio fue “Mi Princesa” de David Bisbal, con esa terminé rompiendo a llorar mientras conducía.

Estos días sin Aisha habían sido más desoladores de lo que ya lo eran de por sí, la partida inesperada de Sabrina nos había dejado sin aliento, por muy jodida que fuera, era mi hermana, mi única hermana.

¿Qué habría pensado de mí? Estaba seguro de que pensó que solo quise aprovecharme de ella, que lo que le dije de ayudarla era para conseguir mi objetivo y mil cosas horribles que me partían el corazón de saber que ella lo estuviera pasando mal, pero por nada del mundo la hubiera puesto en peligro intentando hacerle llegar un mensaje

Pero tenía a alguien que desde que salí de allí la estaba protegiendo y siendo su sombra, Diana, ahora llamada Laila, una mercenaria española que trabajaba a cambio de dinero en grandes operaciones y que la conocía de otros trabajos que le habíamos encargado, era la mejor soldado que trabajaba sin importarle ideales ni nada por el estilo solo cumplía con el encargo y tenía habilidades de esas que son difíciles de conseguir en alguien más. Era la mejo que podía estar a su lado en estos momentos. Con ella, me sentía seguro. Además, era todo un secreto, ni Mohamed lo iba a saber.

El trayecto en barco fue de lo más movidito, estaba la marea revuelta y lo estábamos notando todos los pasajeros en el estómago, yo me había tomado una pastilla para prevenirlo y la verdad que solo notaba en cómo se movía, pero poco más. Eso sí, pobres todos los que estaban bolsa en mano y vomitando, parecía una orquesta de rugidos

de garganta.

Ayudé a un par de señoras a bajar del barco y sacar sus maletas, las pobres lo habían pasado francamente mal, es más, iban a coger un taxi para un hotel de Tánger y le dije a Mohamed de llevarlas, cosa que no tardó en meter su maletas en el maletero.

Cuando se bajaron nos dieron cinco euros para un café, tuve que aguantar la risa, pero los acepté agradecido y deseándoles una buena estancia en el país.

Nos tiramos cinco minutos riendo, mira que en estos momentos era difícil, pero eso de que me lo hubieran dado a mí, me pareció adorablemente gracioso.

Mohamed me contó que Karim, había vuelto a abofetear una vez más a Aisha y me carcomí por dentro, no podía con eso, me producía un dolor insoportable de aguantar.

Su pasaporte con el visado estaría en menos de diez días, perfecto, algo me decía que, tras la boda de su hermano pequeño, iban a preparar la de ella rápidamente. Día tope para liberarla debía ser ese día y de paso, les regalaba un día inolvidable, no se merecían menos, el dolor que le hacían pasar a Aisha, se los iba a devolver multiplicado.

Llegué al hotel al que no había reservado esta vez y estaba el chico de recepción, en otras ocasiones estaba la que sabía que era amiga de Aisha.

Me dieron la misma suite, no tardé en aparecer por la habitación de Diana a la que había avisado de que dejara la puerta entreabierta.

Asegurándome de que no había nadie en el pasillo me adentré en su habitación y la encontré fumando un cigarrillo en la ventana.

—Diana, hola —me acerqué hasta ella para darle dos besos.

—Hola, Kevin. ¿Qué tal estás?

—Bueno, ahí vamos. Cuéntame.

—Ese hijo de puta se lo está poniendo muy difícil, pero bueno, como buena noticia es que sé que se fijó en mí, tuve el placer de coincidir con él mientras hablaba con Aisha y este se acercó. Lo dejé prendado.

—No me extraña —sonreí.

—Me lo voy a tirar, a ese le voy a sacar toda la información para el día que decidáis que hacemos la liberación.

—Mohamed no sabe que estás aquí.

s

—No me conoce físicamente.

—Lo sé, prefiero no decirle nada hasta que llegue el momento, ese en que tú, te encargarás de llevarte a Aisha mientras los otros hacen su trabajo.

—Así será, sabes que haré lo que me pidas, es mi trabajo.

—Por otro lado, no la pierdas de vista, haz todo lo posible por mantener al hermano entretenido.

—No te preocupes, al menos está de buen ver —me hizo un guiño.

—Cómetelo con papas si quieres —me reí—. Vamos hablando.

ı

—Claro.

Salí de la habitación cuando ella se aseguró que no había nadie, me dirigí hacia la calle a comer en una de las terrazas.

A lo lejos cuando estaba acabando la vi, Aisha, entrando a la Riad, mi cuerpo se erizó por completo. Iba preciosa con ese pañuelo amarillo sobre la cabeza…

o

Terminé de comer y volví al Riad, no me encontré a nadie en la recepción en ese momento, así que llamaría para pedir un café a la habitación para ver si era Aisha la que me lo entregaba, seguramente sí, era su turno, pero a veces se ayudaban unos a otros y no quería que fuese en esta ocasión.

Llamaron a la puerta y abrí encontrándome con sus ojos mientras me apartaba y viendo cómo ella abría la boca impactada y comenzaba a llorar entrando precipitadamente.

—No lo saques a la terraza, puedes dejarlo ahí en la mesa —le pedí para que no la viesen desde su casa con las lágrimas deslizándose por las mejillas.

—Kevin… —dijo poniéndolo sobre la mesa y girándose a mirarme, pero no me la pudo mantener mucho tiempo, miró al suelo.

—Me tuve que ir, mi hermana falleció —le quise aclarar antes de andarme con rodeos, quería que viese que la

razón era realmente de peso.

—Lo siento —su rostro cambió a tristeza por completo—. Lo siento de corazón…

—Por eso tuve que irme precipitadamente, pero no quería dejarte un mensaje para no ponerte en peligro.

—Pensé que…

—Que había conseguido mi cometido y ya te abandonaba —le dije cortándola y acercándome a ella—. No soy así, sé que no me conoces, pero no soy así. Te estoy protegiendo desde la distancia, sé que te volvió a bofetear —me miró incrédula.

—¿Quién eres?

—El único que te puede sacar de esto. Ya tengo casi todo preparado, es cuestión de días.

—No quiero faltar a la boda de mi hermano pequeño —me dijo entre lágrimas.

—No sé cuándo nos iremos, pero te prometo que al enlace irás, al menos al enlace…

—Nos van a matar.

—No tienen los medios y menos ese día.

—No puedo hacer eso ese día.

—Aisha, después de ese día todo puede cambiar en tu vida.

—¿Te crees qué no lo sé?

—Pues por eso, solo te puedo prometer que irás al enlace y no a la fiesta.

—Si no estoy en la fiesta no la habrá, todos estarán enfurecidos.

—Es su problema, siempre lo están —le acaricié la cara para recordarle que cada bofetada era motivo de ira por parte de Karim.

Me acerqué lentamente y fueron sus labios los que de nuevo se fueron hacia los míos. Nos entrelazamos mientras

nos abrazábamos con todo el amor del mundo.

—Siento haber dudado de ti.

—Dudar no es malo, mi vida. Es más, en estos momentos es mejor desconfiar de las personas.

—¿Has vuelto por mí?

—Claro —sonreí acariciando sus mejillas con ambos pulgares, era la más bonita del mundo.

—Debo irme —puso cara de tristeza.

—En un rato pido un té —le hice un guiño que le sacó una sonrisa.

—Gracias, Kevin —se acercó a mis labios para besarlos.

—A ti, siempre, Aisha.

—Siento mucho lo de tu hermana —se puso la mano en el corazón.

—Lo sé, mi vida.

nos abrazábamos con todo el amor del mundo.

—Siento haber dudado de ti.

—Dudar no es malo, mi vida. Es más, en estos momentos es mejor desconfiar de las personas.

—¿Has vuelto por mí?

—Claro —sonreí acariciando sus mejillas con ambos pulgares, era la más bonita del mundo.

—Debo irme —puso cara de tristeza.

—En un rato pido un té —le hice un guiño que le sacó una sonrisa.

—Gracias, Kevin —se acercó a mis labios para besarlos.

—A ti, siempre, Aisha.

—Siento mucho lo de tu hermana —se puso la mano en el corazón.

—Lo sé, mi vida.

Capítulo 26



Aisha

Seguía en shock, no me podía creer que estuviera de vuelta, el hombre del que me había enamorado y a quien me entregué, el mismo que me besaba y acariciaba con esa ternura, el que parecía tener ojos en todas partes pues sabía que Karim había vuelto a abofetearme.

No me utilizó, no me abandonó como pensé que había hecho, tuvo que marcharse por algo tan triste como la pérdida de un ser querido.

¿Qué haría yo si perdiera a mi hermano Kasim? ¿O a Nerea, a Saida, a Nadira? A la pequeña Amina, a mi madre…

Hundida, así me sentiría si alguno de ellos dejara este mundo.

Nada que ver si fueran Karim o Yamila, y no es que ella fuera una mala mujer, bastante tenía con que su esposo le fuera infiel constantemente y siguiera aguantando, pero se había vuelto como él, y me llevaba derecha a un matrimonio que no quería, no se compadecía de mí en lo más mínimo, por lo que yo no me compadecería el día que muriera.

Y no, no le deseaba ningún mal a la madre de mi sobrina, pero no la tenía en tan alta estima como a la encantadora Nadira.

Sonreí de nuevo al pensar en Kevin, estaba de vuelta, había venido, no me usó para una noche tal como pensaba, y aquello me aliviaba de un modo que era incapaz de explicar.

Fui corriendo a recepción para hablar con Nerea, ¿había hecho el registro de Kevin y no me lo había dicho? ¿Acaso él quería sorprenderme y le pidió que no dijera nada?

—¿Por qué no me has dicho que había vuelto? —pregunté.

—¿Quién ha vuelto? —Frunció el ceño.

—Kevin.

—¿Qué? ¿Ese maldito mentiroso ha vuelto? Lo mato —dijo dando un paso hacia fuera del mostrador.

—¿Te has vuelto loca? Ese hombre es tres veces más grande que tú, ¿cómo piensas matarlo?

—Con un cuchillo, le rajo la garganta y después, le saco los ojos.

—Nerea —reí—, ¿te estás oyendo?

—¿Por qué mierda te ríes, Aisha? Te mintió, te folló y se largó. ¿Lo dejamos vivir? No, hay que quemarlo en una hoguera.

—Para, anda —le cogí ambas mejillas—. Su hermana murió, por eso se fue, y no quería ponerme en riesgo avisándome.

—¿Te ha dicho eso y lo crees? Mira que, jugar con la muerte de un ser querido es rastrero, pero es una excusa, cariño —dijo con pesar.

—No lo es, Nerea —negué con la cabeza—. Aunque te parezca raro, lo he visto en sus ojos. Es sincero, ha vuelto no quería dejarme, pero tuvo que irse precipitadamente. Está aquí de nuevo y todo su plan, al parecer, sigue en pie.

—¿Piensa arrancarte de las garras de tu malvado hermano? —preguntó con la ceja arqueada.

—Sí —sonreí.

—Si lo consigue, por mi Dios y tu Allah que me hago fan número uno de “Kevin, míster toalla mojada, el mentiroso”.

—¿Le has dado más títulos? —reí.

—Obvio, si consigue impedir que te cases con Hakim, es que ese tío es de la realeza o algo así. Porque lo de que es policía, lo tenemos descartado, ¿cierto?

—Totalmente.

—Bueno, entonces por el momento no me enfrentaré a él, pero que te quede claro, Aisha —me señaló con el dedo y se puso muy, muy seria—. Si te miente, te utiliza, te folla y te deshecha como si fueras un par de calzoncillos viejos que ya no va a usar, le clavo las uñas en los ojos y se los saco.

—Me estás dando miedo, Nerea —hice como que me estremecía y sonreí.

—Deberías tenerme miedo, sí, porque si ese hombre vuelve a hacer daño a una de las personas más importante de mi vida, te juro por lo más sagrado, que es mi madre, que va a conocer la ira de Nerea, y me puedo volver mucho más mala que tu hermano Karim.

—No hará falta —sonreí abrazándola—. Sé que es sincero, Nerea, sé que ha vuelto por mí, para sacarme de esta vida, de mi casa, de un matrimonio que no quiero.

—Estás enamoradita de él hasta la médula, niña —me apretó con fuerza.

—No voy a negarlo —sollocé—. Lo amo, Nerea, amo a Kevin.

—Joder, me vas a hacer llorar y mira que me cuesta —dijo con un pellizquito en la voz, de esos que sabía que no tardaría en salir alguna lágrima traicionera que se deslizara sin miedo por su mejilla—. Tienes que prometerme una cosa —me pidió tras apartarme con ambas manos en mis hombros—. Si vuelve a mentirte, si juega de nuevo contigo, me harás caso, cogerás algunas cosas, todo el dinero que tengas, el que yo te dé, y te irás del pueblo donde nadie pueda encontrarte nunca. Quiero que seas feliz, Aisha, y con Hakim no lo vas a ser. Por no hablar de tu hermano, que estará para una buena noche de sexo sucio y salvaje, pero es malo como un demonio.

—Te haré caso, pero esta vez sé que no tendré que fugarme a Las Vegas —sonreí—. Sí, me iré del pueblo, pero estoy segura de que lo haré con Kevin, de la mano, hacia una vida mejor en la que seremos felices, y viviré la vida que quiera en libertad y no encadenada a un hombre que me han impuesto y al que no podré amar en toda mi vida —me miré el anillo y ella cogió mi mano.

—Mira que es grande la cosa esta —resopló.

—Y pesa como una tonelada —reí.

—Bueno, el día que te marches, se lo puedes tirar a la cabeza, igual lo dejas KO del golpe.

—Mira que eres bruta —reí.

—O mejor, lo vendes, que por esto te dan un buen dinero para, al menos, no sé, ¿dos meses? —Se encogió de hombros.

—No quiero ese dinero, esto es suyo, se lo dejaría con una nota en mi habitación.

—Sí, por favor, algo del tipo… "métetelo donde te queda".

—No —reí—. Le diría que se lo diera a la mujer que realmente lo acepte como esposo, una a la que no obliguen ni le impongan un matrimonio forzoso.

—Aisha, eres demasiado buena para este mundo —sonrió abrazándome.

Tal vez tenía razón, pero por mucho que odiara estar prometida a un hombre al que no podría amar nunca, no me salía ser cruel con él, como lo era con mi propio hermano, ese que me había vendido como si no fuera más que una de sus mercancías.

Regresé a la cocina y atendí todos los pedidos, hasta que, tal como había dicho Kevin, una hora más tarde fui a servirle a él y lo hice con una de mis mejores sonrisas.

Porque sí, su vuelta había hecho que ese leve gesto regresara a mi rostro, que las lágrimas derramadas durante días quedaran en un mal recuerdo, y que sintiera que, por fin, podría ser libre, tan libre como siempre quise.

—O mejor, lo vendes, que por esto te dan un buen dinero para, al menos, no sé, ¿dos meses? —Se encogió de hombros.

—No quiero ese dinero, esto es suyo, se lo dejaría con una nota en mi habitación.

—Sí, por favor, algo del tipo… "métetelo donde te queda".

—No —reí—. Le diría que se lo diera a la mujer que realmente lo acepte como esposo, una a la que no obliguen ni le impongan un matrimonio forzoso.

—Aisha, eres demasiado buena para este mundo —sonrió abrazándome.

Tal vez tenía razón, pero por mucho que odiara estar prometida a un hombre al que no podría amar nunca, no me salía ser cruel con él, como lo era con mi propio hermano, ese que me había vendido como si no fuera más que una de sus mercancías.

Regresé a la cocina y atendí todos los pedidos, hasta que, tal como había dicho Kevin, una hora más tarde fui a servirle a él y lo hice con una de mis mejores sonrisas.

Porque sí, su vuelta había hecho que ese leve gesto regresara a mi rostro, que las lágrimas derramadas durante días quedaran en un mal recuerdo, y que sintiera que, por fin, podría ser libre, tan libre como siempre quise.

Capítulo 27



Kevin

Llamé a mi madre y estaba despidiéndose de Susana, que había comido y estado toda la mañana junto a ella, allí eran las cinco de la tarde.

—Hijo, qué linda Susana, qué bonitas palabras salen de su boca.

—Me alegro de que hayas estado entretenida.

—Sí, Pedrito está durmiendo la siesta, después de comer jugó un poco con su hija.

—Se lo habrá pasado bomba.

—Sí, ya sabes que él es muy divertido, como su madre cuando era pequeña. No sé en qué momento cambió tanto —sollozó.

—Mamá, no te quiero ver así, sabes que me duele.

—¿Y qué hago cuando acabo de enterrar a una hija?

—Lo sé, mamá, pero prométeme que cada día mirarás a Pedrito y sacarás las fuerzas para que lo hagamos crecer feliz.

—Claro, es él el que me da las pocas que tengo.

—Gracias por la parte que me toca —bromeé para arrancarle una sonrisilla y lo conseguí.

—Hijo —reía frágilmente—, sabes que te amo con todo mi corazón, pero Pedrito es muy pequeño y nos necesita.

—Lo entiendo, solo estaba bromeando.

Estuve un rato hablando con ella y me asomé a la terraza a fumarme un cigarrillo, en esos momentos mi mirada se cruzó con la señora que debía ser su madre, esa con la que iba cuando la vi cruzar la otra vez la plaza.

La señora me sonrió amablemente y le hice un gesto con la cabeza a modo saludo. Quité rápidamente la mirada y me puse hacia el otro lado para no incomodarla.

Cuando me giré unos momentos después para entrar a la habitación ya no estaba, cosa que me dejó más relajado.

Pedí un té un rato más tarde y de nuevo apareció Aisha con una preciosa sonrisa.

—Su té, señor —dijo sonriente y dejándolo sobre la mesa. Algo me decía que mi retorno había sacado lo más bonito de ella.

Me dirigí hacia ella y cuando se giró la agarré por la cintura. Se sonrojó por completo y levanté su cara con mis dedos.

—No puedo estar sin ti —le murmuré antes de besarla y que se derritiera en ese momento. Lo pude sentir, incluso la sonrisa que se le dibujó en sus labios mientras se perdía en los míos.

—Kevin, no puedo dejar de pensarte.

—No lo hagas ni un solo momento, por favor.

—Me voy contigo, no podré estar en peor situación de lo que lo estoy ahora, pero por lo menos estaré junto al hombre que amo —ese te amo sonó como una melodía para mis oídos.

—Yo también te amo, mi niña valiente.

—Me debo ir, además le tengo que llevar un café a una huésped que lo está pasando mal y la estamos ayudando, vino al pueblo repudiada por su familia por no aceptar un matrimonio concertado. Se llama Laila, he empatizado mucho con ella —sabía que Diana lo estaba bordando, que había sabido cómo tocarle la sensibilidad para estar cerca de Aisha. Eso me dejaba muy tranquilo.

—Si necesita algo puedo darte dinero.

—No, va a trabajar en el bar donde trabaja la mamá de mi amiga. Le hemos conseguido trabajo.

—Gracias a Dios.

—Sí, a Allah —sonrió y dejó caer su cabeza sobre mi pecho mientras me rodeaba por la cintura con ambos brazos.

La abracé con todas mis fuerzas y le besé continuadamente la mejilla.

—Te amo, mi vida, te amo.

—Debo irme, no me dejes sola ante esto —murmuró con tristeza.

—Nunca, te prometo que te sacaré de aquí a una mejor vida.

—Cocino muy bien —sonrió mientras se marchaba.

—Lo sé, me estás cocinando mi vida a fuego lento.

La vi girarse y sonreírme mientras atravesaba la puerta. Mi llegada le había devuelto la vida, las ganas de luchar y eso para mí, ya era todo un logro por el que podía quedarme algo más tranquilo.

Me fui a dar una vuelta por la medina, tenía ganas de pasear, había caído el sol y todo se ponía de lo más vivo.

Pasé por una joyería y una pulsera de oro que había en el escaparate llamó mi atención, era una rígida que estaba entera labrada y se veían los huecos, una preciosidad que en la mano de Aisha debía quedar preciosa. Entré preguntando por el precio y acepté los quinientos euros que valía, era fuerte y llevaba bastante oro en gramos.

No dudé en hacerme también con una preciosa sortija que era muy fina, tenía un brillante sobresaliendo y costaba el doble que la pulsera, pero tampoco me importó, esa delicada pieza era lo que le pegaba y no el escandaloso anillo que le había regalado Hakim.

Salí de allí y seguí paseando hasta regresar a la plaza a cenar, ese día me apetecía algo muy ligero con lo que solo pedí una ensalada con queso de cabra.

De mi cabeza no se podía quitar Aisha, esa mujer a la que vería de nuevo a la mañana siguiente, que era el otro turno que le tocaba.

Paseé otro rato después de cenar, no quería encerrarme, era como si me faltara el aire y la cabeza fuera más rápido.

Aproveché para llamar a mi madre, mientras andaba viendo el ir y venir de todo el mundo.

—Hijo, ahora iba a acostar a Pedrito, le he tenido que reñir —dijo triste y preocupada.

—¿Y eso? ¿A Pedrito? —me extrañó porque ese niño era tan bueno que hasta debía ser beatificado.

—Se quiso calentar un vaso de leche solo en el microondas y me dio la vuelta y la dejó más tiempo de lo normal y no veas la que lio.

—¿Y qué le dijiste?

—Pedrito, me deberías de haber avisado, hijo, la abuela te lo prepara con mucho gusto.

—¿Esa fue la riña? —me eché a reír.

—Se echó a llorar.

—Mamá, es muy sentimental, pero no es una riña, no te preocupes por eso.

—La abuela no me riñó, pero me dio pena porque le puse todo manchado —dijo este, cuando la escuchó y mi madre, puso el manos libres.

—Ya sabes que la abuela te quiere mucho y piensa que por decirte eso se enfadó.

—Ya lo sé, tito. ¿Cuándo vas a venir?

—Pues me acabo de ir hoy, me vas a tener que dar unos días —me reí.

—¿Me traes un regalito?

—¿Qué quieres?

—La camiseta de Messi o de Cristiano Ronaldo.

—Ya veo que no tienes club favorito —me reí.

—Pero son los mejores jugadores del mundo.

—Uno más que otro.

—Sí, Messi es campeón del mundo, pero dicen que Ronaldo tiene muchas mujeres detrás enamoradas de él.

—Ay Dios, pronto empiezas con esos temas.

—Yo con tener tres mujeres detrás ya me conformo —escuché reír a mi madre de escucharlo y es que no era para menos.

Estuve un rato hablando con ellos mientras paseaba, la verdad es que parecía que iban conmigo en ese momento.

Cuando colgué comencé a bajar todas las cuestas que había subido y que me llevaron a la puerta de salida a la cascada, ahí me di la vuelta.

Por la hora que era ya, Aisha no estaba en la Riad, sabía que no me la iba a encontrar.

Entré a la habitación y comencé a llenar el jacuzzi, había pedido en la recepción que me subieran una cerveza bien fría, con ella me metí en aquella bañera redonda mientras me fumaba un cigarrillo y escuchaba de fondo a Melendi, en ese momento sonaba, “Con solo una sonrisa”

—*Desnúdame, juega conmigo a ser…* —Comencé a canturrear a ritmo de la canción, me encantaba y en esos momentos me vine arriba.

La amaba con todo mi corazón y me la iba a llevar para hacerla la mujer más feliz del mundo, iba a saber lo que e sentirse bien tratada por un hombre.

—Uno más que otro.

—Sí, Messi es campeón del mundo, pero dicen que Ronaldo tiene muchas mujeres detrás enamoradas de él.

—Ay Dios, pronto empiezas con esos temas.

—Yo con tener tres mujeres detrás ya me conformo —escuché reír a mi madre de escucharlo y es que no era para menos.

Estuve un rato hablando con ellos mientras paseaba, la verdad es que parecía que iban conmigo en ese momento.

Cuando colgué comencé a bajar todas las cuestas que había subido y que me llevaron a la puerta de salida a la cascada, ahí me di la vuelta.

Por la hora que era ya, Aisha no estaba en la Riad, sabía que no me la iba a encontrar.

Entré a la habitación y comencé a llenar el jacuzzi, había pedido en la recepción que me subieran una cerveza bien fría, con ella me metí en aquella bañera redonda mientras me fumaba un cigarrillo y escuchaba de fondo a Melendi, en ese momento sonaba, “Con solo una sonrisa”

—*Desnúdame, juega conmigo a ser…* —Comencé a canturrear a ritmo de la canción, me encantaba y en esos momentos me vine arriba.

La amaba con todo mi corazón y me la iba a llevar para hacerla la mujer más feliz del mundo, iba a saber lo que es sentirse bien tratada por un hombre.

Capítulo 28



Aisha

En esa ocasión fue Laila quien pidió un café y un té, llamé a su puerta y cuando abrió, arqueó la ceja al ver la gran sonrisa que cruzaba mi rostro.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó.

—¿Eh? Oh, nada, nada —negué mientras dejaba el café y el té en la mesa.

—¿En serio estás sonriendo por nada? Ojalá yo pudiera hacerlo también —suspiró sentándose en la silla.

—¿Qué te pasa?

—Solo pensaba en mi madre, en el modo en que dejó que su hija fuera echada de casa. Ninguna madre debería hacer eso, se supone que han de velar por los hijos, ¿no?

Razón no le faltaba, desde luego, y pensé en mi madre. Ella dijo que había evitado todo el tiempo que pudo, que mi hermano me casara con Hakim, pero, si yo hacía como Laila, si me negaba a ese matrimonio y Karim me repudiaba echándome de la casa, ¿ella lo consentiría?

Seguramente sí, a fin de cuentas, debía hacer lo que decía Karim, a quien su esposo, mi padre, había puesto como cabeza de familia años atrás. Era injusto, pero a veces la vida en mi cultura lo era, sobre todo para nosotras, las mujeres.

—No quiero hablar de ello, he decidido dejar de llorar y estar triste. Empieza una nueva vida para mí, así que, venga, cuéntame, Aisha, ¿a qué se debe tu sonrisa? Tengo que decirte que es mucho más bonita de las que he visto hasta ahora desde que llegué hace unos días.

—No sé si debería hablar sobre ello —miré hacia el suelo y me topé con el anillo.

—¿Es por tu prometido? —curioseó al ver dónde mantenía puestos mis ojos.

—Si Nerea te escuchara, estaría resoplando ahora mismo —sonreí.

—Vale, así que, no es por él, ¿Hakim, dijiste que se llama?

—Sí, Hakim, y no, no es por él —el simple hecho de ver el rostro de Kevin en mi mente de nuevo, fue motivo suficiente para que la sonrisa se ampliara una vez más.

—Ahí está otra vez tu preciosa sonrisa, por no hablar de ese brillo en los ojos. ¿Es por un hombre?

—¿Cómo lo has…? —La miré con los ojos muy abiertos.

—Bueno, digamos que mis antiguas amigas también sonreían así al pensar en sus hombres.

—No debería contarte nada —negué—. Si mi hermano se entera…

—¿Crees que voy a decirle algo a tu hermano?

—Laila, mi hermano no es tan bueno y honorable como parece, y no quisiera que te hiciera daño. Es capaz de sacarte información sobre mí, sin que te des cuenta. Con Nerea y Saida no puede, pero contigo… —suspiré.

—Puedes confiar en mí, Aisha —dijo cogiéndome la mano, esa en la que no llevaba el anillo de Hakim—. Tu hermano puede torturarme si quiere, que nunca conseguirá una sola palabra sobre ti.

No sabía ella lo bien encaminada que iba con eso de la tortura, si a mí me había abofeteado dos veces simplemente porque así lo quiso, ¿qué no le haría a ella, para conseguir obtener información sobre mí?

—Aisha, creí que ya éramos amigas —sonrió con cariño—. Fuiste la primera persona que de verdad me ayudó cuando llegué aquí. Eso, para mí, es un símbolo de lealtad hacia ti. Lo que quieras contarme, puedes hacerlo, no diré absolutamente nada.

La miré, y en sus ojos vi esa misma sinceridad que en los de Kevin, por lo que, tras un largo y profundo suspiro, comencé a hablar.

—Conocí a un hombre, aquí en el Riad —dije mientras ella sonreía—. No sabría explicarlo, pero… sentí algo aqu —me llevé la mano al pecho, justo donde latía mi corazón—. Me decía palabras bonitas, me miraba como si fuera

un tesoro para él, me besó con una ternura y me acarició con tanta dulzura, que sentí que eso era lo que quería en mi vida, un hombre que me tratara como la mujer que soy, y no como una mera mercancía que compra para casarse.

—Te enamoraste a primera vista —indicó con una amplia sonrisa.

—Puede que fuera eso, no lo sé, porque sí, la primera vez que lo vi, él estaba en la terraza de su suite, y yo en la de mi casa.

—¿Es recíproco? —quiso saber y asentí.

—Creo que sí, aunque se marchó sin tan siquiera avisarme, y pensé que me había mentido todo ese tiempo, que me engañó para que me acostara con él.

—¿Lo hiciste? —Abrió los ojos con sorpresa, algo normal, ella era musulmana igual que yo y eso de no llegar virgen y pura al matrimonio era un ultraje a la familia.

—Lo hice —admití—, y no me arrepiento, no ahora, porque en esos días que no estuvo, me sentí la peor persona del mundo. Sentía que había fallado a mi familia y que no era digna del hombre al que me habían prometido.

—Cariño, eso me suena a palabras que podría decir tu hermano —rio.

—Oh, sí, de hecho, me las habría dicho, estoy segura.

—Pero has dicho en los días que no estuvo, ¿acaso ha vuelto?

—Sí, y lo he visto no hace mucho, dos veces. Y me ha asegurado que llamará cada hora para pedir hasta que acabe mi turno.

—Eso me suena a que está coladito por ti también —sonrió.

—Quiere ayudarme a escapar de esta vida que me imponen, Laila, pero tengo miedo. Temo que nos atrapen y nos maten.

—Aisha, si algo sé sobre el amor que siente un hombre, es que, cuando es puro, verdadero y fuerte, nada ni nadie detendrá sus planes para conseguir lo que quiere. Y por lo que parece, él te quiere a ti —me cogió de nuevo la mano y me dio un fuerte apretón.

—No sé si podré dejar atrás a mi familia, no a todos, obviamente. Kasim, Nadira, Amina, mi madre…

—¿Me aceptarías un consejo de amiga?

—Claro, a fin de cuentas, tú te has visto en mi situación, tú fuiste valiente y dijiste que no, dejaste atrás tu vida para ser libre.

—Cuando tu hombre te coja de la mano para sacarte de esa vida que te imponen, no la sueltes, Aisha. Agárrala con todas tus fuerzas y deja que te guíe, deja que te lleve a la felicidad. Vete y no mires atrás, y si quien se queda aquí te quiere como debe, hará lo posible por estar en contacto contigo.

—¿Alguien de tu familia lo ha hecho?

—No —sonrió con cierta tristeza—, pero sabía que no lo harían. No me querían como deberían, y mi propia madre me lo demostró el día que no movió un solo dedo para evitar que mi hermano me sacara de la casa, porque literalmente lo hizo.

—No sé si mi madre me buscaría, mi hermano pequeño obedece a Karim y… dudo que hiciera lo posible por verme.

—Solo te queda esperar que lo hagan —dijo con un nuevo apretón en la mano—. Hazme caso, Aisha, cuando tu hombre quiera sacarte de aquí, síguelo hacia el amor y la libertad que te ofrece. Ojalá yo hubiese tenido un hombre que me ofreciera eso, pero decidí por mí misma y me rebelé. Tú puedes rebelarte y no estarás sola, él te acompañará en casa paso.

Tenía razón, lo sabía, pero el miedo seguía ahí y ese no se iría hasta que todo esto hubiera acabado.

—Gracias, Laila —sonreí y la abracé—. Gracias por escucharme.

—Tú me escuchaste a mí primero, así que no hay nada que agradecer.

Asentí, me puse en pie y salí de la habitación con esa misma sonrisa con la que había llegado.

No faltaba mucho para poder ver de nuevo a Kevin, mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y todo mi cuerpo se estremecía al saber que sentiría su presencia cerca de nuevo.

—¿Me aceptarías un consejo de amiga?

—Claro, a fin de cuentas, tú te has visto en mi situación, tú fuiste valiente y dijiste que no, dejaste atrás tu vida para ser libre.

—Cuando tu hombre te coja de la mano para sacarte de esa vida que te imponen, no la sueltes, Aisha. Agárrala con todas tus fuerzas y deja que te guíe, deja que te lleve a la felicidad. Vete y no mires atrás, y si quien se queda aquí te quiere como debe, hará lo posible por estar en contacto contigo.

—¿Alguien de tu familia lo ha hecho?

—No —sonrió con cierta tristeza—, pero sabía que no lo harían. No me querían como deberían, y mi propia madre me lo demostró el día que no movió un solo dedo para evitar que mi hermano me sacara de la casa, porque literalmente lo hizo.

—No sé si mi madre me buscaría, mi hermano pequeño obedece a Karim y… dudo que hiciera lo posible por verme.

—Solo te queda esperar que lo hagan —dijo con un nuevo apretón en la mano—. Hazme caso, Aisha, cuando tu hombre quiera sacarte de aquí, síguelo hacia el amor y la libertad que te ofrece. Ojalá yo hubiese tenido un hombre que me ofreciera eso, pero decidí por mí misma y me rebelé. Tú puedes rebelarte y no estarás sola, él te acompañará en casa paso.

Tenía razón, lo sabía, pero el miedo seguía ahí y ese no se iría hasta que todo esto hubiera acabado.

—Gracias, Laila —sonreí y la abracé—. Gracias por escucharme.

—Tú me escuchaste a mí primero, así que no hay nada que agradecer.

Asentí, me puse en pie y salí de la habitación con esa misma sonrisa con la que había llegado.

No faltaba mucho para poder ver de nuevo a Kevin, mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y todo mi cuerpo se estremecía al saber que sentiría su presencia cerca de nuevo.

Capítulo 29



Kevin

Me asomé a la terraza para fumar el primer cigarrillo cuando la vi entrar desde la terraza a la Riad y salir el chico que había estado en turno de noche.

Esperé diez minutos antes de pedir un café, sabía que sería ella quién aparecería por la puerta y la esperé con toda mis ganas.

Y apareció con una sonrisa tan bonita, que sabía que estaba deseando como yo que llegara ese momento.

—Señor, Kevin, su café —me hizo un guiño pasando por mi lado y dirigiéndose a la mesa.

—Ah no, a mí no me puedes hacer ese gesto con el ojo, ya no me podré separar de ti —la abracé por detrás y comencé a mordisquearle la oreja.

—Mira, mira —se remangó la camisa, enseñándome sus brazos erizados por mis mordisquitos.

—No quiero imaginar tus pezones —medio bromeé para ponerla lo más cortada posible, me encantaba su timidez

—Por Allah, no me digas eso —se echó a reír.

—Deja a Allah —la giré y agarré por las caderas—. Te he comprado un par de regalos —le hice un guiño esta vez yo.

—¿Y eso? —preguntó arqueando la ceja.

—Me apeteció, eso sí, te lo enseñaré —cogí las cajitas que había dejado sobre la cama—, pero no te las pondrás n llevaras hasta el día que te vengas conmigo.

—No las pienso vender —volteó los ojos riendo.

—No es eso, pero creo —abrí la de la pulsera— que a tu hermano le extrañará verte con una de estas puestas.

—Kevin… —murmuró con tristeza y emoción a la vez— Es preciosa y no, no puedo aparecer por casa con esto, aunque desearía con todo mi corazón llevarla puesta.

—Y esto —le mostré el anillo—, es para que acompañes a la pulsera.

—Kevin —las lágrimas comenzaban a brotarle—, no me merezco tanto —se lo probó y le quedaba perfecto, así no tenía que ir a cambiarlo.

—Te mereces todo lo más bonito del mundo, no lo dudes.

—Lo más bonito del mundo eres tú —me abrazaba por la cintura.
s

—Debes irte, dentro de un rato pido un té.

—Hoy estamos solo Nerea y yo, los chicos fueron de compras y los de cocina no salen, la mujer del servicio de habitaciones solo se dedica a eso, puedes pedir todas las veces que quieras.

—Entonces te voy a tener toda la mañana en mi habitación.

—Sabes que tengo que ir a hacer otras cosas, pero un poquito cada vez que venga puedo quedarme.

—Con eso me conformo —le pellizqué las mejillas y se quitó el anillo que se había probado.
.

—Estoy deseando que llegue el día que no me lo tenga que quitar más.

—Pronto, mi vida, pronto —le apreté la nalga y se sonrojó por completo.
z

Salí a la terraza a tomar el café y fumar un cigarrillo, estaba muy contento con ese primer contacto del día y el brillo en los ojos que traía.

Le quedaba el anillo precioso en su dedo, no como la mierda que llevaba de Hakim, que solo era un bulto de oro amarillo para llamar la atención, de bonito y fino no tenía nada, como él de decente.
1

Aproveché para llamar a mi madre, que ya habría dejado a mi sobrino en la escuela.

—Hijo, buenos días, aquí estoy con Susana desayunando, hemos dejado a los niños hace nada.

—Qué buen tono de voz te noto, mamá.

—Hijo, la pena va por dentro, es verdad que Susana me está ayudando mucho a ser más fuerte mentalmente.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Claro. Hijo a la tarde te llamo.

—Más te vale o me pondré celoso.

—No, hijo, te amo siempre.

—Y yo, mamá, y yo.

Volví a llamar para pedir otro café y unas tostadas, tenía hambre y quería desayunar aquí, aunque no la tuviera conmigo, sentirla tan cerca era mucho para mí.

Apareció con otra preciosa sonrisa.

—Hoy estás dispuesta a alegarme el día —murmuré mientras ella pasaba por delante de mí.

—Te lo dejo en la terraza —me hizo un guiño y la esperé dentro de la habitación.

—No debías haberme dedicado ese guiño, ni siquiera deberías haberme regalado la sonrisa más bonita del mundo ahora —la rodeé por la cintura y tiré de ella, para que cayésemos en la cama, motivo que le hizo soltar una carcajada nerviosa.

Metí la mano por debajo de su camiseta y llevé mi mano hasta su pecho por encima del sujetador, lo apreté mientras la miraba sonriente y ella de lo más nerviosa, pero sin perder esa sonrisa. Me lancé a sus labios y terminé poniéndome encima moviéndome para buscar el inicio de su placer, y el mío.

Cuando se le escapó el primer gemido en mi boca, me eché para un lado y comencé a desnudarla, dejando ese escultural cuerpo expuesto ante mí. No dudé en comenzar a besarle su torso para llegar a sus pechos mientras mis dedos ya jugueteaban con su zona más íntima y sensible, luego me fui deslizando hacia abajo. Los botes que iba dando me advertían que ya estaba llegando al orgasmo.

Luego me puse entre sus piernas y la fui penetrando con cuidado, con sumo cuidado, que disfrutara era mi mayor deseo, verla gemir y que yo fuera el causante de su placer.

Se agarraba a mis brazos con fuerza e intentaba contener todo ese placer que salía a modo de gemido de su boca. Me encantaba mirarla de esa manera tan excitada, olvidándose del mundo que tenía a su alrededor.

Se vistió precipitadamente para salir de la habitación, todo eso sin perder la sonrisa. La agarré del brazo frenándola para robarle otro beso.

Me senté a desayunar con la sonrisa caída, no se me quitaba de la cara, solo cuando me acordaba de mi hermana, y a veces, se me escapaba alguna que otra lagrimilla que intentaba contener, pero no podía.

Tenía el sabor agridulce en todo momento, todo estaba patas arriba en mi vida, tanto, que ansiaba ese momento de estar en mi casa con ella en el sofá de la mano, en libertad, a partes iguales.

Una hora me llevé en la terraza viendo el ir y venir de la gente, hasta que llamé ordenando un café y un té.

Ella apareció sonriente, pero roja como un tomate.

—¿Y ahora por qué te ruborizas? —le pregunté cuando salió de la terraza de dejarlo sobre la mesa.

—Alguien como tú, me ruboriza en todo momento —se puso de puntillas para darme un beso en los labios, la abracé y comencé a zarandearla.

—Te como, mi vida, te como. Me encanta cuando eres tú la que me das el beso.

—Te lo mereces Kevin, eres un buen hombre. Nada que ver con la panda de narcos, esos que todo lo que tienen es dinero manchado a costa de enganchar a la gente al hachís. Los odio —eso me dejó sin aliento. Yo había sido uno de esos narcos y había ganado dinero de esa manera. Se me hizo un nudo en la garganta, pero ese secreto me lo llevaría a la tumba de por vida. Yo ya no era ese hombre, yo quería vivir en paz y a su lado, aunque antes de conocerla ya había tomado la decisión de dejar ese tema. Creo que nunca me lo perdonaría…

—Tú eres una gran mujer, te amo, vida, te amo —la besé insistentemente.

—En una hora pide de nuevo, quiero volverte a ver, la tarde será muy larga sin saber de ti.

—Cada hora hasta que te vayas —dije besando la punta de su nariz.

—Quiero hacerte una pregunta —vi que se ponía roja por completo—. ¿Te he complacido como mujer, o soy muy torpe? —preguntó escondiéndose en mi pecho.

—Eres todo lo que necesito para sentirme pleno, no pienses tonterías que no tienen nada que ver con la realidad —la abracé riendo.

—No quiero defraudarte.

—No lo harás jamás, tranquila, eres muy noble.

—Bueno, y cabezona —carraspeó.

—Las dos cosas son compatibles —le hice un guiño.

—Te amo con todo mi corazón. Luego nos volvemos a ver —me dio un beso y le apreté el culo antes de que se marchara.

Recibí un mensaje de Diana que me sacó una carcajada.

Diana: *El objetivo viene esta noche a mi habitación y lo voy a hacer gritar como un gorila cabreado, no va a querer ni rozar a su mujer nunca más.*

El caso es que ella lo escribía seria, la conocía de sobra, pero leerlo así parecía que estaba de cachondeo, pero nada que ver con la realidad. Diana se lo iba a follar y ganar su confianza a pasos agigantados.

Una cosa, Diana no se lo iba a follar porque era cliente y se debía al máximo a la operación, nada que ver. Su lema era que, si uno estaba potente, le tocaría hasta las entrañas. Karim sé ve que le gustó, que eso no significaba que se pudiera enamorar, en absoluto, si algo tenía ella, era que otro de sus lemas era vivir sin amor para triunfar en la vida. Era una persona muy fría y obsesionada con sus misiones. Le iba el riesgo.

Una hora después apareció Aisha con una cerveza bien fría.

—He estado a punto de bebérmela —murmuró entrando, causándome una carcajada.

—Pronto nos tomaremos una juntos.

—No me quieras echar a la mala vida, que ya demasiado vicio tengo.

—¿Qué vicio?

y

—Fumo a escondidas de mi familia, pero es lo que me relaja.

—¿Quieres un cigarrillo?

—Sí —se rio.

—No me imaginaba que fumaras —se lo di y encendí un mechero que acerqué a la punta del cigarrillo.

—Para que veas que no soy tan buena.

—El fumar no determina el corazón de las personas.

—Bueno, pero no sé ve bien, aunque muchas mujeres musulmanas fuman en sus casas.

—Pues entonces con más razón.

—Mi hermano me mataría —me tiró el humo a la cara que quité con palmadas contra el humo.

—Tu hermano no los tiene bien puestos como para hacer semejante barbarie, además, no le daría tiempo —la abracé por detrás.

Me encantaba con la timidez que me miraba. Se fumó el cigarrillo y quedamos en vernos por última vez una hora después, quince minutos antes de que saliera.

a
Y fue hasta entonces que aproveché para hablar con Diana por mensajes, me había dado un móvil marroquí para
e
contactar con ella.

El caso es que su objetivo era Karim, exprimirle todos los pasos y, como ella decía, no había mejor que una amante para sacar a un hombre la información.

Aisha apareció por última vez con una cerveza que dejó sobre la mesa y una cara de tristeza que no podía con ella

—¿Qué te pasa, vida? —Me senté junto a ella, en el borde de la cama.

—Que ya no te veré hasta mañana por la tarde.

—Lo sé cariño, pero piensa que dentro de poco no será así y no nos separará ni el aire —ahuequé mi mano en su

cuello y le besé la frente.

—No sé vivir sin ti, me faltas a cada instante.

—Ay, por favor, no me digas esas cosas que me partes el alma, pronto no te faltaré más.

—¿Y tu familia aceptará que estés con una musulmana?

—Claro, solo tengo a mi madre, y al hijo de mi hermana, la que ha fallecido, Pedrito, de cuatro años, del que voy a obtener la tutela para cuidarlo junto a mi madre —carraspeé.

—Yo quiero cuidarlo también, se me dan muy bien los niños, sé manejar muy bien a mi sobrina —dijo emocionada, agarrando mis manos.

—Te va a querer mucho, lo sé.

—Yo, ya lo quiero —se puso las manos en el pecho y me la comí a besos.

Se despidió con una carita que me rompía por completo, la quería muchísimo, esa mujer había entrado a mi vida como un tornado que me removió todo por completo.

Salí a comer a una terraza y me crucé a Aisha con Nerea hablando en la Riad a punto de salir, ambas me dieron al unísono las buenas tardes. Di un carraspeo y se las devolví. Sé que sonrieron mirándose, lo pude ver de reojo. Tenía claro que su amiga estaba al tanto de todo y confiaba en que no la vendiera.

Comí relajadamente en la plaza, la mañana había sido perfecta con tantas posibilidades que tuvimos para vernos, eso para nosotros era un mundo, eso sí, yo también sentía que se me iba a hacer muy duro y pesado no verla hasta el día siguiente por la tarde.

Me fui caminando hasta la cascada después de comer, me apetecía hacerlo, lo primero, para bajar la comida y lo segundo, para tomar un té al borde del río, el lugar más sagrado de Chefchaouen para mis sentidos, esos que allí se sentían en paz y libertad. Ese rincón tenía magia.

No me la podía quitar de la cabeza, como a mi hermana, que de recordarla me ponía de lo más triste y angustiado, era demasiado joven, era lo más injusto del mundo. Siempre pensé que cambiaría y sería feliz junto a su hijo, ese que tanto la necesitaba.

Aproveché para llamar a mi madre.

—Los niños están jugando y yo estoy tomando un cafecito en el parque con ella, mientras los observamos corretear.

—Qué bien, me alegra saberlo.

—Y tú, hijo, ¿estás bien?

—Sí, mamá, llevando todo lo mejor que puedo.

—Sé que tu hermana estaba muy orgullosa de ti —me dijo y me derrumbé, no pude retener las lágrimas, menos mal que miraba al río y no tenía nadie enfrente.

—Yo también la adoraba, por muy cabra loca que fuese.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Tras terminar la llamada me tomé otro té y luego me dirigí hacia la Riad, me quería acostar un rato.

Por el camino me detuve en una perfumería y pregunté por ese olor que me había frenado. Era una mujer que se acababa de probar uno que captó mi atención por completo. Compré un frasco, me explicó que era uno de los más famosos en Marruecos, de ahí a que su precio para ser un país barato era muy elevado, pero lo quería para Aisha, ella se merecía lo mejor.

Compré un frasco que pusieron en una bolsita muy elegante de la firma, me encantaba darle los regalos con muy buena presentación, como ella se merecía.

Al final estuve charlando con el comerciante un rato y se me pasó el sueño. Me senté en la plaza a tomar un café y la vi pasar con una joven que nunca había visto. Ella me vio, pero quitó su mirada rápidamente, entendí que iba con alguien que no le proporcionaba mucha confianza y que no la podía ver mirando a un turista.

eEra verla y el corazón darme un vuelco. Esperé a sabiendas de que iba a volver a bajar, así que, debería cruzar la plaza de nuevo y eso pasó un rato después. Venían con bolsas en las manos y charlando, pero por la cara de Aisha a esa mujer no le tenía mucha simpatía, ya como que la iba conociendo.

Me fui hacia el Riad, ahora sí, para dejarme caer un rato sobre la cama. Me vino a la mente lo que me dijo Diana de esta noche, cosa que esperaba no encontrármelo por los pasillos. No quería verlo frente a frente, no sabía si podría controlar mis impulsos y no era plan de cargarme nada.

Esa noche iba a pedir al servicio de habitaciones, prefería no jugármela, tenía mucho odio hacia él en estos

momentos y todo el resto de mi vida.

momentos y todo el resto de mi vida.

Capítulo 30



Aisha

Si había algo que odiaba más que no poder ver a Kevin hasta que comenzara de nuevo mi turno en el trabajo, era ir de compras con Yamila.

Pero no podía rehusar ese momento puesto que se había empeñado en que fuéramos de tiendas para ir comprando cosas para mi boda.

—Aún faltan dos meses —protesté ante mi hermano Karim, cuando dijo que tenía que salir con Yamila.

—No importa cuánto falte, tienes que ir comprando lo necesario y Yamila va a ayudarte.

—¿Por qué no puedo simplemente ir cuando yo quiera, y que me acompañe Nadira?

—Porque ella está organizando su propia boda, esa para la que ya no queda mucho —respondió mi hermano.

—Tengo cosas que hacer en casa, ayudar a mamá antes de ir al trabajo.

—Trabajo que ya deberías haber dejado —dijo con rabia.

—¿Hakim es tu hombre de máxima confianza, vas a casarme con él, y no habéis hablado de mí? —cuando fruncí el ceño, supe que no sabía a qué me estaba refiriendo— Ya veo. Pues te informo yo, y puedes preguntarle a él por si no me crees lo que te diga. Aun cuando nos casemos, podré seguir trabajando durante el próximo año, así que, mira, al menos ese marido que me has impuesto no es tan cruel como tú quisieras, me permitirá trabajar.

—Eso ya lo veremos —rugió.

—Hermano, te recuerdo que una vez casada, me debo a mi marido, a seguir sus órdenes, y no las tuyas. Así que

no impedirás que siga trabajando.

—Hakim hará lo que yo le diga, y si le exijo que te prohíba trabajar, lo hará.

—Te odio, odio lo que eres. Odio a todos y cada uno de los narcos del mundo por creerse dueños y señores de cuanto les rodea, por dar órdenes a las personas como si no fueran más que marionetas en sus manos, por esos que, como tú, tratan como mera mercancía a sus mujeres, a sus esposas, a sus hijas y hermanas, a quienes sirven en bandeja de oro a hombres que no las amarán en su vida.

¡Zas! Otra bofetada, y esa hizo que el rostro se me girara hacia atrás mientras la mejilla ardía como si acabara de posar un hierro en ella.

Se me humedecieron los ojos, pero no lloré delante de él, ni de su esposa, no iba a darles ese gusto, nunca lo haría

—Deja de provocarme, Aisha, ¿no ves lo que consigues?

—Puedes pegarme todo lo que quieras —dije entre dientes, con la mano aún en la mejilla, y pensé en Kevin y en sus palabras—. Pero te aseguro que llegará el día en el que te arrepentirás de haberlo hecho, de haberme puesto la mano encima y golpearme como un cobarde. ¿Le harás lo mismo a Amina si se revela y no quiere casarse con el deplorable hombre que elijas para ella?

—Mi hija jamás será como tú, ella será obediente y leal a las tradiciones de esta familia. Aceptará el hombre que elija para ella, lo complacerá y lo amará.

—Será su esclava, querrás decir, y cuando él le sea infiel como tú, a tu esposa, tendrá que quedarse en la casa esperando para que le dé una de las migajas que quiera darle mientras cuida de sus hijos, como hace Yamila —miré a mi cuñada, y ni siquiera se inmutó al escucharme hablar así.

—Ponte el velo y ve a comprar con mi esposa —exigió—. Y más vale que asumas de una vez por todas que tu vida cambiará en el momento en el que te cases, o auguro que serás infeliz y miserable hasta que mueras.

—Casándome con quien no amo ya estoy muerta en vida, de eso te has encargado tú, hermano.

Cogí el velo para ponérmelo, me colgué el bolso y Yamila y yo salimos de la casa sin decir una sola palabra, hasta que ella al fin habló cuando estábamos lo suficientemente lejos.

—Tienes que aprender cuál es tu sitio, Aisha, o la vida no será fácil para ti.

—¿Es que acaso mi vida es fácil ahora? —grité— Mi hermano, quien se supone debe velar por mí, va a casarme

con un hombre al que no amo simplemente porque es amigo suyo y se encaprichó de mí. Dime, Yamila, si yo hubiera nacido varón, ¿me obligaría a casarme con la hija, la hermana, la prima o la sobrina de alguno de sus hombres? No contestes, que ya lo hago yo. No, no lo habría hecho porque eso no le aseguraría que mi descendencia siguiera con el negocio.

—Kasim también está en ese mismo negocio.

—Es distinto, a Kasim no le casa para que sus hijos sigan el legado de sus negocios sucios, en cambio a mí, sí. Conoces a Karim, al igual que yo, y sabes que, si no le das un hijo varón, Amina no podrá hacerse cargo de todo, por lo que, si yo lo tengo, al menos se asegura que sea tan fuerte y leal como lo es Hakim. Si tengo un hijo varón, puedes estar segura que huiré llevándolo conmigo para que no sea igual de cruel que su padre y su tío, que no arruine la vida de familias enteras vendiendo hachís. Nunca, jamás, habría aceptado casarme con un narco si no fuera por la imposición de mi hermano, y no permitiré que mi hijo siga sus pasos.

Caminamos por la plaza, donde vi a Kevin en una de las terrazas y sentí que el corazón me daba un vuelco.

Disimulé tanto como pude, no quería que Yamila notara nada raro en mí para después contarle a mi hermano. Con ella no sentía ese vínculo de confianza entre cuñadas, la odiaba tanto como a Karim.

Fuimos hasta las callejuelas llenas de tiendas, nos detuvimos en varias y me obligó a comprar algunas cosas para el día de mi boda. Cómo odiaba hacerlo sabiendo que ese no sería el día más feliz de mi vida, no si el hombre con el que tenía que casarme no era Kevin.

Y mientras miraba en cada tienda qué escoger para la boda con Hakim, se me iban los ojos a otras cosas que, posiblemente, a Kevin le gustaría ver puestas en mí.

Por suerte acabamos comprando muchas más cosas para mi sobrina Amina que para mi futura boda, esa que sabía no se celebraría pues, según decía Kevin, todo estaba en marcha para que me liberara de esas fuertes cadenas que me mantenían anclada a un hombre y una vida que no quería.

Regresamos a casa y de nuevo hicimos el camino prácticamente en silencio y, al igual que antes, vi a Kevin en el mismo lugar en el que estaba cuando pasamos antes. ¿Acaso no se había movido de allí? ¿Era porque estaba esperando que volviera a pasar? ¿Tendría esa misma necesidad que yo de poder verme, aunque solo fueran unos segundos y en la distancia?

No debería hacerme ilusiones, pero ese hombre había conseguido que tuviera ganas de vivir de nuevo, de luchar por mi libertad y esa felicidad que aquel día dijo que quería para mí.

Miré a Yamila y de nuevo sentí lástima por mi cuñada, ella era tan esclava de una vida que nunca quiso como yo, porque estaba convencida de que ninguna mujer en el mundo aceptaría los desplantes de su marido como debía

aceptarlos ella.

Infidelidad tras infidelidad, ¿sería eso lo que me esperaba al casarme con Hakim? Porque estaba convencida que ese hombre era igual que mi hermano.

Por suerte no lo averiguaría, ya que esa boda, no iba a celebrarse nunca, jamás.

aceptarlos ella.

Infidelidad tras infidelidad, ¿sería eso lo que me esperaba al casarme con Hakim? Porque estaba convencida que ese hombre era igual que mi hermano.

Por suerte no lo averiguaría, ya que esa boda, no iba a celebrarse nunca, jamás.

Capítulo 31



Aisha

Una mañana más de trabajo y estaba deseando que me ordenaran llevar algo, lo que fuera, a la suite de Kevin para poder verlo.

Tenerlo tan cerca y no poder verlo, hablar con él y tocarlo tanto como quisiera, me consumía.

Nerea decía que tenía una carita de niña enamorada y una sonrisa de esas bobaliconas que no me la podía borrar nadie, y razón no le faltaba. Ni siquiera dejaba que mi hermano Karim lo consiguiera.

Quería ser feliz, libre al fin, y alejarme de mi hermano tanto como pudiera.

Debía esperar, como me dijo Kevin, confiaba en él y sabía que estaba moviendo cielo y tierra para liberarme.

Y esperaba con ansia el día en que ese sueño se hiciera realidad.

Porque sí, por ahora era todo un sueño, uno de esos de los que no quería despertar, porque de hacerlo, vería que no iba a ser tan fácil librarme de mi destino, ese que mi hermano se encargó de organizar.

Cuando entré en la cocina tenían ya un carrito preparado con las bandejas de desayuno para algunas de las habitaciones, fui repartiéndolas, pero no encontré ninguna para la suite de Kevin.

No iba a desanimarme, de ningún modo lo haría, puesto que sabía que, en cualquier momento, el pediría un café y un té, esos que saldría a tomar a la terraza mientras disfrutaba de un cigarrillo, y podría verlo, dejar que me envolviera entre sus fuertes y amorosos brazos, me besara la cabeza y volviera a alejar el miedo que me atenazaba al saber que podrían atraparnos queriendo escapar juntos.

¿Por qué el nuestro se consideraba un amor prohibido? ¿Solo por ser de dos mundos diferentes? Éramos dos

personas, a fin de cuentas, ambos respirábamos y sentíamos, ambos teníamos una vida por delante, ¿a quién le importaba si esa vida queríamos pasarla juntos?

Nadie debería decidir a quién puede una persona amar o no, sin importar de dónde viene, su religión, su posición social, o el color de piel.

Porque todos tenemos la sangre del mismo color, todos tenemos un corazón capaz de sentir y sufrir.

Entregué cada bandeja de desayuno sin perder la sonrisa, esa que solo Kevin había conseguido poner en mi rostro

Regresé a la cocina y me tenían preparada una bandeja para la habitación de Laila.

Sonreí aún más ampliamente al ver que había comida para dos, a veces me amenazaba en broma diciendo que pediría un desayuno doble solo para retenerme unos minutos con ella y poder hablar un rato.

Al parecer, había cumplido su palabra.

Llamé a la puerta sonriendo, pero cuando esta se abrió, se me cayó el alma a los pies.

—¿Karim? —pregunté al ver allí a mi hermano, llevando únicamente una toalla en la cintura, señal de que acababa de ducharse.

—Buenos días, hermana —dijo con una sonrisa.

Eché un vistazo por encima del hombro de mi hermano y no tardé en ver a Laila saliendo del cuarto de baño, preguntando si ya había llegado el desayuno.

Al igual que mi hermano, estaba cubierta tan solo por una toalla mientras se secaba el pelo con otra. Por lo que intuía, acababan de compartir la ducha, algo que estaba segura que Karim jamás había hecho con su esposa.

—¡Aisha! —se sorprendió al verme, tenía los ojos tan abiertos que bien podrían estar a punto de salírseles.

—¿Dónde lo dejo? —pregunté agachando una mirada.

—En la mesa, hermana —contestó él.

Una cosa era saber que Karim era infiel a su esposa, a la madre de su hija, y otra muy distinta comprobarlo de primera mano. ¿Y por qué lo hacía con ella? ¿Por qué tenía que arrastrar a Laila, una buena mujer, a su mundo de infidelidad?

—Aisha —me llamó ella, y negué, en ese momento no podía hablar, sentía un nudo en la garganta—. Aisha, esto, puedo explicártelo.

—No necesitas explicar nada, Laila —le cortó mi hermano—. Eres una mujer libre.

—Ahí tienes razón, hermano —dije girándome para mirarlo—. Laila es una mujer libre porque se atrevió a hacer lo que yo no puedo. Se negó a cumplir con las órdenes de su hermano, se negó a casarse con un hombre impuesto por él al que no ama, y a pesar de que la repudiaron en su familia, decidió empezar de nuevo.

—Sé todo eso, Aisha —respondió con el ceño fruncido, como si estuviera enfadado.

—Eres un hombre casado, Karim, eres padre, y mientras tu esposa y tu hija están esperando en la casa, tú has pasado la noche con otra mujer.

—No sabes nada de mi matrimonio, Aisha —dijo dando un paso hacia mí.

—Karim.

—Laila, esto es entre mi hermana y yo —la cortó sin ni siquiera mirarla.

—Debo irme —caminé hacia la puerta con la mirada agachada de nuevo—, tengo trabajo que hacer y aquí, no pinto nada.

Salí de la habitación con las lágrimas cayendo por mis mejillas. Sabía que cuando Karim conoció a Laila había visto un cambio en sus ojos, que le gustó nada más verla, esa primera vez fue más que evidente, y en cuanto le ofreció ayuda con el tema de encontrar casa, supe sin lugar a dudas que querría algo más que solo ayudarla.

Al pasar por recepción Nerea me vio y tras abrir los ojos como preguntando: "¿qué te ha hecho Kevin, que lo mato?", me acerqué a ella.

—Karim ha pasado la noche con Laila —dije.

—¿¿Qué??

—Lo que has oído, Nerea. Mi hermano se ha acostado con Laila.

—Ay, Dios, que ella sabe todo lo de… Madre mía, ¿y si le sonsaca algo?

—Me prometió que no le diría nada.

—Pero, ¿y si lo hace?

—No creo que lo haga, ella no traicionaría mi confianza.

—Cariño, que se ha follado a tu hermano.

—Bueno, es una mujer libre, ¿no? Yo no lo soy y me he entregado a Kevin dos veces.

—¿Cómo dos? —Arqueó la ceja.

—Eh, sí, bueno…

—Huy, ¿secretitos a mí? No, ¿eh? Más vale que me cuentes esa segunda vez, pero en otro momento, ahora estábamos hablando de Laila y el despreciable de tu hermano. ¿Qué coño hace esa mujer con él si es como el Diablo?

—No lo sé, supongo que no ha podido evitar caer en sus encantos.

—Si es que Karim tiene un polvo que… —arqueé la ceja y carraspeó— No me mires así, que sabes que siempre he pensado lo mismo. Pero tranquila, que nunca lo quise como esposo, mira a Yamila cómo le va siendo su mujer Yo no podría cruzar esa puerta con tantos cuernos como tendría a estas alturas.

—Nerea, ni siquiera te habría dejado seguir trabajando —resoplé.

—Es verdad, me tendría en casa cuidando de los chiquillos mientras él juega a los narcos y se folla todo chichi andante.

Me eché a reír, porque cuando Nerea quería conseguir que se me olvidara algo, o que se me pasara la pena o un disgusto, le daba por decir cada tontería que era imposible no reír.

—Tengo que hablar con Laila, advertirle de cómo y quién es mi hermano —dije con un suspiro.

—Suerte con eso, porque si ella se enamora de él, como tú de Kevin… dudo que haga caso de tus consejos.

—¿Crees que podría enamorarse de mi hermano? Apenas se conocen.

—¿Pensaste alguna vez que te enamorarías en solo unos días de un desconocido? Con una mirada o solo una sonrisa, como canta Melendi —sonrió.

—Si me lo hubieran dicho, habría jurado que estaban locos por semejante tontería.

—Y, sin embargo…

—Me enamoré de él perdidamente, como diría David Bisbal —la corté con un suspiro.

Regresé a la cocina sin poder dejar de pensar en Laila y mi hermano, en qué intenciones tendría él. ¿Sería que trataba de sonsacarle a ella cuanto pudiera sobre mí, dado que, a Nerea y Saida, nunca les sacaría una sola palabra?

Apenas conocía a Laila, ¿y si realmente me traicionaba? ¿Y si le contaba a mi hermano que me había acostado con un hombre estando prometida?

El miedo volvió a mí, quise ir a ver a Kevin y hablar sobre el tema, pero si lo hacía, ¿qué decía eso de mí? Que no podía resolver mis propios asuntos, y no quería que Kevin me viera como una mujer débil.

No iba a contarle nada, además que, de hacerlo, sería capaz de poner a alguien a seguir a Laila, con tal de quedarse tranquilo sabiendo que no le contaba nada a mi hermano. O, peor aún, podría encargarse él mismo y asustarla.

Mantendría silencio y la calma, y pensaría de qué modo hablar con ella para decirle que su vida al lado de mi hermano, sería peor infierno que lo que le hubiera esperado estando casada.

—¿Pensaste alguna vez que te enamorarías en solo unos días de un desconocido? Con una mirada o solo una sonrisa, como canta Melendi —sonrió.

—Si me lo hubieran dicho, habría jurado que estaban locos por semejante tontería.

—Y, sin embargo…

—Me enamoré de él perdidamente, como diría David Bisbal —la corté con un suspiro.

Regresé a la cocina sin poder dejar de pensar en Laila y mi hermano, en qué intenciones tendría él. ¿Sería que trataba de sonsacarle a ella cuanto pudiera sobre mí, dado que, a Nerea y Saida, nunca les sacaría una sola palabra?

Apenas conocía a Laila, ¿y si realmente me traicionaba? ¿Y si le contaba a mi hermano que me había acostado con un hombre estando prometida?

El miedo volvió a mí, quise ir a ver a Kevin y hablar sobre el tema, pero si lo hacía, ¿qué decía eso de mí? Que no podía resolver mis propios asuntos, y no quería que Kevin me viera como una mujer débil.

No iba a contarle nada, además que, de hacerlo, sería capaz de poner a alguien a seguir a Laila, con tal de quedarse tranquilo sabiendo que no le contaba nada a mi hermano. O, peor aún, podría encargarse él mismo y asustarla.

Mantendría silencio y la calma, y pensaría de qué modo hablar con ella para decirle que su vida al lado de mi hermano, sería peor infierno que lo que le hubiera esperado estando casada.

Capítulo 32



Kevin

La tarde anterior había sido demasiado larga, cosa que esperaba que la mañana no se convirtiera en igual de pesada. Necesitaba verla, abrazarla, volver a tener sus labios junto a los míos.

Eran apenas las ocho de la mañana y ya había pedido un café para tomarlo en la terraza con un cigarrillo. ¿Y si la veía? Esa era mi esperanza, cruzarme con su mirada, aunque fuese unos segundos.

Miré el móvil y tenía un mensaje de voz de mi madre, dándome los buenos días y diciendo que ya había dejado a Pedrito en la escuela y que se iba a desayunar con Susana.

Kevin: *Buenos días, mamá. Disfrutad del desayuno. Te quiero.*

Mamá: *Yo también te quiero, hijo. Y tu hermana también te quería mucho.*

Kevin: *Lo sé.*

La pobre siempre la metía por medio, le dolía que se hubiera ido con esos rifirrafes que teníamos por su forma de actuar y ser, pero nada que ver, me dolía en el alma haberla perdido y pese a todo, la amaba con todo mi corazón, mi única hermana…

Me sequé unas lágrimas que comenzaron a caerme por las mejillas recordándola mientras tomaba el café, momento que me di cuenta de una presencia y, al levantar la cara, ahí estaba Aisha en su terraza mirándome con dolor de verme así y peor aún, sin entender nada, o sí.

Le hice un gesto con la mano dirigida al cielo, asintió y se puso la mano en el corazón, estaba de espalda a la puerta de su terraza para que no la vieran. Me había entendido.

Terminó de extender una colcha sobre el tendedero y entro a la casa.

No quería que me viera así, pero la poca conversación que había tenido con mi madre, me había puesto de lo más sensible.

Me di una ducha y decidí ir a desayunar a la plaza, necesitaba que me diera el aire, sacar un poco todo de mi cabeza, cosa que iba a ser imposible, pero al menos intentarlo.

Pedí al camarero que me atendía amablemente y con una sonrisa de oreja a oreja un desayuno completo, era de esos días que tenía como ansiedad y me comía todo lo que me pusieran por delante.

No pasó ni quince minutos de estar sentado, que mis ojos se percataron de la presencia de Aisha, era tan bonita que de lejos se la veía venir, iba con la que entendí que era la madre, la misma señora que otras veces.

Parecían que hablaban discutiendo y por la cara de Aisha, no es que estuviera muy de acuerdo con lo que fuera es conversación. Ni me vio, ni me miró, ni se dio cuenta de que estaba ahí. De todas maneras, me había sentado en otra terraza en la que ella hasta ahora no me había visto y sería el motivo por lo que ni se preocupó en mirar.

Me mataba verla sin su preciosa sonrisa en la cara, no entendía cómo una madre podía permitir que entregaran a su hija al mejor postor que convenía a la familia, no lo entendía. ¿Cómo no había nadie con el mínimo corazón para haber dado la cara por ella?

Los nervios me estaban carcomiendo, y es que tenía ganas ya de tener todo lo necesario para poder sacarla del país, pero sobre todo de esa casa en la que le estaban amargando cada minuto de su existencia.

En ese momento me di cuenta de que venían hacia la terraza Diana con Karim, bueno, Laila para ellos.

Dieron los buenos días en general y se sentaron justo en la mesa de al lado, obviamente ella hizo en todo momento como si yo no existiera ni me conociera, por esa parte estaba de lo más tranquilo.

Ese tío no tenía vergüenza, le hablaba como si fuera el rey del Mambo y no tuviera mujer, no, no, mucho peor, como si le importara una mierda y solo le regalaba los oídos a esta.

—Pues mi hermana nos lo está poniendo muy difícil, no quiere contraer matrimonio con el prometido que le busqué, uno de los mejores, me preocupé en que tuviera un hombre con el que no le faltara de nada —no sé cómo me contuve de no levantarme y partirle la cara y que escupiera cada diente de su boca.

—Salió rebelde la niña —le contestó Diana, para seguirle el rollo.

—Es una desagradecida, pero se casará y muy pronto, le estamos preparando la boda para la semana siguiente a la de mi hermano pequeño, pero ella no sabe nada, queremos que sea todo rápido, esos días estará con la familia de la que será la mujer de mi hermano.

—¿Una semana después? Lo mataba, Dios sabe que me levantaba y le daba hostias hasta que dejara de respirar.

—Así que vais a tener dos bodas seguidas… —y un funeral, eso es lo que no sabía, que entre medio iba a ver un funeral. Apreté la mandíbula mirando hacia otro lado, al igual que aguantaba la taza de café con todas mis fuerzas

—Efectivamente, quedaremos todos honorablemente casados para honra de mi padre, aunque ya sabes, yo por no dejar a mi pobre mujer, pero feliz no soy, ella no me hace sentir cosas como tú —le hizo un guiño y le cogió la mano por encima de la mesa, yo estaba a punto de vomitar mierda.

—Siempre que quieras me podrás tener —le devolvió el guiño. Menos mal que estaba ahí porque yo lo había decidió, y a buena metiéndose en su papel, no le ganaba nadie.

Me pedí otro café, ya que estaba en el punto estratégico para escuchar todo en primera persona.

Un rato después volvió a pasar Aisha y su madre, que miraron hacia la mesa, su madre lo saludó levantando la mano y mi preciosa chica ni los miró, se le notaba seria y jodida con esa situación tan lamentable que estaba dando el hermano. Ni siquiera saludó a Laila, que se había vuelto su confidente. Eso sí, la madre saludó, pero tampoco sacó ni el más mínimo ápice de sonrisa, creo que le jodía ver a su hijo con otra mujer que no fuera la suya.

Aisha si me había visto y agachó la cabeza, la pobre iba descompuesta, se le notaba en la cara y no era para menos dadas las circunstancias por las que estaba pasando.

Faltaban pocas horas para poderle sacar de nuevo una sonrisa, no había nada en el mundo que me provocara más felicidad que eso, verla sonreír al menos por un ratito.

Karim claramente le estaba regalando los oídos a Laila, dándosela de un hombre respetuoso, con dinero y demás tonterías que salían por su boca y que a mí me ponían enfermo, pero me tuve que contener una y mil veces para no levantarme y desfogar esa furia que había en mí.

Me marché unos minutos después de que ellos se fueran, me dispuse a dar una vuelta para matar un poco la mañana y, sobre todo, para airearme de todo ese ambiente tóxico que había vivido durante el desayuno.

Era un ser asquerosamente deplorable, de esos que no querría como familiar por nada del mundo, mucho menos como amigo.

La iba a sacar de toda esa mierda que la rodeaba, la sacaría para demostrarle lo que era vivir en felicidad, esa que ella se merecía.

La iba a sacar de toda esa mierda que la rodeaba, la sacaría para demostrarle lo que era vivir en felicidad, esa que ella se merecía.

Capítulo 33



Aisha

Sin duda alguna, aquel día había sido el que colmara la gota del vaso de mi madre.

¿Cómo se había atrevido Karim a estar en una terraza de la plaza con Laila, ante cualquiera que pudiera verlos?

—Mi hermano no tiene decencia —dije cuando llegábamos a casa.

—No digas nada delante de Yamila, por favor.

—¿Y qué más da? Ella sabe de sobra que su marido es un infiel. ¿Qué cambiaría el hecho de decirle que lo acabamos de ver con otra mujer tomando un desayuno en la plaza? Por no hablar de que juraría que le he visto cogerla de la mano.

—Hija, no digas nada, por favor te lo pido.

—Me da igual, solo sé que esa es una buena mujer y mi hermano va a arruinarla, como nos ha arruinado a todas.

Entré en casa y fingí no haber visto a Karim con Laila, por el bien de Yamila, según decía mi madre.

¿Por su bien? Lo que tendría que haber hecho es dejarlo hace tiempo, desde la primera vez que le fue infiel.

Debía hablar con Laila, al parecer era la segunda noche que mi hermano pasaba con ella en el hotel, y yo, que conocía a Karim como nadie, tenía que alertarla de los riesgos que corría quedándose a su lado.

Ayudé a mi madre con las compras, a preparar la comida, tendí ropa y me quedé en la habitación un momento con Trasto.

—Hola, mi peludito —lo cogí en brazos y me recibió con un ronroneo y un montón de mimos.

Allí pasé el tiempo antes de comer para irme al trabajo, pensando en cómo abordar a Laila y el tema con mi hermano.

Debía ser honesta, pero no quería hacerle daño. ¿Y si se había enamorado de Karim? Lo sentiría por ella, porque mi hermano no dejaría a su esposa por nadie, Laila tan solo sería una concubina en su vida.

Me despedí de mi madre, le di un beso en la cabeza a mi sobrina, que estaba sentada en su trona comiendo puré que ella le daba, y eché un vistazo al salón donde mi padre leía sentado en el sofá.

Aquella no dejaba de ser mi familia, y me dolería tener que marcharme dejándolos atrás, pero era mi vida y nadie debería controlarla como quería hacer Karim.

—¿Ya te vas, hermana? —preguntó Kasim cuando me lo encontré en la puerta.

—Sí, es hora de trabajar —sonreí y le di un abrazo.

—Voy a echarte de menos cuando te marches —murmuró y me tensé por completo.

—¿Qué dices? ¿Cómo sabes que…?

—Cuando te cases con Hakim y te mudes a su casa —respondió con el ceño fruncido.

—Ah, sí —suspiré—. Sí, claro, eso… Yo a ti también, Kasim, eres mi hermano favorito.

—Solo dices eso porque no te he encontrado un marido al que no quieres, de lo contrario, tu favorito sería Karim. ¿Acaso has olvidado que lo admirabas cuando éramos niños? Siempre decías que, el día que fueras mayor, querrías un hombre tan cariñoso y tierno como él a tu lado.

—Eso lo decía cuando era una persona cariñosa y tierna conmigo, cuando mostraba un poco de amor hacia mí, como su hermana. En el momento que supe que me casaría con quien él eligiera, y se volvió tan diferente con todos nosotros, incluso con su esposa, dejé de querer a nuestro hermano.

—Él te quiere, Aisha, y desea lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí, Kasim, sería poder casarme con quien realmente ame, y no con quien me obliguen. Mejor me voy, no quiero discutir contigo, hermano, te quiero demasiado para eso, y bastante tengo con un hermano que me abofetea sin motivos.

Dejé a Kasim entrando en nuestra casa y fui hacia el trabajo, donde, cómo no, estaba Nerea esperándome con una sonrisa.

—Buenas tardes, cariño —me abrazó.

—Hola.

—¿Lista para un día más de trabajo?

—Sí, y deseando que llegue la noche para irme a casa.

Entramos, y como siempre, ella se quedó en el mostrador de recepción mientras yo dejaba nuestras cosas en la sala de descanso.

Fui a la cocina y cogí el carrito lleno de bandejas de comida para las diferentes habitaciones.

A todas las serví con mi habitual sonrisa, mi educación y esa amabilidad que se esperaba de mí, en el trabajo.

Serví a varias habitaciones y en otra de las rondas me dieron una bandeja con dos vasitos de té para la habitación de Laila.

Suspiré mientras esperaba que no estuviera con mi hermano de nuevo, no quería verlo con ella.

Llamé a la puerta, ella abrió y me dedicó una sonrisa de lo más amable.

—Hola, Aisha —dijo cuando me vio.

—¿Dónde lo dejo? —Caminé hacia el interior.

—En la mesa.

—Creí que estarías en el bar trabajando.

—Pedí un rato libre y me lo han dado, quería hablar contigo.

—No es necesario que digas nada, eres una mujer libre, mi hermano es un hombre guapo y es evidente que os habéis gustado. Solo deja que hable un momento —le pedí cuando vi que abría la boca para decir algo, entonces l

cerró y volvió a asentir—. No te hará bien estar con él, Laila. Mi hermano es un hombre peligroso y, como sabes, está casado y tiene una hija. No significas nada para él, solo eres una de tantas mujeres con la que se acuesta y le es infiel a su esposa. Te hará daño, y eso me mata —comencé a sollozar, y no quería que me viera llorar, pero fue inevitable—. Conozco a Karim, destruirá tu alma, te arrancará el corazón y no serás más que un juguete en sus manos, Laila.

—Karim para mí no es más que un trabajo, Aisha —dijo y fruncí el ceño.

—No entiendo…

—Mi nombre en Diana —sonrió mientras retiraba las lágrimas de mis mejillas con ambos pulgares—. Soy algo así como una mercenaria, trabajo en asuntos importantes que requieren de mis servicios cuando Kevin me llama.

—¿Kevin? —Abrí los ojos ante la sorpresa.

—Sí, Kevin, cierto hombre alto, guapo, de cabello castaño casi negro y ojos color miel, que está haciendo lo imposible por liberar a la hermosa mujer de la que se enamoró nada más verla.

—Por Allah, ¿me estás tomando el pelo?

—No, pequeña —sonrió—. En cuanto se fue para España y te dejó después de vuestra primera noche —me sonrojé hasta la punta de las orejas, lo sabía—, me llamó diciendo que tenía un trabajo para mí. Quería que te vigilara, que cuidara de ti en su ausencia y, bueno, que hiciera porque Karim me viera. Tenía que acercarme a él para averiguar todo lo que pudiera sobre lo que planean hacer contigo.

—¿Aparte de casarme con su mejor amigo y mano derecha en los negocios de drogas que tiene? Porque imagino que sabrás que se dedica a eso. Al igual que lo sabe Kevin.

—Sí, lo sé. Kevin quería saber cuanto pudiera obtener para llevar a cabo el plan de tu liberación y que no hubiera ningún fallo, sabes que espera hacerlo el día de la boda de tu hermano Kasim, ¿cierto?

—Sí, después de la ceremonia. Yo le pedí que me permitiera asistir a la boda.

—Y lo hará, Kevin te ama y te concederá todo cuanto le pidas.

—Entonces, cuando te hablé de él sin decirte quién era, tú sabías de quién te hablaba —asintió—. Qué vergüenza tengo ahora mismo.

—No debes tenerla, pequeña, me alegro de haberte conocido y de que él se enamorara de ti. Le haces mucho bien.

¿sabes?

—¿De verdad?

—Sí, Aisha, de verdad.

—Tengo miedo de no ser suficiente para él.

—Puedes creerme, eres todo lo que desea y quiere en este mundo, además de a su familia.

—Así que cuando me dijiste que no soltara la mano de mi hombre, cuando dijiste todas esas cosas, te referías a él

—Sí, porque sé a ciencia cierta que él nunca, jamás en toda su vida, soltará tu mano.

—¿Y has tenido que acostarte con mi hermano para conseguir información?

—A veces ocurre, por suerte en esas pocas veces, el objetivo al menos es atractivo y no me supone ningún sacrificio, me doy una alegría al cuerpo —me hizo un guiño y me sonrojé.

—Creo que eres igual que Nerea en ese sentido —reí.

—Oh, estoy completamente segura, pero soy una década mayor que vosotras, tengo algo más de experiencia —rio.

—Entonces podré pedirte consejo.

—Mejor que no, el jefe es muy atractivo y si me lo imagino en la cama contigo… me pondré celosa.

—Oh, vosotros habéis…

—¡No! Nunca hemos cruzado esa línea. Somos buenos amigos, además de que me paga con generosos cheques.

—¿A qué se dedica Kevin? Creí que era policía, por cómo hablaba de que podría sacarme de aquí.

—Policía no es, eso lo sabes —rio y asentí—. Y de sus negocios, debe ser él quien te hable. Yo solo hago mi trabajo cuando me llama.

, —Gracias por contármelo, Lai… Perdón —sonreí—, Diana. Me moría de la pena al pensar que mi hermano

destruiría a una mujer que se había enfrentado a su familia y que ahora no tenía a nadie.

—Te tengo a ti, porque espero que me dejes ser tu amiga una vez que seas libre.

—Por supuesto que sí, estaré en deuda contigo por los sacrificios hechos.

—Pequeña, acostarme con tu hermano no ha sido ningún sacrificio. De hecho, si no fuera quien es… podría tenerlo para muchas otras noches —me hizo un guiño y reímos las dos—. No debes contarle a nadie lo que hemos hablado, ¿de acuerdo? Tan solo a Kevin, si así lo deseas, pero a nadie más. Aún tengo que conseguir más información de tu hermano.

—No te preocupes, guardaré el secreto.

Nos abrazamos y dejé escapar algunas lágrimas.

Kevin se fue, sí, pero nunca me dejó sola, Diana estuvo allí para mantenerlo informado en su ausencia, aunque además su trabajo consistiera en sonsacar información a mi hermano para él, lo que me dejaba claro que no me equivocaba al confiar en ella, porque nunca le contaría nada a Karim.

destruiría a una mujer que se había enfrentado a su familia y que ahora no tenía a nadie.

—Te tengo a ti, porque espero que me dejes ser tu amiga una vez que seas libre.

—Por supuesto que sí, estaré en deuda contigo por los sacrificios hechos.

—Pequeña, acostarme con tu hermano no ha sido ningún sacrificio. De hecho, si no fuera quien es… podría tenerlo para muchas otras noches —me hizo un guiño y reímos las dos—. No debes contarle a nadie lo que hemos hablado, ¿de acuerdo? Tan solo a Kevin, si así lo deseas, pero a nadie más. Aún tengo que conseguir más información de tu hermano.

—No te preocupes, guardaré el secreto.

Nos abrazamos y dejé escapar algunas lágrimas.

Kevin se fue, sí, pero nunca me dejó sola, Diana estuvo allí para mantenerlo informado en su ausencia, aunque además su trabajo consistiera en sonsacar información a mi hermano para él, lo que me dejaba claro que no me equivocaba al confiar en ella, porque nunca le contaría nada a Karim.

Capítulo 34



Kevin

La llamada de los abogados que habían ejercido influencia para que todo se arreglara lo antes posible con el tema de Pedrito, me hizo regresar por veinticuatro horas a España.

Se lo había comunicado a Aisha, que me apoyó para que fuera a solucionarlo y me pidió encarecidamente que fuese tranquilo, que su corazón me estaría esperando para volvernos a reencontrar.

Mohamed me esperaba en una de las terrazas de la plaza para tomar un café y salir hacia Tánger, iba a coger el barco de las doce, ya que era al día siguiente cuando ratificaba ante el juez la tutela de mi sobrino, y ya regresaba a Marruecos, así que iba tranquilo de tiempo.

—¿Qué tal, señor Kevin? —Se levantó para darme un abrazo.

—Bien, un poco nervioso por salir de aquí, sabes que me gusta estar mientras todo se está planificando.

—Ya, pero va sobre ruedas, debes relajarte y aprovechar estos momentos que estarás con tu familia para darles tu calor. Tu mamá, está mal por la pérdida de tu hermana y tu sobrino, te necesita.

—Lo sé, con él quiero esta tarde hacer cosas, divertirlo un poco, es más, había pensado en comprarle una bicicleta y enseñarle a conducirla en un parque, pero a ver cómo se va desarrollando el día.

—¿Te lo llevarás a vivir contigo?

—Sí, aunque mi madre estará ahí en todo momento, pero el niño necesita de figuras más jóvenes, no sé, ahora mismo está todo muy patas arribas, pero me quiero encargar de sus estudios, quiero que saque una carrera —sonreí—, ese tiene que despuntar.

—Tienes todos los medios en tus manos, hermano. Me gustaría conocerlo algún día.

—No sé si podremos volver a Marruecos después de la operación de liberación —me reí—, pero me encantaría traerlo a este país y verlo corretear con los demás niños.

—En mi casa tiene a mis hijos para jugar.

—Lo sé, Mohamed, lo sé.

Salimos de Chefchaouen directos a Tánger, el camino fue lentísimo como todo lo que sería a partir de ahora hasta que volviera. Mi vida lejos de Aisha se convertía en un túnel lejano al que costaba llegar a la salida.

Subí al barco y fui al exterior con un café que había pedido en la cafetería.

—¿Kevin? —escuché y me giré.

—¡Dakota! —me reí y negué incrédulo antes de abrazarla.

—Pero, ¿qué hacías en Marruecos? —me preguntó extrañada— Un hombre de bien como tú, con los mejores negocios inmobiliarios de Málaga —Dakota fue una chica con la que estuve liado un par de meses. Letrada y de l más sensual. Nunca me enamoró, pero sí que hicimos que estallaran cohetes por los aires cuando teníamos esos encuentros.

—Vine por un tema inmobiliario precisamente, estoy cerrando la construcción de un hotel pequeñito —mentí de forma disimulada y quitando hierro—. ¿Y tú?

—Estuve siete días, hice un recorrido hasta el desierto de Merzouga donde pasé dos noches.

—¿En el desierto?

—Una pasada la paz que se respira allí, el encanto del atardecer y amanecer desde esas dunas, además, en las noches se hacían hogueras y alrededor de ellas animaban a ritmo de sus músicas.

—Pero, ¿has ido sola?

—No, con Juan, estoy con un chico —apretó los dientes—. Es compañero mío, también letrado.

—¿Y dónde está él?

—Ahí —señaló riéndose y apareció el hombre con dos cafés en la mano.

Me lo presentó y estuvimos hablando todo el trayecto, le conté lo de mi hermana y me dijo que lo sentía mucho, es más, ella la llegó a ver en un par de veces que nos la encontramos en la ciudad cuando salimos a cenar y tomar copas.

Nos despedimos cuando pasamos el control policial y me fui hacia el coche. En esos momentos eran las doce de la mañana, así que avisé a mi madre de que iría por el niño al cole y le daría la sorpresa, además de llevarlo a comer a algún sitio.

Susana comería en su casa, ya que la había avisado que hasta mañana me encargaba yo de mi familia.

Llegué perfecto de tiempo a la escuela y allí me encontré a Susana.

—Me alegro de verte, Kevin, esta tarde iré por la inmobiliaria y mañana. Tu mamá está mucho más animada, con su dolor y sus momentos de bajón, pero va a mucho mejor.

—Gracias, Susana. Ya incorpórate en horario normal y por las mañanas te tomas un café con ella después de dejar a los niños, entra a la inmobiliaria un poco más tarde.

—Perfecto, mañana haré eso.

—No, pasado, mañana traigo yo al niño, que luego tengo que ir a firmar al juzgado y acto seguido tengo que volver a irme.

—Tú, tranquilo con tus cosas, yo estaré atenta a tu madre y al niño, aunque esté trabajando, ya sabes que, en la oficina, Oliver, te lo lleva todo al dedillo.

—Lo sé, me envía un email cada noche contándome un poco de las operaciones —sonreí.

Pedrito apareció y al verme se le pusieron los ojos como platos y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Papá! —gritó emocionado. De vez en cuando le salía esa palabra de la boca, imagino porque en cierto modo en público él quería mostrar que tenía esa figura paterna.

—Te como, mi vida, te como. ¿Cómo se puede tener esa sonrisa tan bonita? —le daba besos en la mejilla mientras él se abrazaba a mi cuello de lo más feliz.

—No te esperaba y me he puesto muy contento.

—Ni que lo digas, campeón —lo metí en el asiento de atrás y lo senté en su sillita.

—Tito —esta vez me llamó así, sonreí mirándolo por el espejo retrovisor.

—Me vas a pedir música.

—Sí, la de Karol G, una que dice que su ex tenía razón.

—Madre mía, ¿quién te muestra esas canciones? —resoplé.

—La cantaba mi mamá, antes de irse a trabajar a ese sitio de ahora.

—Pues vamos a ponerla, la quiero escuchar —la busqué en el móvil y le di a Play antes de arrancar.

Muerto me quedé escuchando cantar al niño ese tema que decía que este se lo hacía mejor. Sonreí con cara de terror, no era esa música la que me gustaba que escuchara.

Le di la sorpresa de meter el coche en el *parking* del Burger King.

—¿Vamos a comer aquí?

—Sí, cariño.

—Últimamente estoy en racha —comenzó a aplaudir mientras yo lo sacaba de atrás y se tiraba a mi cuello abrazándome feliz y agradecido.

Le pedí un menú infantil y otro a la parrilla para mí, pedí que me dieran dos coronas, una para el niño y otra para mí. Nos tiramos unas fotos buenísimas, además, en mi móvil salían con mucha calidad. Se las enviamos a mi madre, que nos envió un audio echándonos muchos piropos.

Se tiró varias veces por el tobogán que tenían a un lado del restaurante antes de montarlo en el coche y llevarse otra sorpresa al verme parar en un comercio de bicicletas y decirle que escogiera la que quisiera.

—Papá, me gusta esta —me estaba dando cuenta que era delante de la gente cuando me llamaba así.

—Claro, cariño, esa —le sonreí y se puso las manos en la boca de felicidad—. Por favor —miré al señor—, un

casco y rodilleras que sean buenos y vaya a conjunto con la bici.

—Claro, los tengo en blanco de la misma firma y color en el logotipo —era perfecto, ya que la bici era lacada en blanca con los logotipos de la marca en turquesa.

Salió de allí de lo más emocionado y feliz, estaba como si fuera el Día de Reyes.

Mi madre nos esperó abajo y nos fuimos andando al parque, a que el niño desfogara una horita con la bicicleta.

No le costó mucho subirse solo y comenzar a pedalear porque tenía rueditas dobles a cada lado. Se puso a dar vueltas alrededor de nosotros, que nos sentamos en un banco a tomar unos cafés que habíamos comprado en un quiosco.

—Hijo, gracias por venir a firmar.

—¿Cómo no lo iba a hacer? Vosotros sois mi vida —le acaricié la mejilla.

—Hijo, tienes cara de enamorado.

—¿Por qué me dices eso? —pregunté sonriendo y asombrado por esa inesperada pregunta.

—Lo vi desde que viniste a lo de tu hermana, tu forma de ser era distinta…

—¿Me estás diciendo que estoy diferente?

—Tu forma de ser, más tranquila, comprensiva, sonriente a pesar de estar destrozado por lo de tu hermana, no sé, tienes un brillo especial en los ojos y algo me dice que esos viajes…

—Mamá, ¿tú confías en mí?

—Claro, hijo, sabes que sí.

—Ahora no te puedo contar nada, pero hay alguien, alguien que espero que muy pronto conozcas.

—Cuando quieras y puedas —me sonrió y acarició mi mejilla.

—Abuela, papá, ¡mirad! —se puso a hacer círculos con la bici y nos echamos a reír. No dejé de grabarlo en video quería tenerlo de recuerdo.

Del parque fuimos al supermercado y compramos pescado y marisco, mi madre quería hacer una sopa de las que tanto nos gustaba.

,

Del parque fuimos al supermercado y compramos pescado y marisco, mi madre quería hacer una sopa de las que tanto nos gustaba.

Capítulo 35



Aisha

Estaba terminando de guardar ropa mientras esperaba que llegara Nadira, íbamos a hacer algunas pruebas de diseños con henna para ver cuál le gustaba para el día de la boda.

Bueno, no pensábamos aplicar la henna en sus manos y pies esa misma tarde, solo le enseñaría los que había hecho, que tenía preparados y cortados para sobreponerlos sobre su piel y que se hiciera una idea de cómo le quedarían.

Trasto estaba en mi cama, rodando sobre mis camisetas mientras yo moría de la risa al verlo.

—Me estás adornando la ropa con tus pelos, ¿sabes, pequeño trasto? —dije, cogiéndolo en brazos.

Maulló como siempre hacía y se frotó con mi barbilla, algo que me parecía la mar de tierno. Esos mimos gatunos suyos me sacaban la sonrisa, al igual que hacía Kevin.

Y de nuevo pensaba en él, en ese hombre que había tenido que volver a España y, a diferencia de la primera vez que se marchó, en esta ocasión sí me avisó de su partida.

Le aseguré que estaría esperándolo a la vuelta, y no pensaba fallar a mi palabra.

Un rato después llamaron a la puerta y no tardó mi cuñada en asomar la cabeza por ella.

—Hola, Aisha —dijo con una preciosa sonrisa.

—Pasa, Nadira.

—Ay, pero qué grande está ya —cogió a Trasto, que comenzó a frotarse con sus piernas a modo de saludo—. Qué

mono es, por favor.

—Sí, tengo un hijo de lo más cariñoso —reí—. Le hace mimos a todo el mundo. Bueno, menos a Karim, a él le ha bufado alguna vez —me encogí de hombros.

—No le debe gustar mucho entonces —rio.

—Pues como a mí, le va en los genes.

Nos salió a ambas una de esas carcajadas que resonó en toda la casa, seguro, y acabamos cubriéndonos la boca para evitar que vinieran a reñirnos. No es que estuviera prohibido reírse en mi casa, pero a ver, que igual aparecía mi hermano mayor y nos fastidiaba el rato de chicas.

—Ven, siéntate y te enseño los diseños —dije llevando la silla de mi tocador frente a la cama, donde se sentó ella.

Cogí el cuaderno donde había hecho los bocetos y estaban perfectamente recortados, y comenzó a ver uno tras otro.

Sabía que al menos habría cinco que le iban a gustar, por lo que le dije que esos luego se podían unir entre sí y quedaría algo mucho más bonito y elaborado.

—Tienes unas manos mágicas, Aisha —dijo mientras seguía poniendo un diseño tras otro sobre su mano y su pie.

—No es para tanto, hay quien hace diseños mucho mejores —sonreí.

—Pero ellas no van a ser mi hermana, y yo quiero llevar algo tuyo el día de mi boda.

Sonreí y eché un vistazo al cajón de mi mesita de noche. Quería esperar a darle aquel regalo que había comprado con todo mi cariño, tenía planeado dárselo el día de su boda tras la celebración, antes del convite, pero ahora que sabía que eso no sería posible, decidí entregárselo en ese momento.

Me levanté para abrir el cajón mientras ella, seguía concentrada en los diseños, y cuando volví a su lado, le tendí la caja.

Nadira me miró con el ceño fruncido y sonreí.

—Es para ti, un regalo por el día de tu boda.

—¿Y por qué no esperas a ese día? —preguntó.

—Podría, sí, pero quiero que lo uses desde el momento en el que estés vestida como una novia.

Desenvolvió la caja y se llevó la mano a los labios ahogando un grito de sorpresa, pero no pudo evitar que sus ojo se humedecieran ante la emoción de aquel regalo.

—Aisha, es preciosa.

—Me alegro de que te guste.

—No tenías que haberte molestado, esto debió costarte mucho.

—Estuve ahorrando para poder comprártela, no te preocupes.

En cuanto vi aquella pulsera con la mano de Fátima y algunas piedras de color turquesa, que era el que más le gustaba mi cuñada, supe que tenía que comprársela.

Hablé con el hombre de la joyería y me la reservó, a sabiendas de quién era yo y quién mi hermano, obviamente.

Nadira me abrazó mientras sollozaba y tuve que contenerme para no hacerlo yo también. No sabía lo mucho que me dolía no poder estar durante toda la boda, pero si aquel era el mejor momento que Kevin había encontrado par llevarme lejos del pueblo, no iba a oponerme.

—Mi hermano te quiere, Nadira. Espero que seáis felices, que tengáis muchos hijos y os amen como estoy segura de que vosotros los amaréis a ellos. Nada me alegraría más que saber que así es.

—Aisha, hablas como si no fueras a estar cerca de nosotros —sonrió—. Te casarás en unas semanas con Hakim, pero viviréis en el pueblo también.

—Sí, lo sé, pero no será lo mismo. Me deberé a mi esposo, a mi casa, y seguro que os veré poco.

—Una vecina dice que los primeros meses de matrimonio, no saldremos mucho de la casa, ni de la cama —sonrió con un bonito rubor en las mejillas—. Supongo que la búsqueda del primer bebé nos llevará tiempo.

—Sí, seguro que sí.

Llamaron a la puerta y nos dimos prisa en ponernos el velo, normalmente no pasaba nada si mis hermanos me veían sin él, pero Nadira siempre iba cubierta, aun estando entre familia.

—¿Puedo entrar? —preguntó Kasim desde el pasillo.

—Pasa, hermano.

s

—¿Qué hacéis? —sonrió al ver a su prometida descalza y se inclinó para darle un tierno beso en los labios.

—Escogía los diseños para la henna del día de la boda —respondió ella.

—Me gustan esos dos —Kasim señaló los que estaban aún en el libro, los cogió y los puso sobre los pies de Nadira—. Te quedarían bien.

—Pues esos en los pies, entonces, Aisha —me dio ella, y sonreí.

Pensé en ese momento en el conjunto de lencería que le habían comprado Nerea y Saida, y por cómo Kasim miraba a su futura esposa, sabía que le iba a gustar la sorpresa, además de que él mismo le compraría algún conjunto así para que lo usara en la intimidad con él.

—¿Qué os parece si salimos a cenar los tres? —propuso mi hermano— Me apetece pasar un rato con mis dos chicas favoritas —nos rodeó a ambas con los brazos y sonreímos.

aAceptamos y, tras volver a ponernos las zapatillas, salimos de casa mientras era él quien se encargaba de informar a mi familia que cenaríamos fuera.

Era sorprendente que, siendo yo la mayor de los dos, fuera él quien más poder tenía a la hora de tomar decisiones en la casa.

Pero en ese momento no me importaba, nada me importaba puesto que iba a poder estar a solas con mi hermano favorito y su esposa, a quienes echaría de menos cuando partiera hacia la libertad, hacia una vida mejor.

,

—¿Puedo entrar? —preguntó Kasim desde el pasillo.

—Pasa, hermano.

—¿Qué hacéis? —sonrió al ver a su prometida descalza y se inclinó para darle un tierno beso en los labios.

—Escogía los diseños para la henna del día de la boda —respondió ella.

—Me gustan esos dos —Kasim señaló los que estaban aún en el libro, los cogió y los puso sobre los pies de Nadira—. Te quedarían bien.

—Pues esos en los pies, entonces, Aisha —me dio ella, y sonreí.

Pensé en ese momento en el conjunto de lencería que le habían comprado Nerea y Saida, y por cómo Kasim miraba a su futura esposa, sabía que le iba a gustar la sorpresa, además de que él mismo le compraría algún conjunto así para que lo usara en la intimidad con él.

—¿Qué os parece si salimos a cenar los tres? —propuso mi hermano— Me apetece pasar un rato con mis dos chicas favoritas —nos rodeó a ambas con los brazos y sonreímos.

Aceptamos y, tras volver a ponernos las zapatillas, salimos de casa mientras era él quien se encargaba de informar a mi familia que cenaríamos fuera.

Era sorprendente que, siendo yo la mayor de los dos, fuera él quien más poder tenía a la hora de tomar decisiones en la casa.

Pero en ese momento no me importaba, nada me importaba puesto que iba a poder estar a solas con mi hermano favorito y su esposa, a quienes echaría de menos cuando partiera hacia la libertad, hacia una vida mejor.

Capítulo 36



Kevin

Desperté con besos al pequeño Pedrito, que se estiró sacando una sonrisa capaz de derretir a la persona más fría del planeta.

Lo llevé a la escuela junto a mi madre, después de haberle dado el primer desayuno y preparado el segundo que le metimos en la mochila para la hora del recreo.

Nos fuimos a desayunar, ya que nosotros solo habíamos tomado un café.

—Hijo, sé que tus viajes son a Marruecos.

—Sí, mamá —sonreí.

—¿Me vas a traer una morita? —fue preguntar eso y casi escupo el café que tragué de mala manera.

—Mamá —me reí—, deja de hacer preguntas, es sorpresa. Además, si te traigo una te puede obligar a poner el velo —bromeé.

—Hijo, si te hace feliz yo me pongo hasta esos trajes largos que usan ellas.

—Chilabas, mamá, chilabas —me reí.

—Pues unas chivatas de esas.

—¡Chilabas! —solté una carcajada.

Estuve con ella hasta las once y media, que la dejé en casa y me dirigí a los juzgados a ratificar mi solicitud de

tutela, se hizo todo muy rápido y me despedí de los abogados para dirigirme a Tarifa.

Ya solo faltaba que llegara la aprobación del juez y listo, pero vamos, que eso no afectaba en nada, ya que el niño estaba con nosotros y así sería hasta que se independizara. Solo era un trámite para facilitar el poder gestionar cualquier cosa del menor.

A lo justo cogí el barco de las dos de la tarde, pero a lo justo, gracias a que lo del juzgado no me llevó ni diez minutos, fue llegar y pegar.

Me compré una baguet de tortilla de patatas con un sobre de mayonesa, además de un refresco de Coca Cola Cero para acompañarlo.

Me senté en uno de los bancos que había en el exterior del barco para comer tranquilo. Se notaba que el mar nos acompañaba este día y no se movía lo más mínimo.

Estaba loco por ver a Aisha, me hacía tanta falta que hasta yo mismo me sorprendía de lo que la echaba de menos y lo que la necesitaba en mi vida. Era el motor de mi estado de ánimo, para lo bueno y para lo malo.

Me quedé mirando hacia la Medina de Tánger, el barco estaba atracando y esas vistas por más que las veía, siempre me impresionaban.

Mohamed me recibió con una sonrisa, como si hiciera tiempo que no nos veíamos, me hacía gracia y me producía orgullo saber que tenía en estas tierras a alguien que me admiraba y me miraba como si de su hermano me tratase.

—El martes tenemos todos los papeles de Aisha.

—Genial, al final se hará todo el día de la boda, después de la ceremonia principal y antes del banquete.

—Claro, así lo estoy preparando, además tengo toda la información de la boda de su hermano de primera mano y estoy estudiando todos los movimientos que hará nuestro equipo.

—Tengo a la persona que se encargará de sacar a Aisha y llevarla hasta el coche principal, te daré datos el mismo día.

—Confío en ti, sé que no te fiarías de cualquiera.

—Es la mejor opción, ya cubrió otras operaciones.

—Pues el martes tendremos lo más importante para sacarla del país y el sábado en la boda, terminaremos el

trabajo para que puedas llevártela.

—*Inshallah* —murmuré en árabe, que quería decir: “si Dios quiere”.

Se dirigió a la Medina de Tánger por la parte alta, queríamos tomar un té en Café Hafa, que estaba encima de la colina, con vistas a la bahía y quedando en frente al otro lado del charco España, la parte del Estrecho.

Ese café era conocido internacionalmente y venía mucha gente a entremezclarse con los marroquíes, que tomaban sus tés plácidamente mirando hacia el otro lado, ese que los días soleados se veía más claramente.

Era un sitio para tomar un té a la menta de la manera más relajada, entre sus escalonadas terrazas mientras se escuchaba una música de fondo.

Muchas eran las veces que al llegar a Tánger le pedía que me trajese al Café, la verdad es que tenía algo tan especial, que te daba una sobrecarga de energía positiva y salías de él como nuevo.

No podían faltar las almendras tostadas que iban vendiendo por las mesas acabadas de hacer y que acompañaba al té de una manera única.

En silencio, mirando hacia mi país desde otro continente, la magia era absoluta, sobraban en muchos momentos las palabras cuando el mejor sonido era el momento en que te adentrabas con la mirada perdida hacia el Estrecho de Gibraltar.

Sabía que hoy había estado Aisha de mañana y por esa razón era que no tenía prisa por llegar, sabía que era muy difícil coincidir hoy con ella y aproveché para que, tras ese café, nos metiéramos por la Medina de Tánger a come a uno de esos restaurantes tradicionales.

Me pedí un tajín de pollo al limón y de entrante una pastela, acompañamos la comida con unos refrescos.

Mohamed era un hombre con un semblante que causaba respeto, tenía un corazón muy grande y unos modales muy tranquilos. Era de esas personas que cuando la tienes, la tienes para toda la vida.

Después de comer nos fuimos a pasear un poco por la medina de esta ciudad, era impresionante, además estaba agradable en pleno mes de octubre donde el calor ya no azotaba fuertemente a mediodía.

Pasear entre esas impetuosas murallas era como pasear por un museo en plena calle, donde la arquitectura te hace meterte de lleno en la historia de su cultura. Me gustaba esa sensación que me alejaba de unas calles de Málaga que nada tenían que ver, era otro mundo.

La Kasbah, así se llamaba realmente a todas las medinas, que eran las zonas antiguas de las ciudades o pueblos de Marruecos.

Cuestas llenas de giros que para abajo se hacían fácilmente, como en este caso, que veníamos de la parte alta, así que solo había que descender, pero luego el subir era otra cosa, así que estaba claro que luego tocaba coger un "Petit Taxi" y que nos llevara arriba donde estaba aparcado el coche.

Paseábamos entre las callejuelas relajadamente a pesar de los niños que se nos acercaban sigilosamente para que le diéramos alguna monedilla.

Las puertas eran alternas de casas y negocios, que tenían todos sus escaparates llenos con las cosas que vendían. Era un derroche de color, olor y sabor.

Pasamos un par de horas muy entretenidos y luego fuimos por el coche para irnos hacia Chaouen.

Mi cabeza no se desprendía de la imagen de Aisha en todo momento, me hacía tanta falta abrazarla que hasta sentía desolación. La amaba con toda mi alma y eso no lo había sentido jamás en mi vida, era ella todo eso que siempre busqué, no me cabía la menor duda.

Llegamos a Chefchaouen y yo venía pensando en que, si lo sentía como mi hombre de confianza, ¿por qué no le terminaba de decir la verdad?

—Mohamed, no te lo iba a decir hasta el final, pero la verdad es que eres en una de las personas que más confío en el mundo.

r

—Me vas a emocionar.

—Nunca la viste, pero sabías que estaba por medio de esos traslados de riesgo infiltrada. DB está aquí, ahora es Laila…

—Lo imaginé cuando me dejaste caer algo —sonrió—. Tranquilo, sé que dará los mejores movimientos.

Me fui hacia la Riad, allí tenía mi suite, ya que avisé que no dormiría una noche pero que no la soltaba, dejé allí mis cosas.

Me tiré en la cama bocarriba nada más entrar, el día había sido largo, pero a mi mente se vino como una especie de lapsus y la posibilidad de encontrarme con ella, el amor de mi vida.

Salí a la terraza y allí estaba ella, al notar mi presencia miró de reojo mientras tendía unas sábanas y se le escapó

la sonrisa perfecta, la más bonita, tanto como ella lo era, toda una belleza inigualable.

Escuché la voz de una mujer que la llamaba y me metí rápidamente hacia dentro, no quería ponerla en ningún compromiso.

Pedí para cenar un plato de frutas, no me apetecía otra cosa. Llamé a mi madre y hablé con ella y mi sobrino, un rato. Me hubiera encantado que estuviera aquí conmigo, pero eso no podía ser, ahora mismo sería ponerlos en peligro dado lo descerebrado que era Karim y la que podía liar si se enteraba de algo. Aunque le abriría la cabeza, ese no tendría cojones de tocarme a mí y menos a mi familia, pero por si acaso, ellos debían estar en España y ajenos a esto que estaba organizando aquí.

Me acosté temprano, quería dar por finalizado un día movidito desde bien temprano y así también cerrar los ojos y pensar en ella…

la sonrisa perfecta, la más bonita, tanto como ella lo era, toda una belleza inigualable.

Escuché la voz de una mujer que la llamaba y me metí rápidamente hacia dentro, no quería ponerla en ningún compromiso.

Pedí para cenar un plato de frutas, no me apetecía otra cosa. Llamé a mi madre y hablé con ella y mi sobrino, un rato. Me hubiera encantado que estuviera aquí conmigo, pero eso no podía ser, ahora mismo sería ponerlos en peligro dado lo descerebrado que era Karim y la que podía liar si se enteraba de algo. Aunque le abriría la cabeza, ese no tendría cojones de tocarme a mí y menos a mi familia, pero por si acaso, ellos debían estar en España y ajenos a esto que estaba organizando aquí.

Me acosté temprano, quería dar por finalizado un día movidito desde bien temprano y así también cerrar los ojos y pensar en ella…

Capítulo 37



Aisha

Cuando llegué a casa encontré a mi madre en la cocina, estaba terminando de preparar unos dulces de esos que tanto me gustaban.

—Hola, mamá.

—Hola, hija.

—¿Y esos dulces?

—Hakim viene esta tarde con tu hermano —respondió y yo sentí un escalofrío—. Y que no se te pase por la cabeza decir que te marchas, no hagas enfadar a tu hermano.

—¿No basta con que me vaya a casar con él, también tengo que verlo en casa siempre que ellos quieran?

—Aisha, ese hombre ya es parte de la familia, prácticamente estás casada con él, esta también es su casa y puede venir cuando quiera.

—No es justo mamá, deberías ponerte de mi lado, deberías…

—Una vez estuve en tu lugar, hija —me cortó—. Me prometieron con tu padre cuando yo amaba a otro hombre. Nadie lo sabía, llevábamos todo muy en secreto, lloré el día que le dije que, aunque otro tuviera mi cuerpo, jamás tendría mi corazón —seguía sin mirarme, perdida en sus pensamientos mientras colocaba los dulces en platos—. Aquella fue la primera y la única vez que me besó, de un modo en el que supe que tu padre nunca me besaría. Me pidió que huyera con él, pero no podía hacerlo, aquello habría hecho mucho daño a mi madre. Le prometí lealtad y fidelidad a tu padre, Aisha, y lo he cumplido desde el primer día.

—Mamá… —Me acerqué a ella y la abracé desde atrás, sintiendo un nudo en la garganta y los ojos húmedos por las lágrimas que luchaban por ser liberadas.

—Nunca quise ese destino para ti, mi niña —posó su mano sobre la mía y dio un leve apretón—, pero no tenía otra opción que aceptarlo. Si tu padre se casó conmigo por un matrimonio concertado, lo menos que debí esperar es que todos mis hijos correrían la misma suerte. Ojalá hubieras sido un varón, Aisha, al menos no sufrirías el dolor que yo tuve que sufrir al casarme con un hombre al que nunca amaría. Porque sé que, con el corazón tan noble que tienes, como tus hermanos, habrías sido un buen marido y atenderías a tu esposa sin ponerle las cosas difíciles.

Suspiró y vi cómo secaba unas lágrimas que caían por sus mejillas.

Pensé un momento en eso que había dicho sobre mis hermanos, que también tenían un corazón noble.

Kasim lo tenía, pero Karim no.

El de mi hermano mayor era un corazón frío y revestido de acero, en el que no había el más mínimo rastro de sentimientos ni de amor hacia ningún miembro de su familia, incluso dudaba que quisiera a su propia hija, siendo un amor de niña que a mí me tenía enamorada.

—Ve a cambiarte, hija, que te vean Hakim y tu hermano, arreglada —me pidió dándome un beso en la mejilla.

Se me había quedado un pellizquito en el corazón, y el nudo de la garganta seguía ahí, sin dejarme respirar con normalidad.

Jamás pensé que mi madre hubiera amado a otro hombre que no fuera mi padre, por mucho que el suyo hubiera sido un matrimonio concertado.

Aquella confesión me había dejado tocada, ni más ni menos. ¿Lo sabría mi hermano Karim, o solo era yo conocedora de tal secreto?

Seguramente nadie más lo sabía, ella me lo había contado para que viera que no era la única de la familia en tener un destino tan indeseado.

Fui a cambiarme rápido pues no quería entretenerme ni arreglarme demasiado para un hombre que no lo merecía.

yUnos vaqueros, una camiseta azul marino y el velo blanco, y estaba lista para enfrentarme a ellos.

Cuando entré en el salón ya estaban todos sentados, Hakim se puso en pie con su sonrisa, esa que podría resultar

arrebatadora para cualquier mujer excepto para mí, obviamente, y me recibió con un beso en la mejilla.

—Estás preciosa, *habibati* —dijo, y me dio por pensar que, ante sus ojos, aunque llevara un saco de arpillera puesto con una cuerda a modo de cinturón, el pelo hecho un nido de pájaros y la cara con churretes de hollín, le parecía preciosa delante de los demás, solo que en la intimidad me diría que me arreglara un poquito más.

—Gracias —fue mi respuesta antes de sentarme.

Mi madre llegó en ese momento con una bandeja más de dulces, sonreía, pero ahora sabía por qué el gesto no le iluminaba la mirada.

Era una sonrisa ensayada, de años de experiencia fingiendo. ¿Ese habría sido mi destino si Kevin no hubiese aparecido en mi vida?

¿Tendría que pasar el resto de mis días dibujando una sonrisa estudiada en mis labios ante mis hijos para que pensaran cuánto amaba de Hakim y lo feliz que era nuestro matrimonio?

Mi madre sonrió al verme y en el momento en el que nuestros ojos se cruzaron, los suyos brillaron con el amor instalado en ellos.

No amaba a mi padre, eso estaba más que claro, pero a sus hijos y a su nieta, nos amaba por encima de todo.

La conversación se centró en la boda, como no podía ser de otro modo. Yamila informó a mi prometido que habíamos estado comprado algunas cosas días atrás y que, seguro que le iban a gustar, él me miraba con los ojos cargados de deseo, podía distinguirlo bien a pesar de que trataba de ocultarlo delante de mis padres.

Tras casi una hora allí sentada fingiendo estar encantada con los preparativos, al ver que se había acabado el agua, me levanté para ir por más.

Necesitaba ese momento a solas, ese instante para respirar aire por la ventaba y sentir que era la mujer que quería ser, no la mercancía con la que mi hermano negociaba.

—Al fin a solos, *habibati* —dijo Hakim, en un susurro mientras me rodeaba por la cintura.

Me aparté rápido de él y miré por encima de su hombro hacia la puerta de la cocina, esperando que alguien nos viera.

—No deberías estar aquí.

—Tengo el permiso de tu hermano —sonrió cogiéndome de la mano y atrayéndome hacia él, para poder besarme.

Puse las manos en su pecho evitando que siguiera, pero fue inútil, su fuerza me impedía apartarlo.

—Antes de lo que esperas al fin te haré mía, y nuestra unión será para siempre.

Asco, eso sentí en el momento en que dijo esas palabras.

Quería gritar y decirle que no era suya, que mi corazón, mi alma, mis besos, mis caricias y mi cuerpo eran de otro pero no podía echar el plan de Kevin a perder, con todo lo que estaba segura que él también arriesgaba para liberarme.

—Acabarás amándome, Aisha, lo sé —dijo acariciándome la mejilla mientras sus ojos se quedaban fijos en los míos—, tanto como yo te amo desde hace años.

Sonrió y se apartó cuando escuchó los pasos de mi madre acercándose, cogió la jarra con el agua y se fue de nuevo al salón.

Suspiré girándome antes de que mi madre me viera, pero ella lo sabía, las madres siempre sabían todo.

—No he podido evitarlo esta vez tampoco, ¿verdad? —preguntó y me limité a negar moviendo la cabeza de un lado a otro— Lo siento, mi niña. Solo espero que no se atreva a tocarte antes de hacerte su esposa.

Yo también lo esperaba, porque de ser el caso, Kevin lo mataría con sus propias manos, estaba segura de ello.

,

—Tengo el permiso de tu hermano —sonrió cogiéndome de la mano y atrayéndome hacia él, para poder besarme.

Puse las manos en su pecho evitando que siguiera, pero fue inútil, su fuerza me impedía apartarlo.

—Antes de lo que esperas al fin te haré mía, y nuestra unión será para siempre.

Asco, eso sentí en el momento en que dijo esas palabras.

Quería gritar y decirle que no era suya, que mi corazón, mi alma, mis besos, mis caricias y mi cuerpo eran de otro, pero no podía echar el plan de Kevin a perder, con todo lo que estaba segura que él también arriesgaba para liberarme.

—Acabarás amándome, Aisha, lo sé —dijo acariciándome la mejilla mientras sus ojos se quedaban fijos en los míos—, tanto como yo te amo desde hace años.

Sonrió y se apartó cuando escuchó los pasos de mi madre acercándose, cogió la jarra con el agua y se fue de nuevo al salón.

Suspiré girándome antes de que mi madre me viera, pero ella lo sabía, las madres siempre sabían todo.

—No he podido evitarlo esta vez tampoco, ¿verdad? —preguntó y me limité a negar moviendo la cabeza de un lado a otro— Lo siento, mi niña. Solo espero que no se atreva a tocarte antes de hacerte su esposa.

Yo también lo esperaba, porque de ser el caso, Kevin lo mataría con sus propias manos, estaba segura de ello.

Capítulo 38



Kevin

Los primeros rayos de sol entraron por la terraza a la que se me había olvidado echar las cortinas.

Estiré la mano y pedí un café doble con una tostada, el estómago me rugía y es que la noche anterior solo cené fruta.

Me lavé la cara y me puse un pantalón para abrir y que me entregaran el desayuno. Era el chico, pero eso ya lo esperaba.

Me senté mirando hacia el frente, sabía que a esa hora temprana sería difícil verla. Estaba pensando en ella cuando algo chocó con mi cabeza.

Miré al suelo y era un papel con una pinza, miré hacia el otro lado y la vi barriendo y aguantando la risa.

Abrí el papel y ponía una frase en árabe. Sonreí mientras sacaba el móvil y lo escaneaba en la parte de traducción.

"Me encantaría ser tu esposa, la madre de tus hijos y serte fiel mientras te amo cada día de mi vida. Aisha"

Creo que vio la sonrisa que me salió del corazón, ese que ella tenía entre sus manos, le pertenecía por completo. Besé el papel para que ella me viera hacer ese gesto a modo de contestación.

Yo en estos momentos le hubiese escrito la carta más bonita de amor y se la habría lanzado, pero no era plan, ponía en riesgo todo lo que se estaba preparando.

Ella era capaz de sacar mi lado más romántico y tierno, ese que jamás ninguna otra lo había conseguido. Era ese tesoro que me quedaba por descubrir, era Aisha con la que quería pasar el resto de mi vida.

Salí a pasear y me dirigí toda la medina hacia arriba para ir a la cascada, me apetecía estar allí en la calma que daba ese lugar mientras disfrutaba de un té a la menta.

Me puse uno de los cascos inalámbricos y empecé a escuchar a Phil Collins, un clásico desde que nací y que mi madre le gustaba mucho, cosa que me inculcó, sin embargo, mi padre era todo lo contrario, ese hombre se pasaba las horas escuchando a Camarón, Diego el Cigala, Chiquetete y similares…

Se estaba de lujo con ese solecito dándote en la cara y los pies en el río, que estaba el agua de lo más fría, pero apetecía sentirla mientras disfrutaba de ese té allí sentado.

Siempre solía coger una de las mesas que una parte quedaba en el agua y me sentaba para tener los pies en remojo Era una sensación increíble.

Estuve un buen rato y luego me fui a la habitación donde esperé a pedir la comida a sabiendas de que ella, ya habría entrado en su turno.

Y así fue como apareció, con una sonrisa que le iluminaba toda la cara, haciéndome un guiño mientras pasaba por delante de mí, y yo le daba un pellizco en el culo. Dejó todo en la terraza y la esperé dentro.

—Yo también deseo ser tu esposo, el padre de tus hijos, el que comparta contigo todas las tareas del hogar y de los niños, el que te cuide y te ame cada segundo de tu vida —la tenía cogida por la cintura y ella escuchaba emocionada y ruborizada por completo casi sin poder mantenerme la mirada—. Quiero ser tu todo, todo lo que desees desde que amanezca hasta que entres en un dulce sueño.

—No puedes ser de verdad, se suponía que los hombres así no existían.

—Soy en lo que me has convertido al descubrirte, Aisha, te amo con todo mi corazón y prometo que te haré todo lo feliz que jamás pudiste imaginar que se podía llegar a ser.

—Ya voy percibiendo esa felicidad, desde que has aparecido en mi vida hay una pequeña luz que hace que cada día tenga un motivo para sonreír.

Nuestros labios se entrelazaron y tardamos en separarlos, era como si no pudiéramos, me sentía como imán que me mantenía pegado a ella, que solo deseaba estar así.

—No quiero, pero me tengo que ir —fue ella quien se separó muy a su pesar.

—Lo sé, pediré más tarde algo.

—Más te vale —sonrió y volvió a besarme de manera precipitada antes de girarse para marcharse.

Me tenía rendido a sus pies por completo, era todo lo que necesitaba en mi vida para ser feliz, a ella y nada más que a ella, por supuesto, a mi madre y sobrino, pero sin Aisha, estaría todo incompleto.

Durante la comida estuve hablando con mi sobrino Pedrito, que decía que estaba disgustado porque un amiguito de su clase estaba con Covid, lo tuve que tranquilizar y decirle que lo pasaría como una gripe y que no pasaba nada, pero no servía, ya que seguía insistiendo en que ese virus era malo.

Me tiré un rato en la cama a ver las noticias en el móvil, estaba desconectado del mundo con tantos vaivenes en m vida. Todo había sido demasiado rápido, la pérdida de mi hermana y justo antes haber conocido a Aisha. Me quedé dormido un buen rato.

Una ducha y llamé para pedir un café, necesitaba verla aparecer y poder darle otro abrazo de esos que me llenaba al menos para un rato.

Apareció con el café y unos dulces.

—Los he cogido sin que me vean de la cocina —se puso la mano en la boca riendo, mientras lo ponía sobre la mesa de mi habitación tal y como le había señalado.

—No me hagas esas travesuras a ver si te metes en un lío, además, si hubiese querido los habría pedido.

—¿No los quieres? —Puso cara de tristeza mientras yo la pegaba contra mí.

—Claro que los quiero y más cuando has sido tú, la que los has traído para mí, pero no lo vuelvas a hacer.

—No se van a dar cuenta —volteó los ojos.

—Bueno, pero prométeme que…

—No lo volveré a hacer —rio volteando los ojos de nuevo.

Le enseñé el perfume que le había comprado la otra noche y se puso de lo más emocionada.

—Una vez me compré una muestra con un dinero que reuní, pero solo una muestra de tres usos. Es mi preferido, pero claro, es muy caro. Me has sorprendido —decía feliz—, pero no debías…

—No sigas, es para ti, eso sí, se quedará aquí para no levantar sospechas.

—Me estás mimando demasiado, como si fuera una niña pequeña —me abrazaba.

—Los mimos son algo que duran toda la vida cuando se hace desde el corazón.

—Ojalá todo salga bien y, antes no te lo dije, pero, que bien te guardaste lo de Laila —se echó a reír negando.

—Voy por delante de tu hermano, ya te lo dije.

—Tengo mucho miedo, pero estoy deseando que llegue el momento.

—Yo más, mi vida, yo más.

Se marchó dejándome una sonrisa floja, esa que se me volvió a quitar al recordar a mi hermana. Ese sabor agridulce que estaba atravesando no se me quitaba de ninguna manera. La felicidad y tristeza abrazándose en esto momentos de mi vida.

Dos veces más la hice traerme una bebida antes de terminar su turno, pero esta última nos desatamos y terminamos desnudos juntando nuestros cuerpos para sentirnos uno.

A ella se le notaba que se le erizaba la piel continuamente conmigo, y a mí, me hacía sentir el hombre más dichoso del planeta.

Salí a cenar a la plaza, estaba hambriento, así que me senté a ver lo animado que estaba el pueblo con tanta gente mientras disfrutaba de la comida y llenaba mi estómago.

Lo primero que me tomé fue una *"Harira"*, la sopa no podía faltar, ya que esa noche refrescaba y apetecía mucho calentar el cuerpo.

Vi pasar a Aisha con Nerea, la chica de recepción y su amiga, no me vieron ni me atreví a hacer ninguna señal de que estaba ahí, pero me encantaba ver que no estaba en su casa ni en peligro de que al hermano se le volviera a ir la mano, ya que la tenía muy ligerita.

No las vi regresar antes de irme al hotel a dormir, imaginé que estaba en casa de esta, viendo una peli o cenando, el caso es que no estaba en su casa y eso me tranquilizaba.

s

Capítulo 39



Aisha

Había quedado en ir esa noche con Nerea a su casa a cenar, Saida nos acompañaría y veríamos una peli, o dos, quién sabía, comiendo pizza, tajín de pollo al limón, pastelas y bebiendo refrescos, lo que Nerea llamaba una noche de chicas de toda la vida.

Íbamos las dos por la plaza caminando cuando me preguntó algo que me dejó, como decía ella, a cuadros.

—¿Quieres que te regalemos un conjunto de lencería para que uses en la primera noche de tu nueva vida?

—¿Te has vuelto loca? —Abrí mucho los ojos.

—A ver, cariño, que tu hombre es europeo, seguro que le gustaría ver a su chica envuelta en encajes y seda, algo negro, o rojo, seguro que le gustan esos colores… —se llevó el dedo a los labios en modo pensativo.

—Pues ha visto mi ropa de algodón y…

—¡Sacrilegio! ¿Algodón? ¿En serio? Ay señor, qué me da. Aisha, te voy a regalar un conjunto elegante, bonito y sensual, que va a tener a tu Kevin, con ganas de arrancarlo a bocados. Eso si no te rompe la braga de un tirón.

—Calla, bruta —reí.

—Mañana mismo estoy mirando, anda qué no.

La creía, lo peor de todo es que la creía y sabía que iba a buscar un conjunto para mí, como había hecho para Nadira.

Así de loca estaba mi mejor amiga.

Cuando llegamos a casa de Nerea, encontramos a Saida cargada con la cena, así que la ayudamos con ella y en cuanto entramos, servimos todo y estuvo mirando qué peli podríamos ver.

—Veamos —dijo tras dar un bocado a su trozo de pizza—. Tenemos *Dirty Dancing*, *Pretty Woman*, *Romeo y Julieta*, *La boda de mi mejor amigo*…

—Pretty Woman —dijimos Nerea y yo, al unísono.

—Ains, si es que nos identificamos todas con Vivien —suspiró Saida mientras ponía el DVD.

—Sí, prima, solo que nosotras no somos señoritas de vida alegre como ella.

—Ni conoceremos al caballero con vértigo a las alturas que nos recoja en limusina para llevarnos con él —Saida se encogió de hombros.

—Aisha sí tiene a su Edward —rio Nerea, al tiempo que elevaba ambas cejas en un gesto de lo más gracioso.

—Chicas, no será para tanto —reí.

—Bueno, al menos está enamorado de ti, y te va a liberar de un matrimonio que no quieres —comentó Saida.

—Por no hablar de que en cuanto deje el pueblo, tendremos un lugar al que poder escaparnos unos días para verla —dejó caer Nerea.

—Eso siempre, ya lo sabéis. No quiero que, porque me vaya del pueblo, penséis que no volveré a veros. Si tengo que comprar un móvil para dejarlo aquí y que podamos hablar de modo que mi hermano no sea capaz de rastrearlo, os aseguro que con el sueldo de este mes lo compro. Pero a vosotras, a mis mejores amigas, mis hermanas del alma, no quiero perderos.

Sentí las lágrimas humedeciéndome los ojos y no tardaron en acercarse las dos a mí, para abrazarme. Las iba a echar terriblemente de menos, mucho, más de lo que era capaz de expresar.

—Sé que me haréis falta cada día, chicas —dije entre lágrimas e hipidos.

—No llores, joder, que acabaré haciéndolo yo, y soy la menos sensible de las tres —protestó Nerea.

—Ay, prima, llora —dijo Saida, que estaba igual que yo, con unos lagrimones por las mejillas que parecía que se nos había muerto alguien.

—A la mierda —gritó Nerea, y ahí fueron sus ojos a convertirse en dos cascadas de lágrimas.

—Ojalá pudiera llevaros conmigo —dije—. Ojalá pudiera sacaros del pueblo cuando todo este asunto pase, pero sé que no querréis dejar a vuestra familia. Y yo —lloré aún más, estaba de lo más sensible en ese momento—, yo no podré volver nunca. Karim y Hakim, me matarían en cuanto lo hiciese.

—No vuelvas, Aisha —me ordenó Nerea, cogiéndome ambas mejillas—. Ni se te ocurra volver a poner un pie en Chefchaouen, nunca. Sé libre cariño, vive con el hombre que amas y sé feliz, por ti, por nosotras —sonrió—. Perc llama, escríbenos e-mails y manda fotos de tu nueva vida, cuéntanos cuando estés embarazada, dinos cómo te sientes, cómo se llamará el bebé y permítenos ir a visitarte, pero nunca —Nerea lloraba con un desgarro que me partía el alma—, nunca vuelvas aquí, cariño, por favor te lo pido. Te está costando mucho todo esto, arriesgas tu vida y Kevin también lo está haciendo. No pongas en riesgo todo lo que vas a conseguir por venir a vernos, cuando podemos hacer videollamadas, ¿vale?

—Vale —respondí a duras penas en un susurro, mientras ella me secaba las mejillas.

—A ver quién es la guapa ahora que ve la peli, si hemos empezado a llorar antes de llegar al final —comentó Saida, y nos echamos a reír.

Iba a extrañar esos ratos con ellas, las risas y también las lágrimas. Ellas eran mi todo hasta que apareció Kevin, y ahora tenía que dejarlas sin mirar atrás.

Y me dolía, me dolía en el alma dejarlas a ellas al igual que a mi hermano Kasim, a Nadira, a mi madre y mi sobrina, pero lo hacía porque merecía ser libre de poder elegir a quién amar, a quien tener como esposo y compañero de vida.

Y ese no era Hakim, por mucho que mi hermano se hubiera empeñado en que así fuera. A ese hombre lo detestab tanto como odiaba a mi propio hermano, a ese que era sangre de mi sangre.

¿Cómo había pasado de admirarlo, como decía Kasim, a odiarlo con todas mis fuerzas?

Se suponía que, como el mayor de los tres hermanos que era, debía cuidarnos y protegernos, querer lo mejor para nosotros. Entonces, ¿por qué me prometía con alguien que yo no quería?

Anteponía sus intereses a mi felicidad, y eso me dolía. Ojalá no fuera así con Amina, ojalá pudiera llevarme a la niña conmigo y evitarle un futuro doloroso e incierto como el que había decidido para mí.

—Vale, se acabó el drama —dijo Nerea, secándose las mejillas—. Cena, peli, y a disfrutar de una de nuestras últimas noches juntas.

—Os quiero chicas —sonreí mirándolas.

—Y nosotras a ti, reina mora —contestó Nerea, con un guiño y una bonita sonrisa.

—Os quiero chicas —sonreí mirándolas.

—Y nosotras a ti, reina mora —contestó Nerea, con un guiño y una bonita sonrisa.

Capítulo 40



Kevin

Por fin Martes…

Habían pasado unos días desde que regresé de España de arreglar los asuntos de Pedrito en el juzgado para la ratificación, todo iba según lo previsto y todos tenían ya claro por parte de Mohamed lo que tenían que hacer, incluso había hablado con Diana para preparar su parte.

Hoy le entregaban el pasaporte de Aisha, el visado y todo lo necesario para poder salir tranquila por la frontera marroquí y la española.

Teníamos claro por dónde la íbamos a sacar y lo bueno es que su familia no sabría que todo tenía que ver con ella y tendríamos tiempo para abandonar el país, eso sí, como decía, no por Tánger, puerto ni aeropuerto, por si se terciaba la cosa y mandaban a gente para allí porque se olieran algo.

Se iba a crear una confusión en esa boda que les llevaría tiempo saber que Aisha ya no estaba y que todo tenía que ver con ella.

Me dirigí a desayunar a la plaza, estaba deseando que llegara el momento en que Mohamed me llamara y me dijera que ya tenía todos los documentos, momento en que me iba a tomar una botella de vino que tenía reservada en mi habitación.

Todos estos días atrás habían sido de encuentros fortuitos en la habitación cuando pedía algo, o alguna que otra mirada desde su terraza donde salía a barrer, limpiar el suelo, tender o recoger la ropa.

Ella estaba muy nerviosa y feliz con empezar una nueva vida en España, además, me hacía gracia cuando me decía que limpiaría casas o trabajaría de lo que fuese para ayudar en la economía familiar, aún no sabía ni se esperaba que íbamos a vivir de lo más cómodos, y menos aún podía imaginar la mansión que le esperaba de lo más moderna y a la que no le faltaban detalles.

Aisha me amaba con todo su corazón, se notaba en cómo reaccionaba cuando estaba conmigo, nada que ver con ese hombre que pretendía llevársela, a pesar de no ser su voluntad y que le robaba por completo la sonrisa, esa qu yo le sacaba y el otro se la arrebataba.

A Karim lo odiaba tanto como jamás pensé que pudiera odiar a nadie, a ese lo tenía que hacer pagar cada una de las lágrimas que le había hecho derramar a Aisha, a la mujer de mi vida. Y a ella, como a mi madre, no había nacido el hombre que les pusiera una mano encima sin pagarlo con creces.

Estaba saboreando la tostada de queso y miel cuando recibí un mensaje de Mohamed diciendo que venía para la plaza. Le respondí con un, ok.

En ese momento y por casualidad me llevé la grata sorpresa de que pasaba mi chica, que me vio a lo lejos, y a la que se le colocó una sonrisa en la cara que había causado mi debilidad del día. No me miró, sabía que era mejor y más en estos momentos cercanos al día.

Iba preciosa con un velo color rojo, una camiseta blanca y encima una cazadora vaquera como su pantalón, además, llevaba unas deportivas blancas Nike, que yo le había regalado el día anterior y que dijo en su casa que se las había comprado Nerea y su prima.

Mohamed no tardó en llegar con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hermano —me abrazó—, lo tengo todo y está bien custodiado en la caja fuerte.

—Bravo, estupendo —le di varias palmadas. Acababa de darme una gran alegría con la primera parte del plan ya solventado.

Estuvo un rato desayunando conmigo y luego me fui a pasear, cuando al pasar por una joyería vi dentro a Aisha con Nerea. Se me ocurrió la genial idea de entrar como si no conociera a nadie.

—Estos son una pasada —decía Aisha, con unos pendientes de aros de oro sobre la mano—, pero son trescientos euros, impensable, me conformaré con los de oro bajo que valen cincuenta euros —sonreía.

—Buenos días —dije en general y mirando al hombre de detrás del mostrador.

La cara de las dos fue un poema, contestaron a unísono y perplejas a la vez que el dependiente.

—¿En qué le puedo ayudarlo, señor?

—Vengo buscando unas argollas de oro, y por favor que no sea hueco, ni de oro bajo.

—¿De qué medida?

—Pues mira, de la que tiene ella en las manos — las dos estaban alucinando.

Me sacó una por las que me pidió quinientos cincuenta euros, los ojos de ambas que intentaban disimular mirando la vitrina era un poema.

—Me las llevo… —Se las di, saqué la visa oro y juro por mi vida que casi me da un ataque al ver a Nerea mirándola incrédula.

Me preparó la caja muy bonita y salí de allí dejando a las dos sin habla, sin saber ni a dónde mirar para disimular.

Aisha sabía que eran para ella, mientras yo pudiera no la iba a dejar sin un capricho así y llevando unos de oro bajo, cuando ella se merecía lo mejor.

Subí caminando hacia la cascada feliz por esos minutos que había pasado en esa joyería junto a ella a pesar de actuar como dos desconocidos, pero la había tenido a unos centímetros de mí.

A pesar de que el día era ligeramente fresquito, me descalcé y me senté con los pies en el río, me pedí una cerveza.

Estaba entre eufórico por lo bien que había comenzado el día y nervioso por lo que nos esperaba el sábado, no iba a respirar hasta tenerla en España sana y salva.

Llamé a mi madre que estaría cocinando mientras Pedrito estaba en la escuela y no me equivoqué.

—Hijo, aquí ando haciéndole al niño su crema de verduras y empanándole unos filetes de pollo.

—Eres la mejor cocinera del mundo.

—No, hijo —rio—, pero lo hago con mucho amor.

—Con todo el amor del mundo.

—A tu hermana le encantaban los filetes empanados, mucho.

—Sí, lo recuerdo.

—La echo mucho de menos, hijo.

—Lo sé, mamá.

—Pedrito me hace mucha compañía y me ayuda a mantener la mente un poco más despejada con esto de saber que me tengo que encargar de él. Es mi bendición.

La verdad es que, para mi madre, ese niño era la luz de su vida, la persona capaz de mantenerla con fuerzas para seguir luchando, y es que la pérdida de mi hermana para ella había sido lo más fuerte que le había tocado vivir.

Regresé al Riad después de comer allí un tajín de Kefta con huevos que me dejó KO y con sueño.

Sabía que mi chica entraba en el turno de tarde y ya debía de estar por allí.

—Sí, lo recuerdo.

—La echo mucho de menos, hijo.

—Lo sé, mamá.

—Pedrito me hace mucha compañía y me ayuda a mantener la mente un poco más despejada con esto de saber que me tengo que encargar de él. Es mi bendición.

La verdad es que, para mi madre, ese niño era la luz de su vida, la persona capaz de mantenerla con fuerzas para seguir luchando, y es que la pérdida de mi hermana para ella había sido lo más fuerte que le había tocado vivir.

Regresé al Riad después de comer allí un tajín de Kefta con huevos que me dejó KO y con sueño.

Sabía que mi chica entraba en el turno de tarde y ya debía de estar por allí.

Capítulo 41



Aisha

Seguía sin poder creer lo que acababa de pasar en la joyería. ¿De verdad había entrado Kevin allí? ¿Había comprado unos pendientes para mí, por los que le habían pedido más de quinientos euros?

Por Allah, ese hombre se había vuelto loco.

Ya me había regalado cosas antes, esas que se quedaban en la suite de la Riad hasta que pudiera usarlas sin que m familia sospechara, pero esto… Esto era demasiado.

Una cosa era saber que aquellos regalos eran costosos, y otra ver de primera mano cuán caro eran.

Salimos de la joyería con algunos pendientes para Nerea y unas pulseras que no me salieron caras y se los iba a regalar a ella y a Saida, sabía que no querrían aceptarlos, pero mi partida estaba cada vez más próxima y quería que tuvieran algo mío como recuerdo.

Caminábamos hacia la plaza donde nos esperaba Saida para tomar un té, después de haber dado un paseo por varias tiendas echando un vistazo, a fin de cuentas, mi hermano Karim me pidió que apuntara más cosas que comprar para la boda. Siempre imaginé cómo podría ser mi gran día, y desde luego no había un marido impuesto al que no amaba.

—Sigo en *shock*, de verdad te lo digo —dijo cuando estábamos cerca de la plaza—. ¿En serio ha sacado una visa oro?

—Sí.

—Vale, así que no era un espejismo por deshidratación ni nada de eso —suspiró—. ¿A qué se dedica tu hombre, Aisha? Porque ha soltado quinientos cincuenta euros por las argollitas así, sin pensar, como el que se compra cinco euros en chuches.

—Pues no se lo he preguntado aún —me encogí de hombros—, pero imagino que debe tener un buen sueldo.

—¿Un buen sueldo? Nena, ese hombre tiene que ser el puto jefe de la empresa.

Reí por no saber qué otra cosa hacer, la verdad, pero tenía razón, por muy buen sueldo que tuviera Kevin no sería normal que pudiera pagar tal cantidad de dinero por unos pendientes, así como todo lo que tuviera planeado para sacarme del pueblo.

—Te tiene como a la reina que eres, Aisha —sonrió mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—Es demasiado, se lo dije cuando el perfume. Pero ya ves, ni caso me hizo.

—Es un galán, no hay duda. ¿Crees que tendrá un hermano, o un primo, así como él para mí?

—Hermanos, no —sonreí—. Solo tenía una hermana, la que falleció.

¡—Bueno, seguiré esperando mi príncipe de brillante armadura entonces —suspiró.

—Seguro que llega cuando menos lo esperes.

Vimos a Saida esperando cerca de una de las terrazas y en cuanto nos unimos a ella, nos dio un fuerte un abrazo.

Nos sentamos, pedimos té y les entregué las dos cajitas a cada una.

—Yo ya he visto tus nuevas adquisiciones, Aisha —dijo Nerea con el ceño fruncido.

—Es que no son para mí —me encogí de hombros.

—¿Qué dices?

—Son un regalo para vosotras, Nerea.

—Yo te mato, de verdad —ella negaba mirando las cajitas y sin abrirlas.

Saida, que no había dicho nada, miró a su prima y después a mí, luego a las cajitas y, finalmente, las abrió.

Los pendientes eran con forma de estrella y un pequeño brillantito en el centro, y la pulsera hacía juego, con dos

estrellas idénticas.

El de Nerea eran tréboles, algo que de siempre le había gustado.

Cogí ambos conjuntos en plata para poder regalarle a mis dos mejores amigas, estaba claro que con mi sueldo el oro no entraba en mi presupuesto, y eso me pesaba un poquito porque quería lo mejor para ellas.

—Son preciosos, Aisha —dijo Saida, con los ojos vidriosos y una sonrisa en los labios.

—Quería que tuvierais algo para que me recordarais cuando me marche.

—Estás loca, no hacía falta —protestó Nerea, quien en los últimos días había estado llorando más de lo que la había visto hacerlo en los veinte años que nos conocíamos.

—No, no hacía falta, pero quería hacerlo. No estaré para celebrar vuestros cumpleaños, ni la Navidad, y no podré daros los regalos, así que, al menos quiero que estos sean con los que me recordéis siempre, cada vez que lo uséis como si estuviera con vosotras.

—¿Nos vas a hacer llorar otra vez? —preguntó Saida— Lo digo porque podías habernos avisado, así al menos no me habría maquillado hoy —volteó los ojos.

—No, no quiero que lloréis —sonreí—. Solo quiero que no cambiéis nunca, tenéis que prometérmelo.

—¿Te refieres a que sigamos estando igual de locas? —Nerea arqueó la ceja.

—Entre otras cosas —no pude evitar reírme.

—Eso puedo hacerlo —respondió quitándole importancia con la mano.

Nos trajeron los vasitos con el té y los acompañaron con unas almendras tostadas, mientras lo tomábamos eché un vistazo por la plaza por si veía a Kevin, no sería de extrañar que me lo encontrara por allí como había hecho otras veces.

—¿Tierra a Aisha? —dijo Nerea, moviendo los brazos delante de mis ojos.

—¿Eh?

—Ya estabas en *Kevinlandia* otra vez —rio.

—¿*Kevinlandia*? —Fruncí el ceño.

—Pensando en tu hombre y en todos esos besos y otras cosas que hacéis juntos —movió las cejas de un modo gracioso.

—Estás fatal —solté una carcajada.

—Sí, sí, pero tengo razón, se te han teñido las mejillas de rojo como dos cerezas.

—¿De verdad ha comprado tu chico unos pendientes de más de quinientos euros? —preguntó Saida sin salir de su asombro.

Así que Nerea la había puesto al día de lo que pasó poco antes en la joyería mientras yo estaba en *Kevinlandia*, como decía Nerea.

—No los ha comprado sin más, prima, se los ha comprado a ella —me señaló Nerea—. Y preciosos, finos y elegantes, nada que ver con los que le dio Hakim el otro día.

Cierto, lo olvidaba, mi prometido se presentó unos días después de aquella merienda en la que me acorraló en la cocina con unos pendientes. Unas argollas grandes de oro que no me gustaban, por no hablar de lo mucho que pesaban una vez puestas.

—Ostentoso y para decir cuánto poder tiene, como el anillo de compromiso. En serio, Aisha, me voy a quedar cor las ganas de saber que se lo has tirado a la cabeza antes de irte.

—Nerea, que con un golpe en la cabeza igual lo mata —protestó Saida.

—O del golpe le quita la tontería que tiene encima, quién sabe, igual hasta salimos ganando —se encogió de hombros y volví a reír.

Sí, así quería recordar a mis amigas cuando no estuviera con ellas, sonriendo felices.

—¿*Kevinlandia*? —Fruncí el ceño.

—Pensando en tu hombre y en todos esos besos y otras cosas que hacéis juntos —movió las cejas de un modo gracioso.

—Estás fatal —solté una carcajada.

—Sí, sí, pero tengo razón, se te han teñido las mejillas de rojo como dos cerezas.

—¿De verdad ha comprado tu chico unos pendientes de más de quinientos euros? —preguntó Saida sin salir de su asombro.

Así que Nerea la había puesto al día de lo que pasó poco antes en la joyería mientras yo estaba en *Kevinlandia*, como decía Nerea.

—No los ha comprado sin más, prima, se los ha comprado a ella —me señaló Nerea—. Y preciosos, finos y elegantes, nada que ver con los que le dio Hakim el otro día.

Cierto, lo olvidaba, mi prometido se presentó unos días después de aquella merienda en la que me acorraló en la cocina con unos pendientes. Unas argollas grandes de oro que no me gustaban, por no hablar de lo mucho que pesaban una vez puestas.

—Ostentoso y para decir cuánto poder tiene, como el anillo de compromiso. En serio, Aisha, me voy a quedar con las ganas de saber que se lo has tirado a la cabeza antes de irte.

—Nerea, que con un golpe en la cabeza igual lo mata —protestó Saida.

—O del golpe le quita la tontería que tiene encima, quién sabe, igual hasta salimos ganando —se encogió de hombros y volví a reír.

Sí, así quería recordar a mis amigas cuando no estuviera con ellas, sonriendo felices.

Capítulo 42



Kevin

Entre en la Riad y la vi en la recepción junto a Nerea.

—Buenas tardes, ¿es posible un té a mi suite?

—Buenas tardes, señor —contestó Nerea ante la sonrisilla de Aisha—. Ahora mismo ordeno que se lo suban

—Muchas gracias —di un par de palmadas sobre la mesa y les hice un guiño.

Sabía que las había dejado con la sonrisilla floja, esa que me causaba a mí también al ver a Aisha, además, debían estar aún en *shock* con el tema de los pendientes, esos que eran para mi chica.

Subí a la suite y puse sobre la mesita los aros que le había comprado, en la misma que debía de dejar mi té. Quería ver su cara ruborizada al ver el paquetito.

No tardó en aparecer y entrar sonriente mientras me hacía un guiño de lo más gracioso pasando por mi lado.

Puso el café sobre la mesa y miró la cajita.

—Sabía que era para mí, pero no debías… —Yo ya estaba detrás de ella y la detuve antes de que siguiera hablando.

—¿No debía? Claro que debía, a mi futura mujer lo que hiciera falta —la abrazaba mientras besaba su cuello.

—Kevin, el amor que me das es mucho más que todo el oro del mundo.

—Pero te mereces algún capricho.

—Tú eres el mayor de los regalos y caprichos —se rio nerviosa cuando la pegaba fuertemente contra mí.

—Nos queda muy poco para ser libres y que entiendas lo que es que te valoren.

—Ya lo puedo sentir, contigo lo vivo con cada encuentro; tu forma de mirarme, tocarme, hablarme, tratarme…

—Pero no me llores —me la comí a besos.

—Es que me emociono, me has regalado las ganas de vivir y creer en el amor de verdad. Los príncipes azules existen y yo tengo uno enfrente.

—Te amo, princesa, te amo —sonreí emocionado de eso tan bonito que había dicho y es que se le notaba en el brillo de sus ojos y en el tono de sus palabras.

—Tengo muchos nervios por lo del sábado, pero estoy deseando irme de aquí contigo.

—Con eso me vale para saber que lo estoy haciendo bien.

—De chica soñaba que vendría un príncipe azul a caballo y…

—Lo que quieras, pero caballos no, una vez uno me dio una coz que me dejó la costilla jodida un buen tiempo —la hice reír—, pero soy capaz de nadar de Marruecos a España contigo en la espalda.

—Me tengo que ir, a pesar de que es lo que más me duele del mundo.

—Unos días, Aisha, solo unos días nos quedan —dije agarrándole la barbilla con suma delicadeza y acercándome para besarla.

Se marchó, cogí el té para llevarlo a la terraza y me senté a tomarlo mientras miraba unas fotos que me había mandado mi madre de mi sobrino, saliendo de la escuela.

Era precioso mi sobrino, un niño con una dulzura especial y un corazón de oro. Noble como el que más.

Diana me puso un mensaje diciendo que dejara mi puerta entreabierta.

No tardó en entrar y cerrar.

—¿Nos lo fumamos? —dijo enseñándome un cigarrillo liado.

—Pues mira, unas caladillas no me vendrían mal para venirme arriba, hace tantos años que no lo fumo.

—¿Pedimos unos cafés?

—Acaba de estar aquí Aisha trayéndome este té, pero claro, ahora mismo llamo para pedir dos.

Los pedí y no tardó en aparecer sonriendo al ver a Laila junto a mí.

—Me encanta veros juntos —dijo poniendo todo sobre la mesa de la habitación para no salir a la terraza.

—Cariño, ¿nerviosa? —le pregunto Laila, que se notaba que le había cogido cariño a pesar de ser fría en sus trabajos.

—Mucho, pero confío en vosotros. Me debo ir, tengo cuatro servicios que entregar. No dejéis ni un hilo suelto —murmuró consiguiendo sacarnos una risilla.

—Tú, sales de este país, así me tenga que cargar a todo lo que se mueva —le dijo Laila, y esta la abrazó.

—Te amo, Kevin —dijo abrazándome esta vez a mí y dándome un beso en los labios.

Se marchó y los dos nos quedamos mirándola con una sonrisa antes de irnos a la terraza, pero al principio, donde no nos podían ver porque había un trozo de muro entre las dos casas que quedaba libre de ser vistos, pegados a la puerta de la habitación.

Comenzamos a hablar en voz baja y en clave, los dos nos entendíamos y más cuando habíamos dado varias caladas al cigarrito, en las que las risas nos salían por sí solas.

—Aunque nunca te lo había dicho, te admiro Kevin.

—Yo también a ti —le agarré la mano y se la acaricié en muestra de cariño.

Era una mujer valiente, con los ovarios bien puestos como diría mi madre y siempre había sido impecable en todos los trabajos para los que había contado con ella.

Estuvo un buen rato conmigo y luego se marchó porque había quedado con Karim, al que había conseguido dejar a sus pies y lamiendo por donde ella pisaba. Aquel cretino había caído en su propia trampa y a mí eso me ponía de lo más eufórico de felicidad.

Me eché a dormir un rato, ya que desde las cascadas venía dando unas bocanadas.

Después de levantarme pedí un café, en la Riad debían de estar contentos conmigo como huésped, porque consumía mucho en la habitación, lo que no sabían era que todo lo hacía por amor, por amor a Aisha.

Estuvo unos cinco minutos conmigo, besándome y diciendo que no pasaban las horas, esas que queríamos que fueran a toda velocidad para llegar al momento en que estuviéramos rumbo a nuestra nueva vida, esa que los dos deseábamos con todo nuestro corazón.

Me eché a dormir un rato, ya que desde las cascadas venía dando unas bocanadas.

Después de levantarme pedí un café, en la Riad debían de estar contentos conmigo como huésped, porque consumía mucho en la habitación, lo que no sabían era que todo lo hacía por amor, por amor a Aisha.

Estuvo unos cinco minutos conmigo, besándome y diciendo que no pasaban las horas, esas que queríamos que fueran a toda velocidad para llegar al momento en que estuviéramos rumbo a nuestra nueva vida, esa que los dos deseábamos con todo nuestro corazón.

Capítulo 43



Aisha

Cuando entré en casa mi sobrina se lanzó a mis brazos nada más verme, la cogí y empecé a comérmela a besos.

—Mi princesa, cada día que pasa estás más grande —sonreí.

—Tía, ¿jugamos con los bloques? —preguntó con su lengüecita de trapo de dos años, y asentí.

—¿Y qué hacemos?

—Castillos —sonrió.

Nos sentamos en el suelo y no tardó en coger todos los bloques que tenía alrededor para empezar a un castillo, ese que destruiría en cuanto estuviera acabado para hacer uno nuevo y diferente.

Adoraba a mi sobrina, la amaba con todo mi corazón y tener que dejarla me mortificaba a cada segundo que pasaba. Pero si no me iba, la vida que me esperaba sería insoportable.

—Otro —dijo Amina empezando a deshacer el castillo.

—Serías una buena arquitecta si tus padres te dejaran, ¿lo sabías? —murmuré acariciándole la mejilla.

—Deja de meterle cosas inapropiadas a mi hija en la cabeza —escuché la voz de Yamila a mi espalda.

—No le estoy metiendo nada —protesté.

—¿Y por qué le dices que podría ser arquitecta? ¿Acaso quieres que mi hija se revele contra las creencias de su cultura y contra lo que le diga su padre?

—No se me ocurriría tal cosa, Yamila —suspiré.

—Eres una desobediente, Aisha, no sé cómo tu hermano no te casó cuando debió hacerlo, hace cinco años. Ha esperado demasiado, y ahora esto es lo que tenemos —me señaló con desprecio y se acercó a coger a la niña en brazos.

—Mamá, castillo —dijo con el ceño fruncido.

—Vamos a tomar un vaso de leche y a la cama, hija. Y tú, si vuelves a meterle tonterías en la cabeza a mi hija, juro que no dejaré que vuelvas a acercarte a ella.

—También es hija de mi hermano, y no puedes prohibirme estar con ella.

—Tu hermano será el primero que te lo prohíba, puedes estar segura de ello.

Me levanté justo cuando Karim entraba por la puerta, al verle la cara supe que venía enfadado.

—Karim, Aisha estaba diciéndole cosas a la niña —dijo Yamila.

—No es cierto, no le estaba diciendo nada, solo jugaba con ella.

—Claro que le decía —siguió ella, mirando a mi hermano, mientras abrazaba a la pequeña—. Murmuraba sobre que no debía permitir que su padre la casara con quien no amara.

—¿Qué? ¡Eso es mentira! —grité.

—Karim, temo que intente algo contra Hakim.

—Pero…

Mi hermano no dijo nada y a mí no me dio tiempo a seguir hablando. Con fuerza y de un tirón me cogió del brazo y empezó a caminar hacia mi habitación, donde me tiró sobre la cama. El pobre Trasto se asustó tanto con el portazo, que se escondió detrás de la mesa.

—Karim, tienes que creerme, no he dicho nada de eso.

—¿Cómo voy a creerte si no haces más que desprecios a tu prometido? —gritó— Te colma de atenciones, te hace

regalos, y tú sigues con tus desplantes.

—Me besa sin que yo quiera que lo haga, debería respetarme hasta que nos casemos.

—Te besa porque a ojos de Allah y de todo el mundo, ya estáis casados, Aisha.

—No lo estaré hasta que se celebre la boda, y para eso faltan semanas.

—Nunca debí aceptar que nuestra madre se interpusiera en mis decisiones —dijo con la mandíbula apretada—. Tenía que haberte prometido con Hakim cuando iba a hacerlo, no esperar hasta ahora. Llevarías cinco años casada, cinco, y todo sería distinto. Serías una buena musulmana, y no como ahora, que no tienes los suficientes principios para serlo. Jamás debí permitir que trabajaras. Nerea y Saida, malas influencias para ti.

—¿Vuelves con eso? Ellas no son malas, Karim, lo sabes. Siempre estaban en casa y te gustaba verme con ellas, decías que verme reír y feliz era lo que te gustaba. ¿Qué cambió? ¿Qué hizo que mi hermano mayor cambiara? — no podía dejar de llorar, algo que odiaba porque nunca quise que él viera mis lágrimas.

Karim me agarró por los brazos obligándome a ponerme en pie, y comenzó a zarandearme mientras me chillaba a la cara.

—Eres una niñata desagradecida y malcriada. Todo, Aisha, todo lo que siempre he hecho ha sido por el bien de nuestra familia. Quería lo mejor para ti, y, ¿cómo te comportas? Como una niña quejándote del compromiso. Hakim siempre ha tenido puestos los ojos en ti, siempre. Te quería como esposa cuando cumpliste los diecinueve y le negué eso por nuestra madre. Él ha sido paciente, ha esperado hasta este momento para hacerte su esposa, ¿y qué haces tú? Desplante tras desplante a tu prometido, Aisha. Deberías estar agradecida porque sea Hakim quien quiera desposarse contigo y comportarte como una prometida feliz, como Nadira. Siempre supe que serías la ruina de esta familia, y que le digas esas cosas a mi hija, solo me lo confirman.

—¡No le he dicho nada! —grité— Que no me guste la idea de que hagas con ella lo mismo que conmigo cuando sea mayor, no significa que le meta cosas en la cabeza como dice Yamila. Tienes que creerme, Karim, no le he dicho nada de eso. A Amina le encanta jugar con los bloques, solo dije más para mí que para ella, que podría ser una gran arquitecta, pero nada más —no podía dejar de llorar.

—Traerás la deshonra a esta familia, sé que lo harás, y no puedo permitir que ocurra, no puedes convertirte en la deshonra de todos nosotros.

Karim continuó gritándome mientras me zarandeaba, no me golpeaba, pero no dejaba de agarrar con fuerza mis brazos mientras yo lloraba impotente ante él, ante sus constantes chillidos y con sus ojos puestos en mí.

Una vez adoré esos ojos que me miraban con cariño, que brillaban radiantes de amor y felicidad al vernos a Kasin

y a mí, pero ahora… Ahora no había vida en ellos, desde hacía mucho tiempo.

Después de lo que me pareció una eternidad soportando chillidos, agarrones y ese zarandeo con el que creí que acabaría vomitando, mientras el calor de las lágrimas abrasaba mis mejillas, me soltó sobre la cama de nuevo y salió dando un nuevo portazo.

Solo había pasado una hora, pero debía reconocer que había sido la peor de toda mi vida.

Escuché el leve maullido de Trasto, me incorporé y lo vi asomado detrás de la mesa, extendí las manos hacia él y empezó a correr para subir a la cama conmigo.

Se acurrucó en mis brazos y no dejó de darme mimos frotando su cabecita en mi barbilla.

Jamás había visto así a mi hermano, no lo reconocía, era como si el mismísimo Demonio se hubiese apoderado de él en ese momento.

No sabría decir cuándo me quedé dormida con Trasto a mi lado, pero así fue. Ni siquiera había salido a cenar, y cuando miré la hora, suspiré.

Salí de la habitación sin hacer el menor ruido, me dirigía a la cocina a tomarme un vaso de leche y, al pasar por el cuarto de baño, escuché a mi madre llorando, desconsolada.

Todos en la casa habían oído los gritos de Karim, y la que más afectada estaba, la que peor lo pasaba con todo esto, era mi madre.

Se me partía el corazón y el alma de saber que estaba así, pero no hacía nada por evitar mi destino, solo yo podía hacerlo.

Quise entrar, abrazarla y pedirle que no llorara, que estaba bien, que mi hermano no me había golpeado esa vez, pero no lo hice.

Mis propias lágrimas comenzaron a brotar de nuevo y deseché la idea de ir a la cocina, en su lugar, regresé a mi habitación, me puse el pijama y me acosté.

Tardé en conciliar el sueño de nuevo, pero al igual que horas antes, lo hice mientras lloraba, con el rostro de Kevin en mi mente.

Unos días, solo unos días más y estaría con él, el hombre de mi vida.

Capítulo 44



Kevin

Me levanté recordando ese día en el que mi mirada se cruzó por primera vez con la de Aisha, eso fue suficiente para que, a partir de ese momento, mi mundo, como lo conocía hasta ahora, ya no fuese el mismo.

Faltaban tres días para el día de la liberación, ese en el que estaría pagada la policía para que hiciera la vista gorda en todo momento y os explico por qué…

Pensaréis que por qué ella no salía por pan y no volvía, o algo por el estilo, pues eso tiene una explicación muy lógica.

En Marruecos todo trayecto está dividido por un montón de controles policiales en los que muchos, eran hombres de Karim y que, si interceptaban a Aisha, lo podían avisar inmediatamente o peor aún, que él se diera cuenta de su desaparición y pusiera a toda la policía de controles patas arriba.

Para hacer algo así tiene que ser organizado con tiempo, que la policía de Mohamed estuviera preparando todo e hicieran coincidir sus guardias o incluso si les tocaba con personas de no confianza, hacer algo en ese momento para que el vehículo informado no fuese parado. Todo era cuestión de trazar un plan que ya tenía preparado mi hombre de confianza y todo su equipo.

Por no hablar de la policía que estaría en el aeropuerto que tuviéramos preparado para la salida, ese que debía darnos apoyo en caso de que se liara una gorda.

Pues eso, todo estaba organizado para el sábado, el día de la boda, ese que después del enlace y antes de la fiesta principal, iba a ser el punto en el que se llevaría a cabo todo el plan.

Pedí que me subieran un café mientras me lavaba la cara y me vestía, sabía que sería mi niña quien me lo trajera y yo estaba deseando darle un buen abrazo de buena mañana.

—Adelante, preciosa —murmuré apartándome.

—Buenos días, Kevin —sonrió con tristeza y fui tras de ella después de cerrar la puerta.

—¿Qué te pasa mi vida?

—He tenido bronca en casa —se le escapó unas lagrimillas y la rodeé con mis brazos para sentarla sobre mi regazo al borde de la cama.

—¿Qué pasó?

—Mi hermano, anoche me cogió en casa y en la habitación comenzó a decirme cosas horribles: como que yo iba a ser la ruina de la familia, que debía estar agradecida a Hakim y comportarme como una prometida feliz, que no podía convertirme en la deshonra de todos, que era una niñata desagradecida, malcriada y con pocos principios como para ser una buena musulmana… Fue horrible, una hora chillándome y zarandeándome.

—Tu hermano se está buscando que le enseñe cómo se debe tratar a una mujer y cómo hay que cuidarla. Él no es buen musulmán porque no es buena persona, además, en Marruecos el cincuenta por ciento de la población ya lleva una vida más occidental, que arraigada a las tradiciones que te quieren imponer. Él no es representación de buen musulmán, es la representación de la maldad y poco respeto a su familia. Te debería cuidar, respetar, tratar con cariño y, sobre todo, entender que tú no le debes nada y menos aún para caer en manos de alguien que no amas. Eso no es ser buen marroquí eso es ser la escoria de este país —murmuré en tono tranquilo mientras la abrazaba, intentaba hacerle entender que bajo ningún concepto debía preocuparse por las palabras de un mal hombre.

—Mi madre está sufriendo mucho, aunque no lo muestre, esta noche la escuché llorar en el baño sin consuelo cuando todos dormían.

—No debe ser fácil tener un hijo así y saber que no puede hacer nada para proteger a su hija.

—Yo, en su lugar, por una hija, mataría.

—Lo sé, Aisha, pero tu madre fue también obligada a un matrimonio pactado y por mucho que sea más protectora y no vea bien lo que quieren hacer contigo, está sometida a una tradición que es la única que conocen, ya que no ve más allá de todo eso, no sabe cómo se mueve la vida, no se lo han permitido.

—Eres muy bueno y tengo mucho miedo a que tu mamá no me acepte.

—Mi madre ya sabe que hay alguien en mi vida, tuvo ese sexto sentido y me preguntó sobre ello cuando fui —se

le dibujó la preocupación en la cara—. Tranquila, sé que te tratará como a una hija.

—¿Y me obligará a quitarme el velo?

—No —me reí—, ese lo quitarás cuando tú quieras, si quieres, obvio, nadie jamás te impondrá nada y será decisión tuya.

—A mí me gusta llevarlo.

—Y estás guapísima, además no te lo pones recogido para que parezcas un huevo —nos reímos—, lo llevas con mucho estilo.

—¿No te molesta?

—A mí no me molesta nada de ti, Aisha —le acaricié la cara y me fui hacia sus labios.

Se derretía por completo, cuando la besaba y abrazaba se estremecía en mis brazos y buscaba ese punto de apoyo que siempre encontraba en mí, sabía que no le iba a fallar a pesar de que a veces le entraran dudas como era normal, yo era un hombre que había aparecido por su vida de la nada.

Se marchó con todo el dolor de su corazón y del mío también, me costaba mucho dejarla marchar y a la vez me producía una cierta inquietud pues no me fiaba de su hermano para nada y era capaz de liarla en cualquier momento.

Me tomé el café y salí a desayunar a la calle, esa mañana sabía que estaban de cambios informáticos en el hotel además de que entraban productos de limpieza y cocina que esperaban, así que iban a estar muy liados e incluso podría ser otra persona quien me trajera el servicio.

No dejaba de darle vueltas a mi cabeza, deseaba que todo avanzara de forma rápida para poder salir de este país directo a comenzar una nueva vida junto a ella y mis dos seres queridos que me esperaban allí.

Se me hizo un nudo en la garganta recordando a mi hermana, me habría gustado que hubiese conocido a Aisha, no es que fuera a cambiar, pero quizás le hubiese venido muy bien tratar con ella.

Me reuní a media mañana con Mohamed y estuvimos revisando todo el plan, mi parte la tenía muy clara y la de ellos, también, todo tenía que salir según lo previsto y si no, al menos que Diana se encargara de quitar de en medio a Aisha, pero bueno, que iba a salir todo bien, tenía fe en ello.

Regresé al Riad donde pedí la comida y con suerte, me la trajo Aisha, que ya terminaba su turno. Estuvimos unos

minutos abrazados y besándonos. Esa tarde tenía que ayudar a su familia con el tema de la boda de Kasim, a ese hermano que ella adoraba y al que le dolía joder la celebración, pero sabía que era eso, o vivir como una esclava toda su vida, motivo que le hacía pensar en ella y tener decidido que, aunque así fuera, quería ser liberada y comenzar una vida nueva junto a mí.

El día se me hizo de lo más largo, intenté dormir una siesta y no pude, así que me pasé toda la tarde callejeando por el pueblo y aproveché para hacerle una videollamada a mi madre y enseñarle la medina, que la dejó de lo más fascina, es más, mi sobrino no dejaba de decir que era como un cuento y que algún día quería venir aquí a conocer esto. Me lo comía, tenía muchas ganas de abrazarlo.

Por la noche en la terraza de mi habitación fumando un cigarrillo escuchaba mucho jaleo en casa de Aisha y era obvio, ya que estaban con todos los preparativos para la inminente boda.

)

minutos abrazados y besándonos. Esa tarde tenía que ayudar a su familia con el tema de la boda de Kasim, a ese hermano que ella adoraba y al que le dolía joder la celebración, pero sabía que era eso, o vivir como una esclava toda su vida, motivo que le hacía pensar en ella y tener decidido que, aunque así fuera, quería ser liberada y comenzar una vida nueva junto a mí.

El día se me hizo de lo más largo, intenté dormir una siesta y no pude, así que me pasé toda la tarde callejeando por el pueblo y aproveché para hacerle una videollamada a mi madre y enseñarle la medina, que la dejó de lo más fascina, es más, mi sobrino no dejaba de decir que era como un cuento y que algún día quería venir aquí a conocer esto. Me lo comía, tenía muchas ganas de abrazarlo.

Por la noche en la terraza de mi habitación fumando un cigarrillo escuchaba mucho jaleo en casa de Aisha y era obvio, ya que estaban con todos los preparativos para la inminente boda.

Capítulo 45



Aisha

Y por fin llegó el día…

La mañana del sábado sería la última que estuviese con mi familia, y por ello quería pasar el máximo tiempo posible con quienes de verdad me importaban.

Era un día especial en la casa, la boda de mi hermano Kasim, que tanto esperaban él y su amada Nadira, y yo misma, pues para mí eran esos hermanos que tanto adoraba.

Desayuné temprano con él, aprovechando que él por los nervios de la boda apenas podía permanecer en la cama más tiempo, y yo por los míos propios tampoco.

—Hoy te casas, hermano —lo rodeé por los hombros y besé su mejilla.

—Sí, y estoy que me comen los nervios.

—No pensarás que Nadira se va arrepentir, ¿verdad? Esa niña te ama con todo su corazón.

—Lo sé, pero…

—¿Es por la noche de bodas? Mira que, en eso, aunque también sean vírgenes, los hombres siempre tienen un poco más de experiencia. ¿No ha hablado Karim contigo? —negó y lo escuché suspirar.

—Bastante tiene con los negocios. ¿Y si le hago daño, Aisha? No quiero lastimar a mi esposa en nuestra primera vez, y que piense que soy un bruto y que le dolerá cada vez que la tome.

—Solo sé paciente, Kasim —sonreí mientras le acariciaba la mejilla—. Cálmala con tus besos, con palabras

dulces, acaricia cada centímetro de su cuerpo con cuidado, como si fuera tu mayor tesoro. Ve poco a poco, no la presiones y, sobre todo, cuando os unáis por primera vez, abrázala haciéndole saber que estás ahí. Ya sabes que, para una mujer, perder la virginidad es un poquito doloroso al principio. Verás que todo va bien.

—Eres como mamá, tan dulce al hablar —en cuanto me abrazó sentí una punzada de dolor en el pecho, así como los ojos humedecidos.

Tenía que dejarlo ese mismo día, me iría del pueblo para siempre y no volvería a ver a mi hermano.

Se me escapó un sollozo y cuando lo notó, me apartó un poco y frunció el ceño.

—¿Por qué lloras, hermanita?

—Porque te has hecho tan mayor ante mis ojos, Kasim, que me resulta raro saber que eres un hombre adulto. Para mí siempre serás el niño con el que jugaba y corría por la calle.

—Tú también te has convertido en una mujer adulta, Aisha, madura y hermosa. No hagas caso de las cosas que dijo Karim la otra noche, ¿de acuerdo? No eres una deshonra para nuestra familia y nunca lo serás, y eres una buena musulmana —me besó la frente y en cuanto escuché pasos acercándose, me sequé las lágrimas y acabé de desayunar mientras nuestra madre preparaba el té para nuestro padre y Karim.

Fui a vestirme y en poco más de una hora salí de casa con mi madre para ir a la casa de Nadira donde la encontramos arreglándose.

Sonrió al vernos y me senté frente a ella para hacerle la henna en manos y pies.

Mientras lo hacía, todas las mujeres canturreaban, chillaban de felicidad y bebían té comiendo algún dulce mientras terminábamos de arreglar a la novia, esa que no podía estar más bonita.

El primer vestido de los tres que usaría Nadira era precioso, en color azul marino con adornos plateados y un gran velo de tul del mismo color con el que se cubriría.

Miraba a mi cuñada y la veía tan feliz, disfrutando de su gran día con esa sonrisa de oreja a oreja, que me mataba por dentro saber que en algún momento de la ceremonia tendría que irme.

No sabía qué planes tenían Kevin y el resto de los hombres con los que contara para sacarme de la boda, solo que tendría a Diana cerca.

Por lo que me había explicado ella misma se mezclaría con la gente formando parte de las mujeres del servicio, y

sería ella quien se acercara a mí, para hacerme saber dónde estaba en todo momento.

Por lo demás, no tenía la más mínima idea de lo que pasaría hasta que me llevaran al lugar en el que nos estaría esperando Kevin.

Solo sabía que, durante días, él había planeado todo al milímetro para que nada en absoluto fallara.

—Llegó la hora, cuñada —dije con una amplia sonrisa ayudando a Nadira a que se levantara.

—Estoy nerviosa.

—No eres la única —sonreí recordando a mi hermano, pero es que yo también lo estaba.

El momento de salir de esa vida, del mundo que me rodeaba, cada vez estaba más cerca y tenía los nervios tan agarrados al estómago, que había ido al baño en varias ocasiones a vomitar lo poco que había comido.

Salimos de la casa de Nadira y la acompañamos al lugar donde se celebraría todo. Karim se había encargado de que el bar del hermano de uno de sus hombres fuera cerrado en exclusiva para la boda.

En cuanto llegamos pudimos escuchar las voces y chillidos de los hombres que acompañaban al novio, así como la música.

Entramos, y cuando ambos novios se vieron al fin, sentí un nudo en la garganta y unas inmensas ganas de llorar al ver el modo en el que se miraban.

Miré a nuestro alrededor por si veía a Diana, pero no la vi por ningún lado. Sabía que iba a estar allí porque era ella la encargada de sacarme, y en ese último vistazo que echaba, vi a mi hermano Karim hablando con Hakim junto a Yamila.

Al verme, Hakim sonrió y vino hacia mí, sin apartar los ojos.

—*Habibati*, estás realmente preciosa hoy. Deslumbras más que la novia —dijo acariciándome la mejilla, cosa que odié, al igual que sus palabras.

No había querido llamar la atención ese día, por lo que me había puesto un vestido en azul con adornos dorados casi igual que el de mi madre, así como el color que muchas otras mujeres asistentes a la boda llevarían, mi prioridad era poder mezclarme con la gente de tal modo que nadie se percatara que me escapaba de la boda.

—Gracias, pero no hay nadie más bonita hoy que Nadira —sonreí mirándola.

Ella y mi hermano, bailaban mientras se sonreían el uno al otro al ritmo de la música y las palmas que los asistentes iban dando.

Hakim colocó mi mano sobre su antebrazo y me estremecí, no quería ir con él, no podía quedarme cerca, dado qu Diana debía encontrarme sola para poder darme la señal de que debíamos irnos.

Nos unimos a mi hermano Karim y a Yamila, mi madre y mi padre, estaban con Amina en una de las mesas sentados, y cuando mi madre vio que las observaba, le dijo a mi sobrina que me saludara.

De nuevo esas ganas de llorar al saber que ese día perdería tantas cosas que no podría recuperar nunca.

—¿Estás bien, *habibati*? —preguntó Hakim sosteniéndome la barbilla, sin darme cuenta, había empezado a llorar.

—Sí, es solo la emoción de este día.

—No queda mucho para la nuestra —sonrió y quise decirle que podía olvidarse de nuestra boda, pero permanecí callada por el bien del plan que estaba llevándose a cabo por Kevin para sacarme de allí.

Conseguí alejarme de ellos y fui a hablar con los novios, esos a los que se les veía felices y radiantes, dejando ver el amor que se tenían el uno al otro a través de sus ojos.

Y entonces alguien pasó por detrás de mí, me dio un leve toque en la espalda y cuando me giré, la mujer que vi me hizo un guiño.

La seguí a una distancia prudente y me detuve a su lado en una de las mesas cuando dejaba una bandeja llena de dulces.

—No estaré muy lejos de donde tú estés —me dijo Diana.

—¿Cuándo sabré que ha llegado el momento? —pregunté mientras cogía un dulce, evitando que alguien pudiera verme.

—Lo sabrás, no te preocupes.

Asentí de manera casi imperceptible y ella se fue por donde había venido, regresando poco después con otra bandeja.

Al igual que las otras mujeres que servían en la boda, Diana iba completamente cubierta, tan solo se le veían los

ojos.

La vi constantemente cerca de mí, no me perdía de vista, pero tampoco a mi hermano Karim, a fin de cuentas, posiblemente esperase el momento adecuado en el que él estuviera distraído para sacarme de allí.

Fue apenas un segundo el que tuve para reaccionar, al igual que el resto de invitados, cuando se escucharon los primeros disparos.

El lugar estaba lleno, cientos de hombres y mujeres comenzaron a chillar y correr de un lado otro. Muchos de los hombres de mi hermano desenfundaron sus propias armas confrontando el tiroteo que nos rodeaba.

Vi a algunos de esos hombres caer al suelo heridos, no sabía si de gravedad o no, y tampoco quería quedarme para verlo.

Me agaché junto a la mesa, cubriéndome los oídos mientras cerraba los ojos.

¿Qué estaba pasando? ¿Acaso un rival de mi hermano había decidido aparecer en ese momento, cuando yo debía irme?

¿Y dónde estaba Diana?

Al mirar hacia atrás la vi acercándose a mí, me cogió de la mano y comenzamos a correr entre la multitud aprovechando la confusión que se había generado, mientras los gritos de las mujeres se sucedían uno tras otro.

Estábamos a solo unos pasos de una de las salidas por la que nadie más iba cuando nos topamos con un muchacho que nos miró con la ceja arqueada.

Entré en pánico y por el modo en el que Diana me agarraba de la mano, supe que ella también tenía al menos un poco de miedo en ese momento.

—Solo huimos a escondernos —dijo ella, a quien se le había bajado el velo mientras corríamos—, Hakim quiere a Aisha en un lugar seguro.

Por un momento pensé que no iba a creerla, que diría que teníamos que volver hacia donde estuviera Hakim y que él mismo me sacaría de allí o algo así, pero, para mi sorpresa y la de Diana, el muchacho, que era tan alto como mi hermano Karim, echó un vistazo rápido por encima de nuestras cabezas y asintió mientras se apartaba dejándonos pasar.

Diana tiró de mí y mientras comenzábamos de nuevo esa carrera, miré hacia atrás y me pareció ver que mi

hermano Karim estaba mirando hacia nosotros, pero tal vez fue solo cosa de mi mente, una mala pasada debido al miedo de que me descubriera y viniera a por mí, puesto que fue un gesto tan rápido que lo más seguro fuera que no estuviera mirándonos a nosotras.

Diana y yo comenzamos a correr tan rápido como podíamos por las calles traseras de aquel lugar, ella no dejaba de mirar hacia atrás cada poco tiempo comprobando que no estuvieran siguiéndonos, sentía que me ardía el pecho de tanto correr, me latía el corazón con tanta fuerza que podía escucharlo en mis oídos.

Dudaba que no acabara desmayándome antes de llegar allí donde fuéramos.

—Ahí está —dijo Diana y vi un todoterreno esperando por nosotras.

En cuanto nos vio llegar, el hombre abrió la puerta de la parte trasera para que subiéramos nada más llegar.

—*¡Yallah, yallah!* —gritó cuando estábamos a solo unos pasos.

Ese "¡vamos, vamos!", me supo a gloria en cuanto subí al coche, la puerta se cerró y solo unos instantes después el coche salió a toda velocidad de allí.

Miré por el cristal de atrás, al igual que Diana, temiendo que los hombres de Karim nos hubiesen seguido, pero nadie, absolutamente nadie, venía tras nosotros.

Suspiré recostándome en el asiento, dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Lo habíamos conseguido, habíamos salido de aquel lugar aprovechando el momento de confusión y nadie, absolutamente nadie, impidió que nos fuéramos.

—Se acabó, pequeña —dijo Diana, con la sonrisa instalada en su voz.

—No se acabó —respondí mirándola—, es solo el comienzo. Solo espero que Karim no venga en mi busca, o todos, absolutamente todos, estaremos muertos mañana.

hermano Karim estaba mirando hacia nosotros, pero tal vez fue solo cosa de mi mente, una mala pasada debido al miedo de que me descubriera y viniera a por mí, puesto que fue un gesto tan rápido que lo más seguro fuera que no estuviera mirándonos a nosotras.

Diana y yo comenzamos a correr tan rápido como podíamos por las calles traseras de aquel lugar, ella no dejaba de mirar hacia atrás cada poco tiempo comprobando que no estuvieran siguiéndonos, sentía que me ardía el pecho de tanto correr, me latía el corazón con tanta fuerza que podía escucharlo en mis oídos.

Dudaba que no acabara desmayándome antes de llegar allí donde fuéramos.

—Ahí está —dijo Diana y vi un todoterreno esperando por nosotras.

En cuanto nos vio llegar, el hombre abrió la puerta de la parte trasera para que subiéramos nada más llegar.

—*¡Yallah, yallah!* —gritó cuando estábamos a solo unos pasos.

Ese "¡vamos, vamos!", me supo a gloria en cuanto subí al coche, la puerta se cerró y solo unos instantes después el coche salió a toda velocidad de allí.

Miré por el cristal de atrás, al igual que Diana, temiendo que los hombres de Karim nos hubiesen seguido, pero nadie, absolutamente nadie, venía tras nosotros.

Suspiré recostándome en el asiento, dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Lo habíamos conseguido, habíamos salido de aquel lugar aprovechando el momento de confusión y nadie, absolutamente nadie, impidió que nos fuéramos.

—Se acabó, pequeña —dijo Diana, con la sonrisa instalada en su voz.

—No se acabó —respondí mirándola—, es solo el comienzo. Solo espero que Karim no venga en mi busca, o todos, absolutamente todos, estaremos muertos mañana.

Capítulo 46



Karim

Apenas unos minutos para que mi futura hermana pequeña llegara a reunirse con mi hermano, y él seguía nervioso. A cada segundo que pasaba, más lo estaba.

—Vamos, hermano, tómate un té, les sentará bien a tus nervios —dije dándole una palmada en la espalda para qu me acompañara a por uno.

—¿Tanto se me nota?

—Más vale que no le cojas ninguna bandeja llena de vasos con bebida, o acabarás derramándolo todo —reí.

Él resopló y volteando los ojos, un gesto tan de nuestra hermana Aisha, que entendía esa conexión que había entr ellos.

Siempre la hubo, desde que no eran más que unos niños y corrían detrás de mí por toda la casa queriendo que jugara con ellos.

Pero eso acabó, me convertí en adulto y en el sustento de la familia y tuve que dejar que ellos siguieran siendo niños mientras yo me ocupada de todos.

—¿También estuviste tan nervioso el día de tu boda, hermano? —me preguntó mientras bebíamos.

—No lo recuerdo, pero puede que sí.

Lo recordaba, por supuesto, pero los nervios que yo sentí aquel día no eran por las mismas razones que él.

—Kasim, si tienes preguntas sobre la noche de bodas…

—No, no tengo —se apresuró a interrumpirme—. No te ofendas, hermano, pero no eres el hombre indicado para hablar de ese tema.

—¿Por qué no? Estoy casado y sé cómo es el sexo con una mujer. ¿O es que no llegas virgen y no lo sabe la novia?

—Por supuesto que sí, dije que esperaría al igual que ella, y lo cumplí.

—Tienes que tener las bolas moradas, hermanito, porque cuando Nadira y tú estáis cerca, se nota la tensión. ¿Al menos la has besado?

—¿Quieres dejar de actuar como un hermano mayor normal? No te pega, narco de Chaouen —dijo con cierto desdén.

Fruncí el ceño mientras bebía mi té, obviando el nombre con el que todos me conocían en el pueblo, y otros colindantes.

Sí, desde hacía años me ganaba la vida traficando con hachís, mi hermana me odiaba por eso y lo había dejado muy claro no hacía mucho, pero era algo que debía hacer si quería que mi familia estuviera bien, estuviera cubierta en todo momento.

—Lo siento —volvió a hablar sacándome de mis pensamientos—, no quería ser tan brusco.

—No hay problema, hermano, sé que no soy un hermano mayor al uso, os dejé de lado mucho tiempo y…

—Conciertas nuestros matrimonios en recompensa —suspiró, pero sonaba a queja.

—¿No estás contento con la mujer que escogí para ti?

—Lo estoy, la amo y ella a mí, pero sabes que Aisha…

—No hables de eso, Kasim, hoy no —le pedí evitando que siguiera, dándole un apretón en el hombro—. Hoy es tu día, hermano, disfrútalo, di tus votos, y ama a la mujer que se convertirá en mi hermana el resto de tus días. Cuídala, protégela, y sed felices criando a mis sobrinos.

—¿Tú eres feliz? Porque si lo fueras con Yamila, no buscarías a otras mujeres.

—Si alguna vez llega ese momento para ti, lo entenderás, hermano. Y ahora, ve a por tu futura esposa —señalé

hacia la puerta por donde una hermosa y radiante Nadira acababa de entrar sonriendo hacia Kasim.

Al verla, mi hermano sonrió cogiendo aire y se acercó a ella.
Lo veía feliz, y me gustaba saber que ese matrimonio, aunque concertado, haría que ambos lo fueran.

No así el de Aisha, pero ese era otro tema.

Mi hermana entró y causó más impresión que la novia, como siempre pasaba. Muchos de los hombres invitados a la boda de Kasim, esos que trabajaban para mí, la deseaban desde hacía años, muchos de ellos quisieron que se la entregara como esposa cuando no era más que una chiquilla de quince años, pero hasta para un cabrón como yo, aquello no era negociable.

Tan solo uno se atrevió a reclamarla unos meses después, y aunque la quería como esposa en cuanto cumpliera los dieciocho, conseguí convencerlo de esperar dos años, lo que acabaron siendo cinco más a petición de mi madre, ahora me replanteaba si tomé la mejor decisión.

—Aquí estás, *habibi* —dijo Yamila, acercándose a mí.

—¿Y la niña? —pregunté.

—Con tus padres —señaló a una de las mesas.

—Hermano —Hakim me saludó y tras un abrazo, sus ojos se posaron en los de Aisha, no tardó en acercarse a ella con su habitual sonrisa.

—Sabes que es lo correcto —escuché decir a Yamila a mi lado mientras miraba a mi hermana.

—Lo sé.

—Es que a veces pienso que…

—He dicho que lo sé —rugí mirándola, poco antes de que Aisha y Hakim se unieran a nosotros.

Desde ese momento desconecté de la conversación que mantenían Yamila y Hakim, sobre lo felices que se les veía a nuestros hermanos, miraba a Aisha de vez en cuando, parecía nerviosa y no podía reprocharle nada, si de por sí me odiaba por comprometerla con mi mejor amigo, el hecho de que en las últimas semanas me hubiera hecho perder los nervios y la abofeteara, no era de extrañar que la tuviera nerviosa en mi presencia.

—¿Estás bien, *habibati*? —le preguntó Hakim, sosteniéndole la barbilla, no sabía si Aisha era consciente, pero

estaba llorando.

—Sí, es solo la emoción de este día —respondió en apenas un hilo de voz.

—No queda mucho para la nuestra —le informó él, y mi hermana se tensó ante esas palabras.

La miré, esperando que se encontrara con mis ojos y viera la advertencia que le estaba dando en ese instante. “No me hagas enfadar, no contestes de malos modos a tu prometido, no arruines el día de nuestros hermanos”.

Pero no me miró, se excusó y fue hacia Kasim y Nadira para hablar con ellos.

Yo mismo me disculpe unos momentos para ir a ver cómo estaba mi pequeña Amina, esa que, nada más verme, sonrió lanzándome los brazos para que la cogiera.

—Hola, *habibi* —susurré al cogerla.

Mi amor, ese nombre solo era digo de mi pequeña hija, al menos ahora, algo que a su madre no le había llamado nunca por mucho que ella sí me lo llamaba a mí.

—Papá, ¿guapa? —sonrió mirándose el vestido.

—Preciosa, hija, estás preciosa —besé su cabeza.

Quien me conocía sabía que era un hombre despiadado, que podría matar a otro con mis propias manos, dirían que en el lugar donde debía estar mi corazón no había más que un bloque de cemento, y así era, un bloque de cemento que cobraba su forma de corazón cuando tenía a mi hija en brazos. Ella era la luz para mi oscuridad.

No sabía el tiempo que había pasado desde que me centré en Amina, cuando empecé a escuchar disparos.

Venían de todas partes, así como los gritos de los invitados que comenzaban a correr.

—¡Meteos bajo la mesa! —grité a mis padres, mientras mi madre cogía a Amina— ¡Ahora!

Saqué mi arma y me agaché cubriéndome con una mesa que tiré al suelo, eché un vistazo y vi que nos rodeaban desde varias puertas del salón.

Estábamos rodeados y muchos de mis hombres caían al suelo.

Uno de ellos lo hizo justo a mi lado, con un tiro certero entre ceja y ceja. Sus ojos inertes me observaban y supe que esa noche tenía que dar el pésame a una joven esposa, madre de un bebé de la edad de Amina, y otro en camino.

—¡Joder! —grité dando un golpe al suelo y me puse de pie.

Empecé a disparar a quienes nos disparaban a nosotros. ¿Quién cojones estaba haciendo esto? ¿Se había atrevido alguno de mis putos rivales a irrumpir en la celebración de la boda de mi hermano para matarme?

Si era el caso, la venganza iba a ser terrible, que Allah protegiera al bastardo que se hubiera atrevido a atentar contra mi familia.

Una quemazón hizo que siseara, me volví a cubrir con la mesa y vi la manga beige de mi ropa cubriéndose de sangre. No era más que un rasguño en el hombro, pero ardía como llamas del mismísimo Infierno.

Cuando volví a levantarme a disparar, conseguí alcanzar a un par de tipos, pero nada grave, un mísero rasguño como yo tenía.

Maldita sea, no podía dejar que se fueran de rositas. Sangre por sangre, uno de los suyos por uno de mis hombres.

Y entonces vi el vuelo de un vestido que me resultaba familiar, miré hacia una de las zonas de salida por la que no iba nadie y vi a Aisha corriendo allí mientras una mujer la arrastraba.

Al ver que el velo de la mujer caía, comprobé que se trataba de Laila y cuando Abdel se situó ante ellas, frenaron en seco. Laila dijo algo, él miró hacia mí y asentí de manera imperceptible, pero él lo entendió.

Las dejó pasar y volví a centrarme en el tiroteo que nos rodeaba apartando la mirada de mi hermana y la mujer que me había cautivado en el momento en el que Aisha miraba hacia mí.

No sabía qué hacía Laila en la boda, tal vez quería estar cerca de mí y ese fue su modo de conseguirlo. Era amiga de mi hermana y si se arriesgaba para poner a Aisha a salvo de este infierno que se había desatado, le estaría eternamente agradecido.

Mi hija lloraba bajo la mesa mientras mi madre trataba de consolarla, los disparos seguían resonando como estallidos de pequeñas bombas, impactaban en las paredes y en las mesas, atravesaban la carne de mis hombres y los hacía caer al suelo, algunos sin vida, otros soltando auténticos alaridos de dolor.

Recargué mi arma y volví a disparar sin piedad, de un hombre a otro, esperando alcanzar a tantos como pudiera.

Pero eran rápidos, y esquivaban mis balas y las de mis hombres sin el menor esfuerzo.

—¡¡Yamila!! —el grito de Hakim hizo que mirara en su dirección, y en el momento en el que lo hice, vi el cuerpo de mi esposa desplomándose hacia el suelo, con los ojos casi cerrados.

Dos disparos, uno en el vientre y otro en la cabeza. El sonido de su cuerpo chocando contra el suelo fue como un estruendo.

Dirigí la mirada hacia la zona de donde podrían haber llegado esos disparos y tan solo pude ver una figura corriendo mientras huía del lugar.

Los disparos cesaron, apenas quedaban invitados en el lugar que seguían escapando por donde podían, muchos de mis hombres estaban heridos o muertos en el suelo, y mi hija seguía llorando a puros gritos desgarradores y desconsolados.

Mi esposa había muerto, lo sabía sin necesidad de acercarme a ella, pero lo hice de igual modo.

Caminé con los ojos puestos en Yamila, buscando el movimiento de su pecho subiendo y bajando, pero no había tal movimiento.

Me arrodillé, toqué su cuello, pero no tenía pulso. Sus ojos se habían quedado abiertos, y de los labios se escapaba una fina línea de sangre.

—Karim —miré a Hakim que había llegado a mi lado, y vi la furia en sus ojos.

—Han ido en contra nuestra, no sé quién ni por qué, pero han venido a por nosotros —dije.

—Esto requiere venganza, su muerte pide sangre a cambio.

Asentí, sabía que así debía ser y así sería, pero primero tenía que averiguar quién venía por nosotros, cuál de nuestros rivales se había atrevido a atacarnos el día de la boda de mi hermano.

Eché un vistazo y encontré a Kasim tras su mesa protegiendo a Nadira, ella lloraba mientras veía el cuerpo de algunos de los hombres muertos a su alrededor.

Sin duda esa pobre chiquilla no olvidaría el día de su boda, y no porque fuera a recordarlo como el más feliz, sino como el más sangriento.

Me acerqué a ellos para saber cómo estaban, Nadira se encontraba en *shock*, en un estado de nervios tal, que le

pedí a algunos de mis hombres que la llevaran a ella y a mi hermano, a ver al médico.

Fui a ver cómo estaban mis padres y les pedí que se marcharan a casa, rogándoles que evitaran pasar por donde estaba el cuerpo de Yamila, no quería que mi hija viera así a su madre por última vez.

—Señor Karim —me llamó uno de mis hombres.

—Dime Ahmed.

—Señor, puede que esto haya tenido algo que ver con su hermana.

—¿Con Aisha? —preguntó Hakim.

—Sí, señor —asintió.

—Ella salió de aquí, alguien se la llevó para ponerla a salvo.

—La vieron a ella y a otra mujer subiendo en un coche, creo —carraspeó Ahmed, y pude ver el temor en sus ojos antes de decir sus siguientes palabas—. Creo que la han secuestrado, señor Karim.

—¿Crees que tu hermana era el objetivo? ¿Crees que querían secuestrarla para…? Karim, es mi prometida —rugió Hakim.

—Y sabías que muchos de nuestros rivales querían una alianza a cambio de un matrimonio con ella —le recordé.

—Nadie va a quitarme a mi mujer, Karim —me señaló con el dedo—, nadie. Te recuerdo que tú tienes mucho que perder.

—Lo sé, y te aseguro que voy a recuperar a mi hermana, cueste lo que cueste, pero la traeré de vuelta.

pedí a algunos de mis hombres que la llevaran a ella y a mi hermano, a ver al médico.

Fui a ver cómo estaban mis padres y les pedí que se marcharan a casa, rogándoles que evitaran pasar por donde estaba el cuerpo de Yamila, no quería que mi hija viera así a su madre por última vez.

—Señor Karim —me llamó uno de mis hombres.

—Dime Ahmed.

—Señor, puede que esto haya tenido algo que ver con su hermana.

—¿Con Aisha? —preguntó Hakim.

—Sí, señor —asintió.

—Ella salió de aquí, alguien se la llevó para ponerla a salvo.

—La vieron a ella y a otra mujer subiendo en un coche, creo —carraspeó Ahmed, y pude ver el temor en sus ojos antes de decir sus siguientes palabas—. Creo que la han secuestrado, señor Karim.

—¿Crees que tu hermana era el objetivo? ¿Crees que querían secuestrarla para…? Karim, es mi prometida —rugió Hakim.

—Y sabías que muchos de nuestros rivales querían una alianza a cambio de un matrimonio con ella —le recordé.

—Nadie va a quitarme a mi mujer, Karim —me señaló con el dedo—, nadie. Te recuerdo que tú tienes mucho que perder.

—Lo sé, y te aseguro que voy a recuperar a mi hermana, cueste lo que cueste, pero la traeré de vuelta.

Capítulo 47



Karim

Se la habían llevado, algún maldito cabrón de todos los rivales que teníamos en estos negocios, se había llevado a mi hermana y a Laila.

En cuanto Ahmed dijo aquellas palabras saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de Laila, mi última llamada fue a ella la noche antes para verla, pero dijo que no podía, estaba agotada por el trabajo.

Tal vez por eso acudió a la boda, para verme, aunque fuera de lejos, se había quedado con las ganas al igual que yo.

Saltaba el buzón todo el tiempo, en las cuatro ocasiones que la llamé en cuestión de apenas unos minutos, y eso no podía ser bueno.

¿Les habían quitado los móviles? ¿Para qué se llevarían a mi hermana? Joder, me iba a volver loco, si algo le pasaba a Aisha, o a Laila…

No sabía qué tenía esa mujer, pero se había convertido en algo imprescindible para mí.

Estaba casado, sí, pero estaba dispuesto a mantenerla a ella a mi lado, a pesar de que no podría tomarla como esposa, Yamila lo habría impedido.

Yamila, pensé entonces y me giré para encontrar su cuerpo sin vida a solo unos pasos. Estaba muerta, mi esposa estaba muerta y yo acababa de convertirme en un hombre viudo, padre de una bebé de apenas dos años.

La certeza de que Yamila ya no sería un impedimento para estar con Laila, hizo que mi pecho se llenara de un sentimiento que tenía olvidado desde hacía años.

Miré a mi esposa, sus ojos sin vida y la sangre que cubría de carmesí el suelo en un gran charco, ese que se formaba por los dos orificios de bala que había acabo con ella.

Certeros, posiblemente desde la distancia, pero certeros para cumplir el objetivo de matarla.

—Karim, hay que encontrar a tu hermana —escuché la voz de Hakim a mi espalda—. Y vengar la muerte de tu esposa, de mi prima.

Suspiré. Sí, Yamila era primera de Hakim, un matrimonio al que me vi forzado a embarcarme por nuestro vínculo en los negocios, por esa amistad de años el uno al lado del otro, un matrimonio del que me arrepentía cada segundo de mi vida, pero que, al menos, me había dado un tesoro, el mayor de todos los tesoros que un hombre podía poseer. Mi pequeña Amina.

—¿Me estás escuchando? —gritó cogiéndome del brazo para que me girara a mirarlo.

—Sí, te estoy escuchando, maldita sea. Sé lo que tengo que hacer, no hace falta que me ladres órdenes como si fuera uno de los muchachos —me solté de su agarre y miré a Ahmed, que seguía por allí junto a otros de nuestros hombres, verificando cuántos muertos había—. Ahmed —lo llamé y vino al segundo.

—¿Señor Karim?

—Que cierren el puerto, el aeropuerto, y que mantengan vigiladas las putas carreteras. Nadie, escúchame bien —le señalé con el dedo—, nadie puede sacar a mi hermana de Tánger.

—Sí, señor Karim —asintió y se fue corriendo mientras daba órdenes a un par de nuestros hombres para que lo acompañaran.

—Averigua quién ha hecho esto —dijo Hakim en cuanto nos quedamos solos—. Quiero la cabeza del maldito cabrón que se ha llevado a mi mujer y ha matado a mi prima. Sangre por sangre, hermano.

—Aisha aún no es tu mujer, y si alguno de nuestros rivales se la ha llevado y la obliga a casarse con él, será complicado que puedas tomarla.

—Si eso pasa, Karim, por Allah te aseguro que perderás todo lo que tienes.

—Sabías que la querían —lo miré de nuevo—. Yasir, Hasan, grandes rivales. Farid, Ibrahim, dos de nuestros hombres. ¿Sigo? Porque la lista entre los nuestros, es bastante larga.

—Empieza por nuestros hombres, que los interroguen, a todos. Si alguno de esos bastardos se ha llevado a mi

mujer, lo pagará con su vida.

—Sigues dándome órdenes, y eso no es lo que debes hacer, Hakim —le recordé—. Eres mi mano derecha, ¿lo has olvidado? —Arqueé la ceja.

—Estás en esa posición gracias a mí, ¿o lo has olvidado, hermano? Quiero respuestas, y si en el proceso esos bastardos tienen que morir, será la voluntad de Allah.

Se fue hacia una de las salidas y llamó a uno de sus muchachos de más confianza, este lo siguió y supe a ciencia cierta que iba a remover cielo y tierra para encontrar a mi hermana.

No me opondría, necesitaba de cuanta más ayuda mejor para eso.

Volví a marcar el número de Laila y el resultado seguía siendo el mismo, me recibía el buzón de voz cada una de las veces que llamaba.

¿Arriesgó su vida para poner a salvo a mi hermana y ahora las tenían a las dos?

¿Y qué harían con ella? Si era uno de nuestros rivales, y me decantaba por Yasir, tomaría a mi hermana como esposa, pero Laila no le serviría de nada.

Cientos de imágenes a cuál peor se me pasaban por la cabeza: Laila en una mazmorra sin comida ni agua, Laila siendo el juguete de los hombres de Yasir, Laila asesinada…

—Maldita sea —me pasé las manos por el pelo con frustración.

La impotencia de no saber y no poder hacer nada me carcomía por dentro.

Tendría que visitar a Yasir, hablar con él y, si no tenía a Aisha, averiguar si sabía quién se la había llevado.

Pero antes, tenía que enfrentarme a la larga lista de hombres que estaban bajo mi mando y que siempre quisieron a Aisha como esposa.

Cuando les dije que su mano había sido entregada en matrimonio a Hakim, mi mejor amigo y hombre de confianza, todos aceptaron sin objeciones.

¿Sería que ahora, con su boda a tan solo una semana, alguno de ellos había decidido arrebatársela?

Marqué el número de uno de mis hombres y le pedí que reuniera en su casa a los que iba a mencionarle, y los

quería allí esa misma noche.

Hablaría con todos ellos uno por uno, habría sangre en el peor de los casos y algunos golpes en el mejor, pero quería respuestas y las obtendría.

Nadie iba en contra del jefe, nadie entraba a tiros en la boda de mi hermano pequeño para llevarse a mi hermana, atemorizando a toda mi familia.

Nadie, absolutamente nadie, jodía al narco de Chaouen y se iba de rositas.

—Señor Karim —me giré cuando uno de los muchachos me llamó—. ¿Quiere que nos encarguemos también de su esposa?

Mi esposa, Yamila, esa que yacía aún en el suelo.

Eché un vistazo rápido a su cuerpo, que comenzaba a perder cierto color, y suspiré.

—¡Señor Karim! —gritó alguien entrando por la puerta— La policía ha venido, quiere hablar con usted.

—Que pasen, que vean el desastre que han hecho quienes nos han atacado —asintió y volvió hacia la puerta—. Ocupaos de mi esposa —le dije al otro.

—Lamento su pérdida, señor Karim.

—Gracias.

Yo también lamentaba mi pérdida, y mucho, pero no la que todos pensaban.

Si hubiera sabido que esto ocurriría, lo habría evitado.

quería allí esa misma noche.

Hablaría con todos ellos uno por uno, habría sangre en el peor de los casos y algunos golpes en el mejor, pero quería respuestas y las obtendría.

Nadie iba en contra del jefe, nadie entraba a tiros en la boda de mi hermano pequeño para llevarse a mi hermana, atemorizando a toda mi familia.

Nadie, absolutamente nadie, jodía al narco de Chaouen y se iba de rositas.

—Señor Karim —me giré cuando uno de los muchachos me llamó—. ¿Quiere que nos encarguemos también de su esposa?

Mi esposa, Yamila, esa que yacía aún en el suelo.

Eché un vistazo rápido a su cuerpo, que comenzaba a perder cierto color, y suspiré.

—¡Señor Karim! —gritó alguien entrando por la puerta— La policía ha venido, quiere hablar con usted.

—Que pasen, que vean el desastre que han hecho quienes nos han atacado —asintió y volvió hacia la puerta—. Ocupaos de mi esposa —le dije al otro.

—Lamento su pérdida, señor Karim.

—Gracias.

Yo también lamentaba mi pérdida, y mucho, pero no la que todos pensaban.

Si hubiera sabido que esto ocurriría, lo habría evitado.

Capítulo 48



Kevin

Llegó el día de la liberación y me levanté hecho un manojo de nervios.

Tenía una sensación tan extraña y jodida que no creo recordar haber pasado por la vida con tal angustiosa situación, era como un todo o nada, ahora o nunca.

El jueves fue un día en el que, quitando que vi un par de veces por la tarde en la habitación a Aisha, por lo demás había sido de reuniones con Mohamed que me tenía al tanto de absolutamente todo.

Pero bueno, que esos encuentros valieron para calmar ambos los nervios con esos momentos de besos y abrazos en los que nos escudábamos para aguantar esa tensa situación por la que estábamos atravesando a cuenta de todo el dispositivo de la liberación.

El viernes ella no trabajó y yo me fui con Mohamed a Tetuán, ya que teníamos una reunión con Amir para darnos los últimos detalles de lo que él había movido en la zona del Rif para el dispositivo policial, además de lo que movió para la otra provincia, ya que íbamos a salir por el aeropuerto de Fez para no levantar ninguna sospecha.

Lo último que se les ocurriría es que llegara hasta allí para salir del país y todo eso liándose mucho, su familia daba por sentado que no tenía pasaporte ni visado para poder salir de Marruecos. Y como decía, lo lógico y rápido era el ferry de Tánger o el aeropuerto de esta ciudad.

En principio toda la liberación iba a parecer de todo menos que el objetivo era Aisha, así que lo primero que se les iba a pasar por la cabeza es que otra banda de narcos habían ido a por ellos, dado que había mucha rivalidad en ese ámbito.

Aproveché el ir a Tetuán con Mohamed para hacer algunas compras, quería llevarle especias a mi madre y también quería hacerme con una cadena con un colgante de la mano de Fátima, en oro, sabía que le iba a gustar muchísimo.

Y encontré una preciosa que era labrada, tanto que compré dos, una para mi madre y otra para Aisha. No dudé en comprársela.

Luego nos metimos en el mercado del zoco, ya que Mohamed quería aprovechar y comprar algunas cosas para su casa como frutas, verduras, carnes y huevos, me reí al verlo coger tres cartones.

—Gastamos muchos huevos en casa —sonrió.

—Ya te digo y eso que yo uso bastante porque es lo que tomo como proteínas cuando hago deporte.

—Aquí lo usamos hasta sin hacer eso.

—Y allí, y allí, pero esto es una barbaridad, tres cartones.

—Somos muchos en casa, en una semana ya no queda ni rastro de las cascaras.

La verdad es que echamos un día bastante bueno y que nos sirvió para que las horas de ese día pasaran mucho má rápidas.

Dejé el hotel y me marché a la zona de aparcamientos donde estaba el todoterreno que habíamos alquilado para llevar a Aisha una vez sacada de allí. En el coche me dirigí hacia las afueras del pueblo en dirección a Fez, pero solo a media hora donde allí me encontraría con ella y luego nos escoltarían hasta el aeropuerto en otros coches.

Nervioso, incluso me notaba un sudor frío que me hacía sentir de manera muy extraña. Todo estaba bien planificado, pero… ¡La quería ya junto a mí!

Me agobiaba hasta la ropa que llevaba puesta, era todo molesto, ni siquiera podía concentrarme, solo tenía en mente la imagen de Aisha, esa mujer que se había convertido en mi todo.

Llegué al punto donde nos encontraríamos y era una casa en un desvío de la carretera, allí estaba uno de los hombres de Mohamed que reconoció el coche del que le habían avisado en el que llegaría y me saludó amablemente mientras abría las puertas de entrada a su finca.

—Soy Ibrahim —extendió su mano.

—Kevin, soy Kevin —sabía que este hombre era de los de máxima confianza de Mohamed.

Su esposa no tardó en aparecer por la terraza del exterior con una bandeja con una tetera, vasos y pasteles hechos

por ella. Le di las gracias y sonrió. Se veía un matrimonio muy amable y cercano.

—Te veo muy nervioso, amigo, relájate que todo saldrá bien, Mohamed lo tiene todo muy atado.

—Hasta que no la vea aquí conmigo, será difícil que me tranquilice —reí nervioso mientras me encendía un cigarrillo.

—La verás, pongo mi vida en una hoguera que la verás, Mohamed no te fallaría en eso, lo sé de buena mano.

—Soy consciente, pero la vida es una ruleta de la fortuna y a veces no sabemos qué sorpresa nos puede deparar.

—Todo está controlado, no hay ruleta, amigo. Es verdad que a veces esperamos un golpe de suerte en nuestras vidas, pero este no es el caso y menos cuando todo depende del hombre más meticuloso del norte de Marruecos –se refirió a Mohamed, y es que yo también lo veía así.

Estuve una hora de lo más nervioso, acababan de dar las doce de la mañana, justo la hora del enlace que se estaría produciendo en estos momentos.

s

Me habría encantado estar allí dándolo todo, pero eso no podía ser, un español entre todo el jaleo haría saltar muchas alarmas y lo más importante era eso, que nadie sospechara de la presencia de un hombre extranjero y menos cerca de su hermana.

En ese momento me entró una llamada de mi madre que dudé en coger, pero por la hora que era estaba seguro de que aún no venían ni de camino.

—Mamá, ¿qué tal estáis?

—Bien hijo, ¿y tú?

—Bien, mamá, bien.

—Pedrito quiere decirte una cosa.

—Pásamelo —sonreí.

—Tito papá —me eché a reír cuando me llamó por esos dos nombres—. Quería preguntarte si podías conseguirm una pegatina de Superman para la bicicleta.

—Claro, me encargaré de eso, ni lo dudes, a mí me encantaba Superman.

—Es que mi amigo Ulises y yo, vamos a ir un día al parque en la bici y él tiene una pegatina de Superman que hace que se vea más guay.

—Guay eres tú —me reí—. Claro que sí, mi niño, la tendrás.

—¿Y puedo pedir un último deseo?

—Venga, a ver si me llega el dinerito.

—Que me compres una camiseta de Superman también —se echó a reír nervioso.

—Creo que me llegará.

—¡Bien! —se le escuchaba eufórico al otro lado de la llamada.

Me pasó a mi madre y me despedí de ella, diciéndole que pronto le daría una sorpresa. Quedó en hablarme más tarde.

Ibrahim estaba pendiente en todo momento a recibir información, al igual que yo, aun a sabiendas que podrían aparecer en cualquier momento sin haber contactado con nosotros.

Primero era la liberación y luego el desate de todo lo que iba a suceder y de lo que pedí que no fuera testigo Aisha la debían tener alejada antes de que todo se produjera, o al menos sacarla a tiempo para que no corriera ningún riesgo. Yo sabía que el grupo de Mohamed irían a hierro, esto era lo que necesitaban como excusa para ir contra ellos, era un tema de tiempo atrás, cosas de bandas que velaban por sus mercancías.

Sentía una presión en el pecho grandísima, esperaba que por nada del mundo saliese nada mal, es lo único que le pedía a la vida.

—Te he preparado este té, te veo nervioso, no es a la menta, es de especias para relajarte, pero no te preocupes que no te dejará flojo ni nada por el estilo —me dijo su mujer con mucho cariño.

—Gracias, la verdad es que me vendrá bien.

Me sentía vacío como si mi vida dependiera de este instante, me sentía un extraño, no me reconocía, me faltaba el aire, las fuerzas que tanto necesitaba en estos momentos, pero lo cierto es que estaba muerto de miedo como nunca lo había estado, porque si a ella le pasara algo a mí se me acabaría la vida.

La tensión iba en aumento con el paso de los minutos, cada vez estaba más estresado y ni siquiera ese té que me habían preparado con tanto cariño estaba surgiendo efecto.

Estaba a punto de perder los nervios y de pie dando vueltas, el pellizco en el estómago era lo peor y es que ya no sabía ni qué hacer, además, estaba poniendo nervioso hasta a ese pobre hombre que me aguardaba en su casa.

Y fue una hora después cuando aparecieron dos coches que entraron precipitadamente e Ibrahim abrió las puertas, cuando del primero se bajó Diana y seguidamente Aisha, que iba preciosa con un elegante vestido azul y los filos en plateados.

En ese momento rompí a llorar corriendo a abrazarla, ella estaba pálida, nerviosa, y no tardó en soltar esas lágrimas mientras me apretaba con todas sus fuerzas.

—Ya está, ya está —le dije mientras la besaba en el cuello sin despegarme de ella.

—¡¡¡Hay que salir hacia Fez, ya!!! —gritó el conductor del otro coche haciéndonos volver a la realidad de que todavía no estaba todo conseguido.

Diana se sentó de copiloto y Aisha detrás, yo iba al volante y los otros dos coches uno delante de nosotros y otro detrás.

Aisha comenzó a cambiarse de ropa en el coche para ponerse un pantalón y una camiseta y guardar el vestido, también se puso las deportivas que yo le había regalado días atrás.

No quise preguntar nada, además a cargo de lo que pasaría después se quedaba Mohamed con el otro grupo, así que ellas poco sabían y los otros coches solo tenían que escoltarnos y no permitir que nos pasara nada por el camino.

Los controles de policía que íbamos pasando ni nos paraban, sabían que estos coches debían proseguir y ellos mirar hacia otro lado.

Increíble, cuando allí no pasas dos controles sin que te paren, pero se notaba que todo estaba meticulosamente preparado.

En tres horas llegamos a Fez, tres horas donde el silencio fue absoluto y los nervios se podían sentir en cada parte del vehículo.

Cuando nos bajamos, le entregué las llaves a uno de los chicos que iban en el otro coche y me fui con ellas hacia dentro. Sabía que teníamos dos miembros de seguridad secreta siguiendo cada uno de nuestros pasos.

Pasamos con éxito la frontera policial marroquí que nos daba vía libre para entrar a la zona de embarque.

Y tal como nos vieron las azafatas, abrieron otro canal de fila y nos hicieron entrar los primeros para la zona de primera clase, esa que había pagado y dejado dicho de ocupar de forma instantánea y prioritaria.

Entramos al avión y me senté con Aisha, a la que dejé en ventanilla y Diana se puso en otros asientos.

—Estás temblando —dije acariciando su mano.

—Estoy muerta de miedo, más del que jamás imaginé tener.

—Mi vida, ya estamos a punto de llegar a tu libertad.

—Aún no hemos despegado, aún pueden entrar.

—No había nada raro en el aeropuerto, ni les habría dado tiempo a comprar un billete.

—No sé, tengo una sensación extraña.

—Mírame —le agarré la barbilla y la coloqué mirándome—. Estás nerviosa, muerta de miedo y eso es lo que te produce esa sensación. Todo va a estar bien, mi vida, todo. Ya no tienes nada que temer.

—En medio de toda la confusión vi a Karim mirándome mientras huía con Diana, pero creo que fue cosa mía, habría ido detrás de nosotras. Fue todo tan rápido…

—Nadie te vio, de ser así no te lo hubiese permitido, ahora estás confusa con todo, mi vida —le acaricié la mejilla por la que le brotaban las lágrimas.

La escuché soltar el aire cuando el avión comenzó a despegar.

—Ya nos vamos —me miró sonriendo con tristeza.

—Sí, ya eres libre, mi vida… —Le agarré la mano y comencé a acariciársela mientras ella llorando miraba por la ventanilla.

Capítulo 49



Aisha

Miraba por la ventana del avión sin dejar de pensar en todo lo que dejaba atrás, en mi vida y la familia a la que quería.

Mi madre, mi hermano Kasim, la pequeña Amina y mis dos amigas, así como mi cuñada Nadira.

Se me partía el alma al pensar en el dolor que podría estar sintiendo mi madre. Si a mí era como si acabaran de arrancarme el pecho, ¿qué sería para ella?

El día que casaba al menor de sus hijos, perdía a la hija que tanto adoraba.

Pero no había hecho nada por librarme de mi destino, tan solo retrasarlo unos años. De haber estado en su lugar, de ser yo la madre y ver cómo mi hija se moría en vida esperando el momento de ser encadenada a un hombre al que no amaba, habría removido cielo y tierra hasta sacarla de allí como había hecho Kevin.

Kevin, suspiré procurando que no me escuchara mientras pensaba en lo que había arriesgado. Aún me resultaba difícil creer que alguien como él, del que no sabía nada realmente, se hubiera enamorado de mí, hasta el punto de organizar todo aquello para evitar que me casara con Hakim.

¿Quién era el hombre que tenía al lado en ese momento? ¿A qué se dedicaba para haber sido capaz de que un grupo de hombres entrara disparando en la boda de mi hermano solo para sacarme de allí?

Disparos, uno tras otro, hombres de Karim cayendo al suelo, heridos o tal vez muertos.

¿Había dado alguna de esas balas a mi familia? ¿Estarían bien mi madre, Kasim, Nadira, la pequeña Amina?

Se me escapó un leve sollozo y noté el calor de las lágrimas por mis mejillas.

—¿Aisha? —Kevin me llamó y me apresuró a secarlas— ¿Qué te pasa, mi vida?

—Nada, solo pensaba en mi familia. Temo que una bala…

—No pienses en eso, cariño —me pidió acariciándome ambas mejillas—. Mohamed sabe lo que se hace, y estoy seguro que, si tu hermano tiene un mínimo de respeto por su familia, habrá hecho que se pusieran a cubierto para que no les pasara nada a ninguno.

—No puedes evitar que tenga miedo al respecto, es mi madre, Kevin —volví a llorar—, por mucho que no evitara lo que me esperaba casándome con Hakim.

—Lo sé, mi vida, no imagino que haría si algo le pasara a mi madre en una situación como esa. Pero ten fe, cariño, Mohamed no permitiría que a tus seres queridos les pasara algo.

Me besó con ternura y no pude hacer otra cosa que asentir, deseando y rezando que así fuera. Eran mi familia, me dolía separarme de ellos, que tanto me querían por mucho que no pusieran remedo a mi destino, pero si les pasaba algo, nunca me lo perdonaría.

El resto del viaje lo pasé pensando en ellos, rezando a Allah para que los hubiese protegido, que los cuidara de ahora en adelante y que velara por ellos. Sabía que mi madre se podría preocupar de dónde y cómo estaría, y eso, eso me partía el alma.

En cuanto Kevin me dijo que estábamos llegando, sentí un nudo en el estómago, una punzada en el pecho que no me dejaba casi respirar.

Era libre, después de lo que me pareció una eternidad desde que Diana me sacó de aquel salón, era libre lejos del mundo que siempre había conocido.

Eché un vistazo rápido por la ventana, aterrizamos en la pista y no pude apartar los ojos de aquel recorrido, los últimos metros antes de alcanzar definitivamente la libertad, tras lo que sin duda había sido una experiencia que nunca, jamás imaginé que viviría.

Tras desabrocharnos los cinturones, pusimos rumbo los tres hacia la salida, y cuando al fin entramos en el aeropuerto, Kevin, me agarró de la mano con fuerza.

—Bienvenida a tu nueva vida, cariño —sonrió y le devolví el gesto.

Fuimos hacia la salida y allí vimos a dos hombres que nos observaban, entré en pánico y apreté tanto la mano de

Kevin, que pensé que se la iba a aplastar.

—Kevin —murmuré—. Karim me ha encontrado —dije temblando.

—Tranquila, vienen a recogerme a mí —comentó Diana con una sonrisa.

Ahí nos separábamos, ella regresaba a donde quiera que fuera en ese momento, y Kevin y yo nos íbamos a su casa.

—Muchas gracias por todo, Diana —dije abrazándola sin poder dejar de llorar.

—No tienes por qué darlas, pequeña —me acarició la espalda—. Este es mi trabajo, hacer lo que Kevin me pide cuando necesita ayuda, y yo, simplemente me lanzo a la arena, como los gladiadores en el circo —hizo un guiño cuando se apartó—. Ahora te toca vivir, ¿vale? Ser libre y feliz de amar y hacer lo que quieras.

—¿Volveremos a vernos? —pregunté puesto que la tenía ya como a una más de mis amigas.

—Claro que sí —sonrió con cariño—. No tanto como me gustaría, no tanto como en Chefchaouen, pero te prometo que volveremos a vernos algún día. Por lo pronto, disfruta de este hombre y de tu nueva vida, y aunque sé que te va a costar no pensar… intenta no hacerlo mucho, por experiencia te digo que eso solo hará que te agote mental y físicamente.

—Mi madre, mi hermano pequeño…

—Estarán bien —me aseguró acariciándome la mejilla.

—Nunca sabré cómo agradecerte lo que has hecho por mí —empecé a llorar de nuevo.

—No llores, que mira que, con lo dura que soy y lo mucho que me cuesta llorar, acabaré como una magdalena aquí mismo —dijo haciéndome reír—. Sé feliz, con eso me doy por más que satisfecha y recompensada —sonrió antes de darme un beso en la mejilla—. Kevin, como siempre, un placer trabajar contigo.

—Lo mismo digo Diana, gracias por todo, cualquier cosa que necesites…

—Lo sé, lo sé, estás a una llamada de distancia —sonrió—. Pero, nah, ahora céntrate en tu mujer, y en vivir vuestra historia como merecéis.

—Tenemos que irnos —informó uno de los dos hombres que había esperándola.

—Claro que sí, bombón, yo voy con vosotros a donde me digáis. ¿Habrá masaje y final súper feliz para este cuerpo? —preguntó mientras se pasaba ambas manos por los costados.

Los dos hombres sonrieron de medio lado, se miraron de reojo y vi un destello en sus miradas. Diana me hizo un guiño antes de girarse y se alejó con ellos.

—¿Qué ha querido decir con eso de final súper feliz? —le pregunté a Kevin mientras caminábamos hacia la salida.

—Se refería a un poco de sexo —carraspeó.

—Oh —noté que me sonrojaba y él se echó a reír.

Me besó en la mejilla y continuamos caminando, en el momento en el que puse un pie fuera en aquel lugar, para mí desconocido, respiré hondo.

—Mi nuevo hogar —murmuré con una sonrisa mirando a Kevin, que también sonrió.

s

—Claro que sí, bombón, yo voy con vosotros a donde me digáis. ¿Habrá masaje y final súper feliz para este cuerpo? —preguntó mientras se pasaba ambas manos por los costados.

Los dos hombres sonrieron de medio lado, se miraron de reojo y vi un destello en sus miradas. Diana me hizo un guiño antes de girarse y se alejó con ellos.

—¿Qué ha querido decir con eso de final súper feliz? —le pregunté a Kevin mientras caminábamos hacia la salida.

—Se refería a un poco de sexo —carraspeó.

—Oh —noté que me sonrojaba y él se echó a reír.

Me besó en la mejilla y continuamos caminando, en el momento en el que puse un pie fuera en aquel lugar, para mí desconocido, respiré hondo.

—Mi nuevo hogar —murmuré con una sonrisa mirando a Kevin, que también sonrió.

Capítulo 50



Kevin

Aterrizamos en Málaga donde tenía mi coche, ya que le pedí a un amigo que cogiera la llave de emergencia en la inmobiliaria y se encargara de ir con alguien a Tarifa y llevarlo al aeropuerto y dejármelo ahí.

Nos despedimos de Diana que habían venido por ella y nos emocionamos los tres. Hubo abrazos de corazón.

Llegamos hasta el coche donde cogí el tique del *parking, ya* que me lo habían dejado ahí para pagarlo, y en menos de cinco minutos estaba ella mirando por la ventanilla del coche admirando todo cuanto dejábamos a nuestro paso

—Estoy en España —murmuró sonriendo.

—Sí, mi vida, sí —le acaricié la mejilla.

—No sueltes el volante —protestó.

—Tranquila, con una mano soy capaz de conducir toda la vida —le causé una sonrisilla.

Llamé a mi madre con el manos libres del coche.

—Hijo mío, te escribí un par de mensajes antes.

—Sí, pero preferí esperar para poder llamarte.

—¿Todo bien? —preguntó preocupada.

—¿Qué tal si me invitas a cenar y te respondo?

—¿Estás en España? —su tono se notó más feliz.

—Voy de camino a tu casa.

—Ahora mismo me pongo a preparar la cena.

—Mamá, una cosa, traigo mucha hambre, prepárame doble ración —le hice un guiño a Aisha que sonreía nerviosa.

—Claro, hijo, cuenta con ello.

—En veinte minutos nos vemos.

—Bueno, lo mismo no está terminada, pero me pongo ya a ello.

—Sin prisas, me invitas a un vino y espero que se termine de hacer.

—Ya sabes que tu botellita siempre la tienes.

—Te amo, mamá.

—Y yo, hijo mío, verás qué sorpresa se lleva Pedrito, está viendo una peli.

—No le digas nada.

—Claro. Nos vemos ahora, hijo.

—Sí, mamá.

Miré a Aisha que no entendía nada.

—¿No le has dicho que voy? ¿Os espero en el coche?

—¿En el coche? No te dejaría sola ni un minuto —reí—. No, no se lo he dicho, que se sorprenda.

—Estoy muy nerviosa.

—Así llevas todo el día, bueno y las últimas semanas —me reí. La pobre había aguantado demasiada presión y

nerviosismo a partes iguales, pero supo estar a la altura de todo, aunque muchas cosas no las mereciera, pero no la hicieron meter la pata.

—Quiero caerle bien —murmuró apenada.

—Eso será muy fácil —le acaricié la mano y carraspeó, no quería que soltara el volante.

Llegamos a la puerta de mi madre y vi cómo se quitaba el velo y lo dejaba en el hueco de la puerta.

—¿Y eso?

—Respeto a tu familia, es otra cultura.

—Si respetas a mi familia, deja que te respeten a ti, el velo te lo quitas porque no quieras llevarlo, no porque quieras que te acepten, quien te quiera te aceptará con tus tradiciones y tu personalidad, pero no lo hagas por caer bien y que no te miren raro. Sé quién es mi madre y vienes a una casa con valores. Es más bonito que te conozca siendo tú y no intentando ser otra persona.

—Pues me lo pongo —apretó los dientes—. Eres un gran hombre.

—Y tú estás preciosa con velo y sin él, eres libre, te lo recuerdo.

Se bajó del coche con el velo y abrí la puerta encontrándome a Pedrito de frente.

—¡Abuela el tito está aquí con una amiga con un gorro en la cabeza! —gritó causándonos una carcajada. Se tiró a mis brazos y lo cogí en mi regazo mientras le tiraba mordisquitos en el cuello y se ponía de lo más nervioso.

—Hola, hija —dijo mi madre mirándola sorprendida mientras yo seguía con Pedrito en brazos.

—Hola, señora —se acercó a ella y Aisha comenzó a darle muchos besos en la mejilla.

—Hijo, qué cariñosa es.

—Mamá, en su cultura se saluda así.

—Pero soy cariñosa —contestó precipitadamente—. Por cierto, me llamo Aisha.

—Yo soy María —le acarició mi madre la espalda mientras la miraba sonriente.

—Y yo, Pedrito —dijo tirándose a los brazos de Aisha desde los míos, cosa que sabía que, a ella, por su cara le había encantado ese gesto del niño.

—Es preciosa —me dijo mi madre, mirándola mientras ella tenía en brazos a su nieto.

—Es increíble. ¿A que tengo buen gusto? —pregunté sacándole una sonrisa a ambas.

—Es preciosísima, sí señor, has tenido buen gusto, pero ella también, tú vales tu peso en oro.

—Así es, señora María.

—Por favor, llámame María, lo mismo te conviertes en mi otra hija —dijo con tristeza recordando a mi hermana.

—Lo siento, María —me dio al niño y se fue hacia ella, para abrazarla.

Me pareció tan bonito ese momento que tuve que contenerme de llorar, ver a mis dos mujeres abrazadas era la bendición más grande que la vida me podía dar.

Abracé a mi madre con mucho cariño, ya por fin tenía a mi alrededor todo lo que quería, aproveché que Aisha fue al baño un momento.

Nos fuimos a la cocina con ella, Pedrito, se sentó en su regazo y no se le quitaba de encima, mientras ella le daba juego preguntándole por el cole y sus amiguitos.

—Por cierto, te traje especias y este regalito —le di la cajita de la joyería.

—Hijo, qué preciosidad —dijo sacando la cadena con el colgante de la mano de Fátima.

—Qué bonita —se apresuró también Aisha.

—Para ti hay otra —saqué la otra cajita y la dejé boquiabierta. Se la colocó, al igual que por el camino a Fez se puso la pulsera, el anillo y las argollas que yo le había regalado y estaba deseando usar.

—No debías, era un regalo para tu mamá.

—Aisha, hija, para las dos, solo que me lo dio primero, pero él pensó en las dos —le dijo mi madre, pasando por su lado y acariciándole la espalda.

—Es usted muy buena conmigo.

—Quien hace feliz a mi hijo, trae a esta casa felicidad.

—Gracias —sonrió mientras se quitaba el pañuelo y lo metía en su bolso.

Es verdad que a las marroquís le gustaba mucho el oro y por eso Aisha no tardó en tener todo puesto.

Le pusimos una Coca Cola Cero y yo me tomé un vino, solo uno que luego debía conducir a la casa.

Cenamos con ellos y Aisha no dejaba de alabar a mi madre por su mano en la cocina, le habían encantado los rollitos de pollo con beicon y nata que había preparado.

Nos despedimos de ella, quedando en que pasaríamos al día siguiente a recogerlos para ir a la calle a comer los cuatro, era domingo y había que aprovecharlo en familia.

—Tu madre tiene una casa de lujo —murmuró sin saber lo que le esperaba.

—La mía es cuatro ladrillos en medio del campo.

—Seríamos felices hasta en una jaima —se refirió a tienda de campaña grande.

—Bueno, tanto como una jaima no, que tengo hasta una cocina y baño.

—Entonces tienes mucho —sonreía feliz.

—¿Mejor?

—Sí, pero me es difícil haber salido de allí de esta manera y saber que no volveré a ver nunca más a mi madre y hermano pequeño.

—Nunca se sabe, la vida puede dar muchas vueltas, el tiempo lo cura todo.

—Yo ya estoy desterrada, para siempre, por siempre.

—Ellos pierden, Aisha, ellos pierden.

Imaginaba la sensación que tenía que tener con ese tema, no era fácil separarse de esas personas que te habían acompañado toda la vida, pero ninguno dio la cara por ella para salvarla de un matrimonio no deseado, que sí que retrasaron el momento, pero, ¿y qué? Si el final iba a ser el mismo.

Entramos a la urbanización en la que estaba mi mansión que era una zona de lo más privada y con seguridad. La cara de Aisha era de no entender nada cuando el chico uniformado me identificó, sonrió y me abrió la verja.

Y cuando miraba hacia mi mansión y di con el mando para abrir las puertas, su cara era más impresionante aún, por no decir cuando me adentré con el coche y lo estacioné.

—¿No íbamos para tu casa?

—Bienvenida a nuestra casa, mi vida.

—¿Quién eres, Kevin? —preguntó un poco confusa.

—Me presento, soy Kevin Castillo, el dueño de una de las inmobiliarias más exitosas en ventas y construcción de casas de lujo de la provincia de Málaga —carraspeé.

—Creo que me falta el aire —dijo abriendo la puerta y saliendo mientras miraba impresionada hacia la mansión. Incrédula, asombrada, perpleja, estaba de mil maneras y a mí me encantaba ver su cara.

Saqué mi maleta y la bolsa que había preparado Diana con ropa que compró en Tánger un día que fue para que Aisha tuviera para cambiarse los primeros días hasta llevarla a comprarse de todo, la pobre no tenía de nada, todo lo había dejado en Marruecos, pero eso era lo de menos, vida nueva y ropa a estrenar.

Si desde fuera le impresionó, por dentro estaba que no salía de su asombro mirando hacia todos los lados.

—Yo aquí me pierdo —murmuró causándome una risilla.

—No te perderás, solo espero que te guste lo que ves.

—¿A quién no le podría gustar algo así? Estoy impresionada, te lo juro, no esperaba por nada del mundo encontrarme con esto, me hubiera conformado con un pisito con una habitación, pero al ver esto no dejo de reconocer que es como un sueño del que creo que voy a despertar en cualquier momento y no tendré ni novio ni casa —se echó a reír.

—Verás la "*pechá*" de limpiar que te vas a tener que dar —bromeé.

—Pues no creas que no te la voy a mantener de lo más limpita, que a mí no se me caen los anillos.

—Tengo personal de cocina y de limpieza —la besé.

—Pero yo quiero ayudar.

—Ya me ayudas estando a mi lado, mi vida —la abracé con todas mis fuerzas, ya la tenía en casa. Había merecido la pena todo.

—Pues no creas que no te la voy a mantener de lo más limpita, que a mí no se me caen los anillos.

—Tengo personal de cocina y de limpieza —la besé.

—Pero yo quiero ayudar.

—Ya me ayudas estando a mi lado, mi vida —la abracé con todas mis fuerzas, ya la tenía en casa. Había merecido la pena todo.

Capítulo 51



Kevin

Amanecí con ella desnuda reposada sobre mí y rodeándome con su mano. Sonreí al verla tan plácidamente descansar en la que ya era nuestra casa.

—Buenos días, Kevin —sonrió cuando abrió los ojos y me pilló observándola.

—Buenos días, preciosa dama —besé sus labios—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, demasiado bien diría yo —me apretó más fuerte.

—¿Un desayuno?

—Sí, por favor —se incorporó de forma inmediata.

Podría decir que era el amanecer más bonito que había tenido en mi vida.

Nos vestimos, ella se puso unos *leggins* negros con una camiseta que le cubría hasta las caderas, se le veía escultural. El velo no lo había cogido e imaginé que dentro de la casa no lo usaría, tal y como hizo en la casa de mi madre, al quitárselo durante la cena.

Nos dirigimos a la cocina donde ya estaba Georgina, la señora encargada de la cocina que nos saludó con mucha simpatía y se presentó a Aisha.

Georgina tenía cincuenta años y venía de ocho a tres, era una persona muy prudente y trabajadora. Nos invitó a sentarnos en la terraza delantera que estaba acristalada y allí nos llevaría el desayuno.

—Yo la puedo ayudar — murmuró mientras salíamos de la cocina.

—Disfruta de tu casa, mi vida —la besé en la mejilla.

—Yo no estoy preparada para una vida de lujos —reía volteando los ojos y poniendo cara de terror.

—Ni yo para ser tan feliz como lo estoy siendo, pero a todo nos debemos de adaptar. ¿No es acaso así el amor?

—¿Qué pasaría cuando me marché? —preguntó preocupada.

—Luego nos pondrá al día de todo Mohamed, tranquila, estoy esperando noticias de él, pero ya estás aquí, mi vida, ya estás aquí.

—Hubo muchos tiros, espero que a mi familia…

—No son tontos, estaban bien preparados — intenté tranquilizarla sin saber exactamente qué había pasado.

Georgina nos puso el desayuno por delante y se le abrieron los ojos como platos de lo bien preparado que lo había traído.

—Pero bueno, imagino que esto no será todos los días —reía impactada.

—Claro, ¿por qué no?

—En mi casa eran los cafés y tostadas conforme nos íbamos levantado, pero todo así de aquella manera. No es que pasáramos hambre, ni mucho menos, pero no se preparaba tan vistoso todo. Me encanta.

—Es normal, no es lo mismo que cuando están trabajando y se esfuerzan en ponerlo de esta manera, en casa de m madre también es todo más a la ligera y sobre la mesa, no se para en poner el desayuno tan preparado.

—Seguiré impactada durante mucho tiempo —rio consiguiendo sacarme otra sonrisa, la amaba con todo mi corazón.

Desayunamos relajadamente con una de nuestras manos entrelazadas todo el tiempo, se notaba que ambos necesitábamos ese contacto.

Me parecía increíble tenerla en casa conmigo, después de lo que habíamos pasado para llegar hasta aquí.

Desde seguridad avisaron que venían a entregarme un paquete, siempre nos avisaban y lo pasaban por un control

de seguridad, me extrañó porque no esperaba nada.

Georgina salió a cogerlo y vino con una cajita que me entregó y no dudé en abrir por intriga más que nada.

Era como de una firma que me sonaba, saqué el contenido y la cara de Aisha se descompuso tanto como la mía.

—¿Por qué has recibido eso?

—No lo sé, no tengo ni idea —dije mirando el tanga bordado de mujer que venía.

—Hay una nota.

—Sí —la abrí descompuesto perdido.

"Guárdamelo para nuestro siguiente encuentro. Sé que te encantará que lo lleve. Sara"

No me caí de la silla porque Dios no quiso.

—¿Qué pone?

—Es una tontería.

—¿Me lo enseñas? —esa pregunta me dejó sin aliento.

—No te va a gustar ni lo vas a entender.

—Quiero intentarlo —dijo triste y le di la nota. Su cara fue un poema, boquiabierta por completo.

—No es nada en mi vida, es una conocida con la que tuve algún lío que otro.

—Pero te manda estas cosas, no terminó lo vuestro.

—No, no, no vayas a llorar.

—Me siento mal, creo que no soy tan especial como creía.

—Eres la mujer más especial del mundo, no llores, por favor. Desde que te conocí no quiero saber nada de mi pasado, mi vida. Además, con ella nunca tuve nada formal y ella lo sabía.

—¿Y cómo sé que es verdad? —preguntó con tristeza.

—A ver, preciosa, hagamos una cosa, llamo a Sara con el manos libres y le cuento que me enamoré y vivo con la mujer de mi vida. ¿Lo quieres escuchar?

—No, pero tengo miedo.

—Estás sensible y esto que me llegó es lo más desafortunado que pudo pasar, jamás me envió nada, es más, tengo mensajes que pueden corroborar la de intentos que tuvo de quedar conmigo y no siempre lo conseguía.

—¿La utilizaste?

—No, simplemente se terció alguna que otra vez y ya, no había nada más entre nosotros.

—Pero, ¿ella te ama?

—No lo creo, pero si lo hiciera, no es correspondida. No te voy a mentir, me cae muy bien, pero de ahí a otra cosa va un mundo.

—¿Y si te dice un día de quedar para tomar algo?

—No, eso ya no pasará, hablaré con ella y le diré mi nueva situación, donde vaya lo haré contigo, quiero ser tu sombra —me acerqué y la besé intentando animarla.

—Mi lencería era muy fea.

—Tu lencería era la más bonita del mundo porque tu cuerpo la realzaba de una manera especial.

—¿Has estado con muchas mujeres?

—Con ninguna como tú —carraspeé intentando hacerla sonreír.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Me dejas llamar a mi abogado?

—¡Tonto! —se echó a reír.

—Cariño mío, he tenido una vida, en Europa es normal que los hombres y mujeres tengan sus líos sin necesidad de compromiso.

—Jo, no me digas nada más que se me pone mal cuerpo de imaginarte…

—Te la estás buscando —comencé a hacerle cosquillas y dejó el café sobre la mesa para no derramarlo.

—Me he llevado una fuerte impresión con ese regalo que has recibido, siento haberme puesto así, no tengo derecho después de todo lo que has hecho por mí.

—Cariño, hice lo que mi corazón me pidió y lo haría mil veces, no te preocupes por ponerte así, eso es señal de que te importo de verdad, solo quiero que confíes en mí, y día a día verás que tomaste el camino más apropiado para hacer una vida fuera del adoctrinamiento.

—No te mereces que me haya puesto de esta manera —se levantó y se sentó sobre mis rodillas abrazándome por el cuello.

—Vida mía, no te preocupes, en serio, te puedo garantizar de que, si hubiera sido a ti, a la que le llega unos calzoncillos todavía estaría dando gritos —dije causándole una carcajada.

—Jamás, ya encontré al hombre de mi vida, no podría mirar a nadie como te miro a ti, ni mucho menos —me dio un beso mientras agarraba mi mejilla con mucho cariño. En ese momento apareció Georgina con otros dos cafés.

—¿Puedes tirar esto? —le di la caja con todo dentro.

—Claro, señor.

—¿Lo vas a tirar? —preguntó cuando se marchó.

—Lo va a tirar, sí, ¿para qué la quiero? —Arqueé la ceja.

—No sé, es un regalo.

—¿Quieres que lo ponga en la mesita de noche a modo de florero? —pregunté produciéndole una grandísima carcajada.

—No, no —decía sin poder parar de reír.

Sinceramente me había sabido muy mal que me llegara eso en estos precisos momentos cuando no me había llegado nunca nada, eso tenía que ser el Karma, que tendría ganas de dar por saco un rato y me tocó a mí.

Después de desayunar subimos para la habitación a darnos una ducha para vestirnos e ir a recoger a mi madre y el niño para irnos a comer.

Nos metimos bajo el agua y la agarré por las caderas antes de darle el primero de los tantos besos que le pensaba dar bajo la ducha.

Su piel se erizaba y a mí me provocaba el mayor de los deseos. Era como un pastel gigante que hacía babear hasta a un ciego.

Mis labios se dirigieron a sus pezones para absorberlos, eran de lo más sexys y sensuales, ella se dejaba acariciar sin poner ninguna objeción, todo lo contrario, abriendo paso para que mis manos se manejaran con facilidad.

Gimió al sentir mis dedos entrando en su vagina, echó la cabeza hacia atrás cuando notó esos círculos que le iba haciendo en su clítoris con mi lengua mientras la penetraba con los dedos.

Se corrió entre mis labios, causando que me pusiera aún más caliente de lo que ya estaba. Me levanté, la giré y le puse las manos contra la pared antes de penetrarla de espaldas. Me agarré a sus senos una vez me había adentrado en su interior.

Gritó salvajemente experimentando otra forma de tener sexo más fuerte, más fogoso, más desinhibido.

Esto también era parte del amor, sentirnos de mil maneras…

Sinceramente me había sabido muy mal que me llegara eso en estos precisos momentos cuando no me había llegado nunca nada, eso tenía que ser el Karma, que tendría ganas de dar por saco un rato y me tocó a mí.

Después de desayunar subimos para la habitación a darnos una ducha para vestirnos e ir a recoger a mi madre y el niño para irnos a comer.

Nos metimos bajo el agua y la agarré por las caderas antes de darle el primero de los tantos besos que le pensaba dar bajo la ducha.

Su piel se erizaba y a mí me provocaba el mayor de los deseos. Era como un pastel gigante que hacía babear hasta a un ciego.

Mis labios se dirigieron a sus pezones para absorberlos, eran de lo más sexys y sensuales, ella se dejaba acariciar sin poner ninguna objeción, todo lo contrario, abriendo paso para que mis manos se manejaran con facilidad.

Gimió al sentir mis dedos entrando en su vagina, echó la cabeza hacia atrás cuando notó esos círculos que le iba haciendo en su clítoris con mi lengua mientras la penetraba con los dedos.

Se corrió entre mis labios, causando que me pusiera aún más caliente de lo que ya estaba. Me levanté, la giré y le puse las manos contra la pared antes de penetrarla de espaldas. Me agarré a sus senos una vez me había adentrado en su interior.

Gritó salvajemente experimentando otra forma de tener sexo más fuerte, más fogoso, más desinhibido.

Esto también era parte del amor, sentirnos de mil maneras…

Capítulo 52



Kevin

Se había puesto un mono negro de punto muy bonito, le quedaba precioso, iba combinado con las deportivas blancas y una chaqueta vaquera, la ropa que le había elegido Diana en las tiendas de Tánger, allí estaba Zara, Stradivarius y muchas cadenas de ese tipo. Había elegido un velo blanco a juego con el bolso que también le había comprado en una de esas tiendas.

Se la veía feliz estrenando ropa y mirándose al espejo.

—Estás preciosa —la abracé por detrás mirándola a través del espejo.

—Habéis sido para mí como unos ángeles caídos del cielo.

—Me alegra que nos veas así.

—Me hace mucha ilusión ir a comer con tu madre y nuestro sobrino —me encantó que lo llamara así.

—Más me hace a mí —le hice un guiño, le di un beso en el cuello y la agarré de la mano para salir hacia el coche.

Arranqué el coche y salimos de la urbanización en dirección a casa de mi madre, mientras escuchábamos las canciones de mi *Playlist* mientras Aisha miraba todo lo que pasaba a su alrededor. Sonreía, pero de vez en cuando también se le asomaba la tristeza que le producía la nostalgia de saber que muchas personas a las que amaba no iban a estar en su vida por lo menos en mucho tiempo o peor aún, nunca más.

Estaban afuera de la casa esperándonos y bajamos del coche para saludar y yo abrochar al pequeño en su sillita.

Mi madre tuvo un arte que no pudo con él, agarró por la cara a Aisha y comenzó a darle muchos besos en la mejilla.

—Hoy te saludo yo conformé a tu religión, hija mía —le decía mientras Aisha reía de verla que no la soltaba.

—Tito, se está comiendo a tu novia.

—No va a dejar nada para los demás.

—Abuela, que aquí está tu hijo —le gritó desde la sillita del coche para que a mí también me diera un beso.

—Es verdad, es que esta chica es adorable y dan ganas de comérsela —jamás había visto a mi madre así, bueno n es que le hubiera traído muchas novias, y la última fue hace muchos años, pero se notaba que se sentía cómoda con Aisha.

Después de saludarnos todos, nos metimos en el coche y me dirigí hacia un restaurante frente al mar que era una pasada, además el día estaba muy agradable y apetecía aprovechar esos rayos de sol.

Por su cara, Aisha estaba sorprendida con el lugar que había escogido, además había llamado para reservar una mesa y nos tocó un sitio de lo más privilegiado.

Pedí unos entrantes de marisco y de plato principal una paella de bogavantes.

—Aisha, hija, y tú, ¿cuántos años tienes?

—Veinticinco —sonrió.

—Os lleváis catorce años, como mis padres.

—No sabía eso yo —arqueé la ceja.

—Sí, mi padre era catorce años mayor que mi madre.

—Tito, ¿os vais a casar? —preguntó Pedrito, causándonos una carcajada a todos.

—Pues claro —dijo mi madre—. ¿No ves con los ojos que se miran?

—Gracias, María —le dijo Aisha a mi madre, acariciándole el brazo—. Gracias por tanto cariño.

—Hija, acabo de perder a mi niña, te veo a ti y miro lo feliz que está mi hijo, y me hacéis sentir más viva.

—Te entiendo.

—Y un día me voy a poner un velo de esos y nos vamos a tirar una de esas fotos modernas de frente.

—Un selfi mamá —dije, riéndome por su comentario.

—Cuando usted lo desee —le sonreía.

o—Tú, háblame de tú.

—Lo intento —se ruborizó.

—Tita —le dijo con toda la naturalidad del mundo el niño a Aisha y a ella, que lo nombró esta mañana como sobrino, se le cayó la baba—. ¿Puedo ir a dormir con vosotros y mañana me lleváis al colegio?

—Claro, me encantaría.

—Mamá, ya no tenemos ni voz ni voto —bromeé.

—Y la abuela también se puede venir —dijo Pedrito.

—Claro —le respondió de nuevo Aisha.

—Ay no, a mi dejadme sola por una noche y sin responsabilidades —Pedrito, se carcajeó de escucharla.

La comida le encantó a Aisha, sobre todo la paella, que no dejaba de decir lo buena que estaba, repitió y todo.

Dejamos a mi madre en casa y entramos a coger la mochila del cole y ropa para Pedrito, además del pijama. Metí su bici en el coche para que correteara un poco por mi jardín.

Preparó unos cafés mientras yo vigilaba al niño con la bici, Georgina a esa hora ya no estaba y ella se adelantó para hacerlos. La dejé, sabía que le hacía ilusión sentirse útil y yo quería que se sintiera totalmente en casa.

A Pedrito le puso un batido de fresa de los que mi madre me había dado para el niño.

Nos sentamos mientras lo mirábamos corretear y llamarnos mientras pasaba a toda leche. Le encantaba la bicicleta y yo tenía un buen terreno para que se pudiera desfogar.

—Me encanta tu mamá y tu sobrino, me han acogido muy bien.

—Claro, cualquier persona lo haría, eres un sol.

Después de un buen rato jugando con su bici dijo que se quería poner el pijama.

—Antes hay que darse una ducha —dijo Aisha, cogiéndolo en brazos—. Y me voy a encargar yo.

Me encantaba lo dispuesta que era y lo bien que se manejaba con el pequeño.

Yo aproveché para cambiarme de ropa y ponerme cómodo. Aisha también lo hizo cuando terminó de duchar y preparar al pequeño.

Nos pusimos a ver una película de Disney con el pequeño, y no sé quién estaba más emocionado, si él o ella.

Pasamos una tarde de palomitas, refrescos y chuches que compré en un quiosco antes de llegar a casa.

Por la noche Aisha preparó unos sándwiches que le salieron riquísimos y luego se encargó de llevar al pequeño a la cama y contarle un cuento con el que lo dejó dormido.

—Amo a ese niño —dijo sentándose a mi lado del sofá.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso.

Aisha se quedó dormida con su cabeza en mis piernas, momento en el que casualmente recibí un mensaje de Mohamed.

Mohamed: *Creen que han secuestrado a Aisha otra banda del Rif, están buscándola por Marruecos y a Laila también, todo por orden de Karim. Murió su mujer en el tiroteo. Todo salió genial y cayeron muchos de sus hombres, los chivatos de turno.*

¿Habían matado a la mujer de Karim? Me llevé la mano al pelo y me lo eché hacia atrás, no sabía hasta qué punto eso era bueno o malo y mucho menos cómo se lo tomaría Aisha, aunque la relación con ella no era muy buena porque decía que al fin y al cabo era peor que el hermano.

La estaban buscando por Marruecos pensando que las tenían secuestradas, se iba a liar la de Dios entre las bandas a todo esto había abierto la veda a dar paso a la venganza en un mundo que nadie tenía piedad y que protegían sus terrenos.

Cogí en brazos a Aisha que sonrió al verse así y me la llevé a la cama donde la acosté y tapé, luego me puse a su lado y la abracé para intentar dormir después del *shock* que me había causado ese mensaje.

,

Cogí en brazos a Aisha que sonrió al verse así y me la llevé a la cama donde la acosté y tapé, luego me puse a su lado y la abracé para intentar dormir después del *shock* que me había causado ese mensaje.

Capítulo 53



Karim

Sin duda alguna, aquel asalto había sido para llevarse a Aisha, y eso era una mierda.

Ninguno de los hombres que trabajaban para mí había sido, tampoco sabían nada, ni los golpes, ni las heridas, ni los huesos rotos o la sangre manando de sus piernas me hicieron tener respuestas.

Ellos no se la habían llevado, y no sabían quién podía haberlo hecho.

No escucharon nada, no vieron a nadie sospechoso merodeando por el pueblo o vigilando a mi hermana, por lo que esa misma mañana, y sin haber dormido nada tras la noche de interrogatorios, le pedí a Ahmed que me llevara a visitar a Yasir.

—Señor Karim, insisto en que no es buena idea que vaya a entrar usted solo —dijo cuando abrieron la verja de la casa de Yasir para dejarnos pasar.

—No estoy solo, tú vienes conmigo.

—Dos hombres frente al menos una veintena, estamos en clara desventaja —suspiró.

—Creía que eras el mejor de mis tiradores —arqueé la ceja.

—Lo soy, por Allah que lo soy —frunció el ceño—, pero, aunque sea rápido y certero, eso no quita que puedan heriros, o matarnos, antes de que acabemos con ellos.

—No pasará, Ahmed —le di una palmada en el hombro antes de salir del coche—. Allah no nos espera todavía.

—Espero que así sea —asintió.

En cuanto pusimos un pie fuera del coche, fuimos rodeados por ocho de los hombres de Yasir, apuntándonos con sus armas.

—Podéis cachearnos, solo nos encontraréis un arma a cada uno en la cadera, y no tenemos intención de usarlas —dije con las manos en alto, al igual que estaba Ahmed.

—Hable por usted, señor Karim —murmuró a mi lado—. Yo no prometo nada.

Sonreí, solo había dos hombres a los que les confiaba mi vida, y uno de ellos era Ahmed. Sabía que daría la suya con tal de que yo me salvara.

—Muchachos, bajad las malditas armas —dijo Yasir saliendo de la casa.

Alto, no tanto como yo, fuerte y corpulento, de cabello y ojos negros como la noche, y la seriedad y fiereza en el rostro que siempre había tenido.

—Karim, qué sorpresa recibir tu visita.

—Alguien se ha llevado a mi hermana, y quiero respuestas.

—¿Se han llevado a Aisha? —Frunció el ceño, yo solo asentí— ¡Bajad las armas he dicho! Dejad que entren, por muy rivales que seamos en los negocios, Karim siempre fue un buen amigo de mi familia.

En cuanto sus hombres bajaron las armas, Ahmed y yo caminamos hacia la puerta donde Yasir me recibió con un abrazo.

Tenía razón, éramos rivales en los negocios, pero hubo una época de nuestras vidas en la que ambos fuimos amigos, más que eso incluso, pero aquello había quedado en el pasado, uno que nos unía de manera que nadie podría imaginar.

Una de las mujeres que trabajaba en la casa de Yasir apareció con tres vasos de té, en cuanto se marchó dejándonos a solas, le puse al tanto de todo.

—Ayer celebramos la boda de mi hermano pequeño, Kasim —dije.

—¿Kasim se ha casado? Felicidades —sonrió.

—Apenas estábamos con la celebración cuando entraron en el salón disparando. Algunos de mis hombres

cayeron, heridos o muertos, y asesinaron a mi esposa.

—¿Yamila ha muerto? —preguntó con los ojos abiertos y asentí— No puedo decir que lo sienta mucho.

—Lo sé —miré a Ahmed de reojo y frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Y no sabes quién lo hizo?

—No.

—¿Se llevaron a tu hermana?

—Al principio pensé que no, que una de las mujeres del servicio la sacaba de allí para ponerla a salvo, pero Ahmed me dijo que las habían visto en un coche. Alguien se las llevó.

—Así que piensas que esto fue orquestado para llevarse a Aisha, ahora que estaba a las puertas de su boda —asentí—. ¿No ha sido alguno de tus hombres? Sabes que muchos de ellos la querían como esposa.

—Ninguno, interrogué a todos, hubo golpes y sangre, no fueron ninguno y no tienen la menor idea de quién fue o dónde la han llevado. No salieron por Tánger, eso seguro. Cerré el puerto y el aeropuerto.

—Vaya, no sé qué decir, Karim —suspiró y dio un sorbo a su té—. Dices que una mujer del servicio la sacó de allí.

—Así es, yo mismo las vi.

—¿Conocías a la mujer?

—Era amiga de mi hermana, no hacía mucho que había llegado a Chaouen huyendo de su familia, se alojaba en la Riad donde trabaja Aisha, se hicieron amigas.

—Y tú, has tenido algo con ella, si te conozco bien —sonrió.

—Sabes que tengo algo con muchas mujeres, no sé qué tendría eso que ver con…

—Señor Karim —intervino Ahmed, que había permanecido callado y observando hasta entonces—. ¿Y si esa mujer trabaja para quien se llevó a Aisha? ¿Y si en vez de ponerla a salvo, quería secuestrarla? Apenas la conocen, ni usted, ni su hermana.

—¿Laila secuestrando a mi hermana? —Fruncí el ceño— No puede ser, es una locura.

—O tal vez no —dijo Yasir—. Cosas peores se han visto en nuestro mundo, Karim, tú mejor que nadie lo sabe.

No podía ser, Laila no podía estar trabajando para uno de mis rivales y organizando un secuestro para conseguir una alianza conmigo como todos querían.

Laila no era así, esa mujer se negó a un matrimonio que no deseaba y fue repudiada por su hermano, algo que bien podría haberle pasado a Aisha si…

Y entonces lo vi claro, todos mis rivales sabían que Aisha estaba a unas pocas semanas de casarse cuando Laila llegó al pueblo, contando una historia con la que mi hermana había empatizado al instante.

—Parece que estás viendo que no andamos muy desencaminados con el asunto de esa mujer, ¿verdad? —dijo Yasir, arqueando la ceja.

—Necesito que me ayudes, Yasir —le pedí, y Ahmed me miró con los ojos muy abiertos, algo lógico, no entendía por qué le pedía ayuda a un rival—. Necesito que averigües si ha sido alguno de nuestros muchos competidores en el negocio, si se ha llevado a mi hermana para casarse y obligarme a sellar una alianza.

—Haré lo que esté en mi mano, Karim, pero no sé cuánto podré averiguar al respecto.

—Lo que sea, bienvenido será —dije poniéndome en pie—. Gracias por recibirnos, Yasir, espero tus noticias.

Estrechamos las manos como despedida y Ahmed y yo salimos de la casa sin decir una sola palabra.

Fue una vez que subimos al coche cuando él habló.

—¿De verdad le acaba de pedir ayuda a ese hombre, señor Karim? —preguntó.

—Sí, Ahmed, lo he hecho.

—Pero, señor, si me permite decirlo, es un rival suyo desde hace años.

—Y antes de eso, fue un amigo —respondí.

—Vaya, veo que eso de que hay que tener amigos o conocidos hasta en el Infierno, se lo toma usted al pie de la

letra —soltó un silbido—. ¿Puedo preguntar qué hizo que se volvieran rivales, señor?

—Ahmed, no muchos saben de mi antigua amistad con Yasir —dije mirando por la ventana—, por lo que agradecería que no dijeras nada a nadie. Llegado el momento serás el primero en saber esa historia, puedes estar seguro.

—Sí, señor.

Y así zanjamos nuestra conversación, haciendo el resto del camino de regreso a casa en el más absoluto de los silencios.

Era curioso el modo en el que el pasado podía servirme en el presente para obtener una ayuda necesaria. Tenía qu saber quién y por qué se había llevado a mi hermana.

¿De verdad Laila no había sido más que un señuelo para ambos? ¿Se había hecho su amiga para poder mantener a su jefe informado de cada movimiento?

¿Se había acercado a mí con timidez para seducirme y sacarme información?

Ahora entendía cómo le resultó tan fácil entregarse a mí, cómo fue tan sencillo para ella insinuarse y seducirme.

Caí en su trampa, en la de una mujer que ni siquiera debió estar prometida con un hombre al que no amaba, sino que habría tenido algunos amantes a lo largo de su vida.

Si había tenido algo que ver, si Laila formaba parte de eso, yo mismo la mataría con mis propias manos, podía estar segura.

letra —soltó un silbido—. ¿Puedo preguntar qué hizo que se volvieran rivales, señor?

—Ahmed, no muchos saben de mi antigua amistad con Yasir —dije mirando por la ventana—, por lo que agradecería que no dijeras nada a nadie. Llegado el momento serás el primero en saber esa historia, puedes estar seguro.

—Sí, señor.

Y así zanjamos nuestra conversación, haciendo el resto del camino de regreso a casa en el más absoluto de los silencios.

Era curioso el modo en el que el pasado podía servirme en el presente para obtener una ayuda necesaria. Tenía que saber quién y por qué se había llevado a mi hermana.

¿De verdad Laila no había sido más que un señuelo para ambos? ¿Se había hecho su amiga para poder mantener a su jefe informado de cada movimiento?

¿Se había acercado a mí con timidez para seducirme y sacarme información?

Ahora entendía cómo le resultó tan fácil entregarse a mí, cómo fue tan sencillo para ella insinuarse y seducirme.

Caí en su trampa, en la de una mujer que ni siquiera debió estar prometida con un hombre al que no amaba, sino que habría tenido algunos amantes a lo largo de su vida.

Si había tenido algo que ver, si Laila formaba parte de eso, yo mismo la mataría con mis propias manos, podía estar segura.

Capítulo 54



Kevin

Desperté y Aisha no estaba a mi lado, acababa de sonar la alarma que puse para llevar al niño a la escuela. Me vestí y fui a buscarlos, encontrándolos desayunando en la cocina y charlando con Georgina.

—Tito, tu novia me preparó el Cola Cao y ella —señaló a Georgina—, me hizo unas crepes con Nutella.

—Y yo buscándoos por todos lados y pensando que habíais desaparecido —bromeé.

—Normal, esto no es una casa, es una mansión —murmuró Aisha, causándome una risilla floja.

Me acerqué a darle un beso y luego le di otro en la mejilla a Pedrito, que estaba feliz de haber dormido en mi casa donde tenía su propio cuarto, ese que le monté nada más comenzar a amueblarla, además fue a su gusto.

Nos marchamos para dejarlo en la escuela donde nos encontramos en la puerta a Susana y aproveché para presentarlas.

Luego fuimos a la inmobiliaria y se la enseñé, momento que conoció al resto de trabajadores que estaban flipando de verme con novia y más con velo, aunque no lo dijeran lo pensaba, era obvio, pero, ¿y el orgullo de llevar a mi lado a una belleza inigualable como lo era Aisha? Eso no tenía precio y me hacía sentir de lo más orgulloso. Era la mujer más bonita del planeta.

Justo cuando salimos y nos montamos en el coche para ir a casa de mi madre, me entró una llamada que se vio claro cómo ponía en la pantalla táctil del coche, “Sara”. A Aisha le cambió la cara y yo me maldije por no haberle escrito y ponerla al día, pero lo cogí, lo primero para sincerarme con ella y lo segundo para que mi chica viera que no le estaba mintiendo.

—Qué raro que no me contestaras al regalito que te envié —fue lo primero que dijo cuando descolgué.

—Hola, Sara, se me pasó, de todas maneras, tengo que contarte algo…

—Soy toda oídos.

—He comenzado una relación seria y estoy muy feliz.

—¿Me vas a devolver el tanga? —preguntó y vi cómo Aisha se ponía la mano en la boca aguantando una carcajada porque ese tanga estaba en la basura.

—No es eso, pero bueno, no habrá más encuentros.

—Eso es lo de menos, me hace feliz saber que tú lo estás, sabes que te aprecio por encima de todo.

—Gracias, Sara —miré a Aisha que sonreía entendiendo que entre nosotros no hubo nada más que una amistad con algún que otro revolcón.

—Bueno, algún día nos tomaremos una copa y me presentarás a tu chica.

—Claro, todo puede ser —miré a Aisha negando, como diciendo que, tranquila, que no.

Me despedí de Sara.

—A mí, no me presentes a nadie que hayas metido en tu cama —reía, pero lo decía en serio.

—Tranquila, tengo valores —le acaricié la mejilla y me hizo un gesto de que no soltara el volante.

Llegamos a casa de mi madre y la sorprendimos con unos pasteles de su pastelería favorita. Se puso muy contenta y nos preparó un café.

Estuvimos charlando con ella un rato mientras cocinaba y comenzó a hablarnos de Sabrina, mi hermana, la recordaba constantemente, bueno, no se la quitaba de la cabeza como era normal y como decía, le había dejado un vacío muy grande y le daba mucha pena por su hijo, este al que no vería crecer.

Aisha se emocionó al escucharla e intentó reprimir las lágrimas, pero no pudo. Al final se levantó a abrazar a mi madre, que la acogió en sus brazos con mucho cariño.

Me gustaba ver la conexión que había entre ellas, las dos mujeres que me quedaban más importantes en mi vida,

esas que veía con esa complicidad que tranquilizaba a mi corazón.

Las dejé en la cocina un rato más tarde, ya que íbamos a comer allí y me fui a recoger a Pedrito, pero antes pasé por una tienda de niños donde sabía que le encontraría la pegatina y camiseta de Superman que me pidió, fue todo un atino, no solo eso, también le compré un pijama y las zapatillas de ese personaje.

—¡Papá! —gritó en la puerta del colegio mientras corría a mis brazos.

—Hola, mi niño. ¿Qué tal la escuela hoy?

—Bien, pero un niño me empujó y la profe lo castigó sin poder jugar en el recreo.

—¿Y por qué te empujó? —le abroché el cinturón mientras él cogía un trozo de una de las barras de pan que había comprado.

—Porque decía que yo había aligerado el paso para entrar antes a la clase.

—Ay Dios, qué edad la vuestra —reí mientras le daba un beso en la mejilla y me dirigía a montarlo en la sillita del coche para salir de allí.

Llegamos a casa y yo llevaba en una bolsa lo que le había comprado a Pedrito, el que casualmente se fue a abrazar a la abuela y luego a Aisha, que se le cayó la baba por completo.

Cuando el niño fue al baño le di la bolsa a Aisha y le dije el contenido para que fuera ella quién se la diera. Se emocionó muchísimo y espero a que volviera.

—Pedrito, tenemos algo para ti. Es regalo de la abuela, del tito y mío —mi madre la miró con cara de sorpresa y a mí, me encantó ese gesto que tuvo en meterla a ella.

—¿Qué es? —preguntó nerviosito para ir a su regazo y ella primero sacó la camiseta de Superman con la pegatina.

—¡Soy feliz! —gritó— Tito, tírale una foto y se la mandas a mi mamá para que vea los regalos —dijo el pobre tan inocente, que a todos se nos puso un nudo en la garganta.

—Ahora mismo —le tiré varias fotos.

—¿Qué hay por aquí? —dijo Aisha, sacando el pijama y las zapatillas.

—¡No! Esto ya es lo mejor. ¡Un pijama de *Superman* con sus zapatillas! —gritó todo emocionado.

—Hijo, te iba a preguntar algo.

—Dime, madre —dije mientras miraba a Aisha y a ella, cómo iban poniendo la mesa y yo recogía las cosas del niño para que no se marcharan.

—¿Te acuerdas de nuestra vecina Candela? —se refirió cuando vivía en la otra casa antes de comprar esta.

—Sí.

—Anoche estuve hablando con ella, ya sabes que se quedó viuda.

—Sí, sí.

—Viene esta tarde a verme y pasar unos días aquí, las dos nos necesitamos un poquito para pasear y despejar la mente estos días.

—Me parece una genial idea.

—Lo decía por Pedrito, por si tú te podrías quedar algún día con él.

—Mamá, me lo llevo luego y me lo quedo todos estos días.

—¡Bien! —gritó el pequeño mirando a Aisha, que también aplaudía emocionada.

—Estamos pensando en cocinar, pasear, ver alguna novela.

—Lo que os deberíais es de ir a un viaje.

—Hijo, yo con lo de la niña tan reciente no tengo ganas ni de mirarme, menos ir de viaje, además, sabes que esas cosas me dan un poco de grima, yo no estoy acostumbrada.

—Pues hay muchos viajes de personas de vuestra edad y algo deberíais hacer.

—Más adelante, quizás —dijo con tristeza y Aisha le acarició la espalda.

Comimos juntos y preparamos una bolsa con ropa para el niño, nos despedimos de mi madre y nos fuimos para ur

centro comercial, ya que quería que Aisha hiciera una primera buena compra de ropa y productos de higiene personal para que no le faltara de nada.

Le costaba coger las cosas por prudente y porque no quería causar un gasto mayor, pero todo lo que veía que miraba con detenimiento yo lo iba cogiendo, pese a las miradas que me echaba.

Se compró dos chaquetas, cuatro pantalones, dos vestidos largos de punto, varias camisetas y jerséis, unas botas, ropa interior, un poco de maquillaje y pijamas en una tienda que le llamó mucho la atención y que todo era para dormir. Al pequeño le compramos un chándal que vio en un escaparate y unas deportivas.

Estuvimos toda la tarde en el centro comercial e incluso cenamos allí en una pizzería.

Al regresar Aisha duchó al niño, le puso el pijamita nuevo y lo llevó a contarle un cuento para dormirse, pues al día siguiente había escuela.

Nos echamos en la cama y fue el momento en el que le confesé que Mohamed me había dado noticias, no sabía cómo decirle lo de Yamila, pero se lo terminé confesando.

Aisha se quedó en *shock*, a pesar de que como ella decía, esa mujer era oscura y no la apoyaba, había habido una muerte, se echó a llorar y la consolé.

—¿Por qué tuvo que haber tiroteos?

—Ya sabes que no iba a ser fácil irnos de rositas y había que causar un lío para que no se centraran en ti en ningú momento. Pero no debía de haber muertes de personas inocentes. Pasó, a mí también me causó un *shock* cuando me enteré.

—Mi hermano me matará, tarde o temprano lo hará.

—Tu hermano te está buscando por Marruecos, lo último que se imagina es que estás gozando de una vida fuera de aquel país. Jamás permitiría que te pasara nada —la abracé y eché sobre mi pecho.

—Me da pena por mi sobrina, al fin y al cabo, era su mamá… —murmuró acurrucándose en mí.

—Lo sé, cariño, lo sé, pero tiene personas que cuidarán de ella.

—Espero que no le hagan lo mismo que a mí, aunque ese es su destino.

[1] Noté sus lágrimas caer sobre mi pecho, le acaricié la espalda entendiendo su situación y de la manera que tuvo qu

desprenderse de todo, pero no había otra, era ir a hierro o posiblemente ella, nunca hubiera sido liberada. No lo quería ni pensar.

n

e

desprenderse de todo, pero no había otra, era ir a hierro o posiblemente ella, nunca hubiera sido liberada. No lo quería ni pensar.

Capítulo 55



Karim

Habían pasado unos días desde que enterrara a Yamila, todo se hizo tal cual pidió Hakim y yo me limité a complacer a mi amigo, a fin de cuentas, era primo de ella, su único pariente, además de mi hija.

Amina no se enteraba de nada, por suerte para todos, tenía a mi madre y a Nadira que la atendían y cuidaban, y todos, absolutamente todos en la casa esperábamos que no echara mucho en falta a su madre, aunque aquello sería inevitable.

Regresé a casa después de una mañana sin resultados, seguíamos tratando de averiguar dónde estaban Aisha y Laila, y por más que me rompía la cabeza y hablaba con esos otros jefes rivales, era como si diera palos de ciego.

Nadie tenía nada que ver ni sabía quién había atacado a los míos en la boda de mi hermano.

Nada más entrar escuché los característicos sollozos de mi madre, esos que pretendía hacer como que no existían, pero que estaban ahí.

Caminé hacia la cocina y la vi apoyada en el fregadero.

—Mamá —la llamé.

—Hijo —no se giró, pero aun así supe que estaba secándose las lágrimas.

—La encontraremos, de verdad que lo haremos —dije, y era una promesa porque sí, sería un cabrón despiadado, pero no soportaba ver las lágrimas de mi madre.

—¿Y si quien la tiene no quiere que la encuentren? ¿Y si no vuelvo a ver a mi hija? Ese es peor destino que el que le esperaba con él —no hizo falta que dijera su nombre, sabía que se refería a Hakim.

—Sabes que era necesario, mamá.

—Sí, lo sé. Y por eso he deseado que tu hermana hubiera nacido varón desde que supe todo esto.

—Mamá…

—Ve a ver a tu hija —exigió zanjando así la conversación—. Ha estado preguntando por ti, y por Yamila.

Asentí, aunque ella seguía de espaldas y no me veía, salí de la cocina y fui a ver a mi hija, que estaba sentada en e suelo junto a Nadira, en la habitación de Aisha, jugando con el gato.

—Papá —sonrió al verme, mientras que el pequeño peludo corrió a resguardarse detrás de Nadira.

—Hola, *habibi* —la cogí en brazos y le di un beso en la frente.

—¿Mamá? —ahí estaba la pregunta a la que no sabía cómo enfrentarme.

—Yo os dejo —dijo Nadira con una sonrisa, y cuando se puso en pie, el gato salió de debajo de la mesa.

—Tasto —balbuceó mi hija, y Nadira lo cogió en brazos para ponerlo en su regazo, me había sentado en la cama de mi hermana, y su olor nos rodeaba—. No miedo —le dijo ella al gato, que parecía verdaderamente atemorizad conmigo—. Papá, *habibi* —sonrió mientras le informaba, como si el animal fuera a entenderla.

Pero, aunque así fuera, aquel pequeño había visto mi furia descargada en Aisha, lo que era normal para que me temiera de ese modo.

—Amina —llamé a mi hija y me miró con esos ojos grandes y expresivos que había heredado de mi hermana pequeña, algo que a Yamila no le gustaba—. Mamá no está, no va a volver —frunció el ceño y me miró sin entender, solo tenía dos años, ¿cómo se le explicaba la muerte a una hija tan pequeña?

—¿Tía Aisha?

—No, no se ha ido con la tía Aisha, ella… —suspiré en busca de lo que esperaba fuera inspiración divina, Allah sabía que en ese momento necesitaba su ayuda para contarle algo a mi hija, y no sabía qué decir— Mamá ha ido a ver a su familia, una muy lejos. Su tía está malita y necesita que la cuiden.

—Ah —respondió como si entendiera, y ojalá así fuera.

Me quedé un rato con ella sentado mientras acariciaba el gato de mi hermana. Amina adoraba a su tía Aisha y sabía que la necesitaba en su vida, tanto como mi madre, tanto o más incluso que Nadira y mi hermano Kasim.

Dejé a la niña en el salón con mi cuñada y volví a salir de casa ante la sorpresa de mi madre, no me quedaba a comer, pero no era necesario que se lo dijera.

Puse rumbo a la Riad en la que esperaba encontrar a Nerea, y así fue, estaba en la recepción terminando de registrar a unos clientes.

—Nerea —la llamé y vi el modo en el que se tensaba.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo —no dudé en cogerla del brazo y me la llevé ante la sorpresa de su compañero y las quejas de ella, que me pedía que la soltara, cosa que hice cuando estuvimos en la calle—. ¿Sabes algo de Aisha?

—Nada, no sé nada —se cruzó de brazos—. Y aunque así fuera, te juro por mi Dios, y por tu Allah, que no te diré una mierda.

—Nerea, la han secuestrado, eso lo entiendes, ¿verdad?

—No soy estúpida —resopló.

—Si sabes algo, si oyes algo…

—Ni sé nada, ni he oído ni oiré nada, puedes estar seguro de eso —me cortó.

—Mi madre lo está pasando mal, Nerea, necesita saber, necesita que Aisha vuelva.

—¿Lo necesita tu madre, o lo necesitáis tú y el desgraciado de Hakim? —Arqueó la ceja.

—Era su destino —respondí.

—Un destino de mierda, asqueroso si me lo permites.

—No entiendes nuestra cultura, nuestras costumbres —fruncí el ceño.

—Las entiendo perfectamente, te recuerdo que mi prima es medio musulmana, pero no las comparto. Mis tíos no

la obligan a casarse con quien no quiera, eso deberías haber hecho tú. O, al menos, si querías obligarla, que no fuera un hombre como Hakim, uno de los tuyos. Un maldito narco que pondría su vida en riesgo.

—No tienes ni puta idea de lo que dices —rugí agarrándola del brazo.

—¿Vas a pegarme como le pegaste a ella? —Alzó la cabeza, sin achantarse lo más mínimo ante mi imponente figura— Hazlo, yo no dejaré que te vayas sin al menos arañarte la cara.

La solté, apreté los dientes cabreado por toda esa situación y me aparté de ella alejándome.

—¡Lo mejor que le ha podido pasara a Aisha, es que la secuestren, ningún destino puede ser peor que el tú, le habías planeado! —gritó haciendo que me cabreara aún más.

Giré la esquina y me detuve para dar un puñetazo en la pared, noté el escozor en los nudillos y por Allah que creí que me había roto la mano.

a—Eso ha debido doler —escuché a mi espalda una voz muy familiar.

—Abdel, ¿qué haces aquí? —pregunté frunciendo el ceño, no era muy habitual que se dejara ver por allí, así se lo había pedido siempre y él, se limitaba a obedecer.

—Creo que tengo noticias.

—¿Aisha? —quise saber, con algo de esperanza porque así fuera, pero él negó.

—Laila —respondió, y algo en lo más profundo de mi pecho se removió.

Aún no sabía nada sobre ella, la sombra de la sospecha estaba ahí, y si era una traidora, si había ayudado a quien fuera a secuestrar a mi hermana… Lo pagaría con su vida.

la obligan a casarse con quien no quiera, eso deberías haber hecho tú. O, al menos, si querías obligarla, que no fuera un hombre como Hakim, uno de los tuyos. Un maldito narco que pondría su vida en riesgo.

—No tienes ni puta idea de lo que dices —rugí agarrándola del brazo.

—¿Vas a pegarme como le pegaste a ella? —Alzó la cabeza, sin achantarse lo más mínimo ante mi imponente figura— Hazlo, yo no dejaré que te vayas sin al menos arañarte la cara.

La solté, apreté los dientes cabreado por toda esa situación y me aparté de ella alejándome.

—¡Lo mejor que le ha podido pasara a Aisha, es que la secuestren, ningún destino puede ser peor que el tú, le habías planeado! —gritó haciendo que me cabreara aún más.

Giré la esquina y me detuve para dar un puñetazo en la pared, noté el escozor en los nudillos y por Allah que creí que me había roto la mano.

—Eso ha debido doler —escuché a mi espalda una voz muy familiar.

—Abdel, ¿qué haces aquí? —pregunté frunciendo el ceño, no era muy habitual que se dejara ver por allí, así se lo había pedido siempre y él, se limitaba a obedecer.

—Creo que tengo noticias.

—¿Aisha? —quise saber, con algo de esperanza porque así fuera, pero él negó.

—Laila —respondió, y algo en lo más profundo de mi pecho se removió.

Aún no sabía nada sobre ella, la sombra de la sospecha estaba ahí, y si era una traidora, si había ayudado a quien fuera a secuestrar a mi hermana… Lo pagaría con su vida.

Capítulo 56



Karim

No me podía creer quién estaba llegando en ese momento a mi casa.

Abdel me dijo que tenía noticias de Laila y lo que menos esperé es que ella misma me llamara por teléfono solo unas horas después.

Le pareció haberla visto en Tánger esa mañana, por lo que la siguió y vio que viajaba a nuestro pueblo, donde había vuelto a alojarse en la Riad, como hizo cuando llegó la primera vez.

Nerea lo sabía, hablé con ella cuando sabía más que de sobra que Laila estaba de vuelta allí mismo y no me dijo nada.

Iba a entrar como una fiera a buscarla yo mismo, cuando Abdel evitó que lo hiciera. A pocas personas en mi vida les permitía que me agarraran del brazo del modo en el que él lo hizo, pero todo tenía su explicación. Entre ellas, la absoluta lealtad que recibía de él desde siempre.

Me dijo que esperara, que le diera tiempo a que fuera ella quien viniera a mí, y esperé, por supuesto que lo hice. Al menos hasta que decidí ir a buscarla yo mismo esa noche, dos días después, en vista de que ella no aparecía.

Fue abrir la puerta y verla allí, caminando con vaqueros, camiseta y el velo que cubría su hermosa melena, esa qu había tenido entre mis dedos en dos ocasiones y me moría por volver a tocar.

Sentí ese fuerte golpe en el pecho, como un latido atronador, pero lo reprimí, igual que me controlé todo lo que pude para no salir corriendo a abrazarla y besarla como todo mi ser pedía en ese momento.

—Hola, Karim —dijo con una leve sonrisa.

—¿Dónde está mi hermana? —rugí.

—¿Podemos entrar y hablar, por favor? —murmuró mirando hacia la puerta, pero negué— Yo…

No le permití decir una sola palabra más, la cogí por el codo y la hice entrar en mi coche, cerré la puerta de golpe y con la rabia bullendo por mi cuerpo, me senté y lo puse en marcha para salir de allí.

Conduje sin rumbo mientras ella permanecía callada, mientras luchaba con todas mis fuerzas para no cogerle la mano. Quería saber qué había pasado, dónde las habían llevado, pero, sobre todo, si ella tenía algo que ver en aquel asunto.

Paré el coche a un lado de la carretera, tras quince minutos conduciendo, Laila me miró y no dejé que dijera una sola palabra, necesitaba salir del coche y fue lo que hice.

Me apoyé en el maletero con la cabeza inclinada, controlando la respiración, y la escuché salir. No tardó en acercarse y el olor de su perfume invadió mis fosas nasales. Cerré los ojos respirando tan hondo como pude, y al fin la miré.

—¿Dónde está mi hermana? —exigí saber— ¿Qué pasó aquel día? ¿Por qué te la llevaste? ¿Estabas envuelta en su secuestro? ¿Le mentiste a ella? ¿Jugaste conmigo, Laila? —grité cogiéndola del brazo.

—Karim, yo…

—No me mientas, si aprecias tu vida lo más mínimo, no me mientas, porque estoy controlándome para no matarte con mis propias manos y dejarte aquí tirada —vi miedo en sus ojos, algo que nunca creí que vería.

Laila se mostraba tímida a veces conmigo, a pesar de todo el fuego que había en ella, del deseo que había visto cuando la hacía mía, sabía que a pesar de todo eso era una mujer fuerte y valiente, por eso, ver el miedo en sus ojos, hizo que mi fortaleza flaqueara un poco. Aun así, permanecí con mi fuerte agarre en su brazo.

—¿De verdad piensas que ayudé a secuestrarla? ¿Me crees capaz de eso?

—Maldita sea, ya no sé ni de lo que te creo capaz, Laila —suspiré—. Para empezar, ¿qué hacías en la boda? No eras una de las invitadas y, perdona que dude que realmente estuvieras allí para servir a los invitados.

—No, no estaba allí por eso, yo…

—Quise verte la noche antes, ¿fuiste por eso? ¿Para poder verme aun sabiendo que estaba mi esposa?

—Sí —murmuró avergonzada agachando la cabeza—. Quería verte y sabía que era el único modo. Yo quería compartir tu felicidad por tu hermano pequeño, sabía que con tu esposa no lo harías.

—Yamila murió aquel día —dije y sus ojos se clavaron en los míos con una mezcla de sorpresa, miedo y, ¿alivio? No podía saberlo—. Dos disparos, uno en el vientre y otro en la cabeza.

—Lo siento —sonó sincera.

—Sabes cómo era mi matrimonio, te dije que contigo sentía cosas que con ella no.

—Pero apenas me conocías, Karim, todo eso podrías decirlo para llevarme a la cama de nuevo, para que aceptara ser tu amante.

No iba mal encaminada, desde luego, pero la realidad era bien distinta, al menos ahora. Solo que la duda seguía ahí, clavándose en mi alma como una espada ardiendo.

—¿Quién orquestó el secuestro?

—No lo sé, y te aseguro que no ayudé a tal cosa. Yo solo estaba cerca de Aisha en ese momento, cuando entraron disparando, y el instinto me hizo agarrarla y sacarla de allí, ponerla a salvo.

—¿A qué has venido, Laila?

—Quiero ayudar.

—¿Cómo harías tal cosa, si por lo que sé mi hermana fue secuestrada cuando ibas a ponerla a salvo, y ella no está aquí, contigo? —apreté los dientes.

—Porque Aisha es una buena amiga para mí, Karim, y porque tú, me importas.

Y así, ante sus palabras y el modo en el que me miraba, mandé todo a la mierda y la atraje a mi cuerpo para besarla.

Había deseado hacer eso desde el momento en el que la vi acercándose a mi casa, lo deseaba desde la noche antes de la boda de mi hermano Kasim, quise poder tenerla entre mis brazos cuando Yamila fue enterrada y preguntarle cómo podría explicarle a mi hija que su madre ya no estaría nunca más con ella, pero se la llevaron junto con mi hermana y pensé que no volvería a ver a esta mujer en mi vida.

Me devolvió el beso como hacía cada vez que devoraba sus labios, le solté el brazo para poder rodearla por la

cintura y sentir el calor que desprendía su cuerpo, cuando me rodeó por el cuello jugando con sus pequeños dedos entre mi cabello.

' Se me escapó un gemido, y a ella también, y maldije estar en ese momento en mitad de la noche en la calle donde cualquiera podría vernos si la tomaba en el coche, por lo que me aparté, respirando con dificultad al igual que ella

—Vamos a mi casa, tienes mucho que explicarnos.

Ella asintió, nos subimos al coche y regresamos a Chaouen.

Cuando entré en casa con Laila a mi lado y le dije a mi familia quién era aquella mujer, mi madre se echó a llorar abrazándola mientras preguntaba por Aisha.

Laila se sentó en el sofá donde estaba Amina, que la miró con el ceño fruncido y después sonrió lanzándole los brazos para que la cogiera, algo que mi hermosa mujer no dudó ni por un segundo.

—¿Dónde está mi hermana Aisha? —preguntó Kasim.

—No lo sé —respondió Laila con pesar y los ojos húmedos mientras miraba a mi hija y le acariciaba la mejilla—. Cuando nos hicieron subir al coche, nos llevaron a una casa en Tánger. No sabría decir el tiempo que nos tuvieron en un cuarto sin luz ni ventanas, tan solo con un poco de pan y agua como alimento, hasta que me cansé de aquello. Aproveché que nos dejaban salir al baño y le dije a Aisha que se preparara, que teníamos que huir de allí. Estaba dispuesta a venir conmigo, abrí la ventana del baño y salté, ella me iba a seguir poco después, pero escuché que se abría la puerta, y me pidió que me fuera, que buscara ayuda. No quería dejarla —me miró con algunas lágrimas cayendo por sus ojos, y me enfurecí al verla así—. Karim, quise sacarla, pero arruinaron mi plan. Quiero ayudar a encontrarla, de verdad, es una amiga, lo más parecido a una hermana que he tenido nunca —Laila seguía llorando y estuve a punto de levantarme y cogerla entre mis brazos para consolarla, pero no podía, sabía que en cualquier parte podía haber ojos y oídos que le contaran algo a Hakim. A fin de cuentas, acababa de enterrar a mi esposa.

—Si ni siquiera sabes dónde puede estar ahora… —dijo Kasim.

—Escuché algo de Marrackech, del desierto también dijeron algo.

—¿Merzouga? —preguntó mi padre.

—Puede, no lo sé, señor Kalil. Solo eran voces a través de una puerta —negó sacudiendo la cabeza.

—Hijo, hay que encontrar a tu hermana —murmuró mi madre, y asentí.

Y lo iba a hacer, así se me fuera la vida en ello, iba a encontrar a mi hermana y traerla de vuelta a casa.

Laila se levantó y dijo que debía volver al hotel, estaba cansada y necesitaba pensar, por si recordaba algo más.

Mi madre la invitó a volver a casa cuando quisiera y yo la acompañé a la Riad.

—Gracias por acompañarme —dijo en un susurro en la puerta.

—Si crees que voy a irme y no hacerte mía esta noche, es que no me conoces, Laila.

Me miró con esas llamaradas de deseo ondeando en sus ojos, la vi tragar con fuerza y sonreí.

Dejé que entrara en el hotel y la seguí unos minutos después, cuando el chico de recepción se centró en el teléfono, sabía que era Laila pidiendo té, siempre había hecho eso para que yo pudiera entrar allí.

Encontré su puerta entreabierta y cuando entré, la vi abrazándose a sí misma frente a la terraza.

—No sé si creer que de verdad no tuviste nada que ver con el secuestro —dije rodeándola por la cintura—, si me has mentido, conocerás mi ira, Laila.

—¿Y aun así quieres acostarte conmigo? —preguntó en un susurro, y por su voz me pareció que estaba llorando.

—Te deseo más de lo que pueda odiarte ahora mismo —confesé.

Llamaron a la puerta, me quedé tras ella mientras uno de los chicos dejaba el té en la mesa y, en cuanto se cerró, cargué a Laila en brazos y no me resistí más.

La llevé a la cama, y dejé que el deseo de ambos nos llevara a perdernos entre las sábanas como habíamos hecho otras veces.

Y lo iba a hacer, así se me fuera la vida en ello, iba a encontrar a mi hermana y traerla de vuelta a casa.

Laila se levantó y dijo que debía volver al hotel, estaba cansada y necesitaba pensar, por si recordaba algo más.

Mi madre la invitó a volver a casa cuando quisiera y yo la acompañé a la Riad.

—Gracias por acompañarme —dijo en un susurro en la puerta.

—Si crees que voy a irme y no hacerte mía esta noche, es que no me conoces, Laila.

Me miró con esas llamaradas de deseo ondeando en sus ojos, la vi tragar con fuerza y sonreí.

Dejé que entrara en el hotel y la seguí unos minutos después, cuando el chico de recepción se centró en el teléfono, sabía que era Laila pidiendo té, siempre había hecho eso para que yo pudiera entrar allí.

Encontré su puerta entreabierta y cuando entré, la vi abrazándose a sí misma frente a la terraza.

—No sé si creer que de verdad no tuviste nada que ver con el secuestro —dije rodeándola por la cintura—, si me has mentido, conocerás mi ira, Laila.

—¿Y aun así quieres acostarte conmigo? —preguntó en un susurro, y por su voz me pareció que estaba llorando.

—Te deseo más de lo que pueda odiarte ahora mismo —confesé.

Llamaron a la puerta, me quedé tras ella mientras uno de los chicos dejaba el té en la mesa y, en cuanto se cerró, cargué a Laila en brazos y no me resistí más.

La llevé a la cama, y dejé que el deseo de ambos nos llevara a perdernos entre las sábanas como habíamos hecho otras veces.

Capítulo 57



Kevin

Aisha llevaba un par de días triste por aquella noticia que le di, además, por ahora no podía hablar con sus amigas porque no sabíamos hasta qué punto podría ser un problema ahora mismo. Necesitábamos tener más información y que todo estuviera en calma.

Lo que sí la tranquilizó es que como le compré un móvil y metió los números de ellas, veía que cambiaban sus estados que parecían mensajes de que estaban bien.

Estaba muy volcada con Pedrito, que se había convertido en su todo, como ella decía, con esas palabras que me hacían sentir un poco de celos al ser otro su centro de atención, pero realmente amaba que quisiera de esa manera a mi niño, lo único que me quedaba de mi hermana.

Era sábado y mi madre vino a comer con su amiga Candela, eso a Aisha le hizo mucha ilusión, por no hablar del pequeño. Las había recogido junto a Pedrito, que me acompañó mientras mi chica se quedaba preparando la comida con Georgina, a la que le estaba enseñando a cocinar algunos platos árabes que es lo que íbamos a comer ese día, ya que le emocionaba sorprenderlas con esa comida.

Candela no dejaba de decir lo guapísima que era Aisha y lo feliz que me veía junto a ella.

La comida fue no solo una mesa de lo más bonita preparada, sino que aquellos sabores las dejaron a las dos de lo más asombradas y decían que tenían que aprender a cocinar esos platos. Aisha se ofreció a pasar un día con ellas y enseñarlas.

Candela aún se iba a quedar en casa de mi madre unos días más porque se estaban haciendo mucha compañía la una a la otra, además, se habían llevado siempre muy bien y había mucha complicidad.

Pedrito estaba en mi casa de lo más a gusto y con Aisha tenía pasión, la miraba con mucho amor y siempre la estaba abrazando, rodeando sus caderas. A ella se le caía la baba, decía que la tenía enamoradita perdida. Se

estaba convirtiendo en esa madre que perdió y que él, aún no lo sabía.

Mi madre y Candela pasaron todo el día en casa con nosotros y las llevé de regreso después de merendar, sobre la siete de la tarde.

Esa noche salimos a cenar con el pequeño a un restaurante italiano que había en una zona cerca de casa. A Aisha se le hizo la boca agua al ver esa pasta a la carbonara que tanto le gustaba, pero que como decía, nunca había probado nada igual. La verdad es que era uno de los restaurantes más reconocidos de la ciudad y siempre tenía listas de espera, estaban abarrotados, pero para mí siempre sacaban sitio. Me veían como un buen cliente y me tenían mucho respeto.

Cuando llegamos a la casa, como siempre, Aisha le puso el pijama al pequeño y le contó un cuento hasta quedar dormido. Ella era feliz con ese niño, se le veía en la manera de tratarlo y cuidarlo, no solo por el amor que le transmitía, sino por la forma en que lo tenía siempre limpito y pendiente a que se lavara los dientes y cosas así. Era toda una madraza y se le veía las habilidades que tenía con ello.

Recibí un mensaje que me dejó paralizado.

Mohamed: *Novedades, Hakim ha sido asesinado y Karim busca al culpable para vengar su muerte. Están bien entretenidos.*

Aisha apareció por el sofá y le enseñé el mensaje.

—¿No han sido los hombres de Mohamed? —preguntó impactada sin dejar de mirar el mensaje.

—No, me lo habría dicho.

—Me preocupa saber cómo está viviendo mi madre todo esto —dijo con tristeza.

—Haré que estén al tanto.

—Kevin, me da mucha cosa preguntar, pero algo me dice que conoces a Mohamed de algo más allá que no de un viaje con el que te ayudó al quedarte tirado con el coche y él paró para ayudarte y desde entonces hicisteis mucho vinculo. No sé, algo me dice que no es así. Además, por todo lo que vi y lo que le pisa los pies a mi hermano, algo me dice que él también se dedica a lo mismo.

—A lo que se dedique Mohamed es asunto de él, mi vida —le acaricié la mejilla—. Lo conocí en Marruecos en una de mis visitas, ya te dije que amo Chaouen y que un día fui y se convirtió en mi lugar favorito para escaparme Mohamed siempre iba a recogerme al puerto y llevarme, conocí a su familia y como tuve muchos detalles con

ellos, pues se hizo un lazo muy grande. Siempre estuvo para todo lo que necesité en el país. Se convirtió como en un hermano que tenía en Marruecos y sé que tendrá que ver con algún asunto de esos, pero no me meto en esas cosas. Sé que muchas familias del Rif comen de eso.

—El problema es que algunos, como mi hermano, lo hacen a gran escala y por eso hay problemas entre jefes de la competencia. Odio ese mundo, lo odio con todo mi corazón. Lo de Hakim me dejó impactada, quizás, a pesar de todo, nunca me hubiera casado con él por lo de su muerte, sinceramente, eso me da más paz. Una cosa es que mi hermano me busque por represalias y otra que lo haga para entregarme a ese hombre, no sé si me explico, estoy aturdida.

Se extendió en el sofá posando su cabeza en mi regazo, la acaricié sabiendo que estaba llorando y triste. Me dolía verla así, sabía que, pese a todo, perder a su hermano pequeño de su vida y a su madre, la tenían con el corazón roto en mil pedazos.

Me dolía en el alma que ella hubiera tenido un final así con su familia, al menos con los dos que nombraba, los otros se lo merecían y me alegraba saber que los habían de algún modo destruido.

Un rato después cuando se quedó dormida la cogí en brazos, ella se agarró a mi cuello y posó su cabeza en mi hombro, cerró los ojos mientras yo la llevaba hacia la cama.

Me rondaba la cabeza que cuando estuviera todo más tranquilo quería mover todo para poderme casar con ella, por supuesto se lo pediría de la manera que jamás se hubiera podido imaginar, la pensaba sorprender con eso.

Pero tenía que investigar de qué manera se casaban dos personas con una cultura tan diferente, imagino que, por el juzgado, porque ni ella se iba a convertir en cristiana y ni yo en musulmán, así que tendría que ser algo intermedio como eso.

Todo sería cuando estuviera más en calma todo el tsunami que habíamos levantado desde el día de su liberación.

ellos, pues se hizo un lazo muy grande. Siempre estuvo para todo lo que necesité en el país. Se convirtió como en un hermano que tenía en Marruecos y sé que tendrá que ver con algún asunto de esos, pero no me meto en esas cosas. Sé que muchas familias del Rif comen de eso.

—El problema es que algunos, como mi hermano, lo hacen a gran escala y por eso hay problemas entre jefes de la competencia. Odio ese mundo, lo odio con todo mi corazón. Lo de Hakim me dejó impactada, quizás, a pesar de todo, nunca me hubiera casado con él por lo de su muerte, sinceramente, eso me da más paz. Una cosa es que mi hermano me busque por represalias y otra que lo haga para entregarme a ese hombre, no sé si me explico, estoy aturdida.

Se extendió en el sofá posando su cabeza en mi regazo, la acaricié sabiendo que estaba llorando y triste. Me dolía verla así, sabía que, pese a todo, perder a su hermano pequeño de su vida y a su madre, la tenían con el corazón roto en mil pedazos.

Me dolía en el alma que ella hubiera tenido un final así con su familia, al menos con los dos que nombraba, los otros se lo merecían y me alegraba saber que los habían de algún modo destruido.

Un rato después cuando se quedó dormida la cogí en brazos, ella se agarró a mi cuello y posó su cabeza en mi hombro, cerró los ojos mientras yo la llevaba hacia la cama.

Me rondaba la cabeza que cuando estuviera todo más tranquilo quería mover todo para poderme casar con ella, por supuesto se lo pediría de la manera que jamás se hubiera podido imaginar, la pensaba sorprender con eso.

Pero tenía que investigar de qué manera se casaban dos personas con una cultura tan diferente, imagino que, por el juzgado, porque ni ella se iba a convertir en cristiana y ni yo en musulmán, así que tendría que ser algo intermedio como eso.

Todo sería cuando estuviera más en calma todo el tsunami que habíamos levantado desde el día de su liberación.

Capítulo 58



Karim

Aquella noche había decidido salir con Laila a cenar en la plaza y tomar un té.

Mi madre decía que esa mujer era como un rayo de luz en la casa, que se la veía cariñosa con mi pequeña Amina y eso a mí, me tranquilizaba.
No estaba cien por cien seguro de lo que sentía por ella, pero algo había, algo que me impedía tenerla lejos.

Dejó la Riad y acabó instalándose en una de las habitaciones libres de mi casa, ninguno era tonto y sabía que entre ella y yo había habido algo, mi propia madre nos vio semanas atrás en la plaza tomando café y supe que estaba disgustada, pero ella mejor que nadie me entendía en todo, a fin de cuentas, las madres siempre se daban cuenta de todo.

Acabábamos de tomar el té y paseábamos por la plaza para ir de vuelta a casa, cuando vi a Ahmed aparecer por allí.

—Señor Karim, buenas noches.

—Ahmed, ¿ocurre algo?

—El señor Hakim quiere verlo. Y a ella también —miró a Laila, que se tensó a mi lado.

—¿Por qué querría verla a ella?

—No lo sé, solo mandó a uno de sus chicos para que me diera el mensaje.

—¿Dónde está?

—En su casa, esperándolo.

Asentí, no era nada bueno que Hakim quisiera verme en su casa, y mucho menos a Laila.

—Ahmed —me giré al ver que nos seguía.

—Soy su sombra, señor, no lo dude —dijo antes de que pudiera pedirle que nos acompañara.

Saqué el móvil del bolsillo y le mandé un mensaje rápido a la otra persona de mi máxima confianza, no tardó en responder que iba para allá.

—¿Qué quiere Hakim conmigo?

—No lo sé, pero ya estaba tardando en ponerse en contacto. Pensé que al saber que tú habías vuelto y mi hermana no, aparecería en mi casa al día siguiente.
y

—Karim…

—No te preocupes, mi bella Laila —dije rozando su mano—, no permitiré que te haga nada.
e

eElla suspiró y supe que no estaba muy convencida, claro que ni siquiera yo mismo podía estarlo cuando no sabía las intenciones que tenía Hakim.

Hicimos el trayecto andando en silencio, notaba la presencia de Ahmed detrás sin necesidad de mirar, y cuando llegamos a la casa de Hakim comprobé que el tercero en discordia estaba allí, entre las sombras, esperando por si tenía que ayudar.

Llamé a la puerta y nos abrió una de las mujeres del servicio, que nos llevó hasta el patio trasero donde nos esperaba.

—¿Querías verme, Hakim? —pregunté y se giró.

—A ambos —respondió poniéndose en pie—. ¿Qué estás haciendo para encontrar a mi mujer, Karim?

—Cuanto puedo, hago cuanto puedo.

—No lo suficiente, al parecer. Creo que te estás distrayendo follando con esta sucia mujer que salvó su pellejo dejando a mi mujer, tu hermana, en manos de a saber, qué clase de desalmados.

—Yo no…

—Laila —el tono y el modo en el que dije su nombre, fueron suficientes para que ella se quedara callada.

—Al menos la perra obedece —dijo Hakim.

—No te voy a consentir que le hables así.

—¿Acaso la vas a tomar por esposa ahora que mi prima ha muerto? Siempre tuviste todas las mujeres que se te antojaron en tu cama, mientras ella esperaba en casa cuidando de la niña.

—Ella estaba de acuerdo en todo, y lo sabes —noté que Laila me miraba con el ceño fruncido.

—Ni siquiera le diste un varón para seguir con nuestros negocios, solo se te pidió eso.

—Tu prima no se volvió a quedar embarazada por más que intenté que así fuera.

—Insisto, en eso tampoco hacías lo suficiente. ¿Dónde está mi mujer, sucia perra? —gritó cogiendo a Laila del brazo, que se estremeció y dejó escapara un leve grito de sorpresa.

El modo en el que Hakim miraba a Laila, con ese odio y la rabia instalada en ellos, me hizo incluso a mí temer po lo que pudiera hacer.

—Te lo advertí, Karim. Tienes mucho que perder si no recupero a Aisha.

—Ella no te ama —dijo Laila, dejando a un lado el miedo y sacando esa mujer salvaje y fuerte que había en ella —. Te odia con todo su ser, y estoy segura que, allí donde la llevaran, su destino será cien veces mejor que el que le esperaba contigo.

—Algo me dice que sabes más de lo que quieres hacer creer a Karim y su familia —Hakim entrecerró los ojos y se quedó mirando a Laila, estudiándola para ver si conseguía averiguar lo que fuera que quería saber.

Ella se retorció en su agarre, quería escapar de él, pero la mantenía sujeta por el brazo con fuerza.

—No sé nada —respondió.

—¿Estás segura? Veo demasiado conveniente que llegaras al pueblo cuando lo hiciste, y del modo en el que lo

hiciste. Y más conveniente aún que, sin estar invitada a la boda, aun siendo la amante de Karim, estuvieras allí y consiguieras salir con Aisha sin que uno de nuestros hombres os lo impidiera.

De eso me encargué yo, le di permiso a Abdel para que las dejara salir creyendo que de ese modo estarían a salvo, sin saber lo equivocado que estaba.

—Ella no tiene nada que ver con lo que pasó, no colaboró con quien se llevó a mi hermana —le aseguré, aun siendo todavía la duda que me carcomía por dentro a veces.

—En ese caso, no te importará que la interrogue como es debido —dijo Hakim, mirándome a los ojos.

Nuestros interrogatorios no eran precisamente sutiles, solían haber golpes, heridas, sangre, huesos rotos… y no quería nada de eso para mi mujer.

—No vas a interrogarla, confío en ella y sé que me ha contado la verdad.

—Aun así, un interrogatorio no estaría demás.

Iba a llevarla hasta una silla que había en el centro del patio, pero entonces Laila consiguió soltarse dándole un empujón.

Ante mi sorpresa, la de Ahmed e incluso la del propio Hakim, ella sacó un arma del bolso y apuntó sin que le temblara el pulso.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó Hakim, frunciendo el ceño.

—Lo que tengo que hacer para protegerme, para que Aisha no vuelva a tu lado —respondió, y sin pensarlo más, disparó.

Dos impactos, uno en el costado y otro en la cabeza, por los que Hakim acabó cayendo al suelo sin vida mientras la sangre brotaba de su cuerpo.

El sonido que hizo al chocar contra el suelo fue un golpe seco, miré hacia atrás para ver si alguien en la casa lo había escuchado y entraba a ver qué ocurría, pero nadie llegó tras unos segundos.

—Señor Karim —Ahmed me llamó y miré hacia Laila cuando él la señaló con un leve gesto de cabeza.

Fui hasta ella, que seguía mirando con los ojos muy abiertos el cuerpo inerte de Hakim en el suelo, apuntando con el arma como si pensara que en cualquier momento iba a levantarse. Sin duda eso podría haber pasado, tantas

veces pensé que Hakim era el Diablo que no sería de extrañar que se levantara como si no se tratara más que de unos rasguños.

, —Laila —dije su nombre en un tono bajo y tranquilo mientras le quitaba el arma, ese que me guardaba en la cadera junto a la mía—. Está muerto, vamos a casa, preciosa.

—Yo… ¿Lo he matado? —preguntó mirándome al fin.

—Sí, lo has hecho.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? Posiblemente él hubiera intentado hacerlo, de hecho, sé que lo iba a intentar. Te has defendido, a mí, y a mi hermana.

—Karim.

—Vamos a casa, haré que olvides esta noche —la besé y tras rodearla por la cintura caminé hacia la puerta con ella.

Ahmed nos seguía, atravesamos la casa sin que nadie nos detuviera, y entendí que allí no quedaba nadie. La mujer que nos dejó pasar debió marcharse, por lo que mandé un mensaje a quien nos daba cobertura en ese momento desde las sombras.

Karim: *¿Has hecho tú que todos se fueran?*

No tardó en responder que sí y que no le había costado nada que así fuera, solo estaban la mujer y un nuevo chico que vigilaba la casa.

Al igual que yo, Hakim había puesto a muchos de sus hombres de confianza a buscar a mi hermana, el problema era que todos los esfuerzos estaban siendo en vano.

—Karim —me llamó Laila.

—No digas nada, preciosa. Esto no ha ocurrido.

—Pero yo he matado…

ı

—El tema es, ¿de dónde has sacado un arma, pequeña Houdini? —arqueé la ceja y la vi tragar.

Besé su frente y me la llevé a casa, ya entraríamos en detalles más adelante, por el momento no quería saber nada, ya llegaría el momento de hablar.

Besé su frente y me la llevé a casa, ya entraríamos en detalles más adelante, por el momento no quería saber nada, ya llegaría el momento de hablar.

Capítulo 59



Kevin

Era viernes, la semana había sido de mucha tranquilidad, llevando y trayendo a Pedrito de la escuela, visitando a mi madre, estuvimos un par de veces en la inmobiliaria, aunque yo estaba informado de todo al minuto por email o privado, pero necesitaba atender a unos clientes personalmente para el cierre de una de las ventas más importantes hasta ahora, un resort hotelero.

Dejamos a Pedrito y quedamos en recoger a mi madre para desayunar, me extrañó no verla en la puerta y la llamé al móvil, pero no respondía.

Me bajé del coche un momento para llamar a la puerta y nada, así que abrí con la llave, Aisha se quedó montada en el coche.

Un grito desperado de ¡¡¡Noooo!!! Salió de mi garganta mientras me llevaba las manos a la cabeza. Mi madre yacía en el sofá y alrededor de ella botes de barbitúricos vacíos.

Llamé a una ambulancia, no se reanimaba, junto a ella una nota dirigida a mí.

Aisha entró al escuchar el grito y se puso las manos en la boca, se tiró encima de ella gritando su nombre para que despertara.

Yo estaba en *shock*, no daba crédito a nada. Llegaron los servicios de emergencia, pero lo único que pudieron hacer fueron certificar su fallecimiento.

Abrí la carta, quería entender algo, no podía ni hablar, seguía en *shock*.

"Querido y amado, hijo:

Sé que no te va a gustar encontrarme de esta manera, te va a doler en el alma, pero yo estaré bien y descansando en paz.

Sabes que el gran amor de mi vida y mi media naranja siempre fue tu padre, al que amé cada minuto de mis días con el que pasé todo el tiempo del mundo y el que me dejó muerta en vida cuando falleció, dejándome desolada, sin ganas de vivir, pero vosotros fuisteis mis motivos para seguir luchando cada día pese a no tener fuerzas, ni ganas.

Siempre soñé con irme con él, si había una posibilidad de que nos reencontráramos, yo quería que fuera lo más pronto posible, me la jugaba, solo quería agotar hasta la última posibilidad de saber si era posible volver a estar con el amor de mi vida.

Si duele enterrar a un marido al que amas, no te imaginas lo que mata enterrar a tu propia hija, eso es desgarrador y aunque he intentado poner la mejor de mis caras todo este tiempo, cuando podía y nadie me veía, me he pasado el tiempo llorando sin consuelo.

A Pedrito, sé que no le faltará amor ni protección por vuestra parte, en estos días me lo habéis demostrado teniéndolo perfectamente cuidado y feliz. No sabéis lo orgullosa que estoy de vosotros.

Aisha es la tranquilidad que me faltaba para que todas las piezas encajaran, una buena mujer a tu lado que te mira como yo siempre miré a tu padre, y eso, hoy en día, es difícil encontrarlo.

Lo siento hijo, pero necesito descansar, ellos me necesitan al otro lado y tú aquí ya lo tienes todo.

Comprenderás que no podía decirte nada, nunca lo hubieras entendido, mucho menos permitido y me habrías sometido a tu voluntad, no a la mía, así que preferí hacerlo libremente, como hay que vivir y morir en esta vida.

Te voy a querer siempre allá a donde esté, y algún día espero volver a verte y que todos nos reencontremos, eso sí, que sea dentro de infinidad de años y que disfrutes de la vida tan bonita que te has forjado.

No me llores mucho hijo, por favor, no lo hagas. Abraza al que ya es tu hijo y dile que la abuela, se fue con su mami a trabajar y que lo quiere con todo su corazón.

A Aisha, solo darle las gracias por ese amor que ha traído a tu vida y a la de mi niño. Que desde que la vi, supe que era la persona correcta para estar a tu lado.

Me voy feliz y en paz, os quiero, hijo. Un abrazo, y desde allá donde esté, os estaré cuidando."

Esa carta me dejó tocado y hundido, al igual que a Aisha, que no podía dejar de llorar.

—He empatizado con ella en eso del que se quería ir libre y no quedarse aquí porque tú lo decidieras.

—A mí también me produjo que reflexionara y sí, era su momento, ella lo ha querido, por mucho que me duela debo aceptar que se ha marchado cuando ella ha querido —la abrazaba mientras llorábamos a lágrima tendida.

Se llevaron a mi madre para el tanatorio y cogí ropa de Pedrito, para llevársela a Susana, ella lo recogería en el colegio y se haría cargo de él durante el fin de semana. No quería que percibiera nuestro dolor ni viera nada.

—La sentía como una segunda madre —me dijo cuando la vio tras el cristal en el tanatorio.

—Lo sé, Aisha. Ella te cogió mucho cariño.

—Es muy bonito lo que dijo de mí en esa carta.

—Te veía así y nos vio como ese futuro que ella soñaba para mí.

—Yo creo que, si hubiera nacido aquí, mi madre estaría muy feliz de verme con alguien como tú —dejó caer su cabeza en mi pecho sin dejar de mirar a mi madre.

Veinticuatro horas estuvimos velándola y recibiendo visitas de familiares, amigos y demás que venían a despedirse de ella.

Aisha entró a la misa de la iglesia, pero se quitó el velo antes de entrar, nadie le había dicho nada, pero salió de ella.

El entierro fue desgarrador, estábamos rotos, incrédulos, cansados y arrebatados.

Nos fuimos para la mansión y tras ducharnos, nos pusimos cómodos y pasamos la tarde en silencio en el sofá, dando cabezadas y sin reaccionar a nada, a los dos nos había afectado muchísimo. Me dolía saber que nunca más la iba a poder abrazar a mi madre, o decirle cuánto la quería.

El domingo por la mañana nos preparamos el desayuno, ya que era el día que había elegido Georgina de descanso semanal.

Nos sentamos en silencio en la terraza, pero juntos, en el mismo sillón doble.

En ese momento me llegó un mensaje de Mohamed que me había prometido tenerme al tanto de cualquier cosa que se enterase de la familia de Aisha, es más, que pusiera a alguien pisándoles los talones en todo momento.

Quería saber qué pensaban de ella, quién actuaba mejor o peor, lo quería saber todo.

Mohamed: *La mamá de ella está preguntando todo el día a las personas del pueblo si han visto a su hija o saben algo de ella. Va llorando desconsolada y dicen que está pasándolo muy mal.*

Por un lado, me sorprendía y por otro, no, como madre era normal que quisiera saber qué le había pasado a su hija, una cosa era mirar a otro lado para acatar las normas de su hijo en lo de la boda de Aisha, y otra que no le importara lo que le pasó y era normal que quisiera tener noticias, vamos, que las buscara de manera desesperada.

No sabía si decírselo a Aisha, no quería que se pusiera peor de lo que estaba, pero tampoco quería ocultarle la realidad de algo que ella se preguntaba constantemente. ¿Lo estaría pasando mal su madre?

Al final le enseñé el mensaje mientras tomaba el café en silencio.

—Ojalá pudiera llegarle de alguna manera la información de que estoy bien —dijo con tristeza.

—¿Quieres que así sea?

—Sí, por favor —afirmaba entre sollozos.

Di orden a Mohamed para que lo hiciera sin que descubrieran por dónde venía la noticia y como esperaba, me dijo que así sería, cosa que dejó más tranquila a Aisha y que no dejó de agradecerme insistentemente.

Quería saber qué pensaban de ella, quién actuaba mejor o peor, lo quería saber todo.

Mohamed: *La mamá de ella está preguntando todo el día a las personas del pueblo si han visto a su hija o saben algo de ella. Va llorando desconsolada y dicen que está pasándolo muy mal.*

Por un lado, me sorprendía y por otro, no, como madre era normal que quisiera saber qué le había pasado a su hija, una cosa era mirar a otro lado para acatar las normas de su hijo en lo de la boda de Aisha, y otra que no le importara lo que le pasó y era normal que quisiera tener noticias, vamos, que las buscara de manera desesperada.

No sabía si decírselo a Aisha, no quería que se pusiera peor de lo que estaba, pero tampoco quería ocultarle la realidad de algo que ella se preguntaba constantemente. ¿Lo estaría pasando mal su madre?

Al final le enseñé el mensaje mientras tomaba el café en silencio.

—Ojalá pudiera llegarle de alguna manera la información de que estoy bien —dijo con tristeza.

—¿Quieres que así sea?

—Sí, por favor —afirmaba entre sollozos.

Di orden a Mohamed para que lo hiciera sin que descubrieran por dónde venía la noticia y como esperaba, me dijo que así sería, cosa que dejó más tranquila a Aisha y que no dejó de agradecerme insistentemente.

Capítulo 60



Karim

Patas arriba, por Allah que iba a poner todo Marruecos patas arriba hasta encontrar a mi hermana.

Hacía días que la habían secuestrado junto con Laila, y ya no tenía la menor duda de que ella no tuvo nada que ver, más aún cuando a mi madre, le llegó un mensaje de Aisha diciéndole que estaba bien.

Podría haberlo enviado bajo coacción, ser una treta de quien fuera quien se la llevó para joderme, pero el llanto de mi madre al ver el modo en que solía llamarla mi hermana, me hizo entender que de verdad era ella.

Le pedí a Ahmed que hiciera algunas averiguaciones y todo apuntaba a que estaba en Marrackech, al parecer un marroquí rico y con poder la tenía en su casa.

Pero también había oído decir que la habían visto en Tánger.

¿Cuál era la pista que debía seguir? Maldita fuera si lo sabía.

Envié a varios hombres a cada destino, haciéndoles saber que, si no daban con mi hermana y la traían viva, yo mismo los mataría por su incompetencia.

Llegué a casa y no había nadie. Las mujeres debían haber ido al mercado y los hombres a pasear o tomar un té.

Pero al acercarme a mi habitación me pareció escuchar a Laila en la suya.

—Lo del mensaje al menos ha dejado tranquila a la madre —fruncí el ceño, ¿Con quién hablaba? — Sí, siguen buscándola por allí. Karim está desesperado —estaba a punto de estrangular a la mujer que me había hecho caer en una puta trampa, al parecer—. Teníamos razón en lo que te dije, mis sospechas eran ciertas. No, tranquilo, estaré bien.

Y una mierda iba a estar bien.

Abrí la puerta de golpe, haciendo que chocara contra la pared, Laila se giró gritando y con los ojos muy abiertos.

—¿Con quién coño hablas? —rugí acercándome a ella en dos zancadas, arrebatándole el teléfono, pero ya había colgado.

—Karim.

—¡Habla, o juro por Allah que te mato aquí mismo! —La agarré del cuello con una mano, mirando esos ojos en los que veía un cariño verdadero hacia mi hija.

Mentira, una maldita mentira de esta mujer que, como la mismísima Sherezade, me había nublado el juicio haciendo que me desviara de mi verdadero objetivo; encontrar a mi hermana.

—Habla —exigí apretando los dientes.

—No puedo, Karim —murmuró y la solté, dándome cuenta de lo fuerte que estaba sosteniéndola, y temí que le quedaran las marcas en el cuello.

—¿Con quién hablabas? ¿Dónde está Aisha?

—¿Piensas contarme tú la verdad sobre tus negocios? —preguntó, y vi que el miedo abandonaba sus ojos, de nuevo se mostraba fuerte y valiente ante mí, a pesar de que le sacaba bastante altura y en mis manos era tan pequeña.

—No sé de lo que estás hablando.

—Lo sabes perfectamente, Karim, no soy idiota.

—¿Y quién eres? Porque ya no me creo que seas la musulmana que fue repudiada por su hermano por no querer casarse con quien él la obligaba.

Se le abrieron los ojos ante la sorpresa, y a juzgar por el modo en el que le temblaba el labio, estaba nerviosa y no sabía qué decir.

—Tú ayudaste a quien fuera a que se llevara a Aisha, ¿verdad? Me has mentido, me has tenido engañado todo est tiempo. Maldita sea, Laila, has entrado en mi familia como una más, mi hija te adora.

—Sí, ayudé a escapar a Aisha, nadie la secuestró —dijo sin un ápice de miedo en la voz—. Lo hice y lo volvería a hacer una y mil veces porque nadie merece que la obliguen a ser la posesión de nadie, ningún ser humano merece ser tratado como mercancía, como moneda de cambio en este caso.

—¿Qué crees que sabes, mujer? —grité, exasperado por la situación.

—Todo, Karim, o al menos lo importante.

Durante los siguientes minutos me contó quién era ella realmente, lo que había venido a hacer a Chaouen y que no pensó que ese trabajo acabaría siendo tan difícil para ella.

Me habló de lo que había descubierto sobre mí, sobre los negocios, pero había algunas cosas que no sabía, por suerte para mí.

Había un secreto, el mayor de todos en mi vida, que nadie, ni siquiera mi familia sabía, y al menos me alegraba saber que ella no lo había descubierto.

Con respecto a lo demás… Debía reconocer que era buena investigando, por no hablar del trabajo de infiltración que hizo y el modo en el que se acercó a mi hermana, y a mí mismo, para ganarse nuestra confianza.

—¿Por qué has dicho que este trabajo había resultado tan difícil para ti? —pregunté después de confirmarle lo que había averiguado sobre mí.

—Porque nunca antes había sentido nada por alguno de los hombres que…

—Basta, no sigas —le pedí rodeándola por la cintura—. Siendo española imagino que habrá habido otros hombres en tu vida, y en tu cama.

—En lo que a trabajo se refiere, pocos. Y deja que te diga que ninguno como tú.

—¿Debo creerte? —Arqueé la ceja.

—Debes, y sé que lo harás —sonrió.

—¿Qué pasa si no puedo perdonar esta traición, Diana? —dije, llamándola por su verdadero nombre, uno que me gustaba pronunciar y que hizo que, a ella, se le dibujara una sonrisa en los labios.

—Me olvidaré de ti entonces cuando os reunáis con Aisha.

—¿De verdad crees que te dejaría marchar, *habibi*? —abrió mucho los ojos al escucharme llamarla así, como siempre llamaba a mi hija— Nunca, nunca permitiré que me dejes.

—Pero te mentí.

—Y has contado la verdad, después de que te pillara, cierto, pero me la has contado. Ayudaste a mi hermana a salir de aquí y eso, *habibi*, es lealtad hacia ella y yo lo valoro. Has sabido mi verdad y, aun así, sigues aquí, a sabiendas de que mi familia también conocía la historia, y ni una sola vez, Diana, ni una sola, los has mirado mal o los has menospreciado. Eres valiente, *habibi*, y eres mía, mía y solo mía.

—¿De verdad crees que te dejaría marchar, *habibi*? —abrió mucho los ojos al escucharme llamarla así, como siempre llamaba a mi hija— Nunca, nunca permitiré que me dejes.

—Pero te mentí.

—Y has contado la verdad, después de que te pillara, cierto, pero me la has contado. Ayudaste a mi hermana a salir de aquí y eso, *habibi*, es lealtad hacia ella y yo lo valoro. Has sabido mi verdad y, aun así, sigues aquí, a sabiendas de que mi familia también conocía la historia, y ni una sola vez, Diana, ni una sola, los has mirado mal o los has menospreciado. Eres valiente, *habibi*, y eres mía, mía y solo mía.

Capítulo 61



Kevin

Cinco días habían pasado desde que le di la orden a Mohamed de que le hiciera llegar esa información a su madre incluía una palabra que me había dicho Aisha que solo le decía cuando estaban a solas, para que todo fuese más creíble.

Habíamos acabado de recoger a Pedrito del cole y le habíamos prometido que el viernes lo llevaríamos a Burger King, así que eso hicimos.

El pobre no dejaba de preguntar por su mamá y la abuela y yo le decía que un amigo que trabajaba con ellas me había dicho que se lo pasaban muy bien y estaban felices. El tema es que se suponía que donde estaban ellas no había cobertura, fue lo más rápido que se me ocurrió decirle.

Tras echar un ratito con las coronas puestas en ese restaurante de comida rápida, nos fuimos para la casa, además, eran de estos días de noviembre fríos y lluviosos, así que nos pusimos los pijamas y nos fuimos al salón a ver peli con la chimenea encendida.

Me llegó un inesperado mensaje de Marruecos.

Mohamed: *Su familia recibió el mensaje hace dos días y su madre dijo que sí que provenía de ella. Karim está enfurecido y quiere verla, se piensa que la tienen retenida y que mandó la información desde la coacción. Saben que está viva, pero no en qué condiciones. No va a parar hasta encontrarla, está pagando para que busquen información en otras bandas, le han dado noticias de que está en Marrakech con un marroquí de mucho dinero, también la han posicionado en Tánger, lo están volviendo loco. Tiene a los pocos hombres que le quedaron repartidos en busca de su hermana.*

Se lo enseñé a Aisha sin decir nada, ya que el niño estaba presente. Lo leyó detenidamente y arqueó la ceja mientras negaba.

Cogió su móvil y me puso un mensaje para no hablar delante de Pedrito.

Aisha: *Mi hermano me busca para que siga bajo su voluntad y no aparentar ante el mundo que soy una deshonra. Me da pena por Kasim y mi madre, sinceramente cada día odio más a Karim.*

Le agarré su mano y la llevé a mis labios para besarla. La amaba con todo mi corazón y que estuviera bien era mi primer cometido, tanto a ella, como a mi sobrino, los amaba con toda mi alma y su bienestar era lo primordial par mí.

Sabía que ese odio hacia Karim no solo era por lo que le hizo a ella, sino por ser el causante de ella haberse tenido que separar de sus seres queridos; su madre y hermano pequeño.

Me alegraba saber que Mohamed seguía igual de comprometido conmigo y estaba recabando todo para informarme.

Había sido una semana dura, especialmente por la muerte de mi madre, que aún seguía sin asimilar y como el vacío se iba sintiendo cada día que pasaba. La echaba mucho de menos, como a mi hermana, esa que, a pesar de no estar centrada en la vida y sus obligaciones como madre, me hacía mucha falta.

El sábado por la mañana nos levantó un estruendo enorme, parecía que había estallado una bomba, pero nada que ver, fue un señor relámpago que iluminó toda la casa.

Llovía como hacía años que no lo hacía, el cielo estaba demasiado cerrado, todo gris, parecían cántaros de agua precipitándose, daba la sensación de que caía el agua en cascadas.

Nos fuimos al salón frente a la chimenea donde Georgina nos trajo el desayuno, el pequeño aún dormía.

Abrí todas las persianas del salón quedando de media altura hacia arriba todo acristalado para que pudiéramos ver el fenómeno que se producía fuera. Era el típico día de sofá y mantita frente a la chimenea y era lo que nos esperaba.

—Huele muy bien —dijo con la taza de café en sus manos.

—Está haciendo puchero, te va a encantar.

—¿Qué es eso?

—Una sopa que se come con arroz o fideos, a mí, especialmente me gusta con arroz y además en una bandeja se pone toda la carne que se usó para hacer el caldo.

—Seguro que me gusta, solo el olor… —gimió.

Pedrito comenzó a chillar desde la habitación.

—¡Ya me he despertado! ¡Ya me he despertado! —nos echamos a reír y Aisha se levantó para ir a por él.

Era una manía que el niño había adquirido estos días, lo primero era que se iba a dormir escuchando un cuento de boca de Aisha y cuando se levantaba quería que ella fuese a por él, pero no lo hacía por imposición ni tocar las narices, sino porque necesitaba de esa atención y sentirse especial de manos de la mujer que estaba haciendo un papel clave en su vida.

Lo trajo en brazos y lo colocó en medio de nosotros, en el sofá, para que desayunara, le eché por su regazo la mantita que le habíamos comprado de Spiderman, por cambiar un poco y sacarlo de Superman, al que tenía por todos lados.

—Tito, buenos días —reía estirando el cuello para que le diera un beso en la mejilla.

—Buenos días, pequeño —lo besé.

—Hala, como llueve —decía mirando hacia fuera.

—¿No escuchaste el relámpago de hace un rato? —le preguntó Aisha.

—No, no, no sabía que llovía —se encogió de hombros.

—Aquí el Cola Cao para el niño más bonito del mundo —se lo puso por delante, Georgina.

—Has hecho churros —dijo mirando un plato que había en la mesa.

—Sí, ¿te gustó la idea?

—Me encantan los churros —se puso las dos manos en la cara apoyando sus codos en la mesa, aún estaba adormilado.

Aisha le acarició la espalda y le acercó el vaso para que bebiera. El pequeño no dejaba de mirarla sonriendo, y es que, con ella, tenía locura, estaba casi seguro de que sentía más admiración por ella que por mí, y eso que era difícil porque ese niño tenía una devoción conmigo muy grande, pero lo de ella era otro nivel.

Notaba una sensación agridulce que por una cosa u otra no se me iba. Tenía a mi sobrino conmigo, a la mujer de la que estaba enamorado perdido, pero estábamos construyendo una familia con los pedacitos de corazón que se habían quedado partidos con todo lo que había ido sucediendo a nuestro alrededor.

Me ponía en su pellejo y lo de ella era mucho más difícil, yo había perdido a una madre y una hermana en pocos días, ya no estaban, no las podría ver más, pero ella tenía a su madre y su hermano pequeño, y sabía que posiblemente nunca más los vería. Eso era mucho más duro, estar preguntándote cada día que cómo estarán, si necesitan algo… Debía ser una locura.

Pasamos la mañana de sofá, juegos de mesa con el niño y pelis hasta que llegó la hora de la comida y nos pusieron el puchero, ese que tenía tantas ganas de probar Aisha, y que quedó encantada con ese plato que decía que era de lo mejor que había comido en España.

Abrí el sofá para ponerlo extragrande, nos echamos los tres con Pedrito en medio, ni cinco minutos después Aisha quedó dormida, cosa que me esperaba por el plato que se había comido.

Pedrito tardó un poco más, pero no mucho, cuando lo miré ya estaba detrás de Aisha durmiendo plácidamente.

Los miré emocionado, eran todo lo que me quedaba de valor.

Notaba una sensación agridulce que por una cosa u otra no se me iba. Tenía a mi sobrino conmigo, a la mujer de la que estaba enamorado perdido, pero estábamos construyendo una familia con los pedacitos de corazón que se habían quedado partidos con todo lo que había ido sucediendo a nuestro alrededor.

Me ponía en su pellejo y lo de ella era mucho más difícil, yo había perdido a una madre y una hermana en pocos días, ya no estaban, no las podría ver más, pero ella tenía a su madre y su hermano pequeño, y sabía que posiblemente nunca más los vería. Eso era mucho más duro, estar preguntándote cada día que cómo estarán, si necesitan algo… Debía ser una locura.

Pasamos la mañana de sofá, juegos de mesa con el niño y pelis hasta que llegó la hora de la comida y nos pusieron el puchero, ese que tenía tantas ganas de probar Aisha, y que quedó encantada con ese plato que decía que era de lo mejor que había comido en España.

Abrí el sofá para ponerlo extragrande, nos echamos los tres con Pedrito en medio, ni cinco minutos después Aisha quedó dormida, cosa que me esperaba por el plato que se había comido.

Pedrito tardó un poco más, pero no mucho, cuando lo miré ya estaba detrás de Aisha durmiendo plácidamente.

Los miré emocionado, eran todo lo que me quedaba de valor.

Capítulo 62



Kevin

Era jueves por la mañana cuando nos levantamos para preparar a Pedrito, y llevarlo al colegio cuando me llegó un mensaje que me hizo despertar por completo.

No tenía noticias de nadie desde hacía por lo menos cinco o seis días que no recibía nada.

Diana: *Tenemos que vernos, la historia da un giro inesperado…*

Kevin: *¿Dónde? ¿Cuándo?*

Diana: *Estoy en dirección a Málaga desde Algeciras.*

Kevin: *Te paso la dirección de un lugar, te pilla a una hora justa de tu ubicación, yo voy de camino.*

Le dimos el desayuno a Pedrito de lo más intrigados por esa repentina revelación de Diana y la urgencia con la que quería que nos viéramos.

Llevamos a Kevin al colegio y nos dirigimos hacia la cafetería de un pueblo que me pillaba a media hora y es donde le había indicado.

Nos sentamos en el interior y diez minutos después vimos por el escaparate cómo se bajaba de un coche que acababa de aparcar.

Diana entró directa a abrazarnos, primero a Aisha, que se notaba que sí, que no solo fue un trabajo, le había cogido mucho cariño, luego a mí, que se notaba que confiaba en mí para todos los trabajos y que me respetaba.

—Tengo que contaros la verdad de lo que pasó estos días, sé por Mohamed lo que os hizo llegar de información,

pero la realidad es que el día que os dejé en el aeropuerto no me recogieron para llevarme a casa, me recogieron para llevarme a Algeciras a coger un barco de regreso a Marruecos, y acabo de regresar de ese viaje.

—¿Has estado en Marruecos? —preguntó ella, boquiabierta. Yo me estaba poniendo pálido.

—Sí, con tu familia.

—¿Has estado con mi familia? —preguntó Aisha.

—Y he matado a Hakim —la miró fijamente.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó temblorosa.

—Porque no solo te quería a ti, quería el control de toda tu familia.

—No entiendo nada.

—Lo sé, pero no puedo ser yo quien os cuente todo.

—¿Y quién, entonces?

—Estoy aquí por un encargo.

—No entiendo, explícate —le dije nervioso.

—Vamos por partes —se hizo un silencio mientras le ponían un café.

—Me están dando punzadas en el corazón —dijo Aisha, refiriéndose a taquicardias.

—Cuando estuve infiltrada, descubrí cosas de las que no estaba segura y que no me cuadraban con algunas versiones.

—¿Cómo qué?

—La forma de ser de Karim, tu hermano.

—¿Y qué no te cuadraba?

—Todo esto os lo tiene que aclarar otra persona. Mohamed me pidió que investigara una cosa tal y como os dejara en España, por ese motivo fue por el que regresé, tardé unos días y conseguí entrar de nuevo en la vida de tu familia, solo me hicieron falta un par de días para darme cuenta de todo. Para que quede claro, ellos pensaban que yo iba a ayudar a encontrarte, que iba a dar pistas, solo les dije que nos llevaron a Tánger a una casa y de allí logré escapar. Me los gané para estar en el corazón de todos y enterarme de los movimientos, además de aclararme poco a poco en algunas cuestiones ganándome de nuevo su confianza.

—¿Y es Mohamed el que nos lo tiene que contar? —pregunté sin entender nada.

—Esa información está en el sillón de atrás de mi coche, en vosotros está el verla o no.

—Ahora mismo, quiero ver lo que sea ahora mismo.

—¿Estamos seguros? —le pregunté a Diana.

—Completamente, no te fallaría por nada del mundo.

Terminamos el café y salimos al coche hacia el lado que ella se acercó para abrir la puerta, pensé que nos iba a dar una carpeta con documentos o algo cuando la vi a ella y Aisha comenzó a gritar.

—¡¡¡Mamá!!! —decía llorando mientras esta se bajaba del coche y la abrazaba fuertemente.

—¡¡¡Aisha, mi vida!!! —si la hija lloraba, la madre parecía que iba a desfallecer.

—¡¡¡Mamá!!! ¿¿¿Qué haces aquí???

—Venir a hablar contigo, cariño. Contarte de una vez la verdad de lo que pasaba en casa.

—Eso lo he vivido, mamá —le dijo entre sollozos.

—Hija, Karim no era ese hombre que creías, no era el jefe de nada, el jefe era Hakim y tu hermano, solo el escudo para quitarle responsabilidades al ser asqueroso ese que murió seguro en uno de sus líos —nos dimos cuenta de que Diana no les dijo en ningún momento que fue ella—. Tu hermano se debía a él, o estábamos en riesgo toda la familia de ser asesinados, de ahí a que tu hermano se comportara así.

—Mamá, ¿me estás diciendo que Hakim tenía amenazado a Karim?

—Sí, hija, sí, por eso yo ponía de mi parte para caerle bien y hacerle ver que te entregaríamos, cosa que fuimos retrasando hasta preparar todo para darle un último golpe, cosa que no pudimos porque se adelantó todo lo que

apasó.

Pero ni tu hermano, ni tu padre, ni yo, íbamos a permitirte que te casaras con él, no estaba en nuestros planes, perc
teníamos que fingir hasta el final.

—¿Y por qué mi hermano me pegaba?

—Lo sacabas de quicio, no podías revelarte o se nos iban todos los planes a de las manos. Tu hermano estaba preparando todo para sacarte de Chaouen y hacer creer que habías desaparecido, tenía todo previsto en Marrakech con una familia de papá, parientes lejanos, y que te fueras allí.

—Mamá, esto es mucha información, esto es mucho para mí.

—Hija, sé que estás con Kevin —me nombró por mi nombre— desde antes de huir, lo sabía, no soy tonta, es más, una vez le dejaste el desayuno sobre la mesa de la terraza y no te diste cuenta de que estaba yo al otro lado, te giraste hacia dentro e hiciste un guiño que supe que era para ese turista que estaba alojado.

—¿Y Karim sabe que estoy en España?

—Lo sabe todo, cariño, está feliz de saber que tú estás a salvo.

—Tengo que regresar a Marruecos a ayudar a poner todo en orden, tenéis dos opciones, o se queda con vosotros hasta que todo acabe, o se tiene que venir conmigo —comentó Diana.

—No se puede ir —suplicó Aisha entre lágrimas.

—Se queda con nosotros —dije con seguridad y sin titubear.

Diana sacó una maleta del coche que era de su madre y nos despedimos de ella, a la espera de que nos siguiera informando.

Aisha se montó en nuestro coche en el asiento de atrás y me dirigí a la mansión. Ambas iban todo el camino llorando y acariciándose las manos, se veía ese amor de madre e hija de verdad, desde lo más sincero de mi corazón.

Esa pobre mujer cuando vio la casa pensaba que era broma, no se lo podía creer, miraba hacia todos lados y salió Georgina a saludarla, hicimos la presentación y la acompañamos a una de las habitaciones a que dejara sus cosas.

Las dejé solas y me fui a hacer una gestión a la inmobiliaria y a que me diera el aire antes de recoger a Pedrito,

ahora Aisha pondría al día de todo a la madre.

Estaba en *shock* por todo lo ocurrido, confiaba en Diana por encima de todo al igual que en Mohamed, que requirió de su ayuda para seguir hasta el final del tema, en eso era buenísimo, era capaz de mover mil hilos sin qu los demás nos enterásemos hasta sorprendernos con esos giros que estaba dando todo.

Le hablé a Pedrito por el camino de la mamá de Aisha y que estaba en la casa, quería que no le pillara por sorpres y se quedara un poco cortado ante una presencia desconocida para él.

Llegamos a la casa y Fátima al ver al pequeño le abrió los brazos y lo abrazó con mucho cariño, ya le había contado su hija de la existencia de mi sobrino en nuestras vidas y los motivos por los que se había convertido en nuestro hijo, así lo sentíamos a mi sobrino y de algún modo era obvio que estábamos ejerciendo de padres.

—¿Tú eres la mamá de mi Aisha? —le preguntó el pequeño, haciendo que a mi chica se le cayera la baba.

—Y tu abuelita si me dejas serlo.

—Sí —sonrió Pedrito, poniéndose las manos en la cara nervioso—. Tengo una bici y la sé llevar muy bien.

—Estoy segura, se te ve deportista —Fátima le seguía el juego con mucho cariño y Aisha, no dejaba de acariciar la espalda a su madre con mucho amor.

ahora Aisha pondría al día de todo a la madre.

Estaba en *shock* por todo lo ocurrido, confiaba en Diana por encima de todo al igual que en Mohamed, que requirió de su ayuda para seguir hasta el final del tema, en eso era buenísimo, era capaz de mover mil hilos sin que los demás nos enterásemos hasta sorprendernos con esos giros que estaba dando todo.

Le hablé a Pedrito por el camino de la mamá de Aisha y que estaba en la casa, quería que no le pillara por sorpresa y se quedara un poco cortado ante una presencia desconocida para él.

Llegamos a la casa y Fátima al ver al pequeño le abrió los brazos y lo abrazó con mucho cariño, ya le había contado su hija de la existencia de mi sobrino en nuestras vidas y los motivos por los que se había convertido en nuestro hijo, así lo sentíamos a mi sobrino y de algún modo era obvio que estábamos ejerciendo de padres.

—¿Tú eres la mamá de mi Aisha? —le preguntó el pequeño, haciendo que a mi chica se le cayera la baba.

—Y tu abuelita si me dejas serlo.

—Sí —sonrió Pedrito, poniéndose las manos en la cara nervioso—. Tengo una bici y la sé llevar muy bien.

—Estoy segura, se te ve deportista —Fátima le seguía el juego con mucho cariño y Aisha, no dejaba de acariciar la espalda a su madre con mucho amor.

Capítulo 63



Kevin

Un mes había pasado justo desde la llegada de la madre en la que se esclarecieron muchas cosas y en las que vi a una Aisha más feliz que nunca, deseando reencontrarse con su familia.

Habíamos estado al tanto por varias vías de todo, absolutamente de todo, hasta había llegado a pensar que, pese a que nunca perdoné que Karim abofeteara a su hermana, sabía también que había estado años luchando por salvaguardar a su familia de la mejor manera posible.

Estábamos en el barco rumbo a Tánger, Marruecos, por primera vez desde que huyéramos del país, regresábamos junto a su madre y llevando a Pedrito con nosotros, ya no había riesgo y de eso estábamos seguros, completament seguros, tanto que por eso me atrevía a llevar al pequeñín.

Fátima estaba de lo más emocionada con reunir de nuevo a toda su familia y más con dos miembros nuevos, Pedrito y yo. Además, no dejaba al pequeño ni a sol y sombra.

Al salir del puerto nos encontramos con Karim y Kasim esperándonos a pie de un todoterreno. Karim al vernos y ver a su hermana rompió a llorar y corrió hacia esta abrazándola entre sollozos, tampoco tardó en unirse Kasim que estaba de lo más sensible y emocionado.

—Bienvenido a Marruecos —me dijo Karim, estrechando su mano y dándome un abrazo—. Gracias por todo lo que hiciste por mi hermana.

—Gracias, Karim.

Luego me dio un abrazo Kasim sin dejar de llorar, no le salían las palabras y no dejaba de llorar. Ambos, con Pedrito, tuvieron unas palabras de saludo muy amables y cariñosas. No tardaron en llamarlo sobrino.

El camino a Chaouen fue lleno de emociones. Yo me senté detrás con Fátima, y más atrás Aisha con el niño, el

coche era de siete plazas, tipo americano.

Podía sentir la emoción de ellos, de por fin haberse reencontrado después de todos los acontecimientos por los qu habían tenido que pasar.

Eso sí, yo venía ya con la clara convicción de que todo estaba en orden y bien, por nada del mundo hubiera puest a nadie en peligro.

Pedrito miraba por los cristales del coche alucinando por las cosas que veía, como personas en burro por los montes a los lados de la carretera, esos puestos de artesanos en medio de la nada, era todo asombroso para él e iba todo el camino diciendo que miráramos mientras señalaba a todo lo que llamaba su atención.

Llegamos a Chaouen y fuimos directos para su casa, allí estaba la mujer de Kasim, que se abrazó a Aisha entre lágrimas y palabras de cariño, así como dándole la bienvenida de nuevo a la familia.

La mayor de las sorpresas fue cuando de una habitación apareció Diana dejándonos boquiabiertos. Había comenzado una historia con Karim, de ese que sin quererlo se enamoró cuando todo empezó.

Aisha se puso muy contenta, al igual que yo, en cierto modo me alegraba que todo estuviera poniéndose en su sitio y marcando el camino de cada uno.

eDespués de comer todos esos platos que nos habían preparado Aisha pidió ir a ver a sus amigas, quería darles una sorpresa y todos la animamos a que no perdiera el tiempo y fuese ya. Sabíamos lo importante que era para ella hacerles saber que ya estaba de vuelta y que era feliz.

Pedrito no se despegaba de la hija de Karim a la que le daba juego y la cuidaba de que no se cayera, fue conocerla y volverse un imán con ella.

Me quedé un rato a solas con Karim, que me explicó todo con detenimiento al igual que haría con Aisha, lo comprendí desde lo más profundo de mi corazón.

—Te entiendo en todo, tengo que quitarme contigo el sombrero por todo lo que hiciste por proteger a tu familia, l que nunca entenderé es que le tuvieras que pegar por muy desesperado que estuvieras —me sinceré.

—Ni yo me lo voy a perdonar por perder los nervios, esos que luego me llevaban a llorar encerrado por lo que había hecho.

—Por lo demás, quédate tranquilo, yo tampoco sé si lo podría haber sabido hacer tan bien como tú.

—Ya no pertenezco a ese mundo, el dinero que dejó Hakim y que yo le guardaba en grandes cantidades lo destinaré para que a mi familia no le falte de nada, pero jamás volveré a trabajar en ese mundo, jamás volveré a poner en peligro todo lo que amo, los míos, mi familia y vosotros dos —se refirió a mí y a Pedrito—, que ya habéis pasado a ser parte de los nuestros.

—Gracias Karim.

—Gracias a ti por salvar a mi hermana, no solo de la situación, sino del miedo a no ser amada, sé que la amas por encima de todo y que le darás una vida donde el respeto estará presente.

—No lo dudes, además de la libertad a la que tiene derecho, esa que no tiene nada que ver con las antiguas tradiciones de tu cultura.

—Me alegra que así sea, la quiero libre, feliz y creando la familia que tanto soñó. Tu sobrino, ya es como un hijo para ella, solo hay que verla.

—Sí, Pedrito la adora y la tiene como un gran referente.

Fátima apareció con unos dulces y un té que nos puso en la terraza donde estábamos hablando, justo al lado de la terraza de la suite a la que miraba y tantos recuerdos me traía. Ahora estaba al otro lado, ahora estaba mirando todo desde el lugar que fue una cárcel para Aisha, pero una cárcel en la que todo se hizo por amor y cada vez me quedaba menos dudas.

—Mira quién está por aquí —dijo Diana y apareció por la terraza Mohamed, que me abrazó fuertemente y me dio la bienvenida a su país de nuevo.

Karim ya lo había conocido semanas atrás y se guio por él en todo, se habían hecho grandes amigos e iban a comenzar un negocio en el pueblo entre los dos, fuera de esos negocios sucios en los que habíamos trabajado todos hasta el suceso, aunque para mí fue la última vez.

Sé que Mohamed jamás le contó la realidad de quién era yo, el que un día fui su jefe, solo le contó que era una amistad de tiempo y la misma historia que yo le conté a Aisha.

Aisha apareció con sus amigas que sonreían al verme y me saludaban cortadas, venían a por los niños, se los iban a llevar a dar una vuelta y a mí me pareció genial que tomaran algo y se pusieran al día en todo, hasta Diana junto a Nadira se apuntaron al plan y se marcharon con ellas.

Mohamed, Kasim, Karim y yo, nos fuimos a la plaza a tomar un té.

Chaouen me llenaba de vida y ahora más desde la tranquilidad de todo lo que me llevó hasta allí un día y lo que me pasó después con lo de Aisha, ahora todo estaba en orden, me sentía feliz y la paz de nuevo llegaba a mi vida y a la de mi chica, esa a la que le tenía la mayor de las sorpresas y a la que tuve que pedir ayudar a Mohamed, en uno de los momentos que quedamos a solos.

Chaouen me llenaba de vida y ahora más desde la tranquilidad de todo lo que me llevó hasta allí un día y lo que me pasó después con lo de Aisha, ahora todo estaba en orden, me sentía feliz y la paz de nuevo llegaba a mi vida y a la de mi chica, esa a la que le tenía la mayor de las sorpresas y a la que tuve que pedir ayudar a Mohamed, en uno de los momentos que quedamos a solos.

Capítulo 64



Aisha

Me parecía increíble volver a estar en mi hogar, en mi pueblo, paseando por aquellas calles por las que tantas veces lo había hecho.

Habían sido semanas difíciles para mí, llorando cuando Kevin no me veía y poniendo la mejor de mis sonrisas delante de Pedrito, nuestro niño, ese que me tenía enamorada a más no poder.

No era hijo de Kevin, pero tanto él como el niño así se sentían, como padre e hijo, además de tío y sobrino y amigos de travesuras.

Y yo me sentía su mamá, quería serlo y darle el cariño que necesitaba, ese que, por motivos que nunca entendería, Sabrina no le brindó.

Pero a pesar de lo que hiciera, todos sabíamos que adoraba a su hijo y lo quería, tal vez a su manera, sí, pero no dejaba de ser su madre y querer a un hijo era algo innato.

Y tras lo que fueron días de dolor para mí sin poder estar con mi madre, ella dejó todo atrás para venir a verme, con la ayuda de Diana, esa mujer que se había convertido en parte esencial de mi vida, y de mi familia.

No podía imaginarse lo mucho que me alegraba que tuviera una relación con mi hermano Karim, a pesar de todo lo que había pasado, mi hermano merecía ser feliz.

Aún no sabía nada sobre lo que Diana dijo que no era ella quien tenía que contarlo, por lo que seguía esperando que el momento llegara y saber, de una vez por todas, qué había pasado en mi familia.

Pero ahora era el momento de reunirme con mis amigas, con mis dos locas y adorables amigas a quienes me moría por abrazar.

Y por lo que pude comprobar al verlas corriendo por la plaza en cuanto me vieron, ellas también.

—¡¡Aisha!! —gritaron al unísono y sonreí, mientras las lágrimas comenzaban a brotar de mis ojos como dos malditas cascadas.

—Chicas —murmuré nada más recibirlas y fundirnos en un abrazo de esos que le sientan tan bien al alma y al corazón.

Aquella estampa era digna de ver, desde luego. Las tres abrazadas y llorando en mitad de la plaza, pero llorando a moco tendido, algo que me sorprendió en Nerea.

—Cuánto me alegro de verte, y de verte bien —dijo, secándose las mejillas.

—Está mejor que bien, prima —comentó Saida, retirando también las lágrimas que bañaban sus mejillas—. Radiante, sonriente, feliz. Y mira, mira qué brillo en los ojos. Está enamoradita perdida.

—Lo estoy —admití riendo.

—Pues no sabes lo feliz que me hace, cariño —Nerea volvió a abrazarme y de nuevo, más lágrimas para ambas.

—Me moría por llamaros, pero no podía —dije.

—Lo sabemos, por eso poníamos en nuestros estados en el móvil que estábamos bien, para mantenerte informada —Saida sonrió mientras me limpiaba las mejillas.

—Y os lo agradezco, me volvía loca sin saber nada de nadie. Hasta que mi madre vino a Málaga.

—Algo habíamos oído, pero tampoco queríamos preguntar mucho —Saida se encogió de hombros.

—Diana estuvo en la Riad un par de días, y después…

—Lo sé, Nerea —sonreí—. Se instaló en casa de mis padres.

—La he visto con Karim.

—Está con él.

—¿Qué me estás contando? —a Nerea se le abrieron los ojos como platos, me eché a reír y les conté, bastante resumido, el motivo por el que Diana regresó a Chefchaouen después de liberarme—. Madre mía, nena, esto es como una peli policíaca. Qué aventura hemos vivido y sin saberlo.

—Ni que lo digas. Pero hay más —sonreí.

—¿Más? ¿Y vas a contarnos todo así, sin un té, sin unos dulces? —preguntó Saida.

—Qué coño dices de té y dulces, chica, yo quiero una cerveza —no pude evitar soltar una carcajada ante las palabras de Nerea.

—Soy mamá —sonreí.

Ambas me miraron con los ojos y la boca abierta, y no tardaron en alternar la mirada entre mis ojos y mi vientre, lo que me hizo reír aún más.

—¿Estás embarazada? —preguntaron ambas, con la sorpresa y la incredulidad instaladas en su voz.

—No, no lo estoy. Pero sí tengo un hijo.

—Espera, que a esta le ha venido a ver el Espíritu Santo y la beatificamos —dijo Nerea.

—El sobrino de Kevin, Pedrito, sabéis que perdió a su mamá.

—Sí, pobre —contestó Saida.

—Ahora la custodia es legalmente de Kevin, y, bueno, si soy su pareja, es como si fuera también mi hijo.

—Pues ya estás presentándonos al niño, que esta y yo nos vamos a encargar de consentirlo, ya verás. *Yallah, yallah* —me reí al ver a Nerea diciendo aquello mientras me empujaba por la espalda para que empezara a caminar hacia mi casa.

Cuando llegamos ambas se quedaron en la puerta, diciendo que me esperaban fuera, pero me negué. Si mi hermano no las quería allí iba a tener que aguantarse, cinco años habían sido muchos sin que mis mejores amigas pisaran mi casa, y eso, eso sí que no se lo iba a permitir más.

En cuanto entramos al salón todos nos miraron con una cálida sonrisa. Pedrito y Amina, estaban en el suelo jugando con Trasto, que se acercó a mis piernas para darme esos mismos que sabía nunca me faltarían por parte d aquel pequeñajo.

Nerea y Saida saludaron, cuando le tocó el turno a Kevin lo hicieron un tanto cortadas pero era normal, aquel hombre impresionaba hasta a mi padre, y ya era decir.

—Chicas, este es Pedrito —dije cogiendo a mi niño en brazos y dándole un beso en la mejilla—. Pedrito, ellas son Nerea y Saida, mis dos mejores amigas.

—Hola —él sonrió mientras agitaba la mano.

—Pero qué niño más guapo —comentó Nerea—. Me da a mí que va a tener el mismo peligro que su papá cuando sea mayor.

—¿Peligro? —preguntó Pedrito, con el ceño fruncido.

—Sí, corazón, sí —rio Nerea—. Vas a ser Pedrito de Chaouen, el terror de las niñas.

—¡Nerea, por Allah! —protestó Saida— Pero, ¿cómo le dices eso al niño?

—No ha dicho ninguna mentira, que mi nieto es bien guapo y cuando sea mayor, vamos a tener un problema para elegirle esposa —comentó mi madre.

—Mamá —la llamó Karim—, creo que por el momento nos vamos a olvidar de los matrimonios concertados, al menos por un tiempo.

—Sí, sí, no sea que acabemos otra vez en medio de un tiroteo —dijo Diana.

Decidimos llevarnos a los niños a dar una vuelta, siempre con el permiso de Kevin, por supuesto, quien sonrió y me besó diciendo que Pedrito era tan hijo mío, como suyo, cosa que hizo que mi corazón latiera aún con más fuerza.

Nadira y Diana también se unieron, y ver a esta última hacerse cargo de mi sobrina como toda una madraza, dibujó una sonrisa en mis labios.

Miré a mi hermano Karim, quien observaba a sus mujeres sonriendo y con un brillo en los ojos que no recordaba haberle visto nunca.

Como tampoco tenía un solo recuerdo de Yamila con Amina en brazos y mirándola con ese amor que Diana lo hacía.

Sin duda alguna, esa mujer había llegado a nuestras vidas para quedarse en ellas, y algo me decía que Karim no tardaría demasiado en pedir su mano de manera oficial.

Me alegraba, de verdad que sí, porque si Karim no era quien yo creía que era, entonces, merecía una felicidad plena, como la de Kasim y la mía.

Sin duda alguna, esa mujer había llegado a nuestras vidas para quedarse en ellas, y algo me decía que Karim no tardaría demasiado en pedir su mano de manera oficial.

Me alegraba, de verdad que sí, porque si Karim no era quien yo creía que era, entonces, merecía una felicidad plena, como la de Kasim y la mía.

Capítulo 65



Karim

Después de la cena en casa con toda la familia, cuando los pequeños se habían quedado dormidos, supe que era el momento de hablar con mi hermana.

Durante años la había privado de muchas cosas, y en las semanas anteriores a que fuera liberada por Kevin y sus hombres de un destino que ella no deseaba, me había portado como el peor de los hermanos.

Me puse en pie, Diana me miró con una sonrisa y asintió tras darme un beso en la mejilla, sabía lo que iba a hacer y me daba ánimos con ese simple gesto.

Respiré hondo, miré a mi hermana y a Kevin, que reían por algo que había dicho Kasim, y en cuanto mi nuevo hermano y cuñado me vio, se puso serio y asintió también, dándome el permiso que en silencio le pedía para llevarme a mi hermana.

—Aisha —me miró en cuanto la llamé—. Quiero hablar contigo.

—Claro, dime.

—No, aquí no. ¿Vamos a la terraza?

—Oh —miró a Kevin, que sonrió y le dio un beso en la frente antes de murmurarle que podía ir—. Vale, vamos.

Cuando se puso en pie, mis ojos la vieron con otros ojos.

Ya no era aquella niña que corría con Kasim persiguiéndome por la casa, ni la adolescente de quince años a la que le dije que algún día se casaría con quien yo eligiera.

Tampoco era esa chica que andaba con miedo desde hacía un año, cuando supe que descubrió que iba a casarla con Hakim y no me atreví a decírselo entonces.

Cobardía, posiblemente, pero era más el dolor que sabía que iba a causarle a mi hermana pequeña lo que me hizo callar hasta que Hakim me dijo que no iba a esperar más para hacerla su esposa.

Nos sentamos en la terraza y miramos al cielo en silencio, cuando la vi cerrar los ojos y después sonreír, arqueé la ceja. Cuando me vio, sonrió aún más.

—Hablaba con la mamá de Kevin —dijo—. Era una buena mujer, pero estaba tan cansada de estar sin su marido, que decidió libremente ir a reunirse con él.

—El amor puede hacer esas cosas.

—Lo sé —suspiró.

—Fue por lo que yo hice lo que hice, Aisha —empecé a hablar, y ella negó.

—Por amor a mí, no, hermano. Por amor no me habrías prometido con alguien a quien yo no amaba, y tampoco me habrías abofeteado. Pero ya me dijo mamá que era porque te hacía perder los nervios.

—Aisha, hay cosas que no sabes, de hecho, nadie las sabe —dije mirando también al cielo.

Sentí un nudo en la garganta y el modo en el que las lágrimas se agolpaban en mis ojos queriendo salir, como tantas otras veces.

—Sé por qué lo hiciste, sé que Hakim te obligó a ser la cara de sus negocios.

—Yamila era su mano derecha, y yo un simple peón en sus juegos —intervine.

—Nos tenía a todos amenazados, me lo dijo mamá.

—Así era, pero es una historia que viene de lejos, hermana, de hace años.

—¿Y me la vas a contar?

—Sí, vas a ser la primera de la familia en saberlo.

—¿Debo sentirme halagada y honrada por tal hecho? —Arqueó la ceja.

—Debes, porque ni siquiera nuestra madre lo sabe, y durante veinte años me he mortificado por ello.

—¿Veinte años? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Tenía dieciocho cuando conocí lo que era realmente el amor, lo que era que una mujer me amara de verdad. Ella tenía un año menos, y era hermosa, tanto por fuera como por dentro. No quería que se viera envuelta en mis asuntos, pero fue inevitable. Quería pedirle que nos casáramos, hacerla mi esposa unos años más tarde cuando ella se sintiera preparada. Chiraz era brillante, tal como indica el significado de su nombre. Era como tú, Aisha, un alma libre y fuerte. No quería un matrimonio concertado y se lo hizo saber a sus padres, que aceptaron sin problemas. Cuando teníamos vente y diecinueve años le di un anillo, uno con el que le dije que ya la consideraba mía hasta que nos casáramos oficialmente. Pero Hakim y Yamila entraron en el juego poco tiempo después. Ella quería que la tomara como esposa y me negué, durante mucho tiempo me negué a hacerlo, y sabían bien cómo amenazarme.

—Con tu familia —dijo Aisha, y asentí.

—Y con Chiraz, mi preciosa Chiraz —miré al cielo y no pude evitar las lágrimas, sin importar que yo fuera un hombre de treinta y ocho años que lloraba delante de mi hermana pequeña—. La mataron, Aisha.

Mi hermana dejó escapar un grito ahogado por la sorpresa, y mientras yo inclinaba la cabeza cerrando los ojos y sosteniéndola entre mis manos, sentí que me abrazaba.

—Karim —su voz sonaba rota, también estaba llorando.

—Me arrebataron a mi mujer, pues aunque nunca llegamos a casarnos, así nos sentíamos. Cuando le dije que Yamila y Hakim quería que me casara con ella, ¿sabes qué dijo Chiraz? Que me esperaría, que no le importaba se mi amante a ojos de todo el mundo si con eso salvaba a mi familia. Estaba dispuesta a sacrificarse conmigo, Aisha, pero ellos la mataron diciendo que era el único modo en el que realmente me comprometiera con todo. Pero aunque lo hice, la soga alrededor de mi cuello estuvo ahí toda mi vida. Y entonces te convertiste en una hermosa mujer y Hakim se encaprichó de ti. No pude negarme, pero te juro por Allah, hermana —dije mirándola y cogiendo sus manos entre las mías—, que no iba a permitir que te casaras con él. Quería librarte de eso, por suerte te enamoraste de un buen hombre sin que nadie lo supiera y él te salvó.

—Por eso nunca hubo amor entre Yamila y tú, no solo por el hecho de que hubiera sido un matrimonio concertado.

—No podía amarla, no cuando ella fue una de las responsables de la muerte de la mujer que amaba. Solo me acostaba con ella cada poco tiempo y porque querían herederos para seguir con los negocios, Amina fue la mayor

desilusión para ellos, pero para mí, fue la luz que necesitaba después de tanto tiempo en un túnel.

—Siento mucho lo que os pasó, Karim —le sequé las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Hay algo más en mi historia, hermana, pero no puedo contarlo aún.

—Cuando estés preparado, cuando quieras hacerlo, estaré aquí para escucharla —dijo acercándose para besar mi mejilla.

—¿Podrás perdonarme, Aisha? Por todo el dolor que te causé cuando debería haberte cuidado y protegido como un hermano mayor debe hacer.

—Mi corazón te perdonó cuando mamá me contó lo de Hakim, y aquí y ahora te aseguro que tienes mi perdón absoluto. Te quiero, hermano.

—Y yo, pequeña Aisha.

Abracé a mi hermana y miré al cielo. Mi primer amor estaba allí, y aunque ahora era Diana quien ocupaba mi mente y era dueña de mi corazón, ella siempre tendría un lugar en él, uno que me mantenía unido a ella de un modo que pronto sabrían todos.

desilusión para ellos, pero para mí, fue la luz que necesitaba después de tanto tiempo en un túnel.

—Siento mucho lo que os pasó, Karim —le sequé las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Hay algo más en mi historia, hermana, pero no puedo contarlo aún.

—Cuando estés preparado, cuando quieras hacerlo, estaré aquí para escucharla —dijo acercándose para besar mi mejilla.

—¿Podrás perdonarme, Aisha? Por todo el dolor que te causé cuando debería haberte cuidado y protegido como un hermano mayor debe hacer.

—Mi corazón te perdonó cuando mamá me contó lo de Hakim, y aquí y ahora te aseguro que tienes mi perdón absoluto. Te quiero, hermano.

—Y yo, pequeña Aisha.

Abracé a mi hermana y miré al cielo. Mi primer amor estaba allí, y aunque ahora era Diana quien ocupaba mi mente y era dueña de mi corazón, ella siempre tendría un lugar en él, uno que me mantenía unido a ella de un modo que pronto sabrían todos.

Capítulo 66



Kevin

Tres días llevábamos en Chaouen disfrutando de la familia y de la paz que por fin se respiraba, cuando todos nos arreglamos para ir a cenar a un lugar muy bonito del que se había encargado Mohamed, el que también vino con su mujer e hijos.

Todos pensaban que íbamos a celebrar que para cada uno de nosotros comenzaba una vida más limpia y tranquila en donde ya podríamos vivir libremente sin tensión por nada.

Aisha se había puesto guapísima con un vestido largo negro de punto hasta la rodilla y un abrigo en color camel a conjunto con las botas altas tipo camperas, el velo en color negro.

La sorpresa fue grande cuando vio que sus amigas también estaban invitadas y aparecieron por allí. La verdad es que nos habían preparado una terraza acristalada en lo alto de la medina con unas vistas increíbles, así como la mesa a la que no le faltaba detalle.

Algo que me asombró mucho fue que Aisha, para tirarse con las chicas un selfi, se quitó el pañuelo y mi vista se desvió a Karim y su padre para ver su reacción, reacción que no fue otra que sonreír desde el corazón de verla feliz y libre de actuar en cada momento sin sentir miedo a ser juzgada.

La pequeña Amina que correteaba por allí con Pedrito se cayó y este comenzó a chillar llorando nervioso, era obsesión la que tenía con esa niña, a la que cuidaba como si fuera un chico de quince años.

Aisha se levantó corriendo y calmó a los dos que lloraban a unísono ante la risa de nosotros, eran adorables.

Estando ya todos sentados alrededor de la mesa, me levanté copa en mano porque me habían echado una de vino y no solo a mí, a todos los hombres que había en ese momento en la mesa del reservado del restaurante que estaba esa parte solo para nosotros.

—Os veo a todos y no me lo creo —comencé a decir sonriendo y todos me miraron sorprendidos por haberme levantado sorpresivamente y comenzado a decir esas palabras—. Quizás os he sorprendido por lo que puedo ver en vuestras caras, estaréis pensando en qué voy a decir —le hice un guiño a Aisha que me miraba embelesada—, pero todo esto tiene una explicación.

—Pues dala rapidito que me estoy poniendo nerviosa —dijo Saida sin cortarse un pelo y abanicándose con la mano en plan de broma y haciendo reír a todos.

—Sé que mi cultura no es la vuestra, pero sé que vuestras intenciones son exactamente igual que las mías, proteger a la familia, porque eso siempre fue lo que primó en vuestras vidas y en la mía.

—Qué bonito, por favor —dijo Nadira con los ojos brillosos.

—No es cuestión de tradiciones, culturas, creencias ni nada, es cuestión de dos personas que un día se miraron y se dieron cuenta de que ante sí tenían al amor de su vida, eso es lo que nos pasó a ella y a mí, ninguna de las diferencias culturales se interpuso a nuestros corazones en esos momentos, solo el amor y la admiración que nos procesamos desde el minuto uno hasta ahora y estoy convencido que para siempre.

,

—De eso no nos tienes que convencer —dijo Karim, haciéndonos reír.

—No, no quiero convencer a nadie, hermano —le dije consiguiendo que su rostro se pusiera de lo más sensible— No he preparado esto con ayuda de mi hermano Mohamed para convencer a nadie de nada, solo para transmitir mis deseos de pedir oficialmente la mano de Aisha —saqué un precioso anillo que había comprado en España para este momento—. La amo, desde la libertad de sentirme correspondido, la amo para cuidarla y protegerla hasta el último día de mi vida —Aisha y las mujeres ya estaban llorando a mares—, la amo para hacerla feliz cada día de su vida.

—¡Aceptamos! —gritó la madre, dando una palmada sobre la mesa— Y que alguien tenga los cojones de decir que no —comenzaron todas las chicas a aplaudirle mientras nos reíamos por eso que acababa de hacer y decir—. Yo, Fátima, te entrego a mi hija con toda la ilusión y felicidad del mundo.

—Nadie mejor que tú para hacerla feliz, hijo —me dijo el padre, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres respetado en nuestra familia, ya eres parte de ella —dijo Karim, mientras un Kasim de lo más emocionado afirmaba.

y—Pues yo me niego —dijo Aisha bromeando y cruzándose de brazos, momento que todas las chicas comenzaron a tirarle trozos de pan.

—Así te llevemos obligada, aceptarás —dijo Nerea a carcajadas limpias.

—Te amo, Kevin, te amo desde que te vi, te amo desde antes de conocerte porque tienes todo lo que siempre soñé en un hombre y mucho más —se levantó poniéndose a mi lado—. Te quiero para siempre, para cada minuto de m vida, a ti y a nuestro hijo, Pedrito —dijo emocionando a todos y él se puso a aplaudir feliz, de vez en cuando se le escapaba un "mamá". Decía que tenía dos—. Quiero ser la mamá de sus hermanitos y hacerte el hombre más feliz de la tierra.

Nos besamos mientras todos aplaudían y nos sacaban fotos, fue un momento de lo más emocionante en el que eché de menos el que estuvieran mi madre, mi padre y mi hermana, pero al menos los tenía a todos, la familia que yo había escogido para mi nueva vida.

Tras la cena nos fuimos todos a la casa a seguir festejando, había conseguido unas botellitas de licor que terminamos descorchando allí los hombres, incluso las chicas se atrevieron con una copita, ya que nadie les prohibió ni las miraron mal, todo lo contrario. Era una familia con ganas de avanzar, pero a los que frenaron el poder y la codicia de Hakim, ese que con su muerte dejó a muchas personas libres, en paz, para poder reconducir su vida.

Se fueron marchando y miré a todos y les dije que Aisha y yo esa noche no íbamos a dormir allí, que les dejábamos a Pedrito con ellos. Mi sorpresa era que había reservado la suite para esa noche en la que oficialmente era mi prometida.

Lo que más me gustó fue que nadie preguntó en qué forma nos casaríamos, que la libertad en todo era evidente y el respeto se palpaba en cada momento.

Cuando entramos a la Riad lo hizo nerviosa y riendo, todo estaba preparado, ya que una mujer marroquí no podía pasar la noche en un hotel con su pareja si no estaban casados, pero todos miraron hacia otro lado y nos prepararon la habitación de lo más bonita.

Había fresas con chocolate, bombones que traje de España, que eran sus preferidos, todo estaba lleno de pétalos d rosas y la habitación perfumada con su fragancia favorita del tarro que le regalé.

Salimos a la terraza a tomar una copa de Cava, ella también, además de fumarme un cigarrillo. Nos reímos al ver en la terraza de su casa a los niños jugando con Nadira, que nos vio y nos hizo un guiño.

Estábamos aquí juntos, en el lugar que todo comenzó y en el que por primera vez estuvimos a unos centímetros el uno del otro, donde probamos ese primer beso…

Estaba nerviosa como la primera vez cuando entramos de la terraza y comencé a desnudarla con verdadero tacto, pero con pasión y deseos provocados por todos esos sentimientos que tenía hacia ella.

Se ruborizó con cada caricia tranquila que le iba haciendo mientras la miraba y le daba besos sutiles y a la vez provocadores, llenos de mucho amor, de la misma forma en la que la miraba.

Era la perfección, su figura, tono de piel, belleza, senos, mirada, cabello, todo era como si hubiera sido diseñado. Además, por muy madura que fuese tenía esa juventud de la que solo podía brillar alguien con apenas veinticinco años.

Le eché un mechón de pelo hacia atrás antes de cogerla en brazos y me rodeara con sus piernas, momento que la apoyé contra la pared y la penetré para hacérselo de esa forma.

Enganchada a mi cuello comenzó a gemir de tal forma, que reí y le hice un susurro para que no gritara mucho porque al final se iban a terminar enterando todos los alojados en el Riad y los vecinos de al lado que eran nuestra familia.

Tras ese momento que disfrutamos a partes iguales nos metimos en el jacuzzi que ya estaba lleno y decorado por pétalos de rosas.

Me acercó su copa para que le pusiera más cava, además estaba graciosa, el anterior y el licor que se había tomad antes le habían hecho efecto.

Estuvimos uno frente al otro acariciándonos con nuestras piernas y mirándonos sonrientes sin decir nada, no hacía falta, todo se podía sentir a través de nuestras miradas.

Cuando menos me lo esperé se echó hacia abajo y cogió mi pene, ese que comenzó a lamer y juguetear regalándome miradas de lo más sensuales mientras me hacía gemir de placer.

Terminamos desfasados en ese jacuzzi en el que por poco nos arrugamos tras una hora metidos en él.

Nos pusimos los albornoces para secarnos y nos echamos en la cama, abrazados, felices, comprometidos oficialmente y aceptados por completo para vivir este amor desde el apoyo y respeto familiar, lo que jamás pudo imaginar Aisha lo estaba viviendo y como decía ella, todo parecía como un sueño del que le daba miedo despertar

Estuvimos hablando un buen rato antes de quedarnos dormidos.

Por la mañana ordené un desayuno completo para dos personas. La gracia fue que quien lo trajo a la suite fue Nerea, esa que entró haciendo la broma de tratarnos como unos clientes desconocidos y que fue amablemente colocando todo en la terraza.

Luego se echó a reír y se abrazó a Aisha, que la estaba esperando a que regresara a pie de la cama, donde cayeron

riendo sin dejar de abrazarse.

Se marchó deseándonos un buen provecho y nos fuimos a la terraza a ponernos las botas, nos habíamos levantado con mucha hambre.

En ese momento la voz de Pedrito llamó nuestra atención y es que Karim lo había subido a la mesa para que nos viera.

—¡Titos, papás! —gritó sin dejar de nombrarnos de esas dos formas que hacía. Nos echamos a reír.

—Buenos días, belleza —le dijo Aisha.

—¿Cuándo vais a venir?

—En un ratito en cuanto desayunemos —le dije riendo.

—Vale, me voy a cuidar a Amina que está en el salón.

Vimos cómo Karim lo ayudaba a bajar.

—Tened buen provecho, hermanos.

—Gracias —le dijimos sonriendo y emocionados por ver lo que era ese hombre realmente.

Nos quedamos un buen rato disfrutando relajadamente del desayuno antes de regresar a la casa donde nos recibieron con aplausos y vitorees. Eran de lo más cómicos, nada que ver con la imagen que tenía de ellos.

Me fui con Karim a buscar a Mohamed para ir a cerrar el local que iban a comprar en la plaza y montar como nuevo restaurante, ya había uno, pero lo iban a reformar por completo.

Muchos querrían coger un local allí, pero pocos podían pagar lo que pedían y ellos ahora mismo tenían dinero, así que se iban a hacer con un restaurante de esos que funcionaban cada día porque no podía estar en mejor lugar.

Les di algunas ideas para la reforma que iban a ser de gran atractivo para los clientes, además les gustaron mucho y dijeron que así sería, la verdad es que en el tema de remodelaciones yo era un cabecita y me gustaba mucho la estética de las cosas, así que lo que les propuse iba a servirle para tener un restaurante con la esencia marroquí, pero a la vez moderno y con un estilo que iba a querer servir para ser fotografiado para las redes sociales de todos los que comieran allí.

Cerraron el trato y les entregaron las llaves, ya llevaba varios días sin funcionar porque estaba medio pactado e iba a ser de entrega inmediata. Así que firmaron el contrato que luego elevarían ante notario.

Cerraron el trato y les entregaron las llaves, ya llevaba varios días sin funcionar porque estaba medio pactado e iba a ser de entrega inmediata. Así que firmaron el contrato que luego elevarían ante notario.

Capítulo 67



Kevin

Siete meses habían pasado desde que le pedí compromiso en aquel viaje a Chaouen, donde no solo se reencontró con su familia, sino que nos recibieron a Pedrito y a mí, como si de dos más de ellos nos tratásemos.

Durante este tiempo estuvimos yendo una semana al mes, menos en Navidades y Fin de Año, en aquellas fiestas nos fuimos quince días para pasarlo allí con su familia, que prepararon todo para que yo me sintiera los días clave lo más arropado posible.

Diana los ayudó con la cena de Nochebuena, la comida de Navidad, la de Fin de Año y la del día uno, además todo preparado al más estilo español, fue toda una sorpresa.

Ahora era cinco de junio, día en el que Aisha y yo íbamos a contraer matrimonio y estábamos por un fin de semana en un castillo en la sierra de Málaga en la que toda su familia y mis amigos estaban alojados desde el día anterior.

Aquí estaba hoy todo preparado para el enlace civil y la celebración.

La noche anterior hicimos una cena previa y estuvimos casi de fiesta hasta las dos de la mañana, como decía Diana, era la preboda. Por cierto, ella y Karim estaban viviendo una historia de amor muy leal y bonita. Es más, ella vivía en Chaouen y estaba ayudando con el restaurante que les iba a Mohamed y a él, de lo más bien. Había quedado de película y se había convertido en el restaurante favorito de los que pasaban por allí, jamás tenían una mesa vacía.

Las chicas se llevaron tras la preboda a Aisha con ellas a dormir, decían que no podía ver a la novia hasta el día siguiente, me hizo gracia y a pesar de que la iba a echar de menos, sabía que a ella le gustaba vivir esos momentos.

Pedrito dormía con Diana y Karim, que se encargaban de los dos niños. Por cierto, Diana estaba siendo otra gran

madre para la pequeña que perdió la suya el día de la liberación.

Me trajeron el café que había pedido mientras me terminaba de arreglar, bueno los cafés, que en mi habitación estaban un Karim y un Kasim de los nervios intentando arroparme en todo momento.

Mohamed apareció por el cuarto y me dio un abrazo, estaba feliz de haber venido con su familia al enlace, ya era parte de la nuestra y socio de Karim. ¡Quién me lo iba a decir!

—Tenemos que irnos, está todo listo —dijo Mohamed cuando me abrazaba.

Salimos hasta el altar y yo llevaba de mi brazo a Diana, Karim fue a por Aisha para llevarla al altar.

Cuando la vi aparecer a lo lejos rompí a llorar de la emoción, no solo de ver a la mujer más bonita del mundo, sino a la novia que jamás podría ser superada por su belleza, elegancia y sencillez.

Iba con un vestido tipo chilaba en blanco que era una verdadera joya con todos los bordes y el centro del vestido bordado en hilo de plata.
s

Llevaba el pelo recogido hacia un lado con unos pendientes largos de oro blanco a juego con la gargantilla, la pulsera y el anillo que llevaba. No llevaba velo ni de novia ni marroquí, solo el vestido en honor a su cultura.

Estaba preciosa, realmente preciosa. La agarré de las manos con unos ojos de los más emocionados y vi cómo comenzaba a llorar, momento en que llevé las yemas de mis dedos a sus mejillas para secar esas lágrimas.

Teníamos unos micros puestos en el cuello de esos pequeños para que se nos escuchara durante la ceremonia, cosa que fue clave para querer romper el hielo y soltar una de las mías.

—¿Estás segura de que te quieres casar conmigo y no vienes bajo coacción? —le pregunté ocasionando la risa de muchos, al menos los que conocían realmente nuestra historia.

—Eso lo debería de preguntar yo —dijo riendo el oficial que iba a oficiar la boda.

—Tienes razón, los nervios me pueden —nos reímos todos.

Pedrito y Amina estaban de la mano sentados en el suelo delante de nosotros, mirándonos y riéndose. Eran la luz de nuestras vidas, esos dos pequeñajos que no podían estar separados.

Comenzó la ceremonia y la mano de Aisha no dejaba de temblar, estaba nerviosa, emocionada, no podía contener las lágrimas, al igual que yo, que estaba en esos momentos al lado de la mujer de mi vida, pero echando de menos

a mi madre, mi padre y hermana, me hubiera encantado tenerlos aquí conmigo. Los echaba mucho en falta a pesar de que con su familia me sentía como un hermano y un hijo, pero también necesitaba a la mía, a esa que echaba muchísimo de menos.

Fue en el momento que le preguntaron si quería ser mi esposa cuando contestó de la manera que jamás pude imaginar.

—Claro que quiero, quiero ser tu esposa, tu confidente, tu mejor amiga, la persona que esté ahí cuando la necesites y cuando no la necesites, quiero ser tu todo, quiero amarte y respetarte todos los días de tu vida, Kevin.

—A mí, no me amenaces —contesté señalándola con el dedo ante la risa de todos y del propio oficial.

—Te lo advierto —contestó ella, riéndose.

—Bueno, ahora vamos a por el señor amenazado. ¿Quieres por esposa a Aisha y prometes serle fiel?

—Hombre tanto como fiel… no sé —me dio una colleja mientras todos soltaban carcajadas y yo me encogía de hombros—. Sí, sí, el más fiel del mundo —dije haciéndome el atemorizado—. ¿La puedo besar? —le pregunté en voz baja, pero todos se enteraron y no dejaban de reír.

—Y ponerle el anillo —contestó a carcajadas el oficial, que negaba incrédulo.

Nos intercambiamos las alianzas y nos besamos ante las palmas y gritos de todos los asistentes que estaban de lo más eufóricos.

En ese momento comenzó a sonar una canción árabe llamada “Siempre a tu lado”, de Abdulfettah Grini, yo sabía la traducción de esa canción que tantas veces me cantó Aisha en su idioma, en el mismo que ahora sonaba.

Le cogí la mano para pasar por delante de todos y comenzaron a lanzarnos pétalos de rosas mientras la canción nos metía más en el momento.

Al final del pasillo nos esperaban Kasim y Karim con dos copas y una botella de champán para que hiciéramos nuestro primer brindis como marido y mujer.

Pasamos a un lado del jardín en donde los camareros pasaban con bandejas de aperitivos y bebidas.

La sorpresa fue que su madre, cuñadas y amigas de Aisha, todas iban en chilaba de fiesta, pero ninguna llevaba velo, estaban todas vestidas con mucha clase y daba esa distinción en la fiesta de estar dos culturas presentes. Me gustaba ese rollo.

Al otro lado del jardín estaban todas las mesas preparadas para el convite que vendría después de este momento entrantes y felicitaciones de todos nuestros invitados.

Los pequeños eran el alma de la fiesta, Pedrito ya había cumplido cinco años y la niña tres. La llevaba de la mano correteando por todo el jardín mientras ella carcajeaba de la risa en todo momento. Tenían delirio el uno por el otro. Hasta bromeábamos que esos apuntaban para estar juntos toda la vida y que iban a terminar formando una familia dentro de la familia.

La comida estuvo genial, fue muy divertido cuando estábamos todos sentados en mesas redondas, en ese lado del jardín y levantaban las servilletas a grito de cualquier cosa que se les ocurría referente a Aisha y a mí.

Los más graciosos eran los de la inmobiliaria, que no solo gritaban "viva los novios", sino que también cantaban la de "Esta noche va a joer, joer, joer". Yo no sabía dónde meterme, pero la familia y amigos de Aisha se reían con cada cosa que escuchaban.

La canción para el corte de la tarta la elegí yo, después de mucho meditarlo me decanté por algo de mi tierra, de Andalucía, de flamenco, y nada mejor que Nuria Fergó y Manu Tenorio interpretando "Quiéreme", que tan famoso se hizo.

Después de ese momento todo se desfasó, comenzaron con las copas, los bailes, las charlas entre unos y otros y nos dio la noche, donde comenzaban a salir bandejas y bandejas de comidas para que siguiéramos con fuerza la fiesta, esa que duró hasta las dos de la madrugada, en la que aún se veían a Pedrito y Amina correteando y bailando de un lado a otro.

Había sido una boda mucho mejor de lo que imaginé y vi a una Aisha con una sonrisa que no perdió en un día que se casó libremente con el hombre que había elegido y al que amaba con todo su corazón, porque así lo sentía.

Me la llevé a la habitación en brazos, a pesar de ir un poco pasadito de copas y llegué a lo justo a la cama para soltarla, eso sí, la llevé todo el camino cantándole la canción de Chiquetete, "Esta cobardía", esa siempre la cantaba mi padre, y era del que me acordé en esos momentos.

Ella sonrió en todo momento, escuchaba atenta y sin dejar de mirarme fijamente.

El numerito fue para quitarle la cremallera de atrás que a esas alturas ya me comenzaba a tambalear para los lados y no atinaba a bajarla. Me costó la misma vida, pero afortunadamente, al final lo conseguí.

Yo quería dar la campanada esa noche, pero no había manera, que levantar, sí que se levantaba, pero cada vez veía menos y no sabía dónde atinaba, ese iba a ser el mayor desastre de mi vida. La noche de bodas.

Aisha, que tenía mucho arte, se encargó de todo y comenzó a galopar encima de mí, causando que me agarrara a sus caderas para mantenerme firme. ¡Qué numerito! Menos mal que ella se lo tomaba todo a risa.

Llegué al orgasmo y me ayudó a ir a la ducha para despejarme y lavarme. No dudó en coger una esponja y limpiar cada parte de mi piel como hacía con Pedrito. Aisha tenía el cielo ganado, era la mujer más entregada y dedicada del mundo.

Nos fuimos a la cama después de que me ayudara a secarme y ponerme el bóxer y quedamos dormidos, abrazados y ya como marido y mujer.

Amanecí que parecía que me estaban martilleando la cabeza y no podía ni abrir los ojos, eso sí, me acordé del desastre de los últimos momentos de nuestro día de bodas, pobre Aisha.

Sentí que me besaba el hombro y lo único que atiné a pedirle fue una pastilla. Cosa que la escuché cómo le salía una risilla y se levantaba para cogerla. Me la trajo con un vaso de agua.

—Ya están todos en el jardín desayunando.

—¿Qué hora es?

—Las once y media.

—Joder, qué poco duerme la gente —protesté intentando volver a la vida y rezando para que esa pastilla me hiciera efecto pronto.

—Ayer no dejaste de beber.

—Pensé que la resaca era por la comida —bromeé agarrándola por la cintura y tirándola a mi lado—. Lo peor fue el momento marido y mujer en la cama —carraspeé.

—Fue divertido, fuera de lo normal.

—Hombre, espero no ser el único novio que llega a su noche de boda borracho —intenté justificarme causándole una risita mientras me miraba con esa sonrisa de chica enamorada hasta la medula.

—Pero sí el más guapo y sensual del mundo —se acercó a besarme.

—Mejor voy a lavarme los dientes antes de que te arrepientas, me quema la garganta —dije devolviéndole el beso y precipitándome a entrar al baño.

—Te amo hasta con sabor a alcohol —me gritó desde la cama y me asomé a hacerle un guiño.

Nos vestimos cuando yo ya estaba un poco mejor y salimos a desayunar, por lo visto los invitados tenían más ganas de cachondeo, ya que cuando aparecimos comenzaron a decirnos cosas en broma acerca de la noche que habíamos pasado. La gracia fue cuando Oliver me gritó que estaba seguro de que había dejado a España en buena posición, cuando la realidad es que Marruecos nos había ganado por goleada esa primera noche.

Saludamos a todos y nos sentamos en una mesa con toda su familia y amigos, también Mohamed con los suyos, que eran parte de nosotros.

Pedrito estaba dándole el pan a trocitos a Amina, todos flipábamos con la forma en la que estaba pendiente de ella era increíble.

Tras el desayuno los invitados se fueron despidiendo y marchando, incluso su familia, que tenían que volver al restaurante y todo eso, además de Pedrito, que se iba con ellos diez días, ya que le hice una autorización de viaje a nombre de Diana en la policía. Se lo iban a quedar para nosotros irnos tranquilos a nuestra luna de miel, esa a la que Aisha no sabía el destino y que esperaba sorprenderla completamente.

Nosotros teníamos las maletas preparadas en la habitación del castillo en el que íbamos a pasar a solas una noche más antes de dirigirnos al aeropuerto al día siguiente con destino a tener un viaje inolvidable.

Nos sirvieron la comida y el silencio era absoluto en ese lugar que estaba rodeado por naturaleza, había sido un fin de semana alucinante, no solo el día de la boda, sino el anterior en la que todos disfrutamos de lo lindo.

Luego nos fuimos a descansar a la habitación donde nos quedamos dormidos hasta la cena, estábamos reventados y cenamos casi a ciegas, no la terminamos cuando ya estábamos de nuevo en la cama. Agotados, completamente agotados.

Por la mañana la desperté entre besos y me encargué de lamer cada recodo de su piel, haciéndola disfrutar de una manera brutal. Se notaba en cada gemido y en esos respingos buscando más y más mientras yo controlaba su placer.

Esa mañana conseguí el perdón de lo desastroso que fui la noche de bodas, esa que solo recordarla me ponía morado.

Desayunamos en la habitación antes de abandonar el castillo y dirigirnos al aeropuerto de Málaga, en el que teníamos que coger un vuelo a Arabia y de allí a Maldivas. Todo eso se le escapó a la azafata que dijo que las maletas iban directas a Las Maldivas, que no teníamos que preocuparnos en la conexión que teníamos que hacer en aquel país árabe.

Aisha se emocionó tanto que estuvo todo el recorrido hasta la policía y luego a la zona de embarque andando a saltitos y tocando las palmas, hasta le grabé un video, era para verla, como una niña pequeña.

La misma cara de emoción al ver los amplios sillones camas que teníamos en la primera clase del avión. Estaba alucinando, mirando y tocando todo.

Aisha se emocionó tanto que estuvo todo el recorrido hasta la policía y luego a la zona de embarque andando a saltitos y tocando las palmas, hasta le grabé un video, era para verla, como una niña pequeña.

La misma cara de emoción al ver los amplios sillones camas que teníamos en la primera clase del avión. Estaba alucinando, mirando y tocando todo.

Capítulo 68



Kevin

Aterrizamos en el aeropuerto de Male, después de dos vuelos continuos en los que Aisha los pasó casi todo el tiempo dormida.

Si digo la verdad, yo dormí la mitad de las horas, pero las otras las pasé haciendo un repaso por toda mi vida y recordando momentos buenos, malos y regulares.

Jamás pensé que me casaría, me veía un hombre libre y poco romántico, todo eso que cambió en el momento que conocí a la joven Aisha, esa que puso mi vida patas arriba y me ancló a ella sin poderme negar a ese amor que sentí desde el minuto número uno.

Estaba sonriente y nerviosa mientras pasábamos el control policial de pasaportes, realmente estaba flipando con el destino que había decidió para nuestra luna de miel, más paradisíaco imposible.

—Kevin, ¿y nos quedamos aquí? —preguntó cuando cogimos las maletas y salíamos hacia fuera.

—No, ahora nos van a llevar en un aeroplano a una isla.

—¿Un aeroplano? ¿Y no es mejor un barco?

—¿Te da miedo? —me reí.

—Mucho, además no son tan seguros como los aviones —puso cara de terror—. No quiero morir, mi hijo me espera en Marruecos —apretaba los dientes refiriéndose a Pedrito.

—Qué triste, después de todo lo que pasamos para llegar hasta casarnos y que muramos en una avioneta —negué haciéndome el agobiado—. ¿Tú crees que tu familia le impondrá a Pedrito que se case con Amina si no

regresamos? —bromeé haciéndole soltar una carcajada.

—¡Kevin! —resopló mientras esbozaba una carcajada.

Un chico con un letrero con nuestros nombres fue al que nos dirigimos y no tardó en ayudarnos con las cosas y meterlas en la furgoneta que nos llevaba a otro lugar desde donde volamos con la avioneta.

La cara de Aisha era pálida y con sus manos juntas sobre la frente aguantó todo el tiempo que duró el trayecto mientras yo la miraba sonriente y acariciaba la rodilla intentándola tranquilizar.

Cuando nos bajamos en la isla que nos íbamos a alojar murmuró algo que me hizo soltar una carcajada.

—Al regreso me voy al aeropuerto a nado…

Un empleado con un carrito *electro buggy* nos recogió en pista y nos trasladó hacia la cabaña sobre el mar que tenía reservada y allí nos hizo el *chek-in* para facilitarnos no tener que ir a recepción.

Aisha miraba hacia la terraza sobre el mar con una piscina infinita y unas vistas que te hacían parecer que estabas en otro planeta.

Una cesta de frutas sobre la mesa y una botella de vino blanco en una cubitera con dos copas que fue lo primero que abrí y las llené antes de ponerle una en la mano a ella.

—Por esta luna de miel —murmuré antes de chocar la copa con la suya y darle un beso.

—Estoy que no me lo creo, esto lo veía en los *reels* de las *influencers* y jamás pensé que tuviera la suerte de poderlo vivirlo en primera persona.

—Pues aquí estás y te lo mereces más que nadie —dije mientras veía que se desprendía del velo y lo dejaba sobre la silla.

—Me voy a poner el bañador —sonrió dejando la copa sobre la mesa y corriendo hacia dentro.

Me hacía gracia la mezcla cultural que había cogido desde que estaba conmigo, un musulmán jamás bebería, bien es cierto que muchos de ellos lo hacen a escondidas, pero ella amaba su cultura, su religión, pero sí que se saltaba algunas cosas a la torera.

Apareció con un bañador de rayas verticales en tonos rosas y blanco, se la veía preciosa, la senté de lado sobre mi regazo para que disfrutara del vino.

Se encendió un cigarrillo que cogió de mi paquete, ella fumaba en muy pocas ocasiones, pero con la copita de vino no se pudo resistir.

—Kevin, te voy a preguntar algo que siempre quise hacer, pero no me atreví a hacerlo directamente.

—Verás lo poco que nos va a durar el matrimonio —bromeé echando mi cabeza hacia su hombro mientras reía.

—A ver cómo te lo digo —soltó una carcajada nerviosa, pero más nervioso me estaba poniendo yo, que me notab hasta sudar la frente—. Siempre se rumoreó en el mundo de las plantaciones que existía el jefe de una banda que nunca nadie supo ponerle cara, lo apodaban: "el gran jefe del narco", movía gran parte del Rif en el que tenía casi el poder absoluto —ahora sí que estaba sudando, ese era el gran secreto que me quise llevar a la tumba.

—Yo era, "el gran jefe del narco" —su cara fue de sorpresa total.

—Kevin —abrió la boca sorprendida.

—El día que te conocí —le eché un mechón de pelo hacia atrás para ver su cara que miraba hacia el suelo del impacto que tenía a pesar de haberlo pensado—, había venido a despedirme de Mohamed, pues yo ya dejaba el tema, fue cuando te conocí, era mi último viaje como narco, aunque yo nunca transporté nada, pero sí que venía dos veces al año a hablar con Mohamed. Nadie de mi familia supo ese secreto y ni de mis amigos, mucho menos los de la inmobiliaria.

—¿Pero la inmobiliaria funciona de verdad o tapa algo? —preguntó preocupada.

—La inmobiliaria es lo más legal que he tenido en mi vida, es por eso que lo dejé todo y quería vivir fuera del riesgo y tranquilo.

—¿Y por qué no me lo contaste? ¿No confías plenamente en mí? Aunque me dejaras por otra y me hicieras lo má feo jamás te vendería ni se lo contaría a nadie, se llama lealtad y te la debo toda mi vida por lo que hiciste por mí.

—Tantas veces fueron las que me dijiste que odiabas ese mundo y a todos los que pertenecían a él, que me dio miedo a que me detestaras por eso, no quería perderte. No te voy a mentir, era el gran secreto que pensé que me llevaría a la tumba. Sí confío en ti, plenamente. No fui capaz, Aisha, no lo fui, te pido perdón.

—Nunca me encajó la historia que me contaste de Mohamed y tus viajes a Chaouen, había cosas que no me cuadraban y menos aún con la liberación, todo lo que vi era digno de una banda bien preparada y no de un grupo cualquiera. Estoy en *shock*, la de veces que se habló en mi casa del "gran jefe del narco" y el poder que tenía en el norte de Marruecos, lo que nunca me podía imaginar es que terminaría siendo su mujer —se puso las manos en la cara y se echó a reír.

—Entonces, ¿no estás enfadada conmigo? —pregunté apretando los dientes.

—Si perdoné a mi hermano por las bofetadas que me dio, ¿cómo no te voy a perdonar a ti, si fuiste quien curaste las heridas que él me provoco?

—Yo, te como —le di un beso fuertísimo—. No te imaginas lo que me dolía guardarte un solo secreto.

a—El gran jefe del narco… —murmuró volviéndose a reír.

Me levanté con ella en brazos y la senté en el tobogán mientras decía que ni se me ocurriera, ni lo dudé, la empujé hacia abajo y solo escuché algo parecido a un, "hijo de putaaa".

Me eché a reír asomándome hacia abajo y ahí la vi caer al agua en picado. No podía parar de reírme al comprobar que en su mano aún tenía la copa.

—Más vale que te tires. *¡Yallah, Yallah!* —gritaba desde el agua mientras yo la grababa en video y le tiraba fotos.

Me quité la ropa mientras me observaba y me quedé desnudo como mi madre me trajo al mundo. Aisha se puso las manos en los ojos y comenzó a negar. Me tiré directamente sin pasar por el tobogán ni usar las escaleras.

—Ya estoy aquí, por cierto, el agua y tú estáis buenísimas —murmuré apretándola contra mí.

—¿Por qué te has tirado desnudo? Te pueden ver.

—¿Desde las otras cabañas? No creo que las vistas sean muy claras, están muy separadas.

—Eres un descarado —reía buscando mis labios para besarlos.
s

Eran tan bonita que no me cansaba de mirarla, me hacía muy feliz que alguien como ella estuviera con alguien como yo.

En la puerta de la cabaña por la parte de atrás había una moto eléctrica para movernos por la isla que no era muy grande, pero tenía rincones de lo más bonitos y acogedores, por no decir demasiado idílicos que te provocaba tirar un montón de fotos.

| Pasamos unos días que volaron de manera asombrosa, pero que disfrutamos en todo momento, además hacíamos mucho *snorkel* y disfrutábamos de esa vida marina llena de vida y color entre aguas cristalinas y una fina arena blanca.

Así como cada noche cenábamos en los diversos restaurantes que habían repartidos a pie de mar por toda la isla, como esos desayunos en la cabaña o esas comidas tipo barbacoas que tanto nos gustaban.

Hicimos el amor hasta la saciedad, habíamos aprovechado el tiempo, ese que era para nosotros solos durante esos días.

Ahora regresábamos para Málaga con conexión en los Emiratos mientras no dejábamos de decir de mil maneras que habíamos tenido una luna de miel más que perfecta.

Así como cada noche cenábamos en los diversos restaurantes que habían repartidos a pie de mar por toda la isla, como esos desayunos en la cabaña o esas comidas tipo barbacoas que tanto nos gustaban.

Hicimos el amor hasta la saciedad, habíamos aprovechado el tiempo, ese que era para nosotros solos durante esos días.

Ahora regresábamos para Málaga con conexión en los Emiratos mientras no dejábamos de decir de mil maneras que habíamos tenido una luna de miel más que perfecta.

Capítulo 69



Kevin

Dos días después de regresar a Málaga nos pusimos rumbo a Marruecos para pasar allí unos días y recoger a Pedrito, que se lo estaba pasando en grande. No había día que no me mandaran un audio en el que él decía que eran las vacaciones de su vida.

La familia nos recibió con una fiesta en su casa, en la que hicieron varios tipos de comidas y en la que no faltó detalle.

A la mañana siguiente le pedí a Aisha, ir a desayunar al restaurante de Karim y Mohamed, este último me dio algo con disimulo, algo que nos adentraría en la sorpresa que le quería dar a Aisha ese día y que llevaba preparando muchos meses.

Tras el desayuno relajado que nos dimos los dos solos, la llevé caminando hacia el otro lado de la plaza, al principio, toda una esquina que era antiguamente un Riad, que yo había adquirido meses atrás y que ella no sabía. Era su sorpresa.

Mohamed se había encargado de meter allí una cuadrilla y reformarlo por completo quedando una casa gigante preciosa y de lo más moderna, pero de estilo árabe, una pasada de la que Aisha no podía cerrar la boca y más cuando descubrió la azotea con piscina, barbacoa, mini cocina y otras comodidades para afrontar los veranos calurosos en el pueblo.

En la planta baja había un comedor, cocina, salón y baño, todo a lo grande después del amplio recibidor cuadrado En la primera planta un salón enorme y otro cuarto de baño, además de dos habitaciones con su baño privado. En la última antes de la azotea nuestra habitación, con vestidor, baño y jacuzzi. Lo bueno es que ella estaba acostumbrada a las escaleras y cuestas, además, estás la hicieron muy cómodas de subir.

Estaba amueblada entera, con electrodomésticos y todo listo para comenzar a disfrutarla, así que, entre nervios y emociones, fuimos a su casa por las maletas y nos vinimos a estrenarla. Pedrito alucinó, la verdad es que su

madre, hermanos y padre, la conocían porque ayudaron a Mohamed en todo momento.

—Ya he cumplido mis dos sueños —murmuró emocionada mirando hacia la plaza desde la terraza—. Uno: casarme con un buen hombre, y dos: tener nuestra propia casa en Chaouen —se giró para abrazarme—. Gracias, Kevin, no sabes lo feliz que me haces. No quiero ni lujos, ni cosas desorbitadas, quiero esto, una casa así y un hombre como tú para complementar mis días.

—Tengo otra sorpresa…

—A ver, me vas a infartar —reía nerviosa.

—Quiero que nos traslademos a vivir a Marruecos, desde aquí puedo llevar la inmobiliaria, no necesito estar presente y cuando haga falta, solo tengo que coger el barco a Tánger y cruzar al otro lado. Aunque tenga que ir una o dos veces al mes, sé que nuestra vida y tu felicidad está a este lado, con tu familia, y entre estas calles que tanto amas. Pedrito puede estudiar aquí y más mayor proseguir los estudios en cualquiera de las ciudades.

—No sé qué decir —lloraba emocionada.

—Voy a vender la mansión, no necesito tanto lujo, tengo la casa de mi madre que es nueva y que conservaré para tenerla allí cuando tengamos que ir o vaya por trabajo y tenga que pasar la noche, pero la grande no la necesitamos, no nos pega, has sacado lo mejor de mí y no quiero lujos, quiero una vida cómoda y disfrutar de mi familia.

—¿Y tener más hijos?

—Por supuesto, siempre que tú lo desees.

—Hay que darle algún hermanito o hermanita a Pedrito —sonrió avergonzada y echándose en mi pecho.

—Cuando tú quieras, mi vida, cuando tú quieras —la abracé con fuerza.

La familia se puso muy contenta con la noticia de que nos veníamos a Chaouen a vivir, ellos pensaban que la casa sería para cuando viniéramos poder tener más intimidad.

La gracia fue que no se me ocurrió otra cosa que sentarme en el restaurante familiar con Diana, Aisha, Nerea, Saida y Nadira.

—Por cierto, Kevin, tú sabes que al veniros a vivir aquí hay que avisarte de unas normas —dijo Saida y todas la miraron sin entender nada, pero sabiendo que alguna de las suyas iba a soltar.

—Deseando estoy conocerlas.

—La primera norma es que las mujeres, todos los días, tenemos un rato para tomar un té y charlar solas entre chicas. La segunda, es que una vez en semana quedamos para comer y cenar. Y la tercera, es que tenemos que irnos solas un día de viaje a Las Vegas.

—A Las Vegas… — reí solo de imaginarlo—. Por cierto, por mí, podéis quedar cada vez que os venga en gana, como si son seis veces al día, que para eso son bastantes largos. Por otro lado, tenéis nuestra azotea para montaros una fiesta cada vez que os venga en gana y por lo de salir a comer o cenar, veo muy poco una vez a la semana. Ah por cierto, por mí os podéis ir mañana mismo a Las Vegas, que yo os lo pago. Quiero a mi mujer feliz, libre y sintiendo que vaya donde vaya, cuando regrese, su marido la estará esperando con la mejor de sus sonrisas —vi a una Aisha de lo más emocionada y con los ojos vidriosos.

—Joder con este hombre, ¿de dónde ha salido? De este planeta no puede ser —dijo Saida asombrada por lo que le acababa de contestar—. Por cierto, ¿lo de Las Vegas va en serio? Mira que mi prima y yo tenemos pasaporte y no podemos ir mañana mismo, solo nos faltaba a alguien que nos lo pagara.

—Acabo de llegar de luna de miel —se quejó riendo Aisha.

—¿Os imagináis las tres allí cumpliendo nuestro sueño? —preguntó Nerea.

—¿Las tres? ¿Y Nadira y yo qué somos, gilipollas? —preguntó Diana, negando y causando una carcajada en todos.

—Si os lo paga “don perfecto”, bienvenidas —murmuró Saida.

—Claro que se lo pago.

—Mi marido no sé si… —murmuró Nadira.

—¿Que no? Verás —dijo Diana levantándose y llamando a Kasim que estaba en la barra con Karim y Mohamed charlando—. Kasim, ven un momento.

—Dime —sonrió mirándonos a todos y poniendo cara de terror.

—Verás, es que aquí tu cuñado el generoso tuvo la gratitud de ofrecer el pagar el sueño de Aisha, Nerea y Saida, que era de ir juntas en viaje de chicas a Las Vegas —la cara de este se puso pálida, pero soltó una sonrisa nerviosa —. Y ya dije yo que esta —señaló a su esposa— y yo, no somos las pobres desgraciadas que nos quedamos

mirando, así que le he dicho que nos vamos también, pero obviamente no lo vamos a hacer sin tu permiso, ese que sabemos que le darás porque antepones la felicidad de ella ante todo, pero nos gusta hacer las cosas bien, que el respeto es el respeto —se lo estaba camelando como quería y yo estaba aguantando la risa, como todas las demás e incluso Kasim—. Que, a ver, tengo el pleno convencimiento de que tú no le harías el feo a tu mujer de que fuese la única que no pudiese ir, ese daño no se lo causarías.

—¿Cuándo os vais? —le hizo un guiño a su mujer y todas se pusieron a aplaudir. Aisha estaba incrédula, riendo y negando en todo momento.

mirando, así que le he dicho que nos vamos también, pero obviamente no lo vamos a hacer sin tu permiso, ese que sabemos que le darás porque antepones la felicidad de ella ante todo, pero nos gusta hacer las cosas bien, que el respeto es el respeto —se lo estaba camelando como quería y yo estaba aguantando la risa, como todas las demás e incluso Kasim—. Que, a ver, tengo el pleno convencimiento de que tú no le harías el feo a tu mujer de que fuese la única que no pudiese ir, ese daño no se lo causarías.

—¿Cuándo os vais? —le hizo un guiño a su mujer y todas se pusieron a aplaudir. Aisha estaba incrédula, riendo y negando en todo momento.

Capítulo 70



Aisha

¿Quién me hubiera dicho hacía unos meses que acabaría visitando la ciudad de Las Vegas?

Pues sí, allí mismo estaba en ese momento, dejando la pequeña maleta en la gran suite que Kevin había reservado para nosotras cinco.

Nerea al fin se había salido con la suya de visitar la ciudad, y miedo me daba que nos viéramos envueltas en un crimen y así conociera a uno de esos CSI sexis de la televisión.

—Esto es una pasada —dijo Diana—. Mira que he estado en sitios lujosos por los encargos de Kevin, pero esto, esto es lo más.

—Desde luego, tu maridito nos ha puesto a todo lujo —rio Nerea.

—¿Y qué vamos a hacer aquí, chicas? —preguntó Nadira, más cortada que nunca.

—Por lo pronto, deshacer las maletas y después vamos a celebrar la despedida de soltera de Aisha —contestó Diana.

—¿Una despedida de soltera? Pero si ya estoy casada —reí.

—Pero no tuviste despedida, no como las celebramos fuera de Marruecos.

—Estoy con Diana, hay que celebrar tu despedida de soltera. Ya nos veo, todas vestidas de Marilyn Monroe, con la peluca rubia.

—Nerea, tú ya eres rubia —Saida volteó los ojos.

—¿Y? Me pongo una peluca cortita como el peinado que llevaba ella.

—¿Queréis que me vista así? —gritó Nadira con el móvil en la mano, ese que nos mostró con una foto de Marilyn Monroe luciendo un vestido blanco demasiado corto y escotado.

—Sí —corearon al unísono Nerea, Saida y Diana.

—No, no, no. No puedo usar esto. ¿Qué pensaría Kasim de mí?

—A ver, pequeño saltamontes… —Nerea le cogió las manos— ¿Qué dijo tu marido sobre el conjunto de lencería que te regalamos?

—Que le gustaba y querría verme con algo así en más ocasiones —Nadira se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—Pues cuando te vea con este vestido, querrá que te pongas uno solo para él —Nerea le hizo un guiño.

—Creo que estamos pervirtiendo a mi cuñada —dijo Diana.

—A ver si te piensas que Karim no va a querer que te pongas tú también el vestido para meterte de todo menos miedo, bonita —contestó Nerea con un bufido.

—Aisha, que nosotras esto no podemos…

—Claro que podemos, Nadira. Solo lo vamos a ver nosotras —sonreí para calmarla.

—Y vuestros maridos, que de eso me encargo yo.

—Nerea, vamos a acabar siendo expulsadas de la familia por tu culpa.

—Nadira, hazme caso criaturita. Tú usa ese vestidito con Kasim en una noche de pasión, y le das un nieto a Kalil y Fátima antes de lo que esperáis —le hizo un guiño y me eché a reír.

Tras deshacer el equipaje Nerea nos llevó a una tienda a comprar todo lo necesario para esa despedida de soltera.

Cinco vestidos blancos de Marilyn Monroe, con sus respectivas pelucas y los zapatos de tacón.

Regresamos a la suite donde nos ayudamos a vestirnos y maquillarnos unas a otras, y para sorpresa de todas

Nadira dijo que se veía bien con aquella caracterización.

—Hasta el lunarcito de Marilyn te queda bien, pequeña —rio Nerea.

—Venga, una foto las cinco juntas posando sexis —propuso Diana.

Posamos haciendo un guiño y lanzando un beso, y no tardó en enviársela a Kevin y a mis hermanos, esos que hicieron una videollamada nada más verla.

—*Habibi*, más vale que no te ponga la mano encima ningún otro hombre, porque mira que ya no llevo vida de narco, pero por Allah que entro pegando tiros allí mañana mismo —le dijo mi hermano a Diana.

—Tranquilo, machote, que este cuerpo no lo disfruta nadie más que tú.

—Nadira, estás preciosa, *habibi* —Kasim sonrió y ella tragó, de modo que supe que le decía entre líneas que no se preocupara por nada, que no estaba molesto.

—Menudo peligro tenéis las cinco —Kevin resopló.

—Tranquilo, que nosotras nos encargamos de que vuestras mujeres no sean asaltadas, vilipendiadas ni mancilladas esta noche —respondió Nerea.

—Nerea, eres la que más peligro tienes de todas —rio él.

—Si me cruzo con una agente del CSI que esté cañón, soy capaz de confesar cualquier crimen para que me cache —dijo ella, haciendo que todos estalláramos en carcajadas—. Ale, colgad ya que me las llevo a todas de marcha.

—¡Marcha, marcha! Queremos marcha, marcha…—empezó a cantar Diana.

—¿De verdad ha sido buena idea dejar ir a nuestras mujeres a este viaje, hermano? —le preguntó Karim a Kevin, a quien lo trataba como si realmente fuera un hermano más.

—Absolutamente. Confiamos en ellas, ¿recuerdas?

Y así, con una sonrisa boba que se me dibujó en los labios, vi a Kevin hacerme un guiño antes de cortar la llamada.

Bajamos hacia el restaurante del hotel y cenamos, donde fuimos confundidas con imitadoras de Marilyn y algunos nos preguntaron si íbamos a cantar.

—Mal asunto ese, que si cantamos igual acaba lloviendo como cuando Noé tuvo que construir el Arca —dijo Diana por lo bajo.

Después de la cena nos tomamos unos cócteles, Nadira, Saida y yo, sin alcohol que, aunque de vez en cuando lo tomáramos, solo lo hacíamos cuando estábamos con los hombres de mi familia.

Y entre trago y trago acabamos bailando un par de horas hasta que Nerea dijo que fuéramos al casino.

—Esta quiere que arruinemos a nuestros esposos, Aisha —dijo Diana cuando entramos en aquella sala donde las máquinas resonaban sin cesar.

—Oye, tú lo llamas marido, pero, ¿el anillo pa' cuándo? —interrogó Nerea mirando a Diana con la ceja arqueada.

—Para cuando Karim quiera —se encogió de hombros—. Estamos bien así de momento.

—De momento, tú lo has dicho, porque mi hermano va a hacerte su esposa, eso lo tengo claro.

—Está enamorado hasta la médula —rio Nerea.

—Y yo —Diana suspiró—. Nunca me había pasado antes, pero cuando lo conocí, supe que sería un riesgo para el trabajo.

—Dicen que las mejores relaciones de amor, se forjan en el lugar de trabajo —comentó Saida.

—Y la suya más, que se acostó con él, en plan sacrificio —Nerea elevó ambas cejas.

—¿Sacrificio? Qué va —Diana le quitó importancia con la mano—. Karim ha sido de los pocos, por no decir el único, que no ha supuesto un sacrificio.

—Aisha, ahora sí que me quedo con las ganas de probar a tu hermano —Nerea suspiró y todas reímos, seguía siendo igual de adorablemente y loca que siempre.

Nos adentramos en el casino y acabamos apostando en la ruleta, con la suerte de que todas ganamos algunos dólares.

Tanto Diana como Nadira y yo, nos miramos una vez de regreso a la suite y, sin necesidad de palabras, estuvimos de acuerdo en lo que íbamos a hacer.

Juntamos el dinero, lo dividimos en dos y le entregamos la mitad de esas ganancias a Nerea y Saida.

—¿Qué? Pero, ¿por qué, chicas? —preguntó Saida.

—Porque nuestros maridos tienen suficiente, y aunque esto podría ser para nosotras, queremos que os lo quedéis —dije—. Una vez, cuando mi vida era el peor de los infiernos, tú dijiste que me darías lo que tenías ahorrado para que pudiera escapar —sonreía mirando a Nerea—. Hoy soy yo quien te da ese dinero para que lo guardes y lo uses en un futuro. Eres mi hermana, Nerea, al igual que Saida, siempre lo has sido. Y ahora tengo dos hermanas más con quien compartir mi felicidad, y quiero veros felices a todas vosotras.

—Esta hija de su madre me quiere hacer llorar —Nerea me señaló con los ojos entrecerrados—, pero no lo vas a conseguir, no señora.

Se giró y vi que cogía el teléfono de la habitación, no tardó en llamar al servicio de habitaciones, quienes en menos de cinco minutos enviaron a un par de camareros con un carro lleno de dulces y una botella de champán.

—Quiero brindar por la vida —dijo Nerea, levantando su copa y las demás la seguimos—. Por el destino que pone a personas en ella para que nos acompañen a lo largo del camino. Por la felicidad, por el amor y la lealtad. Y por vosotras, mis amigas y hermanas, para quienes estaré siempre, pase lo que pase. Os quiero, chicas. Por nosotras cinco.

—Por nosotras cinco —coreamos las demás antes de dar un sorbo a la copa.

Y así transcurrió aquella noche, en la ciudad de Las Vegas, donde Nerea no encontró uno de esos CSI sexis que esperaba, pero no faltaron las risas y tampoco las locuras.

Esa era mi nueva vida, una donde las tendría a ellas, por y para siempre.

Juntamos el dinero, lo dividimos en dos y le entregamos la mitad de esas ganancias a Nerea y Saida.

—¿Qué? Pero, ¿por qué, chicas? —preguntó Saida.

—Porque nuestros maridos tienen suficiente, y aunque esto podría ser para nosotras, queremos que os lo quedéis —dije—. Una vez, cuando mi vida era el peor de los infiernos, tú dijiste que me darías lo que tenías ahorrado para que pudiera escapar —sonreía mirando a Nerea—. Hoy soy yo quien te da ese dinero para que lo guardes y lo uses en un futuro. Eres mi hermana, Nerea, al igual que Saida, siempre lo has sido. Y ahora tengo dos hermanas más con quien compartir mi felicidad, y quiero veros felices a todas vosotras.

—Esta hija de su madre me quiere hacer llorar —Nerea me señaló con los ojos entrecerrados—, pero no lo vas a conseguir, no señora.

Se giró y vi que cogía el teléfono de la habitación, no tardó en llamar al servicio de habitaciones, quienes en menos de cinco minutos enviaron a un par de camareros con un carro lleno de dulces y una botella de champán.

—Quiero brindar por la vida —dijo Nerea, levantando su copa y las demás la seguimos—. Por el destino que pone a personas en ella para que nos acompañen a lo largo del camino. Por la felicidad, por el amor y la lealtad. Y por vosotras, mis amigas y hermanas, para quienes estaré siempre, pase lo que pase. Os quiero, chicas. Por nosotras cinco.

—Por nosotras cinco —coreamos las demás antes de dar un sorbo a la copa.

Y así transcurrió aquella noche, en la ciudad de Las Vegas, donde Nerea no encontró uno de esos CSI sexis que esperaba, pero no faltaron las risas y tampoco las locuras.

Esa era mi nueva vida, una donde las tendría a ellas, por y para siempre.

Capítulo 71



Karim

Había pasado un mes desde que hablé con Aisha y le conté mi verdad, mi historia, solo que, como le dije, aún guardaba algo que no podía contar hasta que no estuviéramos preparados.

Estaba en el lugar donde solía reunirme con él, esperando a que llegara, y no tardó en hacerlo.

—Padre —dijo al abrir la puerta y sentarse en el coche.

—Hola, hijo —sonreí.

Se parecía tanto a mí, pero tenía el mismo color verde en los ojos que su madre, esos que tanto recordaba.

—¿Estás listo? —pregunté y suspiró.

—Tengo diecinueve años y estoy cansado de ver a mi hermana en la distancia, y no poder recibir un abrazo de mi abuelos y mis tíos.

—Eso cambia hoy, si así lo deseas, Abdel —le di un apretón en el hombro y volvió a asentir—. Bien, vayamos entonces.

Puse en coche en marcha y emprendí el camino de vuelta a casa, era de noche y le pedí a Aisha que fuera con Kevin y Pedrito a cenar a casa de nuestros padres, donde solíamos reunirnos al menos una vez al mes, al igual que nos reuníamos en casa de ellos.

Notaba a Abdel nervioso, y no era para menos. Durante toda su vida había crecido sin mí, a pesar de que iba a verlo siempre que podía, y cuando se convirtió en lo suficientemente mayor para ayudarme, no dudó en hacerlo para proteger a su tía Aisha.

Aparqué en la puerta y lo vi coger aire.

—Tranquilo, sé que te acogerán con los brazos abiertos.

—¿Y si no lo hacen? —Me miró y vi miedo en sus ojos por primera vez en años.

—Lo harán, eres mi hijo, la sangre de toda mi familia corre por tus venas, Abdel, no van a repudiarte.

Tragó con fuerza y salió del coche. Cuando llegué a su lado comprobé que seguía siendo tan alto como yo, se notaba que hacía ejercicio y tenía el cuerpo muy desarrollado, pero también era listo, me había encargado de pagarle una buena educación y esperaba que algún día fuera un hombre de provecho.

El sonido de las risas de Pedrito y Amina llegó a nuestros oídos y lo vi sonreír. Sabía cuánto amaba a su hermana pequeña por mucho que odiara a la mujer que le dio la vida.

—¡Papá! —mi pequeña gritó al verme y ante mi sorpresa, cuando se puso en pie y corrió hacia mí, se quedó parada mirándonos— ¿Otro papá? —preguntó con los ojos muy abiertos viendo a su hermano, tal era el parecido que compartía conmigo.

—No, *habibi* —la cogí en brazos y ella no dejaba de mirar a Abdel, al igual que toda mi familia.

—Karim, ¿quién es este muchacho? —preguntó mi madre.

—Yo lo he visto antes —dijo mi hermana Aisha.

s—Y yo también —comentó Diana—. El día de la boda de Kasim, cuando huíamos… él nos cortó el paso y después nos dejó salir.

—Yo le di permiso para que lo hiciera —anuncié—. En ese momento pensé que ibas a ponerla a salvo, y le di permiso a Abdel para os que dejara salir.

—¿Es uno de tus hombres? —preguntó mi madre.
:

—Pedrito —llamé a mi sobrino.

—Dime, tío Karim.

—¿Puedes llevar a Amina a la habitación para que juegue con Trasto? —dejé a mi hija en el suelo y él asintió.

—Vamos, Amina, esto son cosas de mayores —le dijo mientras salín del salón, haciéndome sonreír.

Ese niño era muy listo, y le auguraba un futuro importante en la vida.

—Aisha, ¿recuerdas cuando te confesé lo que nadie sabía, que había algo que no podía contarte aún? —pregunté, y ella asintió— Pues él es ese secreto que pensé que tendría que llevarme a la tumba.

—Karim —miré a Diana y por cómo me observaba a mí y a mi hijo, supe que algo intuía, el parecido era considerable, salvo por los ojos—. ¿Es lo que creo que estoy pensando?

—Depende. ¿Qué piensas, *habibi*?

—¿Es tu hijo?

—Sí —sonreí, y miré a Abdel que agachó la mirada.

—¿Tengo un nieto y no lo sabía? —interrogó mi padre.

—Lamento no haberlo contado nunca, padre —dije y miré a mi madre, que estaba a su lado y comenzaba a llorar —. Pero Hakim y Yamila nos tenían a todos amenazados.

—¿Quién es su madre? —quiso saber mi madre, y respiré hondo.

—Chiraz, una de las primas de Yasir.

—Yasir, ese hombre que también tiene negocios turbios —comentó mi padre.

—De hecho era rival de mi hermano, papá —le informó Kasim.

—Cierto, pero antes que eso fue mi amigo. Cuando Chiraz se quedó embarazada, le aseguré a Yasir que no la dejaría, que sería mi esposa antes o después y ella estaba dispuesta a esperarme, permitiendo que me casara con Yamila. Pero para ella y para Hakim no era más que un inconveniente, siempre supieron de la existencia de Abdel y lo amenazaban a él también. Dejé a mi hijo a cargo de su madre hasta que ellos la asesinaron delante de él y en mi presencia. Vi morir a la mujer que amaba y apuntaron a mi hijo con un arma, exigiendo que hiciera todo lo que ellos me pidieran. Tuve que hacerlo.

—Un padre haría cualquier cosa por sus hijos —dijo Kevin, cogiendo la mano de mi hermana.

—Por eso tuve que dejarlo en manos de Yasir, era un pariente vivo que sabía que cuidaría de él, y aunque la amenaza de Hakim y Yamila seguía allí, era consciente de que Yasir lo protegería con su vida. Iba a verlo siempre que podía, muchos de esos viajes todos debían creer que me veía con otras mujeres, pero iba a visitarlo. Le enseñé a disparar y juntos prometimos vengar la muerte de Chiraz.

—Yo disparé a Yamila el día de la boda —confesó Abdel mirando a Kevin y Aisha—. No fue ninguno de sus hombres, señor Kevin, fui yo. Le di el mismo final que tuvo mi madre.

—Llámame tío, muchacho —le pidió él, poniéndose en pie y estrechándole la mano—. Los hijos de mi hermano Karim, son mis sobrinos al igual que de mi esposa Aisha.

—Así que este era tu secreto —Aisha se acercó sonriendo a mí—. No puedes negar que es tu hijo, se parece tanto a ti. Bienvenido a casa, Abdel, bienvenido a tu familia —mi hermana lo estrechó entre sus brazos y él cerró los ojos mientras disfrutaba de ese momento que tantas veces me había preguntado cuándo podría vivir.

Uno a uno todos lo abrazaron, mi madre lloró mientras él le frotaba la espalda y dijo que siempre había sabido de todos ellos y que a ella y a Aisha las vigilaba en la distancia a veces.

Y le llegó el turno a Diana, a quien cogí de la mano para que se uniera a mí.

—*Habibi*, espero que aceptes a Abdel igual que aceptaste a mi pequeña Amina. Espero que lo quieras tanto como sé que la quieres a ella.

—Lo haré, Karim —sonrió abrazándome—. Bienvenido a casa, hijo.

Abdel sonrió y abrazó a mi mujer, esa a quien no pensaba tardar mucho más en hacer oficialmente mi esposa, y menos ahora que tenía a mi hijo en casa.

—Yo acabé con la vida de Hakim, no tu —le confesó a ella, que nos miró a ambos con los ojos muy abiertos.

—Pero, yo disparé dos veces —dijo Diana, mirándome.

—Lo hiciste, *habibi*, pero tus balas eran de fogueo.

—¿Qué? —Me miró con los ojos casi a punto de salírsele.

—Descubrí tu arma en la habitación, no quise decirte nada y temí que no supieras usarla, por eso cambié las balas No sabía por qué la llevabas y tampoco que lo harías esa noche. Cuando Ahmed me dijo que Hakim quería

vernos, escribí a Abdel para que fuera nuestro respaldo en caso de que fuera una trampa y quisiera matarnos. Él disparó y lo mató.

—Era mi venganza, al igual que la muerte de Yamila —confesó mi hijo—. No estaba previsto que fuera aquel día pero aproveché la confusión, y luego Hakim pensó que un rival iba a por mi padre y por eso el secuestro de Aisha y la muerte de Yamila.

—Bueno, bueno —empezó a decir mi madre—. Todo eso ya quedó atrás, mis hijos llevan una buena vida y tú al fin estás donde debes, Abdel. En casa, con tu familia.

Sonreí a mi hijo, que se abrazó a mí como aquel niño asustado que vio morir a su madre, lloró en mi hombro y le juré que nunca volvería a estar lejos de su casa.

Al fin mi vida se había resuelto, y tenía el mayor tesoro que un hombre podía tener. A mis dos hijos.

vernos, escribí a Abdel para que fuera nuestro respaldo en caso de que fuera una trampa y quisiera matarnos. Él disparó y lo mató.

—Era mi venganza, al igual que la muerte de Yamila —confesó mi hijo—. No estaba previsto que fuera aquel día, pero aproveché la confusión, y luego Hakim pensó que un rival iba a por mi padre y por eso el secuestro de Aisha y la muerte de Yamila.

—Bueno, bueno —empezó a decir mi madre—. Todo eso ya quedó atrás, mis hijos llevan una buena vida y tú al fin estás donde debes, Abdel. En casa, con tu familia.

Sonreí a mi hijo, que se abrazó a mí como aquel niño asustado que vio morir a su madre, lloró en mi hombro y le juré que nunca volvería a estar lejos de su casa.

Al fin mi vida se había resuelto, y tenía el mayor tesoro que un hombre podía tener. A mis dos hijos.

Epílogo



Kevin

Eran nuestras bodas de plata, hacía veinticinco años que nos dimos el sí quiero ante la aprobación sorpresa de su familia.

La vida desde ese momento se podría decir que se nos volvió en torno a rosa, como decía mi mujer, ya que nos pasaron muchas cosas bonitas en nuestras vidas y en la de todos los que participamos en esta historia.

Un año después de nuestro enlace vino al mundo Sabrina, nombre que pusimos en recuerdo a mi hermana y madre de Pedrito, el que ya contaba hasta con el apellido de Aisha, ya que conseguimos su adopción plena.

Pedrito amaba a Sabrina, pero, no voy a ser cínico, siempre amó más a Amina, a la que nunca soltó de la mano y un año atrás se habían casado. Eso sí que era un amor de toda la vida, desde que eran unos renacuajos.

Lo mejor de todo es que ambos se sacaron la carrera de Derecho y les ayudamos a montar un despacho en Tánger a donde se fueron a vivir.

El orgullo tanto de mis cuñados como el nuestro, era inmenso de ver no solo el amor que siempre les unió, uno que escondieron algún tiempo hasta que Aisha les dijo que el amor era demasiado hermoso para esconderlo y no disfrutarlo, después de que ella los viera, sin querer, robándose un beso una noche de Fin de Año.

Después de Sabrina no vinieron más hijos a nuestra, casa ya que no quedaba embarazada, a pesar de que los médicos le decían que estaba todo bien, pero tampoco nos preocupamos mucho, ya que con Pedrito y Sabrina nos sentíamos más que plenos. Por no hablar de los sobrinos y sobrinas que llenaban nuestra familia de risas infinitas.

Aisha montó un negocio con Nerea y Saida de decoración para el turismo, piezas muy exclusivas de esas que no ibas a encontrar en las demás tiendas, les fue más que bien y además lo tenían decorado todo con mucho gusto.

Les iba de maravilla y se manejaban los turnos muy bien, siempre estaba la tienda llena.

Era evidente que no le hacía falta trabajar, pero a ella como mujer y persona que quería sentirse útil y haciendo cosas que le gustaban, le iba muy bien, así que yo, feliz por verla a ella como siempre quise.

Hablando de mí, yo me dedicaba a ayudar en el restaurante de Mohamed y Karim, donde trabajaban también Kasim, su mujer, y Diana, allí toda mano era poca para cubrir la terraza de la plaza y el salón de la planta de arriba que además tenía zona exterior con mesas.

Mi suegro falleció hacía cinco años y mi suegra, tres, un palo muy grande para Aisha, que no encontró consuelo en mucho tiempo.

Kasim y Nadira tuvieron cuatro hijos, todos varones, ya desistieron de buscar a la niña.

Diana y Karim se plantaron en dos que vinieron en un mismo embarazo, las gemelas Fátima y Nayla, teniendo así cuatro, bueno, con los otros dos hijos de él porque Diana se convirtió plenamente en su madre, como Aisha de Pedrito.

La llegada de Abdel a la familia fue como un soplo de aire fresco, según decía siempre mi suegra, esa que adoraba a todos sus nietos y nietas por igual, y que colmó de mimos al mayor de todos ellos desde el momento en el que entró en la casa, sin importarle que fuera un adulto de diecinueve años.

El muchacho había sido bien educado y se le daban bien los números, por lo que Karim lo puso al mando del tema contable en lo que al restaurante se refería.

Se quedó prendado de una joven camarera de ojos color ámbar y melena negra, marroquí también, que llegó a Chaouen en busca de empezar de cero, dado que había perdido a sus padres poco antes, y un año después se casaron.

La pequeña Chiraz llegó a la familia dos años después de eso.

Sabrina estaba estudiando medicina en Irlanda, quiso hacerlo fuera y en un país europeo, cosa que apoyamos felizmente.

Mohamed seguía a sus setenta años trabajando en el bar todo el día y era feliz con ello.

Yo tenía sesenta y nueve años y me seguía viendo joven, además me había cuidado mucho y siempre había hecho deporte.

Vendí diez años atrás la inmobiliaria a Oliver y me desprendí de todo lo que tenía en España, mi vida ya estaba

aquí y era donde me sentía como en casa.

Durante este tiempo viajamos mucho con los niños y sobrinos por el mundo, cada verano nos escapábamos catorce días por el Caribe, Asía o Europa, pero eran nuestras vacaciones de verano en familia a la que muchas veces se unían mis cuñados o las amigas de Aisha con sus maridos, estas que por cierto también formaron sus familias.

Nerea se casó con un marroquí de Chaouen que impartía clases en Tetuán, juntos tuvieron tres hijos, ella nunca dejó de trabajar en la tienda, como Saida, que se casó con otro chico del pueblo que tenía un negocio en la Medina y con el que tuvo dos hijos, un niño y una niña.

Si alguien me preguntara cómo estaba, diría que más nervioso que cuando me casé y tuve aquella desastrosa noche de bodas.

¿Por qué mis nervios? Pues porque era la noche de nuestro aniversario y quería que todo estuviera perfecto para la mujer que me robó el corazón y el aliento con solo un cruce de miradas.

Aún podía recordar aquel día, recién llegado a Chaouen, cuando un movimiento me hizo apartar la vista de la plaza y mirar hacia una terraza contigua.

Sus ojos me cautivaron, su timidez me abrumó, y fue tal el deseo de volver a verla después de aquello, que quisieron Dios y Allah ayudarme para que así fuera.

Había preparado una cena romántica para ella en nuestra terraza, tenía la mesa servida, una botella de vino y otra de champán en la cubitera manteniéndose frías, y el regalo que quería hacerle esperando sobre su plato.

Por no hablar de todo lo que había preparado para que llegara directa a donde yo la estaba esperando.

Como aquella primera vez que nos vimos, me había puesto un traje con corbata, no es que fuera algo que usara a menudo desde hacía años, pero esa noche era especial, por lo que la ocasión lo merecía.

—¿Kevin? —sonreí al escuchar la voz de Aisha poco antes de que saliera a la terraza.

Estaba preciosa, como el primer día que la vi. El paso de los años no la había cambiado, a pesar de la madurez en su rostro, de algunas arruguitas de expresión como las llamaba Nerea, mi hermosa Aisha estaba como siempre.

—¿Qué es esto? —Se quedó mirando nuestra terraza.

Me había esforzado en mi cometido, quería sorprenderla y sin duda, por el brillo en sus ojos, lo había hecho.

Lo primero que iba a encontrar cuando entrara en la casa, sería un camino de pétalos de rosa roja por el pasillo hasta la cocina, donde la esperaba una copa de vino que debía coger junto a una nota en la que le indicaba que tenía que seguir el camino de pétalos.

Ese la llevaría hasta nuestro dormitorio, donde dejé un vestido azul con un cinturón blanco, así como un velo y unos zapatos del mismo color. Aquella primera vez que la vi llevaba un pijama azul con nubes y aunque estaba preciosa, no era el atuendo indicado para una cena, por lo que hice algunos ajuste a su estilismo.

En la nota ponía que tenía que usarlo y seguir el camino de pétalos, sin olvidar su copa de vino.

Y ahí estaba, ante mí, la hermosa mujer que la vida tenía esperando por mí, como decía, observando la terraza, esa que había decorado con velas por todas partes, así como pétalos de rosa por el suelo.

—Hola, *habibi* —la saludé y ella sonrió al escucharme llamarla así, como a veces me llamaba ella en su lengua materna, y yo en contadas ocasiones.

—¿Y esto?

—Esto, mi hermosa y bella esposa, es la cena de nuestro aniversario.

—¡Ay, por Allah! Que me había olvidado de qué día era hoy —dijo con los ojos muy abiertos y la mano en el pecho— Kevin, lo siento.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y solté una carcajada. No me molestaba que se hubiera olvidado, todo lo contrario, puesto que sabía que estas últimas semanas en la tienda habían tenido mucho trabajo, además de recibir mercancía nueva.

—Mi vida, no pasa nada —la rodeé con el brazo por la cintura y me incliné para besarla.

—Soy un desastre, ¿cómo he podido olvidarme de nuestros veinticinco años casados? Es para que quieras el divorcio, estoy segura.

—Nunca, Aisha —le aseguré mirándola fijamente para que viera la verdad en mis ojos—, nunca querré tal cosa. Un día como hoy, hace veinticinco años, prometí que lo nuestro sería para toda la vida, hasta que la muerte nos separara, y créeme, después de lo que vivimos para estar juntos, y de la familia con el pasado que tenemos, dudo mucho que la Parca venga a llevarme a su lado o te arrebate del mío.

Volví a besarla y ese gemido que escapó de sus labios hizo que mi cuerpo cobrara vida y ardiera como el primer

día. Pero me contuve, como solía hacer siempre que quería compartir algo con mi esposa.

—Por nosotros, por estos años juntos y los que estén por llegar —dije levantando mi copa y haciéndola chocar con la suya.

Dimos un sorbo y vi que había estado mirando por el rabillo del ojo a lo que había sobre su plato. Sonreí cuando se mordió el labio y le di un apretón en la nalga.

—Ábrelo, anda, que sé que te puede la curiosidad.

Dejó la copa de vino en la mesa y cogió la caja, esa que abrió para después echarse a llorar al ver el contenido.

Una pulsera, un anillo, unos pendientes, su perfume favorito, y un colgante con dos cristales en forma de lágrima, uno por cada uno de nuestros hijos.

—Kevin —sollozó mientras la abrazada desde atrás.

—Esos fueron regalos que te hice hace veinticinco años, mi amor, sé que nunca quisiste lujos, pero esos regalos fueron importantes para nosotros. Y te prometo, mi preciosa Aisha, que dentro de veinticinco años volverás a recibir un regalo como este. Porque quiero que recuerdes, cada día, cada año que pasemos juntos, que desde aquella mirada tímida que me dedicaste desde tu terraza, has sido el amor de mi vida —le besé el cuello y se giró para abrazarme.

—Te amo, Kevin, te amo tanto como el primer día.

—No más que yo a ti, *habibi*, que moví cielo y tierra por ti, y volvería a hacerlo una y mil veces que viviera.

La besé y abracé con todas mis fuerzas, bebiéndome esas lágrimas que desde hacía años eran de felicidad, una qu siempre quise para ella, para mi chica de los ojos tristes.

Marruecos me dio la oportunidad de conocer lo que era vivir sin pensar en el tiempo, de ese tenía todo el del mundo, aquí no existía el reloj, ni las prisas por llegar primero.

El país fue cambiando progresivamente a lo largo de los años, pero Chaouen mantenía la esencia de parecer que e tiempo nunca había pasado por allí.

Seguía siendo uno de los lugares más deseados de los turistas para visitar del país, una joya que cada vez reunía a más turismo internacional y era conocido mundialmente por los encantos del enclave y su tonalidad en azul.

Aprendí que nadie se va impune de lo que hace, yo no era ejemplo de nada por cómo conseguí llegar a tenerlo todo, pero todo se paga, lo entendí con el tiempo y la vida me golpeó llevándose a mi familia antes de tiempo, era como la pena que tenía que pagar por todo lo ilegal que hice durante muchos años.

Marruecos, ese lugar que te lleva a traspasar las puertas de lo desconocido y que, si no lo vives, sigues creyendo todo lo que se cuenta al otro lado.

Este país está lleno de personas maravillosas con la mentalidad más abierta de lo que muchos creen, indudablemente hay muchas personas que también quedaron atrapadas en sus tradiciones y culturas, pero por lo general todo había cambiado y avanzado a partes iguales, un rincón donde la amabilidad, hospitalidad y respeto se podía percibir a cada momento.

Comprendí que esto era mucho más que un lugar de donde salían muchos cargamentos, esto era un país para perderse por todos sus rincones y disfrutar de un mundo, en el que muchos como yo, quedamos atrapados y decidimos vivir aquí una vida.

Dedicado a un pueblo que se ganó toda mi lealtad y respeto y el que vio nacer a, “La mujer del gran jefe del narco”.

e

l

Aprendí que nadie se va impune de lo que hace, yo no era ejemplo de nada por cómo conseguí llegar a tenerlo todo, pero todo se paga, lo entendí con el tiempo y la vida me golpeó llevándose a mi familia antes de tiempo, era como la pena que tenía que pagar por todo lo ilegal que hice durante muchos años.

Marruecos, ese lugar que te lleva a traspasar las puertas de lo desconocido y que, si no lo vives, sigues creyendo todo lo que se cuenta al otro lado.

Este país está lleno de personas maravillosas con la mentalidad más abierta de lo que muchos creen, indudablemente hay muchas personas que también quedaron atrapadas en sus tradiciones y culturas, pero por lo general todo había cambiado y avanzado a partes iguales, un rincón donde la amabilidad, hospitalidad y respeto se podía percibir a cada momento.

Comprendí que esto era mucho más que un lugar de donde salían muchos cargamentos, esto era un país para perderse por todos sus rincones y disfrutar de un mundo, en el que muchos como yo, quedamos atrapados y decidimos vivir aquí una vida.

Dedicado a un pueblo que se ganó toda mi lealtad y respeto y el que vio nacer a, “La mujer del gran jefe del narco”.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu